UN RETIRO PARA ESCRITORAS MORTAL

JULIA BARTZ



UN RETIRO PARA ESCRITORAS MORTAL

UN RETIRO PARA ESCRITORAS MORTAL

JULIA BARTZ

Traducción de Mia Postigo

UMBRIEL

Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *The Writing Retreat*
Editor original: Atria, un sello de Simon & Schuster, Inc.
Traducción: Mia Postigo

1.ª edición: enero 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2023 *by* Julia Bartz, Inc.
All Rights Reserved
© de la traducción 2024 *by* Mia Postigo
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19936-08-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Andi, mi hermana de sangre y del alma, a quien siempre se le antoja una peli de miedo.

Parte uno
La ciudad

1

Que se vaya mucho a la mierda.

Con aquellas palabras bajé por las escaleras del metro. Iba de camino a la presentación del libro de Ursula, y, si Wren también estaba allí, bueno, pues tendría que irse mucho a la mierda.

Solo que los dedos me temblaban justo antes de sujetarme al asidero del metro. Sí que era valiente, ya, y un cuerno. Y tenía que admitirlo: aquella energía salvaje y frenética que me recorría las venas no era furia, no del todo. Era algo más como un pavor indecible.

El vagón estaba lleno a reventar de los pasajeros típicos de los viernes por la noche. Me quedé de pie frente a dos chicas que quizás iban al instituto, con sus ojos esquivos y llenos de rímel y sus manos que se acomodaban el cabello sin parar. Una se inclinó hacia la otra para susurrarle algo al oído. La otra asintió, muy de acuerdo, y ambas intercambiaron una mirada con una sonrisita petulante.

Su interacción me pinchó como una daga entre las costillas. Su mundo compartido. Aquella certeza infalible de que eran un equipo. Me recordaba a como había sido al principio con Wren, mientras íbamos de la mano hacia Bushwick con nuestras mallas de cuero sintético baratas y dábamos sorbitos a una botella de plástico de vodka y refresco que compartíamos.

Para ya. Apreté el puño y me lo metí en el bolsillo para clavarme las uñas contra la palma de la mano. No podía presentarme así, con un anhelo patético y blanducho en la mirada. Wren y yo ya no éramos mejores amigas. Ni amigas a secas. Y no pasaba nada. Que tenía treinta años, joder; no tenía sentido que siguiera tan afectada por culpa de una amistad.

Las puertas se abrieron. Seguí a unas cuantas personas que también salían y eché un último vistazo a las adolescentes. Una me devolvió la mirada directo a los ojos, tanto curiosa como hostil.

Pete me estaba esperando en el vestíbulo del hotel, el cual tenía distintos sofás de cuero, superficies de madera brillantes y candelabros dorados.

—¡Hola, Alex! —Se puso de pie de un salto, se metió las manos en los bolsillos y me

sonrió—. No se lo digas a nadie, pero no molo lo suficiente como para estar aquí.

Me había sentido muchísimo más aliviada de lo que le había dejado saber a Pete, mi único amigo en el trabajo, cuando él había aceptado ir a la presentación del libro conmigo. Verlo con sus gafas sucias, sus tejanos anchos y sus deportivas que no vestía de forma irónica hizo que el pulso se me sosegara un poco.

—Ojo con eso. —Sonreí, mientras me quitaba mi grueso abrigo—. Huelen el miedo.

Se puso a parlotear mientras nos dirigíamos hacia las escaleras del sótano, e intenté concentrarme en lo que me decía. Hacía poco que Pete y yo habíamos pasado a quedar fuera del trabajo, y, si bien una parte de mí disfrutaba de su personalidad afable y despreocupada, la otra estaba desolada. Casi podía oír la voz burlona de Wren: *¿Estás de coña? ¿Este friki es tu nuevo mejor amigo?*

En lo alto de las escaleras, dos mujeres pasaron por nuestro lado a toda velocidad, y unas estelas de perfume floral se desprendieron de sus abrigos con adornos de piel. Me pareció que estaba soñando mientras seguía a Pete por las escaleras y observaba la parte de atrás de su cabeza al tiempo que él se giraba un poco para contarme la ridiculez que había hecho su jefe aquel día.

Al final de las escaleras, un pasillo se extendía en ambas direcciones. De la derecha provenían los ruidos de risas y copas al brindar, envueltos por alguna especie de música electrónica vibrante. Un espejo delineaba todo el pasillo, una tira delgada que nos cortaba justo por debajo de los hombros. Parecía un fantasma sin cuerpo: piel pálida adornada con unas manchas rojas por el frío, ojos llorosos por el viento, cabello oscuro y con estática por mi gorro. Traté de forzar los labios para que dibujaran una sonrisa. Aunque me había retocado el maquillaje antes de salir del trabajo y me había puesto más delineador y pintalabios, me preocupaba que aquello solo me hiciese parecer rara y falsa.

Nos dirigimos hacia la música. Una marquesina con letras de quita y pon nos dio la bienvenida en el arco de la puerta abierta: ¡¡Presentación del libro de Ursula!! ¡¡A comprar libros y a beber!!

Un poco más adelante había un muro de gente. Parecía algo vivo que centelleaba y parpadeaba y estiraba sus distintos tentáculos hacia el bar. Se me hizo un nudo en el estómago. Nunca me habían dado miedo las multitudes. Al contrario, siempre me había lanzado de cabeza hacia ellas: fiestas, conciertos en sótanos llenos de sudor, galerías tan repletas de gente que sabía que alguien iba a terminar tirando alguna escultura al suelo.

Pero en aquel momento sí que tenía miedo. De hecho, era algo más que miedo: estaba a punto de tener un ataque de pánico.

—Jolín —soltó Pete—. Noto cómo suben mis niveles de fobia social.

Aquello me hizo sonreír.

—Ya, yo también.

—¿Qué quieres que hagamos? —Pete me observó con atención. Sabía que, si resultaba que quería marcharme por cualquier motivo, él me seguiría. Seguro que hasta me ofrecería una alternativa: ir a por una birra o a comer algo por allí cerca.

El problema era que no podía irme. Sí, era cierto que no había visto a Wren desde aquel fatídico día —su cumpleaños— hacía casi un año. Y sí, también había cotilleado sus redes sociales y había visto cómo su trabajo como editora de la sección de belleza la había hecho conseguir una cuenta verificada. Había visto cómo había cambiado su estilo, cómo su flequillo oscuro había pasado de despuntado a recto y su creciente afinidad por las chaquetas de diseñador. No me imaginaba cómo sería verla en persona; tal vez como encontrarme con un fantasma de alguien que hubiese vuelto a la vida.

—Vamos al bar. —Mi tono fue lastimero, y Pete se echó a reír.

—Venga, ¡hacia el bar! —Nos sumergimos en la muchedumbre. Pete se deslizó hacia el bar y me dejó unos cuantos pasos por detrás. El ambiente era sofocante y escandaloso, y los invitados hablaban a gritos para oírse por encima de la música mientras bebían como si fuesen las dos de la madrugada en lugar de poco después del anochecer. Eché un vistazo rápido en derredor. Me quedé sin aliento cuando capté de refilón la parte de atrás de su melena corta y brillante. Solo que entonces se giró y no, no era ella. Me obligué a respirar hondo. A lo mejor no asistiría; quizás estuviera de viaje o algo. ¿A que sería una pasada? Todo aquel pánico en vano.

—Madre mía. —Pete volvió con un par de cervezas—. ¡Me han cobrado doce pavos por cada una! ¡Y yo pensando que lo bueno de las presentaciones de libros era que había barra libre!

—Gracias. Luego te hago un Bizum. —Recibí el vaso y bebí unos cuantos tragos, agradecida.

—Mmm… —Pete observó la multitud con los ojos entrecerrados, como un marinero que divisaba el horizonte—. Vamos para allá, parece más tranquilo. —Lo seguí hacia la sala principal, la que tenía el escenario. Llegamos hacia la pared del fondo y ambos nos reclinamos contra ella, aliviados. La presión que tenía en el pecho se aligeró un poco.

»Esa de allí es Ursula, ¿verdad? —Pete la señaló con su vaso.

—La misma. —Se encontraba cerca del escenario y estaba atendiendo a un semicírculo de admiradores.

—¿Y cómo me dijiste que la conocías?

—De un grupo de escritura. Hace una vida. —Verla en persona, con sus gafas de carey, su vestido *animal-print* sobre su piel pálida y su pelo rosa encendido, hizo que me

relajara aún más. Me daba un poco de pena que el ver a Wren hubiera hecho que me olvidara de la verdadera razón de aquel evento: celebrar el éxito de Ursula.

La verdad era que había conocido a Ursula a través de Wren, poco después de haber coincidido con esta última en el trabajo. Una imagen me volvió a la cabeza: Wren con su abrigo negro *vintage* de piel de conejo y su pintalabios rojo. Un clásico. Le habían asignado que me enseñara cómo era el trabajo de asistente, a pesar de que ella misma había empezado a trabajar en la editorial académica tan solo unos pocos meses antes que yo. Aquella primera mañana con Wren había sabido en un instante lo que significaba ser amigas: fiestas secretas en almacenes abandonados, citas alocadas que terminaban con besos en un callejón triste, quedar para desayunar casi al mediodía mientras bebíamos alcohol y nos reíamos sobre lo que había pasado la noche anterior. Me había quedado tan claro como si alguien me lo hubiera susurrado al oído. Wren era un pase a la vida que había imaginado en mis fantasías, mientras observaba por la ventana del coche de mala muerte de mi madre cuando huíamos por las planicies grises para alejarnos del caos de su último novio. Wren era el huracán que podía lanzarme por los aires y volverme a depositar en medio de un mundo de ensueño, lleno de lujos y colores.

Solo que primero había tenido que impresionarla. En un arrebato de suerte poco característico en mí, aquello había sucedido antes de que pudiese elaborar un plan. Al inclinarse sobre mi escritorio para ayudarme a iniciar sesión, había visto el libro que había dejado a un lado: *La estrella polar*, el libro más reciente de Roza Vallo. Ya lo había leído, cómo no, pues lo había pedido en preventa en la librería. Sin embargo, como los últimos meses que había pasado buscando trabajo habían sido más bien algo desmoralizador, un día en el que me había sentido de capa caída me había gastado más de la cuenta en una preciosa edición en tapa dura.

—¿Te gusta Roza Vallo? —Había preguntado Wren, mirándome con recelo. Sabía que su escepticismo se debía a mi miserable atuendo de trabajo: unos pantalones de vestir y una blusa celeste de botones. Me miró desde lo alto; era una chica altísima que iba con taconazos porque le importaba una mierda que todos los demás se sintieran como enanos.

—Es mi favorita. —Lo pensé un poco y añadí—: Me inspira mucho. O sea, cuando escribo.

Los labios rojos de Wren se curvaron en una sonrisa.

—A mí también. —Se inclinó hacia mí, con los ojos entrecerrados—. Creo que me encantan tus cejas, ¿dónde te las haces?

Me costó mucho no toqueteármelas de pura vergüenza. ¿Estaría hablando de mi

técnica inexperta con las pinzas?

—Me las hago yo misma.

—Mola. —Bostezó—. Joder, menuda resaca llevo. Vamos a por algo de comer.

A pesar de que apenas daban las once, no tardamos en ponernos a sorber unos fideos picantes mientras hablábamos sin parar sobre lo que estábamos escribiendo por aquel entonces. Ambas estábamos escribiendo una novela, y tanto ella como yo nos lo tomábamos muy en serio. Aquella tarde le envié el primer correo electrónico, el cual contenía un enlace a un artículo de Roza Vallo que exploraba los temas feministas que apoyaban el uso de la menstruación en sus novelas. También me atreví a bromear sobre el escote de mi jefa. Wren me contestó casi de inmediato y empezamos un toma y daca de correos ingeniosos a los cuales les dediqué muchísimo más tiempo y energía que a lo que en verdad era mi trabajo.

Dos meses después de aquello, Wren me había pedido que me apuntara a su grupo de escritoras, dado que su tercer participante había dejado de asistir. Fue así como conocí a Ursula. Era casi diez años mayor que nosotras y tenía una confianza en sí misma muy arraigada, una con la que yo solo podía soñar con tener algún día. Por aquel entonces yo había estado copiando a Wren con descaro, lo que quería decir que me pasaba días enteros en tiendas de ropa de segunda mano hasta dar con atuendos que la pudiesen impresionar. Pero Ursula era ella misma. Tenía su propio estilo de colores chillones y prendas llamativas y escribía unos artículos muy intensos y personales sobre lo que significaba ser una activista sinoestadounidense, *queer* y gorda. Era completamente distinta a Wren, y, aun así, era la única persona por la que esta parecía sentir algo de admiración.

Alguien apagó la música, y la siguiente pregunta de Pete resonó en voz demasiado alta en mis oídos.

—¿Y cuánto tiempo hace que os conocéis?

Parpadeé, confusa, antes de comprender que se refería a Ursula, no a Wren.

—Creo que… ¿unos ocho años? —El gentío que había estado cerca del bar pasó a situarse en el salón principal.

—Anda. Antes de que se hiciera famosa.

—Ajá. —Incluso entonces, ya había sabido que Ursula iba a alcanzar el estrellato. Siempre había pensado que sus ensayos eran lo bastante buenos como para que el *New York Times* los publicara, de modo que no me sorprendió nada cuando aquello acabó pasando de verdad. Tras la publicación de su artículo sobre el amor moderno, la contactaron una agente literaria y una editora que no tardaron nada en publicar su primer libro de ensayos. Aquello había sucedido hacía tres años; en aquellos momentos,

ya estaba publicando el segundo.

—¿Reconoces a alguien? —Pete le echó un vistazo a la muchedumbre.

Me obligué a mí misma a hacer lo mismo. Montones de gente molona, muchos de ellos jóvenes, de poco más de veinte años, vestidos a propósito con ropa sencilla y cortes de pelo rapados, sin ninguna gota de maquillaje. Aquel nivel de confianza en sí mismos —¡y a esa edad tan temprana!— me dejaba con la boca abierta. Yo no me atrevía a salir de mi piso sin mi rutina de maquillaje al completo.

—Pues no, la verdad —le estaba diciendo, solo que entonces la escuché: una risa que conocía muy bien. A unos tres metros se encontraba Ridhi, una de las buenas amigas de Wren. Me moví un poco para quedar algo escondida detrás de Pete.

—¡Hola a todos! —Una voz femenina retumbó por los altavoces—. ¡Vamos a empezar ya! —La multitud comenzó a moverse, y vi con alivio que Ridhi y su grupito se movían hacia adelante. El estómago se me hizo un nudo al ver que reconocía a varios de los que la acompañaban, incluido otro de los buenos amigos de Wren, Craig. Llevaba un traje ceñido de color verde oliva y le estaba diciendo algo al oído a Ridhi con una gran sonrisa.

—Quiero daros la bienvenida. —La agente de Ursula, Melody, tenía una voz imponente, y todos guardaron silencio al instante. Mientras presentaba a Ursula, le eché un vistazo al grupito. Verlos me hizo sentir muy mal de pronto. Haber dejado de ser amiga de Wren no había sido algo solo entre nosotras dos; también había perdido a todos los amigos que teníamos en común.

Tendría que haberlo sabido; en retrospectiva, me parecía imposible no haberlo pensado antes. Al fin y al cabo, la noche del cumpleaños de Wren había terminado con arcos de sangre que habían salpicado con su tono oscuro contra la luz de la luna.

La gente aplaudía. Me devolví al presente y me sumé a los aplausos mientras Ursula cruzaba el escenario con sus botas tornasoladas de plataforma.

—Muchísimas gracias a todos por haber venido, de verdad. —Aunque su voz grave en ocasiones parecía sardónica, en aquellos momentos resonaba con sinceridad—. Sois todos increíbles y a veces tengo que pellizcarme para creerme que tengo una red de apoyo tan maravillosa como sois vosotros. —Según Ursula seguía hablando, di otro trago a mi cerveza solo para comprobar que esta casi se había acabado. Llevaba sin comer desde el almuerzo, y el alcohol estaba haciendo que me mareara un poco en aquella sala tan caldeada.

»¡Vale! —Ursula alzó su copa—. Sé que se supone que en las presentaciones de libros una debe leer un fragmento y todo ese bla, bla, bla, pero ¿os parece si nos saltamos esa parte tan aburrida y dejamos que empiece la fiesta? —Se echó a reír ante los

consecuentes silbidos entusiasmados—. ¡Pues hala! A socializar un poco. ¡Ah, cierto! ¡Y comprad un libro o tres! —Entre vítores, Ursula bajó del escenario y la multitud se dispersó, muchos de ellos en dirección al bar. Vi cómo el grupito de Wren se sumaba a la cola de firmas, aún sin percatarse de mi presencia. Si Wren hubiese ido a la fiesta, habría estado con ellos, de modo que no estaba allí. Debía estar de viaje, en alguna sesión de fotos, haciendo algo que seguramente ya estaría subiendo a redes. Y no, no pensaba cotillear sus redes de inmediato. La confirmación hizo que me sintiera aliviada, aunque también bastante decepcionada.

—Esto es una pasada —le dije a Pete, en un intento por distraerme mientras nos sumábamos a la parte de atrás de la cola para las firmas—. La última presentación de Ursula fue en el sótano de una librería en Greenpoint y nos sirvieron vino de garrafón.

—Al menos os dieron alcohol gratis. —Pete me mostró su vaso vacío—. ¿Quieres otra birra?

—Vale. —Por fin podría relajarme. Aquello ameritaba como mínimo otra cerveza, y quizá más.

La publicista de Ursula se paseó por la cola con una pila de libros. Compré dos, uno de ellos para Pete. El libro suave y de tapa dura pesaba un poquito y mostraba una foto de Ursula en un viejo sofá de terciopelo rojo. Estaba sentada con las piernas cruzadas en un mono de tela tejana y rasgada y miraba sin amedrentarse hacia la cámara. Una sensación hambrienta y voraz se abrió pasó en mis entrañas. ¿Qué se sentiría al sostener tu propio libro en tus manos por primera vez? Al ver que se había convertido en algo físico, algo por lo que la gente podía pagar para obtener.

Alcé la vista al notar que alguien me miraba. El grupito tenía la vista clavada en mí, sorprendidos y ligeramente asqueados, como si fuese un mapache que se hubiese colado en su salón. Craig era el único que estaba mirando a alguien más…

A Wren. Estaba mirando a Wren.

El mundo desapareció, y por unos instantes solo estuvimos ella y yo. Noté un brillo en su mirada, un reflejo de todo el dolor y la pérdida que yo misma sentía. Contuve un sollozo cuando me di cuenta de que ella también lo sentía, que ella también me echaba de menos, que lo único que ella quería, al igual que yo, era reunirnos en un abrazo tan fuerte y desesperado como el agarre inexorable de dos imanes poderosos.

Solo que entonces un muro se alzó entre nosotras. El dolor pasó a ser otra cosa, algo más oscuro: asco.

«No me toques». Si bien había estado borracha aquella noche, aún podía recordar su voz con total claridad. Cómo había siseado las palabras entre sus dientes apretados. Cómo, literalmente solo unos segundos después, había estado tendida sobre un charco

de sangre cada vez más grande.

Me quedé de piedra, incapaz de apartar la mirada. Wren se giró y le dijo algo a Craig. Este se echó a reír y pareció aliviado. Los otros se acercaron hacia ella, aunque Ridhi se quedó fulminándome con la mirada algunos segundos más.

La cerveza se me revolvió en el estómago. Me di la vuelta, salí corriendo en dirección al baño y llegué justo a tiempo a una cabina. Un líquido amarillento y espumoso se quedó en el inodoro. Me puse de rodillas y me limpié la boca. Todavía seguía aferrando los libros con una mano.

Poco a poco, me puse de pie y tiré de la cadena. En los lavabos, una chica muy guapa se lavaba las manos y procuraba no mirarme. Seguro que había oído mis arcadas. Por mucho que quisiera echarme a llorar, me contuve.

¿Qué había esperado? ¿Que Wren me dedicara una sonrisa y me preguntara si quería volver a ser su amiga?

Nuestra amistad había terminado. Para siempre. Lo sabía de sobra.

Me llegó un mensaje de texto. Oye, ¿dónde andas? No te veo por ningún lado. Era Pete. Tras apoyarme en el lavabo, le contesté con dedos temblorosos. Acabo de ver a alguien a quien no quería ver. ¿Te importa si nos vamos?

¡Ningún problema!, fue su respuesta, en el acto. Parece que tenemos que ir a buscarte otra copa.

2

Me sonó el teléfono, un rasgado de una guitarra diminuta que me hizo apretar los dientes. Giré en la cama y solté un gruñido. Tenía jaqueca, del tipo que parecía que unos pinchos de metal caliente se te clavaban en el cráneo. Puse el móvil en silencio y me percaté del montón de mensajes de texto que Pete me había enviado.

03 a.m.: Avísame cuando llegues a casa.

04 a.m.: ¿Alex? ¿Todo bien?

07 a.m.: Porfa, llámame cuando veas el mensaje. Hablo en serio.

Unos recuerdos de la noche anterior me inundaron. Beber cerveza tras cerveza en un bar cerca del evento y sentirme bien, mejor de lo que me había sentido en días, semanas, hasta meses, quizá. Pete y yo conversando con el barman, un tipo de Irlanda que nos había servido chupito tras chupito de whisky. Hacerle ojitos, por mucho que no hubiese tenido más de veintidós años, y él devolviéndome la sonrisa mientras me servía más alcohol, como si me estuviese diciendo que sabía lo que quería y que él quería lo mismo.

Solo que entonces Pete y yo habíamos acabado en un taxi, morreándonos como desquiciados. Habíamos ido a su piso, el cual se encontraba en Manhattan, y habíamos terminado directo en su cama, desnudos como por arte de magia.

Aunque la siguiente parte era algo borrosa, sabía que nos habíamos acostado. Después había entrado en pánico y me había largado, borracha como una cuba, pero decidida a llegar a casa.

Me acerqué el móvil para escribirle. Hola, Pete. Estoy bien. Gracias por preocuparte.

Pete empezó a escribir, aunque luego se detuvo.

Solté un lloriqueo y enterré la cara en mi almohada húmeda y sudada. Era el único amigo que había logrado hacer después de que me excomulgaran del séquito de Wren, y había terminado arruinando eso también. ¿Con qué cara iba a volver al trabajo? ¿Con qué cara iba a poder mirarlo a los ojos tras haberlo obligado a llamarme todas esas cosas? *Zorra. Puta. Guarra*.

Le envié un correo a mi jefa, Sharon, para hacerle saber que me había despertado con fiebre, lo cual no era cierto, pero casi, y me obligué a salir de la cama para abrir un poco las ventanas. Los radiadores siempre conseguían caldear el piso en exceso, por mucho

que les bajara la temperatura. Me dirigí al baño a trompicones y me metí en la ducha para dejar que el agua lavara mi piel grasienta.

«Te gusta así, ¿verdad?». La voz de Pete en mi oreja mientras me embestía por detrás. «Te gusta así, pedazo de…».

—Basta —dije en voz alta. Cuando salí de la ducha me sentía algo mejor, a pesar de que aún tenía el estómago revuelto. Me preparé un té de jengibre y me acomodé en el sofá, agradecida por que mi compañera de piso estuviera en casa de su novio. Tenía un mensaje en el buzón de voz de la noche anterior: Ursula.

—*¡Al!* —Apenas podía oír su voz por encima de la música que retumbaba—. *¿Dónde andas? ¡Estamos en Simone's! Cerca de tu piso. Pero bueno, estoy con unos amigos…* —Sus palabras se convirtieron en un murmullo cuando empezó a hablar con otra persona—. *Me dicen que estabas en la presentación, pero que te piraste. ¿Y que sigues sin hablarte con Wren? ¿Qué pasa, es que seguimos en el instituto?* —La risa de Craig en el fondo—. *En fin, que quiero que vengas, así que deberías venir ahora mismo. Ah y tengo que contarte algo interesante: Me acabo de enterar gracias a Melody, mi agente… ¡Di «hola», Melody!* —Oí un «holaaa» de lo más cálido—. *Chica, no te lo vas a creer: Melody conoce a la agente de Roza Vallo. ¿A que mola? Estoy intentando que nos dejen ir a Blackbriar… ah, vale. Debo irme, me están diciendo que tengo que irme. Llámame o envíame un mensaje, ¿vale?* —Más sonidos de música, risas, gritos y luego silencio.

Sonreí al recordar nuestras noches en Simone's, un antro cochambroso que se volvía una pista de baile después de la medianoche. El ambiente se ponía caldeado, asqueroso y lleno de sudor, pero no nos importaba, porque la mayoría de las veces estábamos borrachísimas. Wren y yo solíamos ir para allá si la primera parte de la noche había sido un fracaso, es decir, si no habíamos conocido a ningún chico guapo. Siempre había chicos en Simone's, considerablemente atractivos, aunque quizás eso se debía a las horas que habíamos pasado bebiendo.

Le devolví la llamada a Ursula.

—*Hola.* —Su voz sonaba apagada, completamente distinta a la de su mensaje de voz.

—Hola. —Estiré las piernas—. Acabo de escuchar tu mensaje de voz.

—*¿Mi mensaje de voz?* —Soltó una risita—. *Ay, madre, sí. Estábamos en Simone's y de verdad quería que estuvieras allí. ¿Dónde andabas?*

—Ya, lo siento. Me emborraché y terminé tomando malas decisiones con un compañero de trabajo. —Solté el aire que tenía adentro, en un intento por sonar casual —. Pero bueno, ¡quería llamarte para felicitarte! De verdad estoy muy…

—*A ver, espera, ¿de quién estamos hablando? Me dijeron que te vieron con un tipo.*

—¿Te dijeron? ¿Wren te dio un informe detallado? —La idea hizo que me recorriera

un escalofrío.

—*La verdad es que fue Craig.* —Tosió un poco, murmuró un «gracias» en voz baja, seguramente a su novia Phoebe, y luego le dio un sorbo a algo. La conexión de la llamada emitió unos zumbidos y crujidos—. *Te eché de menos anoche.*

—Lo siento mucho. —Me invadía la vergüenza—. De verdad quería verte y celebrar contigo, lo digo en serio. Solo que entonces vi a Wren y entré un poco en pánico.

—*Bueno.* —Ursula soltó un suspiro—. *Entonces, ¿todavía estamos con eso? ¿Por lo que pasó en su cumple? No lo entiendo, si fue un accidente. Un accidente horrible, la verdad, pero un accidente y nada más, al fin y al cabo.*

—Lo fue. —Lo cual no era del todo cierto, pero obligué a mi creciente pánico a esconderse un poco más.

—*Y erais tan amigas… O sea, me he distanciado de gente antes, es normal. Pero vosotras erais como hermanas.*

—Ya. Nadie se lo vio venir. —Aquel dolor recurrente me subió por el pecho hasta llegarme a la garganta. Tragué para hacer que bajara. No quería pensar en ello y mucho menos hablarlo.

—*Le dije a Wren que deberíais buscaros a una tercera persona que haga de mediadora y hablarlo* —dijo Ursula, pensativa—. *Quizá los terapeutas de pareja hagan algo así. O podría hacerlo yo, si queréis.*

—¿Eso le dijiste? —pregunté, sin poder contener la curiosidad—. ¿Y ella qué dijo?

Ursula hizo una pausa.

—*¿Sabes? No me acuerdo.*

—Mira. —Me obligué a sonreír—. Ya basta de nuestro drama. De verdad que no pasa nada y ambas lo superaremos. Lo que yo quiero saber es cómo te va a ti viviendo en Los Ángeles, con las presentaciones de libros… ¡y tengo muchas ganas de leer tu libro, por cierto!

—*Sí, ya me dirás qué te parece. Tengo la impresión de que les entró prisa y de que tuve que escribir los dos últimos ensayos en un día o así.* —Soltó un resoplido—. *Pero todo va bien. Unos pódcast y entrevistas y demás que están por venir, lo que aún me hace sentir muy rara, aunque supongo que así es la vida del escritor. Yo quería preguntarte: ¿cómo vas tú con tus proyectos?*

—Bien —mentí sin pestañear.

—*¿Te presentaste a esa beca de investigación que te envié hace unos meses?*

—Sí —mentí, de nuevo. La vergüenza volvió, pesada y húmeda. Otro tema que me hacía sentir como una mierda. Entonces añadí, para cambiar de tema—: Ah, es verdad, ¿me dijiste algo sobre Roza Vallo anoche? ¿Que tu agente la conoce?

—¡*Sí! ¡Y yo ni enterada!* —Soltó una risita—. *Parece que la agente de Roza fue una de las mentoras de Melody. Así que, claro, tuve que preguntarle a Melody si alguna vez había ido a la casa de Roza. Por desgracia, no. Pero, chica, estoy a dos conexiones de distancia. Creo que puedo hacer que pase.*

—Dalo por hecho. —Aquella había sido una broma privada entre las tres: cómo hacer para conocer a nuestra autora favorita, Roza Vallo, famosa por su afán por la reclusión.

—*El retiro debe estar a punto de empezar* —siguió diciendo Ursula.

—El mes que viene. —Le había seguido la pista al leer los artículos de noticias que salían en páginas web sobre literatura y en las secciones de arte de los periódicos más leídos. Tanto Wren como yo nos habíamos apuntado y habíamos enviado nuestros mejores relatos cortos, los que habíamos pulido más. Nos habíamos convencido de algún modo de que al menos aceptarían a una de las dos.

Hacía dos años, Roza Vallo —nuestra guía espiritual, mentora imaginaria y santa patrona— había anunciado algo imposible de creer: iba a organizar un retiro para escritoras de un mes de duración en su hogar, la mansión Blackbriar, para cuatro prometedoras aspirantes a escritoras que no hubiesen cumplido los treinta aún. Quería acoger y cultivar a las estrellas del futuro. El solo hecho de ser escogida significaría que una alcanzaría la fama en el acto. Wren y yo nos habíamos prometido que, quien fuera que aceptaran (con suerte las dos, aunque no queríamos pecar de ambiciosas) ayudaría a que la otra se abriera camino.

Cómo no, no habían escogido a ninguna de las dos. Porque, como era obvio, miles se habían presentado. Y la etapa de deliberación había durado tanto que, para cuando habían anunciado a las ganadoras, tanto ella como yo ya pasábamos de los treinta.

Había sentido muchísima curiosidad por las ganadoras, pero aquella información no había llegado al público. Había leído en un *subreddit* de Roza Vallo que las ganadoras habían tenido que firmar acuerdos de confidencialidad en los que prometían no contarle a nadie que habían sido aceptadas. Algunos comentarios sugerían que podía ser porque entonces los medios les harían llegar propuestas para pagarles por fotos o vídeos del interior de la casa. La verdad, había sido todo un alivio no enterarme. Ya era bastante agotador cotillear las redes de una sola persona —dígase Wren, lo cual era triste pero cierto—, por lo que cuatro más sería demasiado.

—*Ya encontraremos un modo de conocer a Roza* —dijo Ursula—. *No te preocupes.*

—Sí, algún día. Oye, ¿cuándo vuelves a Los Ángeles? —Aunque estaba hecha un trapo, podría reponerme un poco para ver a Ursula—. ¿Quieres ir a comer algo? Me he pedido el día libre.

—*Me encantaría, pero Phoebe y yo nos iremos pronto al aeropuerto. Ha sido un viaje cortito y*

ya. Hagamos algo la próxima vez que venga, ¿te parece?

—Vale, perfecto.

Tras cortar la llamada, me preparé una tostada y encendí la tele para ver un *reality* de esos que se ponen de fondo. Volví a pensar en Roza. ¿Qué haría ella si estuviera en mi lugar? Se habría follado a Pete sin dudarlo. Sin ningún ápice de vergüenza ni arrepentimiento. Y antes, en la fiesta, habría encarado a Wren, le habría dicho cuatro cosas sobre su actitud y quizás hasta le habría dado un tortazo en toda su mejilla de pómulos marcados.

Abrí la entrevista más reciente que le habían hecho a Roza en la revista del *New York Times*, con la intención de que se me pegara algo de su energía poderosa y característica para usarla en mi vida simplona. Incluso tenía la foto principal —de Roza apoyada en unos escalones de piedra con un vestido largo de lentejuelas— como mi fondo de pantalla. Roza miraba directo a la cámara, con una expresión ligeramente divertida, quizás hasta provocadora.

No daba muchas entrevistas, de modo que aquella era importante. Se había publicado hacía seis meses, tras la resolución del concurso.

¿Quién es Roza Vallo?

«La gente cree que soy bruja», dice Roza sin mayor problema, mientras toma su taza de cerámica de té de menta. Nos encontramos en la mansión Blackbriar, su famoso hogar en las montañas Adirondack en Nueva York. La mansión ha sido renovada para recrear el hogar original construido en 1881 por el magnate petrolero Horace Hamilton. Conducir por la entrada circular y ver aquel imponente caserón victoriano me hizo pensar en la mansión Manderley de Daphne du Maurier o incluso en Hill House, de Shirley Jackson. Se percibe un aire de intranquilidad más allá de la mampostería y las ventanas con protección solar.

Roza nos abre la puerta por sí misma, descalza y en un vestido negro vaporoso. Si bien pasa de los cincuenta, no tendría ningún problema en aparentar una década menos, al igual que muchas otras mujeres adineradas y bien conservadas. Llevamos a cabo la entrevista en la biblioteca, un depósito impresionante que alberga más de diez mil libros.

Cuando le pregunto si es una bruja buena o mala, ella se ríe.

«Mala». Se aparta de la cara sus largos tirabuzones de color caoba. Su voz contiene tan solo una pizca de su herencia húngara, con un ligero énfasis en las consonantes. «¿Acaso existen de otro tipo?».

Roza Vallo ha cultivado aquella existencia arcana y enigmática desde sus diecinueve años, cuando publicó *La lengua del diablo*, su primera novela. La prosa es lírica y exótica, y resulta sorprendente recordar que fue escrita por una adolescente. Aunque quizá sea incluso más sorprendente la profundidad y complejidad de la propia historia, la cual, en mi opinión, guarda muchas pistas para descifrar el misterio que es Roza. (Aviso de spoilers). La historia empieza con Kata, quien tiene doce años y cuya mejor amiga, Eliza, acaba de morir. Las razones de su muerte son algo turbias, pero están relacionadas con una escena sexual que se relata al inicio de la historia entre Eliza y su profesor. Tras el funeral, mientras Kata contempla el féretro abierto de su mejor amiga con los ojos anegados en lágrimas y los adultos se encargan de pagar por los servicios funerarios un poco más allá, Eliza despierta. Sale del ataúd y llama a Kata para que la siga.

El problema es que Eliza sigue muerta. Sin embargo, mientras empieza a pudrirse, ella y Kata comparten unos cuantos días más juntas, maravilladas por aquel suceso, y charlan, se abrazan y, finalmente, exploran juntas su sexualidad. También consiguen descubrir qué es aquello que está manteniendo a Eliza con vida: una anciana que vive en las afueras del pueblo resulta ser una bruja que quiere adueñarse del alma de Eliza. La niña está convencida de que, si consiguen matar a la mujer, ella podrá volver a la vida, de modo que, junto a una reticente Kata, planean asesinarla mientras duerme.

Solo que el plan no funciona. En un último intento desesperado, Kata intenta lanzar otro hechizo con ayuda de un libro de la bruja. El alma de Eliza entra en el cuerpo de un cazador que pasaba por allí, en el bosque. Kata y Eliza continúan con su idilio con el nuevo cuerpo de Eliza. Al final, Kata descubre a Eliza cuando esta intenta lanzar otro hechizo para hacerse con el cuerpo de Kata. Y entonces debe decidir si prefiere salvarse a sí misma al destruir a Eliza o sacrificarse para que su mejor amiga pueda seguir existiendo.

Roza escribió la historia mientras su mejor amiga, Mila, se encontraba al borde de la muerte debido a un cáncer de estómago.

«No me lo podía creer cuando se enfermó». Roza escoge una galletita de melaza espolvoreada con azúcar. «Era tan fuerte, siempre la que se resistía a todo. Le encantaba robar pintalabios de las tiendas y coquetear con los chicos. Aunque creo que era porque se sentía segura. A salvo. Su padre era abogado y muy

adinerado». A pesar de que Roza y Mila eran vecinas en Budapest, y ambas judías, provenían de hogares de un nivel económico completamente distinto. El padre de Roza trabajaba en una fábrica, y su madre era costurera. Su familia sufría bajo el régimen soviético y la crisis económica de aquel entonces.

«Eran mayores», comenta Roza sobre sus padres. «Mi madre me tuvo cuando tenía cuarenta años, y yo creo que fue un accidente. Y siempre les costaba llegar a fin de mes. Trabajaban mucho y esperaban que me encargara de mí misma, incluso cuando era pequeñita. Así que me entretenía sola, con libros. Cerca de casa había una librería de segunda mano a la que me llevaron, y encontré una inmensa variedad de libros que escoger. *Nancy Drew*, Dostoyevski; leía de todo. Y cuando me hice un poquito mayor, sacaba dinero del bolso de mi madre a escondidas y me compraba libros para mí». Se acerca un poco, como para contarme un secreto. «Así es como conseguía comprarme lo que de verdad quería. Literatura popular. Misterio. Terror. Y, afortunada yo, aquellos eran los libros que tenían más sexo. ¡Hurra! Era sexo de verdad, no esas novelitas rosa estúpidas con abrazos bajo la luz de la luna». Pone los ojos en blanco. «Aquello no me llamaba la atención para nada».

A Roza se la conoce por el «sexo de verdad» que sale en sus libros. *La lengua del diablo* se considera un clásico de la literatura *queer*, con unas escenas de sexo explícito que hicieron que el gobierno de Hungría lo censurara más adelante.

Roza siempre ha mantenido sus relaciones en privado, aunque se le ha relacionado tanto con hombres como con mujeres. No obstante, siempre ha negado haber mantenido una relación sexual con Mila.

«Estoy harta de hablar de ese libro, joder», dice de pronto. Luego esboza una sonrisa. «Quieres hablar de *Lady X*, ¿verdad? Del que fue un fracaso. Es lo que quieren todos».

Roza publicó su segundo libro seis años después de *La lengua del diablo*, cuando tenía veintidós años. La novela —una historia más sutil sobre una casa embrujada y una familia húngara pobre que se asemejaba mucho a la suya— prácticamente no tuvo éxito. Los fans de *La lengua del diablo* se decepcionaron y dijeron que la historia era lenta y tediosa. Durante un tiempo, Roza dio la impresión de que sería una autora de un solo éxito.

Pero entonces llegó el encantador *La rosa del león*, cuatro años después, en 1993. Los críticos dijeron que era su vuelta a la fama. La novela va sobre una

jardinera que sufre de VIH y se encuentra al borde de la muerte. Encuentra una flor que puede otorgarle la vida eterna, aunque solo si se queda en el jardín. Los últimos dos libros de Roza, *La estrella polar* y *La doncella de rosa*, también abordan temas similares: la madurez de los cuerpos, el susurro constante de la muerte, la emoción y la brutalidad de la sexualidad y las conexiones íntimas entre las mujeres. *La estrella polar* (2002) es una historia más dulce y tranquila, a pesar de su premisa tan perturbadora: dos ancianas dueñas de una posada invitan a la joven sobrina de una de ellas a participar en su ritual anual, en el que matan y descuartizan a uno de los hombres que se queda como huésped.

Las esperas entre los libros de Roza se han alargado; el siguiente, *La doncella de rosa*, no se publicó hasta 2014. Esta historia se centra en una universitaria que se siente atraída por su profesora, una mujer que parece tener una conexión sobrenatural con una poetisa que lleva años muerta. Es un romance cargado de sexualidad y un enigma de asesinato muy elaborado a la vez, y, como es el caso de la mayoría de los libros de Roza, resulta imposible dejar de leerlo.

Mientras Roza se prepara para darle la bienvenida en su hogar a cuatro jóvenes para llevar a cabo un retiro para escritoras de un mes de duración, uno podría preguntarse si sus objetivos han cambiado. ¿Se va a convertir en una mentora que le dé la cara al mundo y cultive talentos en lugar de esconderse tras su solitaria vida como escritora?

«Para nada», guiña un ojo. «Yo siempre estoy trabajando en algo nuevo».

Me llegó un mensaje de Sharon, mi jefa. ¿Dónde está la propuesta para el Madison? ¡La necesito para la reunión!

Mierda. Me había olvidado por completo de la reunión grupal que había programada para uno de mis proyectos. De algún modo me las ingeniaba para bloquear todo lo relacionado con mi vida laboral en cuanto salía por las puertas de cristal de la oficina. Nunca me habría imaginado que iba a seguir trabajando en la misma editorial después de seis años, tras pasar de un puesto mal pagado y sin esperanzas como asistente editorial a un puesto mal pagado y sin esperanzas como editora asociada. Wren me había insistido en que me buscara otro empleo según ella dejaba la empresa para convertirse en la editora de la sección de belleza de una pequeñita empresa emergente de comunicaciones que, para sorpresa de todo el mundo, había conseguido tener éxito.

Y en aquellos momentos Wren se estaba llenando los bolsillos y viajando por todo el mundo y vistiendo ropa de diseño mientras yo seguía atrapada en una editorial

mediocre con una supervisora mandona.

Quise ignorar a Sharon, quien había estado haciendo uso de mi número personal desde que yo, como una idiota, se lo había dado en una conferencia que habíamos tenido en Ohio. Solo que no podía, por mucho que solo fuera porque no quisiera decepcionar a los demás miembros del equipo. Fue así como contesté dónde se encontraban los archivos mientras notaba la mirada de Roza sobre mi hombro, asqueada por lo rápido que me disponía a atender las exigencias de Sharon.

Me quedé mirando el techo, escuchando a medias las confesiones en un inglés con acento que venían del *reality* de la tele. La pregunta inocente que me había hecho Ursula volvió a mi mente: *¿Cómo vas tú con tus proyectos?*

La verdad era que, desde lo que había pasado con Wren, no había escrito ni una palabra.

Aquella tarde salí en busca de un sándwich. El frío que hacía fuera me golpeó con una ráfaga potente y esclarecedora. Me llegó un mensaje mientras pedía mi comida en la tienda e inhalaba el aroma a café y ajo. Me senté en una mesita diminuta de metal y saqué el móvil. Era de Ursula.

Pregunta sin motivo: ¿qué relato enviaste al concurso de Roza? ¿Fue el de las dos chicas en el bosque?

Había compartido aquella historia con nuestro grupo de escritura hacía muchos años.

No, le contesté. Envié uno nuevo. Había sido uno que se parecía un poco a uno de los relatos de Roza, y quizás era por eso que no lo habían escogido. ¿Por qué?, pregunté.

Solo que, como respuesta, lo único que me envió Ursula fue una carita sonriente.

Abrí mi cuenta falsa de Instagram y, antes de que pudiera contenerme, me metí en el perfil de Wren. Ella había bloqueado mi cuenta personal, así que me había abierto aquella para poder seguirle la pista. Su foto más reciente era de la noche anterior, copa en mano al lado de Ursula en el bar oscuro y reluciente gracias al *flash* de la cámara. *De celebración porque una de mis amigas de toda la vida ha publicado otro libro*. Tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha; conocía a la perfección cuáles eran sus mejores ángulos. En aquel momento, contaba con treinta y dos mil seguidores.

Cuando había conocido a Wren, yo ni siquiera había tenido Instagram. Me había unido a aquella red social única y exclusivamente para conectar con ella. Le había enviado mi primer mensaje privado a ella: alguien había subido la cubierta original de *La lengua del diablo*.

Y Wren no solo me había contestado, sino que me había hablado del propio libro al

día siguiente.

Habíamos estado en el parque de Madison Square, el lugar en el que siempre quedábamos para el almuerzo. Recordé haber estado comiendo sushi y pasándolas canutas para no parecer una tarada mientras me peleaba con mis palillos. Wren, quien estaba de humor de hacer de cuentacuentos, me estaba diciendo cómo había leído *La lengua del diablo* en el instituto cuando una de las animadoras se lo había dado. («Espera, espera. ¿Estabas en el equipo de animadoras?». «Al, éramos treinta en mi curso, claro que estaba en el equipo de animadoras»). Wren lo había leído en secreto, bajo las mantas y con una linterna, pero su recién convertida madre cristiana lo había encontrado de todos modos enredado entre las sábanas. Aquella fue la primera vez en que Wren me contó sobre los muchos e inusuales castigos tan crueles a los que la había sometido su madre, como el hecho de que la había encerrado en un armario cuando tenía tres años. En aquella ocasión, su madre la castigó dos semanas y se negó a darle de cenar. Sin embargo, Wren aún tenía que sentarse a la mesa y ver a su madre, padre y hermanos comer. Por suerte, las amigas de Wren le llevaban comida —en su mayoría magdalenas y patatas fritas—, y ella se lo devoraba todo cuando su familia se había ido a dormir.

Tras oír la historia de Wren, me había quedado sin palabras. Mientras observábamos a un hombre que trataba de hacer que una ardilla gorda comiera de su mano, me estrujé el cerebro por algo que decirle. *Joder, y yo pensando que yo lo había pasado mal*. Cuando al final me decidí por decirle «lo lamento mucho», ella se encogió de hombros y se echó a reír.

—Mi madre es y siempre ha sido una hija de puta. ¿Tus padres cómo son?

Así que se lo conté. Que mi padre nos había abandonado cuando yo tenía ocho años y que nunca habíamos vuelto a saber de él, al menos que yo me hubiera enterado. Que mi madre nos había arrastrado de ciudad en ciudad, a menudo para encontrarse con un «viejo amigo», quien prácticamente siempre resultaba ser hombre. Que nos quedábamos en su casa o en una casucha de esas que se alquilan de semana a semana y que mi madre trabajaba en una farmacia o en algún súper. Y que, justo cuando yo parecía empezar a sentirme más cómoda en mi nueva escuela, ella se hartaba de su novio y nos arrastraba hacia el siguiente pueblo, hasta que me pareció más sencillo dejar de intentar hacer amigos en primer lugar.

—Qué horrible. —La voz de Wren había sido suave pero contundente.

Y sí, lo había sido, solo que al menos no había sido víctima de maltrato con todas las letras. Si bien nunca fui de las que hacían gamberradas que merecieran castigos, tenía la impresión de que mi madre no se habría percatado de ello ni siquiera si me hubiese

rebelado en serio, si hubiese pasado la noche fuera y hubiese vuelto a casa apestando a whisky y humo de cigarros.

—¿Nunca te hizo nada ninguno de esos tipos? —me había preguntado Wren.

Por suerte, no. Yo había guardado las distancias, a sabiendas de que mi existencia seguramente los importunaba. Había tratado de ser tan ordenada y callada como me era posible. Incluso escucharlos follar a todo volumen había sido una especie de consuelo para mí, al saber que no estaban pensando en mí, que no estaba perturbándolos.

—¿Quién te dio *La lengua del diablo*? —me preguntó, mientras se metía su último *sashimi* a la boca. El hombre de la ardilla había tenido éxito en su misión. La mujer que estaba sentada en el banco frente a él lo miraba con un poco de asco. Sabía bien que la mayoría de los neoyorkinos se esforzaban mucho para evitar tocar a las ardillas, palomas y demás criaturas de la ciudad.

—Fue una mujer en Barnes & Noble. —Nos acabábamos de mudar desde Minneapolis hasta un barrio a las afueras de Chicago para quedarnos con John, uno de los amigos de mi madre que resultó ser agradable y que, de vez en cuando, me preguntaba cómo estaba. Fue el verano antes de empezar la secundaria, y, mientras mi madre trabajaba, yo me pasaba el día en el centro comercial en el que ella me dejaba por las mañanas. Me quedaba horas en una butaca de cuero que había cerca de una ventana, leyendo. Leanne, una de las trabajadoras que no habría tenido más de dieciocho o diecinueve años, aunque a mí me había parecido muchísimo mayor cuando empezamos a charlar, se había quedado muy impresionada por mi velocidad de lectura. No parecía molestarle que nunca comprara nada, y de hecho comenzó a recomendarme algunos libros cuando se enteró de que me gustaban la ciencia ficción y el terror. Uno de ellos fue *La lengua del diablo*.

—Mola. —Wren me había dedicado una sonrisita, antes de darme un apretón en el brazo—. ¡Deberías dedicarle tu primer libro a ella!

—¡Cuarenta y dos! —El grito me sacó de mis cavilaciones. Me dirigí al mostrador para recoger mi pedido en una bolsa de papel. Mi teléfono volvió a sonar mientras me marchaba. Lo saqué en el acto, preguntándome si sería otro mensaje de texto críptico de Ursula.

En su lugar, era Sharon: Pero ¿dónde están los informes de contabilidad? ¡No están en la carpeta!

Tras soltar un suspiro cansado, le contesté. Y, para cuando volví a casa, ya me había olvidado por completo de la pregunta de Ursula.

3

Ursula me llamó para contarme las buenas nuevas el lunes por la mañana. Yo estaba de camino al trabajo, tras haberme pedido el día libre el viernes también. Había llegado la hora de verle la cara a Pete. Aun con todo, me pasé a por un café para así no tener que cruzármelo en la cocina. Mientras hacía cola, una imagen llegó a mi cerebro: Pete mirándome con una sonrisita borracha en su rostro, mientras me acariciaba los pechos.

Cerré los ojos con fuerza y traté de apartar la vergüenza que sentía. Pete no me había mandado ningún mensaje ni correo durante mi ausencia en el trabajo, lo cual era algo inusual. O tal vez no tanto, si uno consideraba lo que había pasado entre nosotros.

Me llegó un mensaje de Ursula: ¡¡LLÁMAME PARA AYER!! ¡ES URGENTE! Recibí mi café y me senté en una mesita cerca de la ventana que de milagro se encontraba vacía.

Me contestó de inmediato.

—*¡Al!*

—¡Urs! —Intenté sonar entusiasmada—. ¿Qué pasa?

—*Tengo noticias.* —Hablaba en voz alta, y podía oír el murmullo del tráfico—. *¿Estás sentada?*

—Sí. —Empecé a sacudir la pierna por la anticipación—. ¿Por? ¿Qué ha pasado? —Me imaginé distintas posibilidades: ¿Querría que le hiciera una entrevista para algo? ¿Volvería a Nueva York por alguna razón?

—*A ver, no te lo vas a creer: Melody, mi agente, estaba tomándose unas copas con la agente de Roza esta semana y ella le contó que una de las chicas que iba a ir al retiro ha decidido no asistir.*

—Madre mía. —La idea parecía ridícula, ¿cómo podría alguien decidir no asistir, salvo que tuviese una enfermedad terminal? ¿O incluso así?

—*Ya, entonces Melody le dijo que su escritora favorita, dígase yo, conoce a un montón de jóvenes escritoras talentosas, en caso de que no quisieran volver a las candidatas finalistas, y le dijo que sí, así que envié tu relato y le encantó.*

—Espera, ¿qué dices? —No me estaba enterando de lo que me estaba diciendo. La información me había llegado demasiado rápido.

—*En resumen, que te vas al retiro de Roza Vallo un mes entero.* —Tosió un poco—. *Eso y que me debes la vida.*

Me llevé una mano al pecho.

—Ursula, no me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Mi amiga se echó a reír.

—*¿Crees que lo haría con algo así?*

—Virgen santísima. —La emoción y la incredulidad explotaron en mi interior como si fuesen fuegos artificiales—. No me lo puedo creer. ¿Cómo…?

—*Le envié tu relato sobre las niñas en el bosque.* —Ursula sonaba muy satisfecha consigo misma—. *El que nos leíste en el grupo de escritura. Siempre ha sido mi favorito. Y supongo que a ella también le gustó.*

—¿A la agente de Roza?

—*A Roza.*

—¿Roza ha leído mi relato? —Era como si hubiese descubierto que una criatura mitológica, una diosa, había bajado a la Tierra para escogerme. Me expandí más allá de la barra de madera y de la gente que bebía sus cafés y charlaba a mi alrededor y me estiré a través de todos los tiempos: mi yo de doce años, que leía *La lengua del diablo* en la parte de atrás de un Barnes & Noble. Mi yo del futuro, quien se encontraría sentada frente a Roza mientras ella me lanzaba sus críticas despiadadas, aunque aderezadas con halagos diminutos y valiosos.

—*Sí.* —Ursula le dijo algo a alguien en un susurro, y luego volvió a la llamada—. *Vale, sabes que queda poco para el retiro, ¿verdad? Dos semanas o así.*

—Vaya. —Me incliné sobre la barra—. Mi jefa se va a poner como loca. No me dejará ir.

—*Pues renuncia. Es literalmente una oportunidad única en la vida.*

—Vale. —Cuadré los hombros—. Sí, tienes razón.

—*Claro que tengo razón.*

—Pero, es que… ¿estás segura? —No podía hacer algo así. No podía sentir toda aquella esperanza, aquella emoción…, si me la iban a quitar de pronto—. O sea, ¿alguien lo ha confirmado? ¿O es que…?

—*Ya está hecho. Mira tu correo, hoy debería llegarte uno de su equipo. Parece que tienes que firmar un acuerdo de confidencialidad… Tiene unos términos muy estrictos, cuestiones de privacidad y tal. Pero, una vez que firmes, ya está. Hecho.*

—¿Y saben que ya he cumplido los treinta? ¿No se suponía que todas debían tener menos de treinta?

—*Sí.* —Su tono fue pensativo—. *Se lo comenté porque no quería que nos saliera el tiro por la culata, pero no les importó. Me parece que todo esto se les ha hecho imposiblemente largo y quieren acabar ya con todo.*

—Vale. Vaya. No sé… —Los ojos se me anegaron de lágrimas que resbalaron por mis mejillas—. De verdad no sé qué decirte. Te lo agradezco muchísimo.

—*Bueno…* —El tono de Ursula se alzó unos decibelios—. *Hay algo más que tengo que contarte.*

—Claro, dime. —Me sequé las lágrimas, sin preocuparme por que el rímel me hubiera manchado la cara entera. Quería hacerme un ovillo en el suelo y gritar y llorar a moco tendido. Era real. Tras tanto dolor y decepciones, algo (lo mejor que me podría haber pasado en la vida) estaba ocurriendo de verdad.

—*Le di dos relatos a mi agente. Uno tuyo y el otro de Wren. Porque…* —Soltó un suspiro—. *Ambas me ayudasteis a ser una mejor escritora. No habría seguido escribiendo esos ensayos que escribía al principio si vosotras no me hubieseis animado a hacerlo. Y le tengo muchísimo respeto a cómo escribís. No podía escoger a una de las dos para esto.*

—Vale. —Las palabras casi ni me llegaron.

—*Total, que… os han escogido a las dos. Ambas iréis al retiro.*

Me quedé sin respiración.

—¿Cómo dices?

—*Sí, bueno. Ya sé que quizás eso te ponga un poquito incómoda.*

—¿Un poquito incómoda? —Las palabras se escaparon de mi boca en un exabrupto tan alto que la mujer que tenía al lado me dedicó una mirada sobresaltada. Le di la espalda—. Me arruinó la vida.

Cómo no, Wren tenía que venir y arrebatarme el triunfo. Típico.

Ursula no me respondió. Tras unos segundos, respiré hondo. Ya había hecho mucho por mí. Muchísimo más de lo que tendría que haber hecho.

—Oye, lo siento. —Me obligué a sonar tranquila—. Sé que parezco dramática.

—*Pues…, no quiero ser mala, pero sí.* —Ursula estaba usando su voz Dura pero Amable, la cual yo había escuchado más que nada dirigida a Wren cuando esta se ponía de mal humor—. *Lo siento, pero es que tienes que superarlo ya, Al. Es una oportunidad increíble. Y os escogí a ambas porque creo en vosotras. Así que ve al retiro, no le hagas caso a Wren, encandila a Roza y escribe como nunca. Y dejémonos ya de estos rencores tan tontos, ¿vale?*

—Vale —contesté, en un hilo de voz. Ya había hecho enfadar a Ursula, como si no tuviese suficiente ya.

—*A ver* —empezó, con una voz más suave—. *Solo es un mes. Vas a estar tan ocupada escribiendo y conociendo a Roza que ni siquiera te dará tiempo para pensar en Wren. Solo concéntrate en ti y en que, después de esto, no tendréis que veros nunca más. ¿Qué tal así?*

—Mejor —dije, enderezándome—. Puedo hacerlo.

—*Perfecto.* —Su voz sonaba animada de nuevo—. *Es una oportunidad maravillosa. Y te la*

mereces. Eres una escritora increíble.

Las palabras me siguieron resonando en los oídos después de colgar. Me quedé mirando mi café, perdida en los hilillos de vapor que se alzaban desde el vaso sin tapa, y me sentí aturdida.

Eres una escritora increíble.

Una mezcla de terror y desesperación se asentó en mi estómago. Lo había mantenido en secreto. Ursula no sabía que no había podido escribir nada tras lo sucedido con Wren.

Lo había intentado. Al inicio, me había despertado temprano, me había puesto el portátil sobre el regazo y me había quedado mirando una página vacía, deseando que cualquier frase o fragmento llegara a mi cerebro. Solo que en esos momentos la mente se me ponía en blanco como un campo de nieve sin fin y no había forma de obligarla a pensar. Me había cambiado a una libreta y un boli, con la esperanza de que aquello me ayudara a que las palabras empezaran a brotar, pero lo único que había conseguido escribir era «no sé qué escribir» y hacer dibujitos de flores y gatos.

Así que me había terminado rindiendo. Imaginaba que en algún momento volvería a hacerlo, solo que, al ver que las semanas y los meses seguían pasando, aquello había parecido cada vez menos probable.

Entonces, mientras permanecía allí sentada, la cruda realidad me llegó de golpe, como un mazazo contra la nuca.

Iba a pasar un mes entero en el retiro para escritoras de Roza Vallo con un bloqueo tremendo.

4

Dos semanas después, me encontraba en un tren que salía por el norte de la ciudad a toda máquina. Era viernes por la tarde y el vagón estaba prácticamente lleno. Un adolescente delgaducho con unos auriculares enormes se había repantigado en el asiento de al lado. Mis gafas de sol me protegían de la pálida luz del sol del invierno y me quedé observando el aburrido paisaje —edificios grises y solares vacíos— desaparecer como borrones.

Estaba de camino a la casa de Roza. Joder, de verdad estaba de camino a la casa de Roza Vallo.

El tiempo había pasado volando tras aquella llamada con Ursula. Como me había dicho, había recibido el correo aquella misma tarde y había contestado de inmediato: «¡Muchísimas gracias por la gran oportunidad que me brindáis!». Había recibido un acuerdo de confidencialidad, el cual había firmado sin habérmelo leído. Y, desde entonces, mi cuerpo había estado lleno de una especie de zumbido bajo, como una valla eléctrica a la espera de que alguien la pusiera a prueba.

Me había sorprendido lo bien que me había sentado contárselo a Sharon. Casi había perdido los papeles, y su voz se había convertido en un chillido.

—¿En serio? ¿El mes que viene? ¿Cuando tenemos que transmitir lo de Bogman-Briggs? —Solo que era intocable. Estaba usando todos mis días de vacaciones y los que podía tomarme de baja a la vez. Y ya le había pedido al resto de los editores que me echaran un cable. Al final, había terminado despachándome de su oficina con un ademán de la cabeza de lo más asqueado.

Saqué mi ejemplar de *La doncella de rosa*, el libro más reciente de Roza, de mi bolso de cuero. Lo había metido en un arrebato de último minuto, al preguntarme si sería de muy mal gusto pedirle que me lo firmara. Lo había comprado hacía seis años en la Feria del Libro de Brooklyn en una de esas raras ocasiones en las que Roza hacía una aparición en público, pero el evento había terminado en debacle tan rápido que ella no se había quedado para firmar nada.

Había guardado el recuerdo de aquel acontecimiento en mi memoria, aparentemente con todo lujo de detalles, para extraerlo y maravillarme con él de vez en cuando, como si fuese una foto muy querida. Había sido más que satisfactorio poder experimentar

todo el poder que ostentaba Roza.

De algún modo, Wren nos había conseguido entradas para una actividad para la que ya se habían agotado, la cual se llevaría a cabo en Saint Ann, una iglesia majestuosa en Brooklyn Heights. A ambas nos encantaba la idea de que a Roza, tan profana ella, le hicieran una entrevista en la casa del Señor. No obstante, la iglesia no había tenido aire acondicionado, había hecho muchísimo calor y el ambiente había estado muy húmedo a pesar de todos los enormes ventiladores que tenían en marcha. Roza iba tarde. Todos los presentes nos estábamos removiendo en nuestros sitios en los bancos de madera de la iglesia como unos bebés con cólicos.

—Esto es una estafa. —Wren se abanicó un poco con un folleto que contenía el horario de las actividades—. Si no llega en cinco minutos, nos largamos.

—Seguro que empezarán pronto. —Aunque ambas habíamos ido con resaca de la noche anterior, al menos una de las dos debía mantener la calma. Además, tenía una razón por la que debíamos quedarnos: cuando me firmara mi libro, pensaba decirle que yo también tenía ascendencia húngara, un hecho minúsculo pero importante que nos relacionaba. Pese a que Roza iba a conocer a cientos, o tal vez miles, de personas aquel día, quizá y solo quizá, me recordaría a mí. Y, si vivía en un lugarcito del cerebro de Roza Vallo, por muy diminuto que fuera, tenía la sensación de que aquello mejoraría muchísimo mi existencia.

Tres personas subieron al escenario, y el público ansioso se quedó en silencio. Había una editora del *New Yorker*, un joven escritor que había ganado todos los premios literarios aquel año y Roza, preciosa y sencilla con sus tejanos rasgados y una camiseta negra de tirantes. Llevaba su cabello caoba largo y suelto, y sus gafas de marco grueso combinaban sorprendentemente bien con sus labios rojos. Se reía por algo que la editora le había dicho. Su voz musical resonó por todo el lugar como una campana, gracias al micrófono pequeñito que tenía enganchado en el cuello de su camiseta.

—A ver. —Asha, la editora y moderadora, respiró hondo y sonrió—. Qué emoción estar aquí, ¿verdad? Por favor, démosle la bienvenida a Roza Vallo y a Jett Butler.

Durante los eufóricos aplausos, eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de la cantidad de hombres que había en el público. Seguro que estaban allí para ver a Jett, quien había firmado un contrato de cientos de miles de dólares por su primer libro y a quien habían denominado el siguiente Hemingway.

Asha presentó a Roza y a Jett en contraste: experimentada versus novato, abiertamente feminista contra un enfoque masculino más conciso y tradicional. Ambos escritores observaron a la moderadora con sonrisas humildes. Mientras que Asha se encontraba sentada al borde de su asiento, Rosa y Jett parecían estar de lo más cómodos.

Jett recogió la botella de agua que tenía cerca de sus pies y bebió un largo trago antes de apartarse su melena rubia y algo larga detrás de la oreja. Roza permaneció quieta y con la vista clavada en Asha con una expresión serena.

—No sé ni por dónde empezar —confesó Asha, toqueteando la libreta pequeñita que tenía en su regazo—. Ambos tenéis nuevos libros este año: *La doncella de rosa* y *El señor Mustang*. Una maravilla los dos.

—Pero qué amable —dijo Jett, en una voz grave y tranquila, lo que ocasionó unas cuantas risitas. Miró a Roza de reojo, como si fuese un chiquillo travieso.

—Jett, empecemos contigo. ¿Qué se siente? Tienes veintiséis años y has sido nominado al Premio Nacional del Libro. ¿Cómo fue tu reacción cuando te enteraste?

—Cuando me enteré, dije: ¡Por fin! —entonó, con un atisbo de acento sureño—. No, que es broma. No sé, la verdad. «Surrealista» es una palabra muy cliché, pero fue eso lo que me pareció.

—Empezaste a escribir cuando eras muy jovencito, ¿verdad? —le preguntó Asha.

—Hace seis años. Lo empecé en la universidad, vaya. Solo que me llevó un tiempo hacerlo bien. Miles de horas. Y, de hecho, esta parte es importante. —Alzó el índice—. A mucha gente le ha molestado lo del anticipo, pero, cuando te pones a pensar en todas las horas dedicadas que hay detrás, en realidad terminas cobrando céntimos por hora.

—¿Y estudiaste en la Universidad Duke? —La súbita pregunta de Roza, endulzada con su tono tan ligero, fue como una improvisación en lo que ya tenían ensayado. Tanto Jett como Asha la miraron de reojo—. Es una muy buena universidad.

—Sí —asintió él—. El Señor me dio la bendición de una beca completa.

Roza alzó ambas cejas.

—Ya veo, así que empezaste esta novela tan bonita en Duke.

—Gracias por llamarla así. —Sonrió, coqueto—. Decían las malas lenguas que era demasiado joven para considerarme a mí mismo un novelista.

—Ay, no, Jett. —Roza había fruncido el ceño—. Cuando yo empecé a escribir *La lengua del diablo* tenía dieciséis. No dejes que nadie te diga que eres demasiado joven.

—Gracias. —El autor se cruzó de brazos, contento por toda la atención.

—¿Y cómo hiciste para mantenerte todo ese tiempo? —Roza ladeó la cabeza—. Sin contar lo de la beca completa, ¿cómo pagaste la comida, el piso?

Jett miró de reojo a Asha, quien tenía una expresión ligeramente sorprendida, aunque parecía haber dejado que Roza tomara las riendas de la entrevista.

—Curros varios, en su mayoría —contestó él, encogiéndose de hombros—. Cosas que hacían que se me cansara el cuerpo, pero no el cerebro.

—Curros varios, ya veo. —Roza sonrió con la misma expresión que un padre viendo

todos los sobresalientes de su hijo—. Qué maravilla. Y cuando terminaste la universidad, ¿te mudaste a Nueva York?

—Al principio me quedé en Raleigh por un tiempo.

—¿Por la novieta? —preguntó Roza, deliberadamente.

Jett soltó una risita.

—Sí, bueno. Estaba saliendo con alguien. Aunque tampoco tenía suficiente dinero para mudarme en aquel entonces.

—¿Y quién era esa novia?

—Buah —se rio él, girándose hacia Asha—. Esto se está poniendo muy personal.

—Jett —interpuso Roza, antes de que Asha pudiera hablar—, todas estas personas tan encantadoras se han reunido aquí con el calor infernal que hace porque quieren saber más sobre nosotros. ¿No es ese el objetivo de las presentaciones? Echarle un vistazo a la vida y la mente de la persona que ha estado murmurándote al oído durante las últimas diez horas. —Se giró hacia el público—. A todos os gustaría saber más sobre la novia que tuvo Jett en la universidad, ¿a que sí?

Todos vitoreamos. El ambiente de la sala caldeada había cambiado. Una nueva impaciencia se había extendido, los sentidos se habían aguzado, como en el público de un coliseo que observaba al gladiador valiente —aunque sin duda condenado al fracaso — que entraba al escenario a grandes zancadas. De algún modo, todos sabíamos que lo que Roza quería era ponerlo en apuros.

—Así que… —entonó Roza, haciendo que su voz subiera y bajara—. ¿Cómo era? ¿Cómo se llamaba?

Jett le dedicó a Asha una mirada suplicante y disimulada. Al percatarse de ella, la moderadora se aclaró la garganta.

—Roza, tengo muchísimas preguntas que haceros hoy y…

—June —soltó Jett de sopetón, casi sin quererlo, lo cual interrumpió a Asha.

—June y Jett. —Roza se llevó una mano al pecho—. Madre mía, qué monos. ¿Y qué estudiaba?

—Era…, bueno, también es escritora. Nos conocimos en una conferencia en nuestro primer curso. —Se había resignado; le estaba siguiendo la corriente, algo confundido, aunque en camino a recuperar su arrogancia previa—. Escribe de maravilla —añadió, con complacencia.

—¿Ha publicado algún libro?

—Todavía no, pero lo hará.

—¿Y también tenía una beca?

—Sí, claro. —A Jett le gustaban las mujeres que se habían sacado adelante a sí

mismas, como él—. Y trabajaba como camarera.

—June, la escritora camarera. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Eh… unos cuatro años, creo. La mayor parte de la universidad y luego un poco más. —Jett frunció el ceño, al caer en cuenta de algo—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ha venido? ¿La conoces?

—No, no. Solo me encantan las relaciones de escritores. —Roza se inclinó hacia adelante—. Hace tiempo, yo también salí con un escritor. Nos pasábamos el día peleando, cada uno convencido de que era el genio de entre los dos. ¿Os pasó algo así?

—Para nada —contestó él, muy decidido—. A ella siempre se le dio mejor que a mí.

—Y, aun así, a ti te han publicado un libro y a ella no.

—Ya. —Se rascó la barbilla, pensando—. No sé muy bien qué fue lo que pasó. Dejamos de hablar cuando cortamos. No sé cómo irán sus proyectos.

—Debe ser muy difícil para ella. —Roza entrelazó los dedos—. Ver a su ex firmar un contrato espectacular por su libro, dejarlo todo atrás y concentrarse en cosas mejores y más importantes.

—Por mucho que esté disfrutando de buscar en el baúl de los recuerdos, ¿no deberíamos concentrarnos en el libro? —Jett le dedicó una sonrisa seca a Asha.

—Buena idea. Pongámonos a hablar del libro, Jett. —La voz de Roza bajó unos decibelios—. Hablemos del libro que escribió June.

Jett abrió mucho los ojos y luego los entrecerró. Sus labios delgados se estiraron en una sonrisa carente de humor.

—¿Cómo dices?

—Bueno, a lo mejor me estoy pasando, porque tú también trabajaste en él. Aunque fue su idea, su historia.

Roza sonreía a medias, como para suavizar el golpe que estaban dando sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó Asha, aturdida.

—Sé que tuviste que pagarle para que mantuviera el pico cerrado, pero fue tan poquito comparado con lo que te dieron por el adelanto del libro… Ella no tenía ni idea, claro. —Roza arrugó la nariz—. Y el libro tenía tantísimo de ella en él. Porque trabajaba de mecánica, Jett, no de camarera. ¿Verdad? Solo que aquello habría provocado preguntas si lo hubieses contado, ¿a que sí?

—No es cierto. —Jett agitó los brazos—. No me gusta hablar mal de la gente, pero June era… bueno, es… está un poco loca y…

—¿Ah, sí? —Roza sacó su móvil y empezó a buscar algo en él—. Se puso en contacto conmigo la semana pasada. No iba a mencionarlo, porque la verdad es que no es de mi incumbencia en absoluto, pero cuando nos has contado todo ese drama, Jett, cómo

trabajaste tan pero tan duro, creo que ha sido demasiado para mí.

—Todo es mentira, ¿puedes hacer que pare? —Jett le suplicó a Asha—. Se lo está inventando todo, no sé de dónde se ha sacado…

—Tiene una grabación de los dos hablando al respecto. —Roza alzó su teléfono—. Sobre el acuerdo que hicisteis. Ella necesitaba el dinero en aquel momento. Porque su taller no le da mucho, ya sabes. Solo que no le parecía justo que tú te quedaras con tanto y recibieras todos esos elogios. ¿Sabías que la mayoría de las personas solo tiene una buena historia que contar, Jett? Y tú te quedaste con la suya.

Jett se puso de pie de un salto.

—Para. Para ya. —Una vena le sobresalía en el cuello.

Roza se mordió el labio, sin apartar la vista de su pantalla.

—Y ella intentó una y otra vez ponerse en contacto contigo, pero tú no querías hablar con ella, ¿verdad? De hecho, la bloqueaste. Así que tuvo que recurrir a otros medios. Ninguno de los periodistas le creyó. Tu agente y tu editor la ignoraron. Supongo que se podría decir que yo era su última alternativa. Que estaba desesperada. —Roza alzó la mirada hacia él—. Sigue trabajando en ese taller de medio pelo en Raleigh. Y está demasiado deprimida como para ponerse a escribir.

El público empezó a murmurar, y la incredulidad, el asombro y el horror palpitaban por doquier como corrientes de electricidad. En algún momento, Wren me había agarrado del brazo y sus uñas se me habían clavado en la piel.

Incluso desde mi asiento tan al fondo, pude ver que a Jett le temblaban las manos.

—Vale, de verdad estás como una puta cabra. —Se giró hacia la moderadora—. ¿Qué carajos es esto, Asha? ¿Cómo has podido dejar que me hiciera esto frente a...? —Hizo un ademán hacia donde nos encontrábamos todos y luego se giró. Su pie impactó con su botella de agua, la cual salió disparada hacia un lado del escenario. El escritor trató de recomponerse y finalmente se marchó.

Asha parecía haberse quedado congelada en su sitio, sin poder apartar la mirada de Jett. Al final, se giró y le dijo algo en un murmullo a alguien detrás de bastidores.

—Que esto sea una lección para todos. —Roza se puso de pie y nos enfrentó, con las manos apoyadas en las caderas como un orador de una charla TED—. Si vais a hacer chanchullos, hacedlos bien. No seáis tan vagos como para que os atrapen tan fácilmente. Esforzaos un poco. De lo contrario, no os merecéis nada. ¿Estamos? —Miró a Asha—. Creo que ya hemos terminado, ¿verdad? —Se dio media vuelta y se alejó del escenario a paso tranquilo. Asha se puso de pie de un salto y la siguió.

La multitud rompió en una cháchara emocionada y confundida. A mi lado, Wren soltó una carcajada escandalosa y maravillada.

Aunque no nos firmó nuestros libros aquel día, cuando el evento y la revelación se hicieron virales en internet, lo cual ocasionó que la editorial de Jett cancelara la segunda mitad de su acuerdo para escribir dos libros, ambas coincidimos en que haber sido testigos del espectáculo que había sido la venganza de Roza había sido más que suficiente.

5

El grito del revisor me hizo pegar un bote cuando me estaba quedando dormida. Nos acercábamos a la estación. El adolescente melenudo que se había sentado en el asiento de al lado ya se había ido, y el vagón se encontraba casi vacío. El tren ralentizó la marcha con un chirrido traqueteante. Una voz electrónica y rasposa repitió:

—Siguiente parada… [algo que no conseguí entender].

Si hubiese estado dormida de verdad, se me habría pasado la parada. Tras apresurarme a bajar mi maleta del compartimento superior, me situé detrás de la única otra persona que también pensaba bajar del tren. Era bajita, y su cabello rubio se escapaba por la parte de abajo de su gorro de esquiar de color naranja brillante. ¿Estaría yendo a casa de Roza ella también? Los escalones del tren eran altos, y ambas nos tambaleamos al bajar y tuvimos que enderezarnos en el pavimento. Fuera, el viento nos sopló con violencia contra la cara. La chica se giró y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por casualidad vas de camino a la casa de Roza Vallo? —Hablaba rápido y de forma cortada, como si se estuviese apresurando para decir lo que quería decir antes de salir corriendo.

—¡Sí! —Había conseguido mantener algo de calma en el tren, pero en aquel momento toda la emoción y el miedo que sentía me inundaron por completo. Le extendí una mano—. Soy Alex.

—Y yo Poppy. —Su manita diminuta estrechó la mía con más fuerza de la que creía posible—. Ay, madre. ¿No te estás muriendo de nervios?

Me eché a reír ante su sinceridad. Su expresión tan animada y su acento de niña adinerada eran completamente diferentes a lo que habría esperado encontrarme en un retiro de Roza Vallo.

—Pues sí, la verdad. —Sonreí—. No me creo que esté pasando.

—¡Yo tampoco! —Sus ojos cálidos y marrones se abrieron de par en par—. Le he estado dando la tabarra a todas las personas que conozco. De verdad, me estaba volviendo loca. Ay, ¿deberíamos ir a buscar el coche? Debería estar por ahí. —Siguió parloteando mientras cruzábamos el terreno congelado, pasábamos por la plataforma y bajábamos las escaleras. En el pequeño *parking* que había bajo la estación, nos esperaba un coche negro cuyo tubo de escape soltaba algo de vapor.

—Gracias al cielo. Jolín, que frío tengo. —Se dirigió al coche, y yo me apresuré a seguirla. Un hombre se bajó del vehículo cuando nos acercábamos.

—Buenas tardes, señoritas. —Tenía el acento marcado del norte y una barba poblada y salpicada de canas. Lo saludamos y nos metimos en el asiento trasero del coche. Dentro estaba calentito y olía ligeramente como a vainilla. Un ambientador con forma de galletita colgaba del retrovisor, junto con un rosario.

»Soy Joe —se presentó el hombre.

—Hola, Joe. Yo soy Poppy, y esta de aquí es Alex. —Me dedicó una sonrisa que hizo que se le achinaran los ojos. Tenía unas ligeras arruguitas alrededor de los ojos y la boca y me dio la impresión de que Poppy esbozaba sonrisas hasta para regalar.

—¡Poppy! No había oído ese nombre antes. —Joe salió del *parking* sin mayor problema.

—Es escocés —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Así que escocés —comentó Joe—. Siempre he querido ir a Escocia.

—Está muy bien. Aunque es bastante violento. La gente se pasa el día metiéndose en peleas. Una vez vi a un par de hombres salir de una iglesia y liarse a puñetazos.

Joe y yo nos echamos a reír, y Poppy se reclinó en su asiento, complacida.

—¿Trabajas para Roza, Joe?

—A veces, pero no de forma directa. Trabajo para la empresa de taxis de la zona. —Nos echó un vistazo por el retrovisor.

—¿Eres de por aquí? —le pregunté.

—Desde pequeñito, sí. —Asintió con la cabeza—. La zona está bastante bien, aunque está un poco apartada. Supongo que es por eso que a la señorita Vallo le gusta.

—¿Has hablado mucho con ella? —le preguntó Poppy.

—La verdad es que no, suele ser bastante reservada. La gente que trabaja para ella, creo que se llama Yana la chica que hace las llamadas, son quienes se encargan de organizar el transporte cuando llega alguien de la ciudad.

—¿Y cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —Poppy se inclinó hacia adelante y se aferró a la parte de atrás del asiento de Joe con sus uñas rosadas. Sin duda estaba intentando hacerse con alguna información secreta.

—Creo que compró la casa en el 2000. Y le llevó unos años tenerla lista. El lugar estaba hecho una mierda, la verdad. —Tosió un poco—. Perdonad por los tacos.

Poppy se percató de que la estaba mirando.

—Estoy obsesionadísima con Roza. —Puso los ojos en blanco—. Y con Blackbriar. Me encantan las casas embrujadas.

—Ya. No sabes cómo te entiendo. —Durante las últimas semanas me había

concentrado tanto en el hecho de que iba a pasar un mes con Roza y con Wren que prácticamente no había pensado en la mansión. Aunque claro, lo sabía todo de ella. Tras leer *La lengua del diablo* cuando tenía doce años, había hecho una investigación exhaustiva sobre Roza en uno de los ordenadores de la biblioteca durante mi primera semana de clase. Para entonces, Roza había arreglado Blackbriar hacía unos pocos años, y muchas revistas y periódicos habían publicado noticias sobre la transformación. Tenía todo el sentido del mundo que uno de los hogares de la autora fuera el lugar en el que se había cometido un asesinato sin resolver.

—Te sabes la historia, ¿verdad? —me preguntó Poppy.

—Pues claro. La de Daphne y Horace.

—Y Lamia. —Sonrió, como si hubiese pasado una prueba. Solo que cualquier persona que fuese algo más que un simple admirador de Roza conocía aquella historia, la cual bien podría ser algo sacado de una de sus novelas.

Un magnate petrolero, Horace Hamilton, había construido la mansión Blackbriar a finales del siglo diecinueve. Tras una vida de soltería, había terminado enamorándose de una camarera del pueblo, Daphne Wolfe. El idilio armó todo un revuelo, en primer lugar, por la edad tan joven de Daphne, y luego cuando esta organizó un grupo de sesiones espiritistas. La comunidad espiritista de aquella época consideraba que Daphne era una poderosa canalizadora, al principio por medio de escritos a máquina, y posteriormente gracias a dibujos y cuadros. El problema vino cuando Daphne proclamó que había conectado con una poderosa demonio llamada Lamia. Daphne le dijo a su grupo que Lamia quería comunicarse a través de su arte por medio de una «gran obra».

A las demás miembros del grupo no les gustó la presencia de Lamia y se marcharon. Horace le prohibió a Daphne que dejara entrar a un espíritu maligno a su casa. Tras una terrible tormenta de nieve, los trabajadores de la casa volvieron y encontraron a Daphne y a Horace muertos. A Horace lo habían destripado en su cama. Y Daphne se encontraba en el sótano, con el cuerpo carbonizado de tal manera que era imposible reconocerla.

La mayoría asumió que Daphne, al verse presa de un brote psicótico, había matado a Horace mientras este dormía y luego se había prendido fuego a sí misma. Sin embargo, y de forma muy misteriosa, el resto del sótano se encontraba impecable, incluso los tres cuadros terminados que había cerca.

—Entonces, si creciste aquí…, habrás oído todos los rumores de Blackbriar, ¿verdad? —le preguntó Poppy a Joe.

—Sí, claro. —Soltó una risita—. Solíamos retarnos a pasar una noche dentro de la mansión. Las puertas estaban cerradas, pero la gente entraba por una ventana rota que

había en la parte de atrás.

—Ay, madre. ¿Pasaste la noche ahí? —Los ojos de Poppy brillaron con interés.

—No, yo no. Me daba demasiado miedo. —Se lo pensó un poco—. Mi primo sí lo hizo una vez. Terminó cayéndose por las escaleras del sótano y se rompió un tobillo. Todos dijeron que fue por la maldición.

—¿La maldición? —repetí.

—De esa demonio, como sea que se llame. Las malas lenguas dicen que sigue por ahí. —Carraspeó un poco—. No me quedaría allí ni aunque me pagaran, la verdad. No sé si creo en demonios o en cosas así, pero sin duda hay una energía extraña en esa casa.

—Caray. —Poppy sonaba exultante—. Pues ya te contaremos.

Las casas y los edificios fueron desapareciendo y, al final, lo único que nos rodeó fue un bosque sin fin. Dediqué ese tiempo a respirar hondo. Con cada kilómetro que pasaba, nos acercábamos más y más. Con cada minuto que pasaba, quedaba menos tiempo para ver a Roza —lo cual era casi más emocionante de lo que podía concebir— y a Wren —lo cual era igual, pero de horrible—. Me resultaba muy extraño tener que hacer malabarismos con aquellos dos sentimientos, y ambas me habían revolucionado tanto por dentro que tenía mariposas en el estómago.

—Me estoy quedando sin cobertura —anunció Poppy—. ¿Es eso normal?

—Por desgracia, sí. —Nos miró de reojo—. La cobertura es muy irregular aquí arriba.

La ondulante línea de árboles se despejó por un momento para revelar unos edificios grises y largos. Había alguien de pie cerca del buzón, al borde de la carretera: era una mujer cuyos mechones de cabello gris ondeaban sueltos por debajo de su gorra de caza de piel. Le di un codazo a Poppy, y ella dirigió la mirada hacia allí. La mujer alzó una mano con un rostro solemne, aunque amable.

Poppy le devolvió el saludo, animada.

—¿Quién es?

—Es una monja, lo creáis o no —contestó Joe—. Ese convento lleva allí unos doscientos años.

—¡Mola! —Poppy se quedó mirando por la ventana de atrás—. ¿Y cuántas monjas viven allí?

—Creo que solo quedan unas diez. Diez monjas para ese lugar tan enorme. Viven allí todo el año y tienen unas cuantas vacas y gallinas. Hacen unas mermeladas buenísimas que venden en la carretera de vez en cuando.

—Ay, pero qué monas. —Poppy devolvió su atención a su móvil.

—Casi no tendrán contacto con el mundo, ¿verdad? —pregunté.

—Tienen unos cuantos practicantes durante el verano. —La mirada oscura de Joe

conectó con la mía en el retrovisor—. Universitarios que las ayudan con los jardines. Pero durante el invierno están solas, que yo sepa. —Se aclaró la garganta—. De hecho, son quienes viven más cerca de Blackbriar.

—¿Nos queda mucho para llegar? —Un nuevo revoloteo de emoción y miedo me inundó el pecho.

—No demasiado, poco más de veinte kilómetros.

—Vaya. —Poppy me miró de reojo—. Así que estaremos bastante aisladas.

—Un poco, sí —contestó Joe—. Sobre todo si hay tormenta. El invierno pasado, los que vivían allí se quedaron atrapados por la nieve dos veces.

—¿A qué te refieres cuando dices «atrapados por la nieve»? —quiso saber Poppy.

—Pues…, antes no era para tanto. Unas cuantas nevadas de vez en cuando. Pero el año pasado y el anterior a ese, hubo unas tormentas horribles. Les llevó varios días a las quitanieves llegar a todos lados. Y, hasta entonces, se quedaron encerrados.

—Jolín. —Poppy se mordió el labio—. ¿Y qué pasa si se quedan sin luz?

—La mayoría de las casas tienen generadores de reserva, así que no te preocupes. Seguro que ellos tienen un par de esos.

Pasamos a hablar sobre temas más agradables y, diez minutos después, bajamos la velocidad al entrar por un camino de gravilla irregular. *Hemos llegado*. Cada célula de mi cuerpo se retorcía con una energía renovada.

—¿Es aquí? —Traté de sonar tranquila.

—Aquí mismo —contestó Joe.

Respira. Respira. Respira.

—Ay, madre. —Poppy estiró una mano y aferró la mía. La suya era huesuda y fría, como la de un esqueleto. Avanzamos por un sendero largo y curvo que tenía unos cuantos baches que nos hicieron saltar en nuestros sitios. Poppy se puso a reír, nerviosa.

—Creeríais que una millonaria arreglaría su entrada —dijo Joe, por lo bajo. Y como si lo hubiera oído, la gravilla dio paso al cemento y dejamos atrás los árboles para encontrarnos en un espacio abierto.

Había visto fotos, cómo no, solo que, en la vida real era incluso más impresionante de lo que lo había imaginado. La fortaleza victoriana se alzaba frente a nosotros, magnífica y orgullosa. La puerta estaba flanqueada por dos torrecillas, y una hiedra cubierta de nieve trepaba por las paredes de piedra gris. Había muchísimas ventanas, todas de un color blanco lechoso gracias a la pálida luz del sol del atardecer. Aquello hizo que me pusiera un poquito de los nervios, pues parecían ojos que rodaban hacia el interior de una cabeza.

—Vaya —suspiró Poppy.

—Es preciosa, ¿verdad? —Joe sonaba orgulloso, como si aquella vista le perteneciera.

Mi intranquilidad se esfumó, y solo pude sentir emoción. Habíamos llegado. Aquella era la mansión de Roza Vallo. Era real y estaba frente a nosotras. Me puse a temblar por la expectativa mientras ralentizábamos el paso por la glorieta que había frente a la casa y nos deteníamos en los escalones de la entrada.

—Bueno, señoritas, hemos llegado. —Joe abrió su puerta, y el frío se coló en el interior calentito.

Poppy seguía con la vista clavada en la mansión.

—¿Lista? —le pregunté.

Se giró hacia mí, y vi una expresión extraña —¿inseguridad? ¿aprensión?— en su rostro.

Pero entonces me sonrió.

—¡Sí! ¡A por ello!

Joe ya había sacado nuestro equipaje del maletero y se estaba frotando las manos, como si estuviese ansioso por marcharse.

—Ay, espera. ¿Puedo…? ¿Deberíamos darte…? —Metí la mano en mi bolso.

—No hace falta, ya está todo pagado. —Era un poco raro ver a Joe de frente tras el trayecto de cuarenta y cinco minutos que habíamos hecho en el coche. Asimismo, él también parecía estar observándome, con expresión seria—. Tened cuidado, ¿vale? —Me extendió una mano, y se la estreché.

—¡Muchas gracias, Joe! ¡Molas mucho! —exclamó Poppy, mientras arrastraba su maleta por los escalones de la entrada. La seguí y eché un vistazo hacia atrás para ver que Joe ya se estaba marchando por la glorieta.

»Vale, chica. —Poppy me sonrió, con la mano puesta sobre el timbre circular—. ¿Estás lista?

Por un segundo, no pude respirar, pero entonces asentí y Poppy llamó al timbre. Un sonido grave provino desde el interior de la casa, como un ronroneo o un gruñido, y yo apreté con fuerza el asa de mi maleta mientras la puerta se abría lentamente.

6

Una mujer se asomó por la puerta con una expresión imperturbable, como si le hubiera fastidiado que nos encontráramos en su entrada. Parecía tener unos cuarenta y muchos, de piel pálida, unas líneas delgadas que le rodeaban sus ojos grises y melancólicos y el cabello decolorado que se había atado con firmeza en un moño.

—Eh, hola —dijo Poppy, tras el silencio de la mujer—. ¿Es…? Hemos venido por lo del retiro. —Me miró de reojo—. O sea, obvio.

—Vale. —La mujer entrecerró los ojos y abrió la puerta del todo—. Pasad. —Tenía un acento como eslavo y nos hizo un ademán impaciente para que metiésemos las maletas. Iba vestida con un chándal de pana color rojo cereza que abrazaba sus curvas. Poppy me miró con los ojos como platos —como diciendo «¡¿qué carajos?!»—, y yo me encogí de hombros, disimulando una sonrisita. La mujer me recordaba a una condesa arrogante junto a la que me había sentado en una cena en un teatro inmersivo cuando estaba en la universidad.

En cuanto soltamos nuestras maletas, nuestra anfitriona se hizo con ellas y se marchó. Su retaguardia se bamboleó de lado a lado, y las suelas rosas de sus deportivas brillaron. Poppy vaciló un instante, pero luego se apresuró a seguirla. Yo hice lo mismo detrás de ambas, y mis botas húmedas chirriaron sobre el suelo de mármol.

Pasamos a toda prisa por el recibidor hacia un gran vestíbulo que se alzaba a unos quince metros sobre nuestras cabezas. Una enorme escalera de mármol conducía a una segunda planta. Unos cuadros de tamaño considerable cubrían las paredes: hacia la izquierda, con figuras abstractas, y, hacia la derecha, con siluetas acechantes. Un candelabro de techo pendía sobre las escaleras e iluminaba todo con centenares de velas eléctricas.

El lugar era impresionante, majestuoso, y una sensación de algarabía me corrió por las venas. Había llegado hasta allí. A Blackbriar. Quería volver al pasado y decirle a mi yo más joven, que leía *La lengua del diablo* en Barnes & Noble: «No te rindas. A pesar de toda esta mierda, te van a ocurrir cosas mágicas».

La mujer giró hacia la derecha, más allá de una mesa de mármol adornada con un jarrón de flores naranjas. La seguimos por un largo pasillo delineado con elegantes

moquetas marroquíes y estatuas de mármol, iluminado por unos candeleros de vitrales que había en las paredes. Había unos cuantos cuadros salpicados por las paredes de terciopelo verde. Mi mirada se quedó prendada en uno que mostraba lo que parecía ser una vaca muerta tendida sobre un campo, y no me percaté de que me chocaba contra Poppy.

—¡Ay! —exclamó ella, a la par que yo murmuraba un «¡lo siento!».

Poppy se había detenido porque nuestra anfitriona había hecho lo mismo. Aún aferrada a nuestras maletas, la mujer nos hizo un ademán con la barbilla en dirección a la puerta más cercana. Tras ella se podían oír ligeramente unas risas femeninas y el tintineo de unas copas al chocar.

—Vosotras allí, con las otras chicas —nos dijo—. ¿Vale?

—Vale, muchísimas gracias, y una preguntita. —Poppy alzó su móvil—. ¿Cuál es la contraseña del wifi? Es que no estoy teniendo nada de cobertura.

La mujer la observó sin apenas ocultar su desagrado.

—No hay contraseña. —Nos hizo un gesto hacia ambas—. Abrigos. —Obedecimos y nos quitamos los abrigos para luego entregárselos. Señaló nuestros gorros, así que también se los dimos. De algún modo, se las arregló para sostenerlo todo y se marchó, tras lo cual desapareció por el largo pasillo.

—¿No hay contraseña? —La frente de Poppy se arrugó bajo su melena rubia que había sido liberada de su gorro. Frunció el ceño en dirección a su móvil—. Pero no veo ninguna red a la que conectarme.

—Si las demás están allí, quizás ellas puedan decirnos. —Me sorprendía lo tranquila que sonaba mi voz. Al oír a las otras chicas, el corazón me había empezado a latir desbocado y parecía que se estaba lanzando contra mi pecho como si fuera una bestia enjaulada. *Wren*.

—Ya, cierto, tienes razón. —Poppy se guardó el móvil en su bolso—. A por ello. —Cuadró los hombros y entró en la sala.

Ambas contuvimos la respiración cuando entramos en la biblioteca, la cual, según mi investigación, siempre había pensado que era la sala más espectacular de todas. *La famosa biblioteca de Roza Vallo, con diez mil libros*. De niña, y quizá también entonces, aquella había sido mi fantasía: estar rodeada de muchos, muchísimos libros. Las estanterías se extendían hasta los techos altos y contenían más libros de los que alguien podría leer en toda su vida. En un extremo de la sala, unas ventanas dejaban pasar una luz pálida que iluminaba varios sofás de lujo y butacas agrupadas alrededor de un enorme hogar de piedra. Había una mesita cerca llena de bandejas de queso, embutidos, fruta y unas cinco botellas de vino. Una chica nos daba la espalda y se estaba sirviendo

algo de comida en su plato. Otra parecía estar tumbada en el sofá, aunque lo único que podía ver de ella era un pie, envuelto en un calcetín a rayas, que reposaba sobre el brazo del sofá.

—¡Hola! —saludó Poppy, mientras nos acercábamos.

La mujer que estaba cerca de la comida se giró, y la otra asomó la cabeza.

Mi corazón se tranquilizó un poco. Ninguna era Wren.

Qué risa, ni siquiera había pensado en las otras mujeres que también estarían en el retiro. Quiénes serían, cómo me sentiría al pertenecer a ese grupo.

Me obligué a sonreír. Las primeras impresiones eran importantes; en especial si Wren iba a llegar después, sería útil si contaba con ventaja y ya tenía a todas las chicas de mi lado.

—¡Holiii! —La chica del sofá tenía una sonrisilla traviesa y pecas salpicadas sobre su rostro afilado, como el de un zorro. Llevaba su pelo rubio y corto con rastros de un tinte verde algo difuminado, lo que hacía que se pareciera aún más a un elfo. Alzó su copa, y su manga larga y suelta se movió un poco para revelar unos tatuajes coloridos que relucían sobe su piel pálida—. ¡Bienvenidas, chicas! ¡Venid a por una copa de vino del bueno!

—Uf, sí. Es justo lo que necesito. —Poppy avanzó en dirección a la mesa—. ¿Qué tal? ¡Qué gusto conoceros! Soy Poppy.

La chica que estaba cerca de la comida llevaba unas gafas rojas que terminaban en punta y sus trenzas recogidas en un moño alto.

—Encantada. Yo soy Keira y mi pronombre es «ella». —Una suave sonrisa iluminó su rostro. Iba toda de negro: jersey grueso, tejanos y bufanda de cachemira.

—Yo soy Taylor. —La chica de los tatuajes nos saludó desde el sofá—. Mi pronombre es «ella». Me vais a disculpar que no me levante, pero llevo *años* sin estar así de cómoda. —Su voz tenía una pizca del acento típico del sur.

—Me llamo Alex y mi pronombre es «ella». —Me invadió una súbita y rauda sensación de alivio al ser capaz de anunciar mi pronombre sin problemas. Sharon nos había pedido que empezáramos a usarlo en el trabajo hacía seis meses, cuando nos presentáramos en reuniones con autores. Me había parecido de lo más irónico que Sharon se preocupara en absoluto por parecer «concienciada» cuando las únicas personas pertenecientes a minorías que había contratado se desempeñaban en puestos de nivel bajo.

Para ser sincera, hacía poco que había empezado a pensar en las diferencias raciales, en concreto en el hecho de ser blanca. Me había dado cuenta de que me había pasado toda la vida en ambientes predominantemente blancos. Al haber crecido a las afueras de

las ciudades del Centro Oeste del país, en las escuelas a las que había ido y en los barrios en los que había vivido, la gente había sido blanca en su mayoría. Las clases en la universidad habían sido más de lo mismo. En Nueva York, Ursula había sido la primera amiga no blanca que tenía, y se había limitado a compartir conmigo sus opiniones sobre temas raciales solo en sus ensayos. Recordaba haber leído un comentario racista dirigido hacia ella en el metro y haberme quedado a cuadros. El sector literario era blanco en su mayoría, al igual que la zona en la que vivía, East Williamsburg.

Incluso en aquellos momentos, parecía que la única mujer de color que había en el grupo era Keira, y aquello resultaba sorprendente. ¿O tal vez no?

—Ay, cierto. —Poppy parecía avergonzada—. Perdonad. El pronombre que prefiero…, ay, ¿cómo era?

—Mi pronombre es «ella». —Taylor la observó un poco y luego le dedicó una sonrisa amable—. Puedes decirlo así y ya está. No es cosa de preferencias, sino cómo te identificas. Gracias por compartirlo con nosotras.

—Vale. —Poppy aceptó la copa de vino que Keira le pasó, con las mejillas sonrojadas.

—¿Quieres? —me preguntó Keira.

—Me encantaría, gracias. —El vino era de un tono rojizo oscuro, del tipo que siempre me recordaba a la sangre. Aparté de mi cabeza aquella conexión tan morbosa. El vino me vendría bien, me ayudaría a superar mis inseguridades. Solo tendría que asegurarme de comer algo. Me serví unas cuantas galletitas saladas y un poco de queso en un platito de cristal.

—Poppy, tu nombre mola. —Taylor se volvió a acomodar en el sofá, con las piernas cruzadas, y yo me senté a su lado.

—Gracias. Es un poco distinto, ¿a que sí? —Poppy se dejó caer en una butaca cerca de Keira, mientras le daba mordisquitos a una fresa—. Es irlandés.

—¿No me has dicho que era escocés? —le pregunté.

—Ay, madre, sí. Es verdad. —Soltó una risita, antes de poner los ojos en blanco—. Es que es tremenda mescolanza que suelo escoger un país para decírselo a la gente. Para no complicarme la vida.

—Te entiendo —le dijo Taylor—. A mí me pasa igual: tengo ancestros de todas las partes de Europa. —Me observó un poco—. ¿De dónde es tu familia, Alex? Me pareces un poco francesa.

—Anda, ¿de verdad? —Me eché a reír, nerviosa—. No me considero precisamente *chic*. —Me había pasado una barbaridad de tiempo aquella mañana tratando de decidir qué ponerme y aún me sentía algo desaliñada con mis tejanos y mi jersey de puntitos.

—Acepta el cumplido y ya —dijo Taylor, sonriendo.

—Vale, gracias. Pues… tengo ascendencia alemana y húngara. —Mi madre había nacido en Budapest tras la guerra, durante la ocupación soviética. Sus padres, ambos supervivientes del Holocausto, habían muerto cuando ella tenía veintitantos, y ella casi no hablaba de su pasado. Había tenido que sonsacarle algunas migajas cuando estaba de camino a emborracharse y se le soltaba la lengua.

—De Hungría como Roza. —Taylor me hizo un ademán con su copa—. Qué buena conexión.

—¿De qué parte de Alemania? —me preguntó Keira.

—La verdad es que no lo sé. Es de mi lado paterno, y él no forma parte de mi vida. —Me pregunté si estaría compartiendo demasiada información, pero Keira me dedicó una mirada llena de comprensión—. En cualquier caso, no pasa nada —seguí—. ¿Tú tienes algún familiar de Alemania?

—Estudié en Berlín durante una época. —Sonrió.

—Keira, ¿y de dónde es tu familia? —preguntó Poppy, con la boca llena.

—De Senegal.

—Imagino que no vinieron por voluntad propia —comentó Taylor.

Me quedé de piedra, con una galletita a medio camino de la boca.

—La verdad es que no —contestó Keira, con voz suave.

—Perdona. —Taylor soltó un suspiro—. Es que odio tener que evitar hablar de este tema. Hacer como que la esclavitud nunca pasó. Ya tengo que soportarlo bastante en mi pueblo.

Keira se encogió de hombros.

—Oye, al menos no he sido a la única a la que le han preguntado de dónde soy. Pero de dónde soy *de verdad*. Incluso en Los Ángeles me pasa muchísimo.

—¿Vives en Los Ángeles? —le pregunté a Keira, tratando de pasar a un tema menos peliagudo. ¿De verdad Taylor tenía que mencionar la esclavitud? En especial cuando Keira era la única persona negra en la sala.

—Sí, justo he aterrizado aquí esta mañana. —Se metió una oliva a la boca.

—¿Y a qué te dedicas? —quise saber.

—A ver. —Taylor dio una palmada—. Ya que estamos todas, ¿os parece si nos ahorramos tiempo y vamos presentándonos cada una? Dónde vivimos, a qué nos dedicamos, chismes de los buenos.

Ya que estamos todas. No sabían que faltaba Wren. Y quizás, en un golpe de suerte…, ¿decidía no venir? Era difícil, por no decir imposible, que la adoración que Wren sentía por Roza se hubiese extinguido. No obstante, su vida era diferente. A lo mejor le había

salido algún otro viaje u oportunidad que no podía rechazar. Un rayito de esperanza se me formó en el pecho.

—Qué buena idea ha tenido la profe. —Keira sonrió y se acomodó sus gafas.

—Ay, gracias. Vale, yo empiezo. —Taylor se enderezó—. Pues sí, soy profesora de primaria, así que si me pongo a organizar actividades y os da palo…, bueno, no sé qué deciros. —Poppy y yo nos echamos a reír. Taylor tenía una forma de expresarse muy teatral y llena de movimiento, y no tenía problema en imaginarla capturando la atención de sus alumnos en un aula—. Vivo en Austin. —Ladeó la cabeza—. A ver… qué más, qué más. Tengo un gato que se llama Orson y una novia que se llama Kitty. Tenemos una relación abierta. Kitty y yo, no el gato y yo. Y nos encanta Roza. A Kitty, a mí y también a Orson. Y creo que eso es todo por el momento. ¿Poppy?

—Vale. —Poppy dejó su copa sobre la mesa y se apartó su cabello color miel de la cara—. Me llamo Poppy, como ya sabéis. Vivo en Atlanta; nací allí, de hecho. Y trabajo en relaciones públicas.

Atlanta era un área metropolitana bastante grande; parecía raro que el uso de los pronombres la hubiese confundido, pero quizá se había aturullado un poco y ya.

—¡En relaciones públicas! —Taylor chasqueó los dedos—. Claro que sí, tendría que haberlo sabido con esa energía que nos traes.

—¡Ay, gracias! Mi novio se llama Jack y… ¿me he dejado algo?

—Yo quiero saber sobre qué sueles escribir. —Taylor se cruzó de brazos—. Me pareces un pelín puritana. Sin ánimo de ofender, claro.

Poppy se echó a reír.

—Ya, te entiendo. No sé si escribo sobre cosas tan retorcidas como hace Roza, pero por ahí voy. ¿Te basta?

—Sí, claro. —Taylor volcó su atención sobre mí, y esta fue como el haz de una linterna —. Alex, te toca.

Me sentí desnuda con todas las miradas puestas sobre mí.

—Pues… vivo en Brooklyn —dije, antes de carraspear ligeramente y obligarme a sonreír.

—Te ha tocado viaje corto, entonces —comentó Keira.

—Sí, he tenido suerte. —Vacilé antes de continuar. ¿Debería contarles que me habían aceptado como extra en el grupo? Solo que, si al final Wren no venía, ¿acaso tenía sentido? La esperanza, la sensación de que puede que estuviera a salvo, me inundó de sopetón con una dosis de autoconfianza—. En cuanto a qué me dedico, creo que puedo presumir de que mi sector es el más emocionante de todos. —Hice una pausa para añadir un efecto dramático—. El de la publicación de libros académicos.

—¡Oye! —se quejó Taylor—. Venga ya, ¡un poquito de orgullo! Ambas estamos educando al futuro.

—Si tú lo dices. —Puse los ojos en blanco.

—¿Pareja? —quiso saber Taylor—. ¿Estás saliendo con alguien?

Me llegó a la cabeza una súbita imagen de Pete, pero la hice a un lado.

—Nada formal —dije, animada, con la esperanza de no sonar demasiado patética. Era duro ser la única soltera en un grupo. *Ay, ¿no le gustas a nadie? ¿Qué será lo que te pasa?*

—Así que estamos con evasivas, ¿eh? —Taylor se dio unos golpecitos en el labio—. Ya te sacaremos más información en otro momento. Keira, ¿has terminado de contarnos sobre ti? ¿A qué te dedicas?

—Escribo. —Sonrió.

—¿A tiempo completo? —Taylor se llevó una mano al pecho—. ¿Eres uno de los últimos unicornios que existe?

—Bueno, escribo de todo. Notas de prensa, artículos de bienestar, manuales corporativos. —Se encogió de hombros—. Lo corporativo no es muy divertido, pero gajes del oficio.

—Hasta ahora. —Taylor se puso de pie para volverse a llenar la copa—. O sea, estamos hablando de Roza Vallo. Cualquier persona que tenga relación con ella no tendrá problema en que le publiquen un libro. Nos ha tocado la lotería.

—Eso espero —dijo Keira, con una sonrisa.

—¿Y tienes pareja? —pregunté, usando de forma deliberada un término sin marcas de género.

Ella negó con la cabeza.

—Terminé con alguien hace poco. Llevaba tres años con él. Así que ahora estoy disfrutando de mi soltería.

Me sentí un poco aliviada al saber que no era la única sin pareja. Y Keira lo había hecho parecer como si fuese algo deliberado. La imaginé encendiéndose una vela en su habitación, leyendo un libro y disfrutando de su propia compañía. ¿Por qué no podía ser yo así?

—Mujeres, ¿habéis conocido a Roza ya? —Poppy frunció el ceño—. ¿Puedo llamaros así?

—Por mí no hay problema. —Taylor miró de reojo a Keira—. Y no, aún no.

—Hemos conocido a Ian —siguió Keira—. Su editor, o al menos uno de ellos. Nos ha dicho que todavía no había llegado, que venía desde Europa.

—Y también hemos conocido a Yana. —Taylor pronunció su nombre con un acento sorprendentemente bueno—. Nuestra amiga rusa.

—Me ha recordado a una zarina de una de esas obras de teatro comunitario —dije, y Taylor se echó a reír.

—¿A que sí? Me encanta, todo le importa una mierda. —Taylor se pasó una mano por su cabello corto—. Perdonad, digo un montón de tacos. Y, como no sois niñas de nueve años, ¡no tengo que contenerme!

—Ah, sí, otra pregunta: ¿habéis dado con el wifi? —Poppy sacó su móvil.

—Yo también lo he preguntado al llegar. —Keira miró a Taylor con una ceja alzada.

—¿Y? —Poppy parpadeó, confusa.

—No hay wifi —contestó Taylor.

—¿Cómo? —pregunté—. Pero si tampoco hay cobertura.

—Ajá. —Taylor parecía satisfecha por nuestra estupefacción—. Estamos aisladas por completo.

—Pero le dije a Jack que lo llamaría esta noche. —Poppy apretó los labios.

—Hay un teléfono en el despacho —le dijo Keira—. Uno fijo. He llamado a mi madre hace un rato, puedo mostrarte dónde está.

—Supongo que esto explica por qué Roza no está en ninguna red social —dijo Taylor, encogiéndose de hombros.

—No pasa nada, me vendrá bien un respiro. —Poppy se llevó una mano a la mejilla —. Me parece de lo más surrealista hablar de Roza, saber que voy a conocerla.

—Y pasar el rato con ella —la corrigió Taylor—. ¡Un mes entero!

—¿Cómo hiciste para que no te perjudicara con las clases? —le pregunté.

—¿Cómo dices? —Me miró de reojo.

—Con las clases —repetí. ¿La habría entendido mal?—. ¿No nos has dicho que eras profe?

—Ah, ya. —Sonrió. Me fijé en sus caninos, los cuales parecían un poco vampíricos pues se extendían más abajo que el resto de sus dientes—. Me he pedido una excedencia este semestre. Fue difícil porque adoro a mis demonios, pero es que no había más remedio. Volveré para las clases de verano.

—Ninguna tiene hijos, ¿verdad? —quiso saber Keira—. Y ninguna está casada. Qué interesante.

—Hostia. —Taylor cerró los ojos—. He olvidado por completo que hay gente por el mundo que ya tiene hijos a los veintipico. Es que me parece demasiado pronto. Todos los padres de mi escuela tienen cuarenta y tantos. Algunos incluso llegan a los cincuenta.

—Austin, Atlanta, Los Ángeles y Brooklyn —enumeró Keira—. Todas ciudades grandes y progresivas. Tiene sentido, supongo, si tenemos en cuenta que a todas nos

gusta lo que escribe Roza.

¿Debería contarles que había cumplido los treinta? Me hacía sentir un poco incómoda el esconderles algo. Pero no era para tanto, ¿verdad?

La segunda copa de vino hizo que me mareara un poco, de modo que me recliné en el sofá y me permití relajarme y sumergirme en la conversación despreocupada. No recordaba la última vez que había sonreído o me había reído tanto.

Ser una más se sentía de maravilla.

7

—¿Queréis ver las habitaciones? —Taylor hizo un ademán juguetón con las cejas.

A lo largo de la última hora, el vino y la emoción se habían asentado en nuestro grupito.

—¿Qué? —Poppy estampó las manos sobre los brazos del sofá—. ¿Ya las habéis visto?

—Sí —canturreó Taylor—. Yana nos hizo cargar con nuestras maletas hasta allí.

Poppy ya estaba de pie.

—¿Podemos ir a verlas?

—Tranqui —rio Taylor—. A ver si podemos recordar el camino. Kei, ¿recuerdas cómo llegar?

—Más o menos. —En algún momento de la conversación, Keira se había soltado el moño y estaba enredándose una de sus trenzas en torno a un dedo.

—Será una aventura. —Estaba entusiasmadísima. Casi había oscurecido del todo, y unos rayos de color ámbar se filtraban por la sala, con lo cual los miles de libros se habían convertido en unos bloques de oro polvoriento. Comparado con los pasillos desgastados y con luz fluorescente del trabajo y con las paredes blancas y destartaladas de mi piso, aquel lugar parecía sólido y real: la moqueta cara bajo mis pies, la copa pesada que sostenía en una mano, el fuego y los retazos de luz solar que me calentaban el rostro.

—Sirvámonos una más para el camino. —Taylor sirvió vino de una botella recién abierta en mi copa y en la de Poppy, pues Keira no quiso, y luego se puso de pie de un salto—. ¡Seguidme, niñas! —Cuando llegamos al pasillo, se giró para mirarnos y alzó su copa—. Nuestra visita de hoy empieza aquí —entonó, con un acento inglés vibrante—, en el Pasillo de Objetos Inusuales. Uno de los primeros cuadros de Roza fue un conmovedor retrato que su padre le regaló cuando cumplió cinco años. Un encanto, ¿a que sí? —Señaló el cuadro de la vaca muerta tumbada en el campo.

—¡Precioso! —chilló Poppy.

—Hala, que tenemos mucho que ver. ¡Seguidme! —Taylor giró sobre sus talones y marchó por el pasillo en dirección a la entrada principal, mientras opinaba sobre lo que veía de forma teatral y agitaba su mano libre. Keira meneó la cabeza, escondiendo una risita.

»¡Y aquí tenemos el vestíbulo principal! —Taylor nos hizo pasar, antes de acomodarse unas gafas imaginarias—. Este vestíbulo fue construido en el año 1601…

—Eh, creo que fue en 1856 —la corrigió Poppy.

Taylor la fulminó con la mirada con tanta intensidad que Poppy y yo nos echamos a reír una apoyada en la otra.

—Ejem. Como decía, Horace Hamilton construyó esta casa en 1856. Aquí podéis ver un retrato de él y su joven esposa, Daphne.

Había visto el cuadro de pasada cuando había entrado en la mansión. En aquel momento lo reconocí de algunos artículos que había leído. Daphne tenía una nariz larga y una barbilla amplia que la hacía parecer atractiva, como una respetable chica de campo. No obstante, su expresión era dudosa e insegura. Se encontraba de pie junto a un Horace sentado, un hombre corpulento de cabello oscuro pero salpicado de canas y una frente pronunciada.

—Y aquí está solo Daphne. —Taylor señaló el siguiente cuadro. Daphne estaba sentada junto a una mesa, y un encaje blanco cubría su rostro como si se tratase de un velo de matrimonio. Resultaba difícil creer que se trataba de la misma persona. Aquella Daphne tenía los ojos pintados de un color oscuro y los labios muy rojos. Llevaba un vestido negro de cuello alto en el que relucían unas cuentas y lentejuelas. Tenía los ojos cerrados y escribía en una libreta sobre la mesa. Parecía estar conteniéndose, aunque también llena de vida, como si una corriente eléctrica estuviera surcando sus venas.

—Son increíbles —murmuró Poppy.

—¿Son originales? —quiso saber Keira, entrecerrando los ojos.

—No —contestó Taylor—. Son bastante nuevos. Roza los mandó a hacer basándose en unas fotos. —Señaló otros con la barbilla—. Aunque esos de allí sí que lo son.

Nos dirigimos al otro lado del vestíbulo, donde había dos gigantescos cuadros colgados de la pared. Los lienzos eran oscuros y de tonalidades azules, como si provinieran de las profundidades de una cueva. Unas formas y sombras orgánicas llenaban el marco. De cerca se podían apreciar todos los detalles: esmeraldas, rubíes y objetos de color ocre quemado como plumas y amebas.

—Qué belleza. —Poppy prácticamente estaba tocando el lienzo con la punta de su nariz—. Y qué grima dan.

—Es perfecto para Roza —dije—. Me refiero a la historia de Daphne. Es igual de oscura y perturbadora que sus libros.

Taylor entrecerró los ojos para observar algo que parecía un órgano humano retorcido y negro.

—Quizás ella también esté tratando de comunicarse con la demonio de Daphne. —

Tras cuadrar los hombros, nos miró—. ¿Listas para ver las habitaciones?

El rellano ofrecía una vista incluso más impresionante del vestíbulo y del candelabro. La parte delantera de la casa se encontraba a oscuras, pues el sol ya no la iluminaba. Aquello quería decir que, si el sol se estaba ocultando por las ventanas de la biblioteca, el vestíbulo debía estar en dirección sur. Por alguna razón, tenía la sensación de que debía saber orientarme en aquella mansión. Taylor nos condujo hacia la izquierda, por otro pasillo. El papel pintado con patrones de color azul violáceo y dorado brillaba bajo la luz de los candeleros de la pared, los cuales tenían la forma de unas ninfas que miraban hacia el frente con decisión.

—¿Cómo sabemos qué habitación nos toca? —quiso saber Poppy cuando nos acercábamos a las puertas.

Taylor le guiñó un ojo.

—Espera y verás.

—Esta es la mía —anunció Keira, al tiempo que llegábamos a la primera puerta de la izquierda—. La habitación verde. —Poppy y yo nos quedamos en el umbral, observándolo todo. Gran parte del lado izquierdo de la habitación lo ocupaba una enorme cama de cuatro postes, la cual estaba cubierta por un edredón de terciopelo verde y unas almohadas del mismo color. Iba a juego con el papel pintado de tonos esmeralda y un diseño de hojas enrevesadas. Un candelabro iluminaba la habitación con una luz suave, y sus ramas doradas se entrelazaban en una guirnalda compleja. También había una gran cómoda de roble cerca de la cama y un armario en el extremo opuesto de la habitación, junto a una chimenea de piedra.

Soltamos ruiditos de admiración al entrar, casi con timidez. Me quedé observando el cuadro de pintura al óleo que había sobre la chimenea, el cual mostraba la silueta de una mujer desnuda de pie junto a un ciervo en medio del bosque. En el fondo de la habitación, frente a una de las dos ventanas, había un elegante escritorio con una cómoda silla de cuero. Era el único mueble moderno de toda la habitación. Me acerqué un poco y vi que estaba cubierto de libretas y demás material de oficina, tanto de color negro como dorado. El portátil de Keira destacaba en el centro y, sobre él, había un joyero negro.

—Y esto de aquí —empezó Taylor, mientras alzaba la cajita—, es un regalo de bienvenida.

—¡Uhhh! —chilló Poppy—. ¿Qué es?

Keira se quedó mirando con una expresión inescrutable conforme Taylor sacaba una larga cadena dorada. Poppy examinó el colgante que había al final de la cadena, y yo me acerqué para verlo mejor. Era la cabeza de un león con ojos de diamante. Estiré una

mano hacia él de forma instintiva, y Taylor me lo dejó en la palma.

—Vaya, sí que pesa. —Subí y bajé el colgante—. Es oro, no cabe duda.

—¿Eres tasadora? —preguntó Taylor, con una ceja alzada.

—No, solo entusiasta. —No había necesidad de entrar en detalles sobre mi historia familiar. Miré a Keira—. ¿Te lo has encontrado al llegar a la habitación?

—Sí. —Keira se cruzó de brazos—. Estaba envuelto y tenía mi nombre escrito.

—¿Sabes? Algo así seguro que compensa por un mes o dos de ingresos perdidos. —Taylor le dio un golpecito con el codo—. Si la cosa se pone peliaguda.

Keira le devolvió el codazo en un ademán juguetón.

—Ya, como si fuese a vender un collar que me ha regalado Roza Vallo. —Se lo entregué, y ella se lo puso—. De hecho, es muy mi estilo. Es algo que compraría si pudiera permitírmelo.

—¿A ti también te ha dado uno? —le pregunté a Taylor.

—¡Venid que os muestro! —Se dirigió hacia la puerta, a grandes pasos.

La habitación de Taylor era prácticamente idéntica a la de Keira, solo que estaba decorada en tonalidades azules. Sobre la chimenea había un cuadro de un barco en un mar tormentoso. A diferencia de la habitación de Keira, la cual había estado impoluta, la cama de Taylor, su silla y su escritorio ya estaban cubiertos de ropa y libretas. Taylor recogió la cajita de la cama y nos la trajo.

—Ay. —Poppy envolvió con sus manos la figurilla dorada y pequeñita que había al final de la cadena. Era un conejo, una vez más, con ojos de diamante.

—Menos intimidante —sonrió Taylor—. Pero más extraño. Lo cual me mola. —Se lo pasó por la cabeza—. Tenemos que llevarlos puestos en la cena, ¿verdad?

—Sin duda. —Poppy ya se encontraba en la puerta.

La habitación junto a la de Taylor tenía la maleta de Poppy. Aquella era de tonos rojizos y rosáceos. Poppy marchó directo al escritorio, tomó la cajita envuelta en papel dorado y la abrió.

—Eh… —Arrugó la nariz.

—¿Qué es? —Taylor se acercó y exclamó—: ¡Qué dices!

Era un cerdo. Me estiré para repasar su colita enroscada con la punta del dedo.

Keira lo observó por encima de mi hombro.

—Es una monada.

—¿Es alguna especie de indirecta? —Poppy se echó a reír, con la mirada entornada.

—¿De que eres adorable? —Taylor le quitó el colgante y se lo pasó a Poppy por el cuello. Esta miró hacia abajo, y su puchero nos hizo reír a todas.

—Bueno, sí que es mono —concedió, riéndose también.

—E inesperado—dije yo.

—Sigamos. —Taylor me dio con la cadera—. Quiero ver qué le ha tocado a Alex.

Solo quedaba una habitación del otro lado del pasillo. El alivio me inundó por completo, como una fuente de agua fría burbujeando en mi interior. Wren no iba a venir, ya fuera porque solo hubieran decidido invitarme a mí o porque ella hubiera rechazado la invitación, por muy imposible que aquello pareciera.

No obstante, mientras entrábamos en la habitación de tonalidades naranjas, me quedé de piedra.

En lugar de la enorme cama de cuatro postes, había dos camas más pequeñas, una al lado de la otra.

—Joder. —La palabra se me escapó. También había dos escritorios, uno contra el otro, y cada uno abarcaba media ventana.

No era solo que Wren sí pensaba venir…, sino que íbamos a compartir habitación.

De pronto, la habitación me pareció sofocante y abrumadora. Me quedé sin aliento y me obligué a inhalar.

—Qué raro. —Taylor miró la cajita envuelta que había en el escritorio de la izquierda —. Este es para Alex.

Poppy ya había agarrado el otro.

—Este de aquí dice… ¿«Wren»?

Keira se había quedado en el umbral y me estaba observando con una sospecha que antes no había estado allí. Quería salir corriendo. Quería bajar las escaleras a toda prisa y lanzarme al exterior para hundir mi rostro colorado en una montaña de nieve.

Compañeras de habitación. Un hilillo de sudor me recorrió la espalda. Sentí una presión en el pecho, y la visión se me empezó a tornar borrosa en los bordes.

—Oye, ¿te encuentras bien? —me preguntó Taylor.

—Sí, sí. Solo me he mareado un poco. —Intenté echarme a reír, pero cada vez veía más y más borroso, ya no solo en los bordes. Me iba a desmayar. Tras llevarme una mano al pecho, cerré los ojos con fuerza.

—Hagamos que se siente. —La voz de Taylor parecía lejana. Unas manos me sujetaron de los brazos con suavidad y me guiaron hasta una silla.

—Pon la cabeza entre las rodillas y respira hondo un par de veces. No pasa nada. —La voz de Keira era tranquilizadora, así que le hice caso. Oí unos cuantos murmullos, y entonces alguien me levantó el pelo y me depositó un trapo húmedo en la nuca. Poco a poco, fui volviendo a ser consciente de lo que me rodeaba y de que estaba apretándole la mano a alguien. Me incorporé. Keira estaba arrodillada a mi lado y me estaba dando la mano.

Taylor se había sentado con las piernas cruzadas en el suelo, frente a mí.

—¿Estás bien?

—Sí. Perdonad. No sé qué ha sido eso. —Aunque traté de echarme a reír, la risa me salió algo forzada—. Nunca me había pasado algo así. De pronto me ha empezado a dar vueltas todo.

Mentirosa. Ya me había pasado en el metro algunas veces, sobre todo en los meses tras el incidente con Wren. Keira y Taylor intercambiaron una mirada.

—Ha sido un ataque de pánico —dije, resignada.

Poppy salió del baño, donde había ido para volver a humedecer el trapo. Sus expresiones solemnes hicieron que de pronto me enfadara mucho conmigo misma. Acababa de conocer a aquellas chicas y ya estaba quedando como la inestable del grupo. Las palabras escaparon de mí, motivadas por una furia devastadora.

—Debería contároslo y ya. No soy una de las chicas que escogieron al principio. Alguien declinó la oferta, de modo que la agente de mi amiga, quien conoce a la de Roza, le envió algunos de mis relatos. Así que me aceptaron, pero también aceptaron a Wren. Solíamos ser muy buenas amigas. Mejores amigas, de hecho. Pero el año pasado la cosa acabó muy mal entre nosotras. —Hice un ademán hacia las camas—. Y ahora parece que vamos a compartir habitación.

—Joder —dijo Taylor, en voz baja.

—¿Qué pasó? —quiso saber Poppy, mientras se arrodillaba al lado de Taylor—. Entre vosotras, digo.

Esa era la pregunta del millón, ¿verdad? La respuesta estaba compuesta de distintas capas, como una pirámide con cámaras secretas y profundas. Decidí empezar con la historia más simple.

—Pues… fuimos mejores amigas durante muchísimo tiempo. Ocho años. Y luego ella me dejó de lado, o algo así. —Aquello era cierto, al menos—. No me lo tomé muy bien, por así decirlo.

—Menuda mierda —proclamó Taylor—. Me jode mucho cuando pasan cosas así.

—Ya. Ella se mudó de pronto, y luego discutimos en un bar… —Me crucé de brazos —. Fue horrible.

El arco de sangre oscura que relucía bajo las lucecitas.

Se quedaron mirándome, a la espera. Lo mejor sería que les contara aquella parte también, pues Wren sin duda lo haría.

—Traté de hablar con ella en el patio trasero, y ella terminó cayéndose de espaldas de un escalón, hacia el cemento. Cayó sobre su copa de vino. Había sangre por todos lados. Alguien llamó a una ambulancia, y se la llevaron al hospital. Resulta que se cortó un

tendón de la mano y que necesitó un montón de operaciones.

—Qué horrible. —Keira se mordió el labio—. Pero parece que todo fue un accidente. ¿Acaso te culpó por lo que pasó?

Una imagen repentina del rostro de Wren, de su expresión asqueada. «No me toques».

Lo que solo había conseguido que me enfadara aún más.

—No sé. —Aparté aquellos oscuros pensamientos de mi mente—. Pero ella, y el resto de nuestros amigos, en realidad, dejaron de hablarme a partir de ese momento.

—Lo siento mucho, chica. —Poppy se acercó un poco y me dio una palmadita en la rodilla.

—Cuando pasan estas cosas es peor que cuando cortas con alguien —declaró Taylor.

—Ponerle fin a una amistad es muchísimo peor que terminar una relación —asintió Poppy—. A mí me pasó algo así en la universidad.

—La gente cambia, y no siempre para mejor. —Taylor alzó la vista hacia mí—. ¿Hubo algún hombre involucrado?

—Más o menos —contesté, sintiéndome aliviada porque Taylor estuviese encajando las piezas de la historia, por mucho que no fuese precisamente así como había sido. Porque sí que había habido uno, solo que unos meses después. Había visto cómo había progresado la relación a pasos agigantados en redes. Incluso tomarse fotos con un tipo era algo que Wren no solía hacer, pero aquel era muy fotogénico: alto, rubio y con tendencia a llevar trajes ceñidos. Me había dicho a mí misma que era solo una cuestión de apariencias y que acabaría implosionando como siempre había pasado con el resto de sus relaciones. Sin embargo, había pasado un año, y ellos seguían juntos.

—Lo sabía. —Taylor asintió, convencida—. Algunas mujeres son de lo más competitivas. Seguro que pensó que se lo ibas a intentar robar o algo así.

—Sí. —Me sentí un poco culpable por dejar que se quedaran con aquella historia, pero parecía demasiado complicado corregirla—. ¿Sabéis? No me gusta nada hablar de esto. No quiero poner a nadie en su contra ni nada por el estilo. Solo quería contaros la verdad.

—Oye. —Poppy dio una palmada—. Se me ha ocurrido algo. ¿Y si te quedas tú en mi habitación? Yo me quedaré aquí con… ¿cómo era?

—Wren.

—Típico. —El tono seco y mordaz de Taylor hizo que todas, incluso yo, nos echáramos a reír.

—Es muy amable por tu parte —dije, negando con la cabeza—. Pero no quiero que tengas que dejar tu propia habitación.

—No pasa nada. De hecho, mejor para mí. Me da miedo estar sola. —Poppy se levantó de un salto, sonriendo—. Lo cual es de lo más irónico si se tiene en cuenta lo que leo y escribo.

—Venga. —Taylor también se levantó y marchó hacia mi maleta—. Hagamos el cambio.

—¿Estás segura? —Una ola enorme de alivio se estrelló contra mí cuando Poppy asintió. Mientras ella y Taylor salían de la habitación, me recliné en la elegante silla y solté un suspiro.

Keira me observó, con una expresión inquisitiva. Sentí un cosquilleo de miedo. ¿Pensaría que estaba siendo dramática? ¿O mezquina? Solo que entonces esbozó una sonrisa.

—¿Quieres que veamos cuál es tu regalo? —Se acercó al escritorio y me trajo la cajita. La abrí, sintiéndome un poco avergonzada, aunque sin saber por qué. No había hecho nada malo. Si Wren hubiese llegado antes que yo, sin duda les habría contado a todas lo que había pasado entre nosotras. Y ni siquiera había entrado en detalles.

Porque, si lo hubieses hecho, lo habrían sabido. Lo que pasó esa noche, y la otra también. Lo que pasó antes.

Aparté el pensamiento de mi mente y alcé el colgante. En el extremo, una pesada araña de oro se bamboleaba.

—Qué bonito. —Keira se lo acercó un poco y tocó los ojos de diamantes.

—Es precioso. Por mucho que me suelan dar miedo las arañas —dije, con una risa nerviosa. Quizá se debiera a lo extraño que era el hecho de encontrarme en Blackbriar, pero el colgante parecía una indirecta o una pista.

Keira sonrió.

—Quizás esto las mantenga alejadas.

8

Ian, el editor, les había dicho a Taylor y a Keira que la cena con Roza era a las 07:30 p.m. y ni un minuto más tarde. Después de la escenita que había montado, todas decidimos que deberíamos usar la hora que nos quedaba para deshacer las maletas. Me dije a mí misma que no había sido culpa mía, que yo no había echado a perder el buen rollo. Sin embargo, mientras estaba tumbada sobre la cama y observaba el papel pintado, la sensación de vergüenza permaneció conmigo. Unas vides con flores rojas se retorcían sobre el papel pintado rosa, pero, si se las observaba desde unos pocos metros, parecían unas tripas gruesas que se derramaban por las paredes.

De pronto, alguien llamó a la puerta. Me incorporé de un salto. La habitación estaba completamente a oscuras, así que me costó dar con la lámpara que había sobre la mesita de noche.

—Buenos días, dormilona —exclamó Taylor cuando abrí la puerta. Iba vestida con un bléiser ceñido con estampado y unos pantalones de vestir. Tras ella, esperaban Poppy y Keira, cada una enfundada en un vestido y con un pintalabios brillante. Sus colgantes nuevos brillaban sobre sus escotes.

—¿Qué hora es? —pregunté, en voz baja.

—Las siete y veinticinco —contestó Keira.

—Mierda —solté. No había pretendido quedarme dormida, pero seguro que lo había hecho ni bien me había tumbado.

—A ver. —Taylor se inclinó un poco hacia mí—. Tú vístete, y nosotras les diremos a los demás que ya vienes, ¿vale?

Una vez que se marcharon, corrí hacia mi maleta y empecé a rebuscar desesperada entre mi ropa. Ni siquiera se me había ocurrido llevar un vestido bonito. Maldije mi falta de previsión y saqué un jersey y unos tejanos oscuros. Me puse un poco más de maquillaje a toda velocidad y salí disparada de la habitación, con mis botines chirriando sobre la escalera de mármol.

¿A dónde iba? Me giré por instinto hacia la izquierda, hacia la biblioteca.

—¡Uf! —Me detuve en seco para evitar estrellarme contra Yana, quien me había estado esperando.

—Por ahí no es. —Pasó por mi lado, sin sonreír. En aquel momento iba enfundada en

un elegante vestido de punto azul y unas bailarinas de cuero muy delgaditas. La parte de atrás de sus tobillos desnudos estaba roja y ella avanzaba con rapidez. Intenté pensar en qué decir mientras la seguía, solo que mi abrupto despertar de mi siesta inducida por el vino, combinado con todos aquellos pasillos lujosos y serpenteantes, me dejó apabullada.

Un aroma delicioso llegó hasta nosotras. Se volvió más y más intenso conforme nos acercábamos al comedor y provenía de una larga mesa de madera engalanada con una vajilla de porcelana, copas, largas velas parpadeantes y platos con aperitivos. Parecía la foto de una cena de una revista de decoración de interiores, acompañada de unos elegantes invitados que charlaban.

En un extremo de la mesa, un hombre con el cabello negro peinado hacia atrás hizo un ademán con su copa de vino llena a rebosar al tiempo que exclamaba en voz alta el final de un chiste. Taylor, Poppy y Keira, todas ellas sentadas en el lado más lejano de la mesa, estallaron en carcajadas. El otro extremo —seguramente donde Roza se sentaría— estaba vacío. Yana me hizo un gesto hacia un asiento que estaba cerca del hombre.

Wren ocupaba el sitio de al lado. Aproveché el ínfimo segundo antes de que se percatara de mi presencia para examinar su perfil hasta el último detalle. Si bien le había echado un vistazo rápido y aterrador en la presentación del libro de Ursula, en aquel momento pude observarla con atención. Sus cejas eran más tupidas y llevaba un pintalabios de color natural en lugar de su clásico color rojo. Su flequillo estaba más corto y tenía un aire despreocupado. Pero, más allá de eso, tenía la misma apariencia que hacía un año, cuando habíamos estado viviendo juntas. Quizás incluso pareciera más joven, como si me hubiese estado absorbiendo la vida para hacer que sus mejillas se vieran más redondeadas mientras yo me marchitaba y me deprimía cada vez más.

Sonreía, aunque no se reía. Entonces me vio, y su sonrisa desapareció. Se enderezó en su sitio y esbozó una sonrisa educada. Sus ojos color avellana brillaron.

—Hola, Al —dijo en voz baja mientras me sentaba a su lado. Aquella voz suave y conocida me tomó por sorpresa. En el estado como de ensueño en el que me encontraba, al estar sentada en el comedor de la mismísima Roza Vallo, me parecía que había entrado en un universo alterno, uno en el que Wren y yo aún éramos mejores amigas.

Algo relució en su cuello: un collar de oro contrastaba sobre su vestido de seda verde. Entrecerré los ojos para ver mejor la criatura que reposaba sobre la ligera inclinación de sus pechos.

Era una serpiente enroscada sobre sí misma.

—¡Alex! —exclamó Taylor, alzando su copa—. ¡Llegaste! —Sus ojos brillaban por el vino.

—Hola. —Seguía de pie detrás de mi silla. En medio de mi aturdimiento, me di cuenta de que había dejado mi colgante de araña en la habitación. Yana me apartó la silla con un movimiento brusco, y cuando iba a sentarme ella la empujó antes de tiempo. Se me doblaron las rodillas y caí sobre el cojín con todo mi peso. Me llevó unos segundos más poder mirar a Wren, pero, cuando lo conseguí, ella ya estaba bebiendo su vino e ignorándome por completo.

—Hola, bienvenida. —El editor tenía un acento inglés brusco y estirado. Parecía tener unos cuarenta y muchos y era atractivo de una forma un tanto inapropiada. Como alguien que se pasara el rato en bares para invitar a bebidas a chicas a las que les doblaba la edad—. Soy Ian, el editor de Roza y me atrevería a decir que también su amigo. Encantado de conocerte. —Se giró para dirigirse al resto de la mesa—. Así que ya tenemos el equipo completo, ¿no?

—Necesitamos un nombre de equipo o algo así —dijo Poppy, entre risitas.

Estaba sentada a unos escasos treinta centímetros de Wren, de modo que podía oler su perfume tan familiar: rosas, incienso y humo. Una pelusilla oscura y sedosa relucía sobre sus brazos. La madre de Wren era de ascendencia egipcia, y Wren me había contado que en el instituto las chicas populares la habían seguido por la escuela un día, mientras caminaban a pasos agigantados y soltaban sonidos guturales. Le habían dejado una nota sobre su mesa aquella tarde: un dibujo muy cruel de un mamut lanudo. Wren había empezado a rasurarse los brazos desde aquella misma noche. Y no había dejado de hacerlo hasta la universidad.

Era inconcebible que incluso alguien con una apariencia tan perfecta como la de Wren tuviese aquel tipo de historias. Pero todas las teníamos, ¿verdad? La adolescencia femenina era una etapa llena de suplicios y escarnios terribles. En mi caso, se habían burlado de mí por mi acné, mi nariz, mi peso, mis pechos…

Ian me sirvió un poco de vino y desperté de mi ensoñación. Había vuelto a hablar y estaba contando una historia.

—¿Ya ha llegado Roza? —dije en un hilo de voz, casi para mí misma, pero Wren me oyó.

—Sí, es que la han llamado por teléfono.

La mesa entera se quedó en silencio para escuchar.

—Está arriba —añadió Ian—. Pero bajará en un momentito. No te preocupes, corazón.

—Estábamos bromeando con que todo esto es un plan de lo más elaborado. —Taylor hizo un gesto hacia Ian—. Que Ian es un asesino en serie que nos ha traído aquí a base de engaños.

—Porque, como bien sabéis, odio a las mujeres con toda el alma —sonrió él.

—Y bueno, Ian —empezó Poppy, inclinándose hacia adelante—. ¿Nos puedes contar un poco más sobre el retiro?

—A ver, señoritas —alzó las manos, como si fuese un director de orquesta—, creedme cuando os digo que no sé nada de nada. Roza está a cargo de todo. La verdad, solo estoy aquí porque resulta que debo estar en Nueva York esta semana y nunca pierdo la oportunidad de visitar Blackbriar.

Yana y otra mujer aparecieron cargando unos platos humeantes. La otra mujer tenía unos ojos amables y rodeados de arrugas, y su cabello oscuro estaba salpicado de canas.

—En especial por esta mujer de aquí. —Ian juntó las manos—. Chitra Patel. Una de las mejores cocineras de todo el estado, por no decir de todo el país.

—Ay, ya empezamos. —Ella también tenía acento británico, aunque el suyo era más suave, más melodioso—. Ya sabemos que eres un zalamero, cariño; no hace falta que exageres tanto.

—Ya lo veréis. —Ian meneó los dedos—. Probad la comida y decidme si me equivoco.

Los platos tenían *filet mignon* y una montañita de *risotto* cremoso, setas saladas y coles de Bruselas aderezadas con ajo. Nos pusimos a ello de inmediato y no tardamos en soltar unos «Madre mía» y «Esto está delicioso».

—Es la especialidad de Chitra: comida casera moderna. Os va a encantar, chicas.

—Bueno, Wren. —Taylor se reclinó en su silla para examinarla mejor—. Nos has dicho que esta mañana has estado en una sesión de fotos, ¿cierto?

—Sí. —Wren tragó lo que tenía en la boca, y su garganta subió y bajó con el movimiento.

—Qué pasada —dijo Poppy, mientras pinchaba sus setas.

—Ha sido para un anuncio de pintalabios en una depuradora de aguas residuales. —Puso los ojos en blanco—. Mis jefes creen que son de lo más originales.

—¿Y apestaba? —Taylor parecía horrorizada.

Wren alzó una ceja.

—¿Me estás diciendo que yo misma no apesto? Debe ser que se me ha quedado la peste en las fosas nasales para siempre, entonces. Pero bueno, lo que sea para sacar una buena foto.

Todos se echaron a reír. Wren estaba empezando a desplegar su carisma, y sus vides ya se estaban enredando por toda la mesa. La ansiedad se me asentó en el estómago. Sin embargo, mientras ella pasaba a contar una historia sobre una sesión de fotos en la zona de reptiles del zoológico del Bronx en la que un dragón de Komodo se había escapado y se había comido varios zapatos de diseñador, intenté mantenerla a raya. Lo importante aquel mes no era Wren ni quién le caía mejor a la gente. Lo importante era Roza.

Entonces la palabra «prometido» me llamó la atención.

—¿Y qué piensa él de tus aventuras tan intrépidas? —Ian señaló la mano izquierda de Wren. Aunque la había mantenido sobre su regazo casi toda la cena, la acababa de usar para gesticular mientras hablaba.

—¿Evan? —Se miró la mano, que yacía apoyada sobre la mesa. El diamante gigantesco brilló—. No le molestan, creo que le viene bien que le dé un respiro de vez en cuando.

¿Wren se iba a casar? No me lo podía creer. ¿Cuándo había pasado algo así? No lo había publicado en sus redes.

—¡A ver, a ver! —exclamó Taylor. Wren, muy obediente, les mostró la mano. Yo también miré para no ser maleducada, por mucho que tuviera el estómago revuelto. Wren me miró de reojo y un segundo después apartó la mirada.

—Joder, mujer —exclamó Poppy, inclinándose hacia adelante—. ¡Tremenda rocaza!

—Se me sigue olvidando que lo llevo —dijo Wren, riendo por lo bajo antes de apartar la mirada con modestia—. A Evan le encanta cuando alguien me pregunta al respecto y yo estoy en plan «¿cómo dices?»

—¿Y él cómo es? —Poppy miró a Wren con una expresión encandilada mientras movía un poco su copa de vino—. ¿A qué se dedica?

—Trabaja en el sector financiero. —Se encogió de hombros y volvió a esconder la mano debajo de la mesa—. Y también es músico, en su tiempo libre. Y bueno… no sé, es una buena persona.

—¿Cuándo? —pregunté, casi sin voz.

Todos me miraron.

—¿Cuándo es la boda? —me las arreglé para decir. Habría sido raro que hiciera la pregunta que en verdad había querido hacer, cuándo se habían prometido.

Wren apartó la mirada.

—No estamos seguros aún. Quizás en otoño.

—¡Felicidades! —Ian se puso de pie de un salto y chocó su copa contra la de Wren, lo que hizo que la mesa entera tintineara. Taylor se bebió el resto de su copa de un gran trago y alzó un brazo, con lo que casi le dio un puñetazo a Yana, la cual se había inclinado sobre ella para volver a llenar su copa de agua.

—Empiezo a pensar que tienes a Roza atada en el sótano o algo así, Ian. —Taylor se echó hacia atrás, para darle espacio a Yana.

—Es que le gusta entrar a lo grande. —Ian puso los ojos en blanco.

—¿Y ella cómo es? —preguntó Poppy.

—A ver, corazón, ¿qué quieres que te cuente? —Su sonrisa ligeramente pasada de

copas se convirtió en una mirada lasciva cuando posó sus ojos sobre el escote de Poppy.

Wren y yo intercambiamos una mirada de asco.

Un segundo después, apartamos la vista, sorprendidas.

Aquel intercambio de miradas, aquel mismo pensamiento —*puaj, qué asco de tipo*— había sucedido de forma automática, como cuando había que suplir una nota musical que faltaba en una melodía.

Me atreví a mirarla. Wren tenía la mirada clavada en Poppy.

—La verdad, todo —contestó Poppy, sin perturbarse—. ¿Tienes alguna anécdota divertida?

—¿Divertida? Uf, tengo montones de esas. —Ian se reclinó en su silla y alzó la mirada, como si estuviese echándole un vistazo al pasado—. Una vez, en Barcelona…

—No, ni se te ocurra. —De pronto, entró en la habitación, marchó en nuestra dirección y se sentó tras soltar un hondo suspiro—. Ya cuento yo esa historia, Ian, que tú siempre la cagas.

Se acomodó en su silla y colocó con cuidado su servilleta sobre su regazo, mientras el aroma de su perfume de jazmín oscuro se extendía por toda la mesa. La energía de la sala se concentró en ella como si se tratara de una corriente eléctrica; era imposible apartar los ojos. No se trataba de su atuendo ni de que se hubiese puesto algo para impresionarnos. De hecho, llevaba una sudadera gris y aún tenía el cabello húmedo tras haberse dado una ducha. No obstante, había algo en ella que hizo que el resto de nosotros, en nuestras mejores galas —incluso Wren—, nos sintiéramos como unos niños tontos. Como unas adolescentes con vestidos con brillantitos que intentaban colarse en un bar.

El tiempo se ralentizó; me congelé en mi sitio.

Era Roza. Mi suma sacerdotisa, mi modelo a seguir desde que tenía doce años.

Era Roza, en persona.

—Hola, chicas. —Sus labios, largos y carnosos, se extendieron en una sonrisa. Alzó una copa, la cual Yana ya había llenado, y nos miró a todas—. Bienvenidas a Blackbriar. Estoy muy contenta de que estéis aquí.

9

Los siguientes minutos pasaron en un visto y no visto. Cada una se presentó, y Roza nos escuchó a todas cual reina, mientras bebía sorbos de su vino e ignoraba por completo el plato de comida humeante frente a ella.

Yo terminé siendo la última, y solté a trompicones mi intento de perorata. Nombre, de dónde era, qué hacía cuando no estaba escribiendo (¡ja!). Y, tras ello, se hizo el silencio.

—¿Y tu collar? —Roza frunció el ceño.

—Ay. —Me sonrojé un poco—. Es que me he vestido a toda prisa y se me ha olvidado ponérmelo.

—¿Se te ha olvidado ponértelo? —Su tono fue despreocupado, pero su expresión había pasado a ser muy seria, de pronto.

—Lo siento. —Eché un vistazo hacia la mesa. Poppy, Wren y Taylor tenían la vista clavada en sus platos, mientras que Ian y Keira observaban a Roza—. Es que… no sabía que teníamos que ponérnoslos.

—Vienes a *mi* casa. —De improviso, Roza se inclinó hacia adelante, y su acento se volvió más marcado mientras pronunciaba las palabras con lentitud y deliberación—. Y recibes *mi* regalo. ¿Y no se te ocurre que sería buena idea mostrar tu gratitud al ponértelo?

Me quedé con la boca abierta unos segundos antes de cerrarla. Sentía como si me hubiesen dado una bofetada. ¿De verdad estaba pasando todo eso?

—¿Nada que decir? —Entornó los ojos, antes de soltar un suspiro y mirar hacia abajo —. Bueno, Alex, cariño, creo que ambas sabemos lo muy en serio que te estás tomando esta oportunidad. —Agarró una col de Bruselas con los dedos y se la metió a la boca—. Puedes irte —dijo, mientras masticaba.

—¿Cómo? —solté, como una idiota.

—Que te vayas. —Hizo un ademán con la mano, para despedirme.

De pronto, recordé la feria del libro y cómo el ambiente había cambiado en un instante en la iglesia. Del mismo modo, el ambiente del comedor, que había sido tan agradable hacía unos segundos, se había vuelto espeso por la sorpresa y el disgusto.

—Roza. —Ian sonrió, conciliador—. Venga ya, cariño. No lo dices en serio.

Roza no lo miró, sino que centró su mirada en mí, con sus ojos verdes ardiendo.

Quería esconderme bajo la mesa o huir hacia mi habitación, donde podría dejar fuera aquel castigo tan brutal.

Sin embargo, me obligué a sostenerle la mirada. Los ojos se me estaban llenando de lágrimas, pero me negué a dejarlas caer.

El silencio se alargó hasta volverse eterno. Dejé de respirar, y el corazón me latió desbocado en el pecho.

Entonces Roza echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. El ambiente volvió a animarse, aquella vez con confusión y alivio. Unas sonrisas inquietas se formaron en el rostro de Taylor y de Poppy. Ian se quejó en voz alta y se frotó las sienes. Wren mantuvo la mirada fija en su plato, y Keira, en Roza, con una expresión llena de desconfianza.

—¡Ay, querida! —Roza se secó los ojos—. ¡Pero qué carita más seria! —Finalmente, consiguió recuperar la compostura y respirar hondo—. ¿De verdad crees que te echaría por no haberte puesto un collar absurdo? Madre mía. Debes pensar que soy un monstruo.

—Eh…, no. —Me temblaba la voz, así que me obligué a hablar con firmeza—. Claro que no.

Ian alzó las manos.

—Chicas, os tendría que haber avisado. A Roza le gusta hacer bromitas a veces. No podéis tomaros en serio ni la mitad de las cosas que dice. —Agitó un dedo en dirección a Roza—. Estas señoritas tan bellas y talentosas no te conocen todavía, cariño. Harás que quieran salir corriendo antes de que el retiro siquiera haya dado inicio.

—Ian, cierra el pico. —Como si mi humillación le hubiese despertado el apetito, Roza levantó tenedor y cuchillo y empezó a atacar su filete—. Ni que fuesen niñas. —Alzó la mirada hacia mí, pensando mientras masticaba—. Alex, querida, ¿me perdonas? Puede que me haya pasado de cruel.

—Claro, no hay problema. —Me las arreglé para soltar una risita. El alivio me bajó por la garganta como un trago de agua fría cuando estoy sedienta. Aunque también me dejó inquieta y fastidiada. ¿Cómo podía hacerme algo así? Tratarme como a un perro al que le podía hacer el ademán de pegarle, solo para ver si daba un respingo. Me encontré con la mirada de Keira, y su frente estaba arrugada por la preocupación.

—Por cierto, Alex. —Roza me señaló con su tenedor—. Me encantó tu relato. Casi perdí mi vuelo por leerlo. Escribes muy bien, y me alegro muchísimo de que estés aquí.

Sus palabras me llenaron de calidez, por lo que intenté obligarme a relajarme mientras Roza e Ian empezaban a bromear sobre una vez en la que ella había rechazado de forma devastadora a un posible pretendiente que Ian le había escogido en Roma. Quizás

estuviera exagerando. A Roza se la conocía por ser impredecible. En definitiva, no por ser una mentora amable y cariñosa, como una mamá pato.

Roza Vallo no era un cacho de pan. Y era precisamente de ese modo como había llegado hasta donde había llegado.

Quizá podría aprender algo de ella.

Cuando esta apartó su plato a medio comer, Yana se acercó de inmediato para retirárselo.

—Y bueno… —Roza se sacó algo del bolsillo: una tabaquera con incrustaciones de madreperla. La abrió y extrajo un cigarrillo delgado y liado a mano—. Hablemos.

La emoción inundó el ambiente cuando Chitra apareció y dejó sobre la mesa unas delicadas tacitas de expreso y bandejas de fruta y trufas.

—Ya sé que he sido muy borde antes, pero de verdad estoy muy contenta de que os hayan gustado los collares. —Roza alzó la barbilla para encenderse un cigarrillo con un mechero plateado—. Son de veintidós quilates, así que tened cuidado con ellos.

—Son preciosos —dijo Poppy, muy seria.

—¿De dónde son? —quiso saber Wren, mientras tocaba el suyo.

—De India. —Roza exhaló un hilillo de humo. El aroma a marihuana, picante y amaderado, se extendió por el comedor. Le pasó el porro a Poppy, y esta lo aceptó, algo insegura—. Hace mucho mucho tiempo. Sabía que llegaría el día en que los necesitaría. Y que vinieran en un juego de cinco fue perfecto para esta ocasión.

—¿Cómo decidiste a quién le tocaba cada animal? —Taylor se miró su propio colgante y lo alzó hacia la luz de las velas.

Roza se encogió de hombros.

—Tuve un presentimiento y ya.

—¿De verdad? —Taylor sonrió, coqueta—. ¿Un conejo? ¿Es una indirecta por mi vida sexual?

—Simboliza el renacimiento, querida —repuso Roza, divertida—. Como el fénix, solo que más mono.

—¿Y el cerdo? —Poppy contuvo una tos y le pasó el porro a Taylor.

—Los cerdos son un símbolo de buena suerte —contestó Roza.

—¿Y la serpiente? —quiso saber Wren.

—La sabiduría, por supuesto. —Roza me miró con atención—. ¿A ti qué te tocó?

Carraspeé antes de contestar.

—Una araña.

—Ah, ingenio —dijo ella, muy confiada.

—¿Te lo estás inventando? —le preguntó Ian.

—¡Pues claro! —exclamó ella, y todos nos echamos a reír.

Roza bebió un sorbo de su expreso y luego dejó la taza sobre su platito con un suave tintineo.

—A ver, pongámonos a ello. Antes de que esté demasiado colocada como para poder pensar.

Keira le pasó el porro a Ian sin darle una calada.

—Sí que es fuerte —comentó Taylor, con los ojos ligeramente irritados.

—Ha llegado el momento de que os cuente qué habéis venido a hacer aquí —empezó Roza.

Taylor y Keira intercambiaron una mirada. Poppy apoyó la barbilla sobre sus manos, a la expectativa. Me las arreglé para no mirar a Wren, pero la pude notar removiéndose en su sitio, incómoda.

—Este no va a ser uno de esos retiros supersencillos, para pasar el rato y que cada quien escriba cuando le venga en gana. —Roza escogió una de las trufas que había en las bandejas, la masticó y la tragó—. No, va a ser un poco más intenso.

—Lo intenso mola —dijo Taylor, aún coqueta.

—Perfecto. —Roza se reclinó en su asiento, subió una rodilla y apoyó el talón en el borde de su silla. Sus tejanos estaban rasgados y un gran trozo de su piel quedó expuesto, como el hueso que se dejaba ver en una herida abierta.

Ian me pasó el porro. Al compartir mesa con mi enemiga y mi heroína, mi cerebro empezó a soltar incoherencias de lo más morbosas como: *¡Es el momento perfecto para colocarse!* Hice como que le daba una calada y se lo pasé a Wren. Esta se quedó mirando el porro mientras lo recibía. Tenía las uñas sin pintar y las cutículas descuidadas. Eso, más que cualquier otra cosa que hubiera sucedido aquella noche, me tomó por sorpresa. Wren adoraba sus uñas y nunca se la veía sin una manicura recién hecha.

—Pregunta: ¿qué os parece el sector editorial? —quiso saber Roza.

—¡Es una mierda! —abucheó Taylor, rodeándose la boca con las manos.

—Sí que es una mierda —asintió Roza, antes de recibir el porro de manos de Wren, quien seguro que había pretendido darle una calada como yo—. Yo tuve suerte, saqué mi libro en los setenta. En ese entonces, había hueco para libros radicales escritos por cualquier hijo de vecino. Una podía poner a prueba los límites, y los editores se arriesgaban a publicarte. Ahora prácticamente tienes que contar con tu propia marca personal si quieres que se dignen a mirarte siquiera.

La maría sí que era fuerte; incluso la cantidad minúscula que había inhalado por accidente me estaba haciendo efecto.

—Uno tiene que ser muy listo estos días —reflexionó Roza—. No solo con todo el caos

de las redes sociales, sino que tiene que escribir un manuscrito que se pueda vender con facilidad y que atraiga a las masas. —Puso los ojos en blanco—. Es un asco, la verdad. ¿No crees, Ian?

Este se encogió de hombros y la observó con una expresión divertida.

—Total, que tuve suerte, así que quiero pasaros algo de esa suerte a vosotras. —Nos miró con atención una a una—. Creo que sois las jóvenes escritoras con más talento de los Estados Unidos. Y, debido a ello, este no va a ser un retiro normal. No vais a perder el tiempo con el primer capítulo de algo a lo que llevéis tres años dándole vueltas. No. Vais a empezar de cero.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Poppy.

—Lo que quiero decir, querida, es que durante este mes de febrero, durante estos veintiocho días, vais a escribir una novela completamente nueva.

—¿Cómo? —soltó Taylor, con una risotada—. Eso es imposible.

—¿Eso crees? —La voz de Roza se volvió más cortante—. ¿Es que eres así de vaga, cariño? Es un mes en el que no tendréis absolutamente nada que hacer que no sea escribir.

Me puse tensa y me encorvé un poco sobre mi plato. El terror se revolvió como un torbellino dentro de mi pecho. Ya me había sentido nerviosa por tener que escribir a secas. ¿Y ahora tendría que ponerme a escribir una puta novela de principio a fin?

—Y eso. —Roza esbozó una sonrisa—. Seguro que tenéis preguntas. Adelante.

—¿De cuántas palabras? —quiso saber Keira, y su expresión no delataba nada en absoluto—. Quiero decir, ¿cuál es la extensión que tienes en mente?

—Buena pregunta, querida. Este nuevo proyecto tendrá que ser de al menos ochenta y un mil palabras. Aquello quiere decir que tendréis que escribir al menos unas tres mil palabras al día. Doce páginas a doble espacio. Podéis hacer eso en un día sin mayor problema. Y hoy habéis tenido el día libre para ir haciéndoos a la idea.

—¿Y cómo lo sabrás? —Taylor se había inclinado hacia adelante, y tenía ambos brazos apoyados sobre la mesa—. O sea, que escribimos las tres mil.

—Pues mira, te cuento. —Roza usó sus dedos para simular un par de piernas que bajaban unas escaleras—. Cada día, llevaréis vuestros portátiles al despacho e imprimiréis vuestro avance de la jornada. Luego volveréis al piso de arriba —sus dedos simularon el movimiento escaleras arriba— y deslizareis las páginas bajo mi puerta. Siempre antes de la medianoche, por favor. —Bajó la mano y se aclaró la garganta—. Cada día, a las ocho de la mañana, encontrareis copias de dichos proyectos en el comedor. Tendréis que leer los avances de vuestras compañeras para antes de las dos de la tarde, momento en el que nos reuniremos en la biblioteca para charlar en un

seminario de un par de horas de duración. Lo ideal es que tengáis comentarios que hacer sobre el trabajo de vuestras compañeras.

Fue entonces que lo comprendí: no solo tendríamos que escribir un libro, no.

Íbamos a tener que ayudar a editar otros cuatro.

—Cada día, a las cuatro de la tarde, me reuniré con una de vosotras para entrar más en detalle. Os informaré del orden mañana, cuando nos reunamos por primera vez. Qué más… —Se llevó un dedo a la barbilla—. Ah, sí. Nos encontraremos para beber algo en el salón cada día a las seis y media de la tarde, y la cena vendrá después, a las siete y media. Y, por favor, sed puntuales; no toleraré ninguna tardanza. Qué más… —Siguió pensando—. El desayuno y la comida se servirán a modo de bufé en el comedor; podéis comer cuando queráis. Y también podéis pasaros por la cocina en cualquier momento, sea de día o de noche. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Y si queremos… o tenemos que editar lo que ya hemos escrito? —preguntó Keira.

—Tendréis que avanzar y ya. —Roza se encogió de hombros—. Así que, a menos que os guste el riesgo, necesitareis alguna especie de esquema. Ya podréis volver sobre vuestros pasos y editar lo que queráis cuando termine el retiro. Bueno, todas menos la ganadora. Esa persona solo tendrá un mes o dos, si queremos publicarlo para otoño.

—¿Ganadora? —repitió Poppy, al tiempo que Keira decía:

—¿Publicarlo?

—Pues claro. —Los ojos de Roza brillaron—. ¿Se me ha olvidado esa parte? Ian publicará la mejor novela de todas. Y yo escribiré un bonito prólogo. Ah, y también recibiréis un anticipo, claro. Creo que era de… —Roza miró a Ian de reojo—. Un millón, ¿verdad?

Taylor soltó un silbido.

Ian asintió, petulante.

—Eso y la gira para el libro.

—Exacto. Y nos iremos de gira juntas. —Roza soltó un suspiro—. Yo misma estoy terminando de escribir mi condenado libro, así que también estaré trabajando a la par que vosotras.

A Wren, quien había permanecido en silencio hasta entonces, se le escapó una súbita carcajada.

—Dime, dime —dijo Roza, con toda la paciencia del mundo, como si Wren hubiese alzado la mano.

—Perdonad, es que… —La mirada de Wren era intensa—. Estoy procesándolo todo. Y me pregunto…

—Dime, dime —repitió Roza.

—Bueno, pues… —Wren cuadró los hombros—. Me pregunto por qué. Me da la impresión de que se nos está obligando a competir entre nosotras, como si estuviésemos en un *reality* de televisión o algo así.

—¡Ah! —Roza se giró hacia Ian y alzó las cejas—. Qué modo más interesante de verlo. Y yo aquí pensando que estábamos siendo generosos.

—No quiero parecer malagradecida. —Wren negó con la cabeza—. Es que… no sé. Me gustaría que pudiésemos trabajar en equipo. En lugar de que haya alguien que gane y alguien que pierda. Es con lo que hemos tenido que lidiar todo este tiempo.

Vaya. Wren no le aguantaba pulgas a nadie, sin duda. Aquel era un rasgo predominante de su personalidad, uno que envidiaba desde el día en que la había conocido y había oído de casualidad cómo le contestaba a su supervisor. Pese a ello, no me había esperado que cuestionara a Roza.

Aunque… tenía razón, la verdad.

Roza la estaba observando, con el ceño fruncido. Todos contuvimos el aliento.

Pero entonces Roza sonrió.

—Te voy a contar por qué no os doy a todas una subvención personalizada, cariño: es porque no me dedico a repartir limosna.

Wren le devolvió la mirada y asintió, despacio.

—Y también hay otra razón —siguió Roza—. Me he dado cuenta de que las mejores obras se escriben cuando lo que está en juego es importante. Cuando hay un añadido de estrés. Allí es cuando el instinto de supervivencia se activa. Y eso hace que las obras sean más crudas y viscerales.

—Vale —aceptó Wren, sin emoción.

—Al fin y al cabo —añadió Roza, mientras jugueteaba con su mechero—, no regento un *spa*, cariño. No habrás pensado que un retiro conmigo iba a ser una experiencia relajante y tranquilizadora, ¿verdad?

Wren parpadeó, sorprendida.

—Bueno, no, pero…

—Sabías que este sería un retiro para escritoras —señaló Roza—. Que tendríais que escribir. Pensad en todo esto como un añadido. Una oportunidad entre cinco para ganar un millón de dólares. —Alzó ambas manos—. E, incluso si no ganas, ¡tendrás una novela! Una que un grupo de escritoras muy inteligentes te habrá ayudado a crear. Será el mejor proyecto que hayas hecho hasta el momento. Y, cómo no, me tendrás como tu adalid. —Roza le dio un par de toquecitos a su mechero—. No pretendo dejar a ninguna de vosotras abandonada a su suerte. A menos que os marchéis por vuestro propio pie. No puedo apoyar a alguien que se rinde sin más. ¿Me entiendes?

—Sí —asintió Wren, escarmentada.

—¿Y si nos retrasamos? —preguntó Taylor, de improviso.

Roza abrió mucho los ojos.

—No os retraséis. Si no llegáis a completar vuestras palabras del día… —Se encogió de hombros—, tendréis que marcharos al día siguiente.

La mesa entera se quedó en silencio. Nos la quedamos mirando, a la espera de que se echara a reír. *¡Pero qué caras más serias!*

—¿Algo más? —se limitó a preguntar.

—¿Alguna restricción en cuanto al contenido? —El tono de Keira era de lo más ligero.

—Cosa vuestra. —Roza empujó su silla hacia atrás—. Sabéis lo que me gusta, claro, dado que habéis llegado hasta aquí. Pero si queréis escribir algo de ciencia ficción o lo que sea, es decisión vuestra. Y os he mentido con lo del día libre. Para nuestra primera reunión de mañana necesito una propuesta de un párrafo. No hace falta que compartáis más de la mitad de la historia si no queréis. Imprimid copias para todas y hablaremos de ellas a las dos de la tarde.

—Ay, madre. —Poppy parecía muy pálida—. Qué rápido.

—Así es la vida, querida. —Roza se puso de pie y recogió su copa.

—¿Y si no te gusta? —quise saber—. La idea de la historia.

Roza me observó durante algunos segundos.

—Entonces tendréis que pensar en otra cosa.

Ser el centro de su atención no se parecía a nada que hubiese experimentado nunca: era como estar sometida mientras ella me abría el cráneo, sin apartar la mirada, y se ponía a examinar los contenidos viscosos de su interior.

Entonces sonrió, y el gesto fue amigable, casi juguetón. Aquel cambio tan brusco me perturbó.

—Así que… —su tono de voz era ligero— que sea algo que me guste, cariño.

10

Tras la cena, volvimos a nuestras habitaciones. La camaradería que habíamos compartido antes se había disipado, y nos mantuvimos en silencio mientras subíamos las escaleras de mármol.

Cuando íbamos por la mitad, Taylor rompió el silencio.

—Hay que joderse.

—Supongo que se nos acabó la fiesta. —Keira hizo un mohín con los labios—. Ha sido todo muy rápido.

—¿Habéis pensado en algo ya? —Los ojos grandes de Poppy estaban muy rojos—. Porque yo no tengo ni idea.

Keira le dio un apretoncito en el brazo.

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo. Estaba pensando en sentarme a escribir y dejar que fluyeran las ideas. A ver qué sale.

—Es buena idea —dijo Taylor.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Wren era la única que llevaba reloj.

—Son las diez y media —contestó, sin mirarme.

Me sentía aislada de la situación de una forma curiosa. Era como si todo el estrés de las últimas dos horas me hubiera drenado por completo. Ver a Wren y enterarme de que se había comprometido. Roza metiéndose conmigo en frente de todos los demás. Y, para colmo, tener que concebir toda una novela cuando llevaba todo el último año sin poder escribir nada.

Si bien no había esperado que fuese fácil, sin duda no me había imaginado que fuese a ser así de estricto.

Aun con todo, había muchísimo en juego. Como había dicho Roza, tenía una oportunidad entre cinco de firmar un contrato para publicar un libro por un millón de dólares. No podía ni siquiera procesar la idea de tener tantísimo dinero.

Pero aquello significaría que podría renunciar a mi trabajo. E, incluso si no ganaba, aún tendría una nueva novela, una que Roza me habría ayudado a escribir. Fuera como fuere que acabara todo eso, iba a terminar en un lugar muchísimo mejor que en el que había empezado.

Si podía mantener el ritmo, claro.

Fue todo un alivio cerrar la puerta de mi habitación. Me di una ducha calentita y dejé que me cayera un buen chorro de agua fría antes de salir, para intentar sacudirme el adormecimiento que me había entrado en el cuerpo después de la cena, el vino y la maría. No obstante, la noche todavía no había llegado a su fin. Tras envolverme en un grueso albornoz que había colgado en la parte de atrás de la puerta del baño, me acomodé en el escritorio y abrí mi portátil. Había llegado la hora de ponerme a trabajar.



Una hora más tarde, solté un gimoteo y apoyé la frente sobre el escritorio. Había pensado en una lista de ideas, y todas eran malísimas. Peor que malísimas: eran un bodrio.

Sabía lo que se sentía cuando una tenía una buena idea. El concepto desencadenaba algo, una pequeña ascua en el fondo de la barriga. Pese a que debía ser cuidadosa y no sujetarla con demasiada fuerza, podía notarlo: el brillo expansivo de todas las posibilidades.

Solo que aquellas ideas estaban muertas. Inertes. Estaba rebuscando en la tierra, pero no encontraba nada.

Imaginé a Wren encorvada sobre el papel, con los labios torcidos en una mueca burlona mientras leía mi sinopsis. Desde los inicios de nuestro grupo de escritura, Wren había sido muy cruda. Los comentarios que me dejaba en las páginas que escribía parecían pequeñas bombas: *Qué coñazo. Borra todo esto. La protagonista nunca haría algo así, nunca en la vida.* Ursula solía llamarla «Sweeney Todd» debido a todo lo que cortaba al editar, despiadada.

Me incorporé de sopetón y cerré el portátil. Necesitaba un respiro. Tenía que calmarme. Ya se me ocurriría algo, solo tenía que ser paciente.

Algo que solía hacer, por aquellos tiempos en los que sí que podía hilar una serie de palabras una tras otra, era tener una taza de té en mi escritorio. En medio del ritmo de la escritura, siempre ayudaba poder hacer una pausa y dar un sorbo para considerar lo escrito antes de continuar con ello. Quizás eso ayudaría.

Roza nos había dicho que podíamos usar la cocina a nuestro antojo. Tendría que haber té, ¿verdad? Me vestí con rapidez y abrí la puerta. La luz se filtraba por la rendija bajo todas las puertas cerradas. Habrían empezado la carrera a toda pastilla y seguro que ya me sacaban muchísima ventaja.

Alguien había apagado las luces del pasillo, de modo que me llevé mi móvil para usar la linterna. Las estatuas de mármol arrojaban unas sombras definidas en el haz de luz.

Un escalofrío me recorrió la columna. Tenía la sensación de que estaba en un videojuego, en medio de aquel pasillo oscuro y opulento, a la espera de que algo horrible me saltara encima.

Me dirigí hacia el rellano, sorprendida por lo nerviosa que me encontraba. Para ser alguien a quien le encantaban los libros y películas de terror, me espantaba con facilidad. Cuando llegué al inicio de las escaleras, vacilé un poco. Había algo que me molestaba. Un sonido. Me quedé quieta, y allí estaba. Aunque el sonido era casi imperceptible, no cabía duda de que podía oírlo.

Unos gemidos en la lejanía, como si alguien estuviera herido.

Provenían del otro lado del rellano. Me acerqué en silencio hacia allí y pasé por delante de un pasillo que iba directo hacia el fondo, hacia la parte de atrás de la casa. Los sonidos no provenían de allí sino de la otra ala de la casa, la que estaba en el otro extremo de nuestras habitaciones. Se produjo un segundo de silencio, y luego se alzó de nuevo: un gimoteo agudo.

Avancé de puntillas por el pasillo, con una sensación de presión en el pecho y hundiendo los pies en las alfombras caras. Era una copia de nuestro propio pasillo, y también estaba flanqueado por cuadros y adornado con estatuas.

Los lloriqueos se oían más fuerte, eran rítmicos y claramente sexuales. *Ah*. Ralenticé el paso, pero luego seguí. El pasillo terminaba en una puerta pintada de rojo. Toqué la madera y me apoyé un poco sobre ella. Tenía que ser Roza. ¿Estaría sola? Los sonidos un tanto guturales parecían un poco exagerados para una sesión de masturbación, aunque ¿quién era yo para juzgarla?

Solo que no estaba sola. De algún modo, sabía que había alguien más allí con ella.

La imagen llenó mi mente: Roza retorciéndose, sacudiéndose, gimiendo mientras una figura silenciosa y en las sombras —¿Ian?— la sostenía de las caderas y movía su lengua contra ella, imparable y dominante.

Sus gemidos escalaron, se volvieron más frecuentes y ruidosos. Me quedé congelada en la puerta, con los ojos abiertos como platos, y un latido en mis propias entrañas. Parecía que había algo en los sonidos, como un código que descifrar. Porque contenían pasión y placer, sin duda. Pero había algo más. Una sonrisita suficiente en el borde, de algún modo teñida de desdén. Incluso de odio.

Se corrió con un gemido de lo más entusiasmado.

Entonces se produjo un silencio. Quizás había matado a Ian al aplastar su cabeza entre sus muslos cuando el éxtasis la había inundado por dentro. Quizás estuviera sentada, mientras examinaba la mezcla de vísceras y cráneo, aún jadeando un poco, aunque cada vez más tranquila.

Puaj, pero qué desastre.

La imagen fue tan visceral que el terror me subió hasta la garganta. Retrocedí para alejarme de la puerta y di un salto cuando algo frío chocó contra mi muslo.

Era la estatua de un caballo sobre sus patas traseras; me había golpeado con una de sus patas.

Me giré y hui de vuelta a la seguridad de mi habitación, al tiempo que intentaba apartar aquellas imágenes tan perturbadoras de mi mente.

Al día siguiente, me desperté temprano. Había olvidado bajar las persianas, y la brillante luz del sol me dio de lleno en los ojos cubiertos de legañas. Salí de la cama, y se me erizó la piel de los brazos debido al aire fresco. Pensé en lo que había ocurrido la noche anterior mientras me preparaba para el día. Tras volver a toda prisa a mi habitación, me había metido bajo las mantas y había visto algunas series que había descargado en mi teléfono y que siempre conseguían tranquilizarme hasta que me había quedado dormida.

A plena luz del sol, me sentí avergonzada por mi reacción tan exagerada. Así que Roza se estaba acostando con Ian, ¿qué más daba? Me sorprendía un poco, pues Ian me había parecido un poco cerdo, pero era obvio que se conocían desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que era más vergonzoso era que me hubiera acercado a hurtadillas hasta su puerta, en realidad. ¿Qué carajos me había pasado por la cabeza para actuar como un chiquillo calenturiento de doce años? Había tenido suerte de que nadie me pescara.

Tras envolverme en unas toallas suavecitas, me senté al escritorio. El cielo era de un azul intenso y sin nubes. Una capa brillante de nieve cubría todo el jardín trasero. Me imaginé al lanzar mi portátil por la ventana, romper el cristal y observarlo mientras caía sobre una pila de nieve con un sonido amortiguado.

La primera sesión de nuestro grupo de escritoras era a las dos de la tarde. En aquel momento eran las 08:30 a.m. Tenía que pensar en una idea para una novela antes de esa hora y luego escribir tres mil palabras de su inicio.

En casa, aquello habría sido imposible. Solo que, en aquel momento, estábamos viviendo bajo las reglas de Roza. Y, tras una noche de sueño reparador, daba la casualidad de que me sentía llena de confianza. La idea perfecta estaba allí, solo un poquito más lejos de mi alcance. Me terminé de vestir, busqué una libreta y un boli —pues ¿cuán horrible sería que se me ocurriera alguna idea y que esta se me escapara antes de que pudiera atraparla?—, y me dirigí a la planta de abajo.

El aroma agradable del desayuno me inundó las fosas nasales conforme me acercaba al comedor.

—¡Buenos días! —Taylor estaba sentada a la mesa, con su cabello rubio y verde algo revuelto por haber dormido, y aún en pijama. Me percaté de que llevaba puesto su collar de conejo y que no combinaba en absoluto con su camiseta a cuadros. Tenía el portátil abierto a su lado.

—Buenos días.

Hizo un ademán en dirección al bufé.

—Sírvete, todo está delicioso.

—Pues muchas gracias. —Levanté la tapa de la primera bandeja y me encontré con una sartén a medio comer de patatas cortadas en cubitos, aliñadas con aceite y romero —. Podría acostumbrarme a esto. —Aunque no solía comer mucho en el desayuno, en aquella ocasión me llené el plato.

—¿Cómo vas? —Me senté dejando dos sillas entre nosotras—. ¿Sigues con tu idea?

—Ay, no. —Levantó una tostada, con lo cual reveló unas vides de florecillas lilas que subían por su muñeca—. Eso se me ocurrió bastante rápido, por suerte. Estoy intentando adelantar un poco del conteo diario. Tres mil palabras no es poca cosa.

—Y que lo digas. —El estómago me dio un vuelco de ansiedad.

—¿Y tú? —Hizo un ademán hacia mi libreta.

Hice una pausa para terminar de masticar.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro. —Sonrió, con los ojos muy abiertos y expectantes.

—Llevo todo un año bloqueada, sin saber qué escribir. —Una sensación de alivio me inundó al decirlo en voz alta.

—Joder, chica. —Su mirada se suavizó un poco, preocupada—. Qué pena. ¿Por culpa de Wren?

—¿Cómo dices? —Su nombre hizo que me pusiera rígida.

—¿No nos contaste que terminaste tu amistad con ella hace un año?

—Sí, es cierto. —Taylor era mucho más perspicaz de lo que había creído.

—Tiene que estar relacionado, ¿no crees?

—Es probable. —Tragué un bocado de huevos—. Aún no lo he psicoanalizado del todo.

Taylor me observó con atención mientras comíamos.

—Oye. —Apartó su plato hacia un lado y cerró su portátil—. Keira está en la biblioteca. Cuando termines, ¿quieres que vayamos a verla? Quizás el estar rodeada de tantos libros haga que se te despierte alguna idea.

Acepté, y quince minutos después, Taylor nos condujo con confianza hasta la biblioteca. Me pregunté si habría explorado la casa aquella mañana, pues parecía saber a dónde iba.

—¿Has visto a Ian hoy? —quise saber, preguntándome si él y Roza seguirían enredados en las sábanas.

—No, pero ya no he visto su coche en la entrada esta mañana. —Taylor me dio un codazo—. ¿Por? ¿Te van los señores mayores e ingleses?

Solté una risita.

—No es mi tipo. Solo quería saber quién estaba en casa.

—Solo nosotras, Roza, Chitra y mi persona favorita en el mundo… Yana.

Entramos en un pasillo delineado con ventanas que daban al jardín trasero. Algo brillante me llamó la atención. Había dos siluetas envueltas en unos plumíferos y unos gorros de lana de colores brillantes que marchaban por la nieve y se dirigían hacia el bosque.

—Ah —dije. Taylor se giró y siguió la dirección de mi mirada.

—Son Poppy y Wren —me dijo—. Dijeron que se iban a dar un respiro y que irían a caminar un rato esta mañana.

—Ah, genial —contesté, en voz demasiado alta. ¿Por qué no iban a hacerlo? Poppy compartía habitación con Wren, y esta podía ser de lo más encantadora, sobre todo con una veinteañera como Poppy. Aunque no era como si Poppy y yo nos hubiésemos sumergido en una intensa e inmediata amistad el día anterior al haber llegado juntas, no pude evitar sentir un pinchacito de traición.

La biblioteca parecía incluso más majestuosa bajo la luz del día. Keira estaba sentada en una de las butacas tapizadas que había cerca de la chimenea y tenía una pila de libros en el suelo a su lado.

—¡Kei! —Taylor marchó hacia la otra chica—. ¿Me echabas de menos?

Keira alzó la vista y sonrió a la par que se acomodaba las gafas.

—Muchísimo. —Aquel día se había soltado sus trenzas y se las había acomodado sobre un hombro. Una vez más, iba toda vestida de negro: unas mallas, una camisa suelta y con botones y unos mocasines de charol negro y reluciente.

—Hola. —La saludé con la mano, sintiéndome un poco avergonzada ante la presencia tan formal de Keira. Taylor estaba en pijama, claro, pero su cabello y sus tatuajes la hacían parecer *punk*. Yo me había vestido muy rápido con unos tejanos y un jersey gris que en aquel momento me hicieron sentir como si fuese una madre.

—Hola, Alex. —Me sonrió—. ¿Cómo has dormido?

—Bastante bien, ¿y tú?

—Más o menos. —Keira se quedó con la vista clavada en el suelo mientras jugueteaba con su colgante de león—. Tuve una pesadilla.

—¿Sobre qué? —preguntó Taylor, mientras se acomodaba en el sofá.

Finalmente, Keira alzó la vista.

—No me acuerdo, pero me dejó muy angustiada.

—Seguro que es la casa. Tiene que estar embrujada. —Taylor bostezó y señaló la pila de libros—. ¿Qué estás buscando?

—Pues, ya que hablamos de la casa… Estoy buscando información sobre Daphne.

—Es una idea genial para una novela —comenté, impresionada.

—¿La quieres? Toda tuya. Por desgracia, no me está funcionando. —Lanzó un libro sobre la pila para luego frotarse los ojos—. Necesito ir a por más café. Y quizá dar un paseo por Blackbriar, dado que puede que este sea mi último día aquí.

—Claro que no. —Taylor se puso de pie de un salto y le extendió una mano—. Venga, te acompañaré y haremos lluvia de ideas.

—¿Tienes tiempo para hacer una lluvia de ideas? —Keira alzó una ceja.

Taylor esbozó una sonrisita presumida.

—Ya casi llego a las dos mil quinientas palabras.

—Cómo te odio. —Se echaron a reír, y yo me obligué a esbozar una sonrisa. El miedo me dio un vuelco en el estómago. A Wren y a Poppy también les debía ir bien si se estaban dando un tiempo para una caminata.

Tenía que ocurrírseme algo. Y pronto.

—¿Quieres un café? —me preguntó Taylor.

—Creo que me quedaré a echarle un vistazo a estos libros. Si no te molesta, Keira.

—Ningún problema. —Se marcharon juntas, charlando y riendo. ¿Cuándo se habían vuelto tan amigas?

Pero bueno. Tenía una trama en la que pensar. Me acomodé en la butaca de Keira y tomé el primer libro que había en la pila. La cubierta tenía una fotografía en blanco y negro de Daphne envuelta en un chal de encaje y los ojos pintados de un color oscuro cerrados mientras escribía en una libreta. Era la misma foto que había pasado a ser un cuadro en el vestíbulo principal. El título del libro era *Daphne Wolfe: feminista, artista y espiritualista*. Hojeé el primer capítulo.

No tenemos mucha información sobre la juventud de Daphne. Creció en un hogar humilde, con su padre, un obrero en una fábrica, y su madre, una lavandera. Tuvo tres hermanos, y su hermana más pequeña, Grace, murió cuando tenía doce años debido a una perforación del apéndice. Los académicos creen que aquel fue el inicio del interés de Daphne por el ocultismo,

el cual solo se hizo conocido tras su matrimonio con Horace, cuando tuvo los medios y el respeto suficientes para organizar sesiones espiritistas en su mansión.

Salté a otra sección.

Horace era un soltero empedernido y lo había sido toda su vida. Todo el mundo se sorprendió cuando, con más de cincuenta años, se enamoró de una camarera del pueblo a quien le doblaba la edad. Sin duda, era un hombre apuesto y carismático, y sus amigos cuestionaron su repentina decisión de casarse con alguien que era de «una clase más baja». Más adelante, las habladurías del pueblo decían que Daphne lo había hechizado, sobre todo cuando sus actividades espiritistas se volvieron conocidas.

Y allí estaban Daphne y Horace posando juntos, la otra fotografía que había replicada en el vestíbulo principal. Unas páginas más adelante, Daphne posaba con otras dos mujeres frente a una chimenea. Una miraba a la cámara, con el mentón alzado con orgullo y las manos juntas delante de su vestido de volantes. La otra, que parecía más joven, esbozaba una sonrisa tímida y tenía la cabeza gacha sobre su cuello alto. El pie de página rezaba:

Daphne, Florence y Abigail, fundadoras de la Sociedad Espiritualista de Blackbriar.

Le eché un vistazo al párrafo que había junto a la foto.

Daphne se hizo amiga de otras dos miembros de la alta sociedad, Florence Binninger y Abigail Williams, a quienes también les interesaba el espiritualismo. Durante tres años, se reunieron cada semana y se hicieron llamar la Sociedad Espiritualista de Blackbriar. En aquellas reuniones, las mujeres intentaban contactar con espíritus a través de una escritura automática y unos dibujos, una práctica que impulsó las incipientes habilidades artísticas de Daphne. Tras un tiempo, Daphne declaró haber conectado con una demonio llamada Lamia que le pidió que la canalizara para hacer una «gran obra» que le otorgaría conocimiento y sabiduría a la humanidad. Daphne aceptó aquel encargo, a pesar de que Florence y Abigail trataron de convencerla de lo contrario, pues creían que aquello terminaría haciendo que perdiera la cordura.

Daphne se preparó durante seis meses, meditó durante horas y se limitó a una dieta vegetariana e insípida. Le ocultó prácticamente toda esa información a Horace, quien solía viajar por trabajo. Escogió un periodo de dos semanas en el que él no iba a estar en casa para empezar a canalizar las obras de Lamia. Durante ese tiempo, echó a todos los sirvientes de su casa. Y, en solo tres días, Daphne terminó la primera de las grandes obras que le habían sido

encargadas: El mundo intermedio I *y* II *(páginas 62-63). Tras ello, se quedó en cama durante varias semanas para recuperarse.*

Pasé a la siguiente página. Aunque las imágenes eran pequeñas y no de muy buena calidad, mostraban los dos cuadros enormes y abstractos en el vestíbulo principal.

Tres meses después de haber pintado los primeros cuadros, mientras Daphne se preparaba para la siguiente ronda, la empresa de Horace cayó en bancarrota. Él se sumió en una depresión y le ordenó a Daphne que dejara sus obras. Ella le hizo caso en apariencia, aunque en secreto terminó de pintar la siguiente serie, titulada La entrada*, en cuatro días. Por desgracia, Horace encontró los cuadros y los quemó en una hoguera. No queda claro si lo hizo porque creía que eran algo maligno o porque quería castigar a Daphne. Es por ello que, lamentablemente, no tenemos ningún registro de dichos cuadros. Daphne escondió los cuadros de* El mundo intermedio *en el sótano para asegurar que no fueran destruidos.*

Daphne se preparó para la tercera canalización en secreto mientras Horace la amenazaba con divorciarse de ella si continuaba con aquellas andanzas. Sin embargo, lo que sucedió en la víspera de aquel suceso no se sabrá nunca. Una tormenta de nieve arreció, y Horace envió a casa a todos los sirvientes para que estuvieran con sus familias. La tormenta hundió todo bajo unos dos metros y medio de nieve en cuarenta y ocho horas, lo que hizo imposible que se pudiera llegar a la mansión en casi una semana. Cuando los sirvientes volvieron, se encontraron con una escena horrible e imposible de explicar. Horace yacía en su cama, destripado. Daphne yacía a los pies de las escaleras del sótano, y su cuerpo era un esqueleto carbonizado. Los cuadros de El mundo intermedio *ya no estaban en su escondite, sino que permanecían apoyados contra una pared a varios metros del cadáver.*

Nunca se encontró ningún cuadro de la tercera parte del encargo, si es que se llegó a completar.

11

Fui la primera en llegar a la biblioteca. Alguien —probablemente Yana— había montado una mesa grande y rectangular frente a las ventanas. Me senté a ella y acomodé mis papeles y mi libreta, con la intención de calmar los agudos pinchazos de pánico que sentía en el pecho. Había una jarra de café en la mesa del bufé, pero seguro que sería una mala idea, dado lo muy hecha polvo que me encontraba.

Tras horas y horas de intentarlo, me había decidido por lo que parecía ser la idea menos horrible de todas.

Por desgracia, era posible que a cierta personita del grupo le pareciera un pelín conocida.

—¡Hola, hola! —Taylor entró en la sala con un andar confiado, vestida con una sudadera colorida y unas mallas rojas, y Keira entró un segundo después.

—Hola, chicas. —Para mi sorpresa, Taylor se sentó lejos, en el extremo opuesto de la mesa, y Keira se acomodó a su lado. ¿Por qué habrían escogido sentarse tan lejos de mí?

Nos giramos hacia los sonidos que provenían de la entrada.

—Y yo estaba, en plan, pero ¿qué me estás contando? —iba diciendo Poppy mientras ella y Wren entraban en la sala—. ¿Es que no sabes lo que es un dosier de prensa?

—Es la petición más absurda que he oído en la vida. —Pese a que Wren podía hacer que frases como aquella parecieran sarcásticas, estaba claro que había decidido meterse a Poppy al bolsillo. Y, dada la mirada embelesada que le dedicaba Poppy, era obvio que ya lo había conseguido.

—¿Estáis listas para lo que se nos viene encima? —preguntó Taylor con una sonrisa, mientras le daba golpecitos a la mesa como si fuese un tambor.

—Ya veremos. —Sin dignarse a mirarme, Wren ocupó el sitio frente a Taylor. Llevaba lo que seguramente era un chándal de cachemira de diseñador de color verde azulado, y su cabello oscuro estaba recogido en un moño. Poppy se acomodó frente a Keira, muy mona ella con su jersey tejido rosa. Y así habían quedado todas juntas en el extremo opuesto de la mesa. ¿Qué carajos? Una silla vacía nos separaba a Poppy y a mí. Yo era la apestada, la cola del cometa que se alejaba hacia el olvido.

—¿Qué tal la caminata? —le preguntó Taylor a Wren y a Poppy—. ¿Os encontrasteis con algún animal salvaje?

Sus risas y su parloteo me inundaron los oídos, y de pronto me encontré de vuelta en el instituto, sentada en un banco durante el recreo, mientras pretendía estar absorta en mi libro. A los otros críos no les importaba lo suficiente como para que se burlaran de mí ni tampoco para apiadarse. Era invisible para ellos.

¿Qué era lo que decían los que salían en *realities*? *No he venido aquí a hacer amigos*. Y era cierto. Aun así, sentí un pinchacito de vergüenza. ¿Debería sentarme más cerca de Poppy?

¿Por qué tendría que hacerlo? El pensamiento iba cargado de una soberbia aguerrida. Al fin y al cabo, había sido la primera en llegar a la dichosa sala.

Roza entró en la biblioteca, tosiendo y hojeando una libreta, con sus gafas para leer acomodadas sobre la nariz. Llevaba el cabello suelto e iba vestida con un jersey rojo, tejanos holgados y unas zapatillas de andar por casa forradas en piel. Se acercó a donde nos encontrábamos e imaginé que se sentaría en el extremo de la mesa donde se habían ubicado las demás, pero terminó dando una vuelta y acomodándose en mi lado de la mesa.

Alzó la vista, con expresión acongojada.

—¿Os acercáis un poquitín? No quiero alzar la voz. —Las demás se levantaron, obedientes, y se acercaron a nuestro extremo de la mesa. Sentí un burbujeo de alivio y también de satisfacción, qué se le va a hacer.

»Bueno —empezó, al tiempo que se quitaba las gafas y sonreía, expectante—. ¿Cómo ha ido?

Todas intercambiamos una mirada en silencio.

—¡De maravilla! —exclamó Taylor en voz alta, y todas nos echamos a reír.

—Muy bien —sonrió Roza—. No os pongáis nerviosas, chicas. Lo peor que puede pasar es que lo rompa en mil pedazos, ¿verdad? —Me dio un apretoncito en el brazo, y el súbito gesto de proximidad me hizo pegar un bote en mi sitio—. Es broma. Sé que esta es la parte más difícil. Pero estoy segura de que, tras esta reunión, saldréis emocionadísimas por poneros manos a la obra.

Me invadió una descarga de esperanza. Quizá todo fuera bien.

—¿Keira? —Roza le hizo un ademán—. Reparte tu sinopsis, querida. La leeré en voz alta y luego, entre todas, te daremos nuestra opinión.

Keira le hizo caso, con los labios apretados en una sonrisa tensa. Me llenó de alivio que incluso a ella, con todo su aplomo, le hubiera costado que se le ocurriera algo.

La sinopsis describía a una chica que había estado revisando las pertenencias de su madre, quien había fallecido hacía poco, y había encontrado una carta que su madre había escrito hacía décadas y que no había llegado a enviar. La carta indicaba que su

madre casi había abandonado a su familia para ir a reunirse con una mujer que había estado llevando a cabo una misteriosa investigación en la isla de Gorea, la cual había sido un centro de tráfico de esclavos cerca de la costa de Senegal. La protagonista decidía viajar a la isla para buscar a la mujer y averiguar más sobre ella, su investigación y los secretos que su madre le había ocultado todo ese tiempo.

—A ver —dijo Roza, mientras dejaba el papel sobre la mesa con un movimiento brusco—. Empiezo yo. Creo que es magnífica. ¿Alguien más?

La expresión de Keira se llenó de alivio mientras Poppy y Taylor confirmaban su opinión.

—Pero no la hagas muy reconfortante —le dijo Roza—. Hazla cruda, ¿vale? Bueno, esta ha sido fácil. Pasemos a la siguiente. ¿Taylor?

Taylor se ofreció a leerla ella misma, lo cual me sorprendió. Su idea iba sobre una mujer estadounidense que vivía en Francia y había conocido a una camarera que le había prometido llevarla en una gira no autorizada por las catacumbas que había bajo la ciudad. Aunque se lo pasaban muy bien al inicio —«ejem, sexo por montones»—, terminaban encontrándose con un grupo enmascarado que estaba llevando a cabo un ritual de sacrificio. El resto de la historia giraba sobre ellas tratando de escapar del grupo, el cual quería eliminarlas.

—Ay, madre, ¿y cómo acaba? —Poppy tenía los ojos muy abiertos.

—Con una traición. —Taylor se encogió de hombros—. La camarera había sido parte del culto desde el principio.

—¡Lo sabía! —Roza le dio un manotazo a la mesa, y todas estallamos en carcajadas.

Tras unas cuantas preguntas y sugerencias de Roza, fue el turno de Poppy. («Señoritas, la reunión de hoy culminará muy temprano si todas las ideas terminan siendo tan buenas como las dos primeras», nos dijo Roza). La propuesta de Poppy se centraba en una chica que viajaba a las Islas Caimán y se veía involucrada con un grupo que estaba convencido de que podía ponerse en contacto con Dios desde una cueva remota.

—¡Islas y cultos! —Roza alzó las manos—. Parece que los temas se repiten.

Algo de aquella historia me llamaba, como un hilillo de reconocimiento. Tenía la impresión de que ya la había oído, aunque no podía recordar dónde.

Solo que ninguna historia era del todo nueva. A lo mejor estaba pensando en algún otro libro, quizás en alguno que Poppy hubiera usado para inspirarse.

Wren fue la siguiente y leyó con una voz clara y precisa. Su historia involucraba a una actriz a la que habían invitado a trabajar con un director famoso al que había admirado desde pequeña. Cuando la actriz llegaba al remoto set de grabación, se llevaba una

sorpresa nada grata al darse cuenta de que el equipo estaba conformado por ella, otro actor y un grupo de esqueletos. Conforme grababan la película, el proyecto se iba poniendo más y más extraño, hasta que la actriz empezaba a preguntarse si el director se habría vuelto loco y si ella estaría en peligro de muerte.

—Otra ambientada en un grupo pequeñito —comentó Roza mientras se reclinaba en su asiento y se cruzaba de brazos.

—Tal vez se deba al retiro —sugirió Taylor.

—Puede ser. —Roza tamborileó con una uña pintada de rojo sobre su bíceps—. ¿Poppy? ¿Tú qué opinas?

—Me encanta. —Poppy le dedicó una sonrisa a Wren—. Creo que suena muy interesante.

—¿Y tú, Keira?

—A mí también me gusta. —Keira miró a Wren de reojo—. Lo leería sin duda.

Wren asintió, agradecida, y su mirada se volvió a posar sobre Roza.

—¿Alex? —Los ojos verdes de Roza se clavaron sobre mí.

—Creo que suena bien. —Y lo creía de verdad. Wren tenía muchos problemas, pero dar con ideas creativas no era uno de ellos. Cuando habíamos dejado de hablar, sabía que había estado dándole los últimos retoques a su novela. Mientras cotilleaba sus redes sociales, había esperado la publicación que anunciara que había conseguido un agente literario y luego un contrato de publicación. Sin embargo, hasta el momento no había habido noticias. Me había sentido aliviada; al menos había una cosa que Wren quería que todavía no había conseguido.

Roza se cruzó de brazos.

—Bueno, yo creo que la idea es prometedora, Wren. De verdad. Pero los actores no son mis personajes favoritos. No solo porque son frívolos y egoístas, eso no está mal. De hecho, puede ser algo bueno. El problema es que, como protagonistas, suelen ser un muermo.

—Mi protagonista no será un muermo. —La expresión de Wren se volvió sombría.

—O sea, tiene que importarnos siquiera un poquitín, ¿verdad? Esta estrella en ciernes que viaja a un lugar remoto para trabajar con un director famoso. Perdóname, pero… *puaj*. —Soltó un resoplido—. Haz que sea una pringada. Que sea la última oportunidad que tiene para conseguir un trabajo antes de lanzarse por la ventana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repitió Wren.

Roza se dejó caer sobre el respaldo de su silla de pronto, y esta arañó el suelo de madera. Su buen humor parecía haberse esfumado y había pasado a estar prácticamente enfurruñada.

—Chicas, por favor, esforzaos en hacer que vuestro trabajo sea algo llamativo. Si tengo que leer pura bazofia intragable todos los días, me voy a volver loca. De verdad os lo digo.

Nos removimos en nuestras sillas, incómodas. Los cambios de humor tan súbitos de Roza nos estaban mareando a todas.

—Alex. —Roza me dedicó una sonrisa—. Te toca.

El miedo me inundó el pecho. Roza no se lo había puesto nada fácil a Wren, y su idea había estado bastante bien, la verdad. ¿Qué iba a decir de la mía?

—*El final de los finales*. —Me aclaré la garganta, aunque, muy a mi pesar, mi voz siguió temblando de forma vergonzosa—. Rebecca y Elyse llevan una década siendo mejores amigas, desde que tenían dieciséis años. Después de que tanto a la una como a la otra le rompiera el corazón su primer amor en el instituto, ambas deciden aliarse para castigarlos. Y continúan con aquel ciclo durante su adolescencia y tras cumplir los veinte; siempre que un hombre le hace daño a alguna de las dos, su misión se convierte en destruirlo. Tras terminar la universidad, consiguen empleos en la misma editorial. Rebecca no tarda en recibir un ascenso. Se enamora de su nuevo jefe, quien está casado, y él la deja poco después. Rebecca sabe que, si le cuenta todo eso a Elyse, pondrá a su jefe en peligro. Sin embargo, Elyse la conoce mejor que nadie y decide tomarse el amorío de Rebecca y su jefe como una traición y castigarlos a ambos. Rebecca tiene que detenerla antes de que sea demasiado tarde. Sabe de lo que Elyse es capaz…, o al menos eso cree. Resulta que todo ese tiempo, Elyse se ha estado conteniendo. Y, por desgracia para Rebecca, ya no tiene razones para hacerlo.

Roza volvió a reclinarse en su asiento antes de soltar un largo suspiro. La sala estaba en completo silencio. Fuera, unos copos de nieve habían empezado a caer con suavidad. El sol iba descendiendo por el cielo y proyectaba un velo plateado sobre el paisaje.

—No —sentenció Roza.

Parpadeé, confusa.

—¿No?

—Lo lamento, Alex —siguió, meneando la cabeza—, pero no va a funcionar. Se parece demasiado a *La lengua del diablo*. Solo que menos interesante, porque ambas son adultas. —Soltó un suspiro—. Incluso los nombres. ¿Elyse? Como la Eliza de *La lengua del diablo*.

Me quedé de piedra, horrorizada por mi error. Pude notar que las demás bajaban la mirada, pues no querían ser testigos de mi humillación, como si fuese una enfermedad que se les pudiese pegar.

—¿Sabes? Si estuvieses escribiendo literatura barata, podría funcionar —añadió Roza —. Podría ser sexi. Pero espero más de ti. Y, si te soy sincera, estoy harta de las historias

en las que las mujeres se pelean por un hombre.

—Vale. —Sentí el rostro caliente, y estaba segura de que estaba más roja que un tomate.

—¿Algún otro comentario? —Roza miró en derredor.

—La verdad, a mí me ha gustado —admitió Keira, y yo la miré de reojo, agradecida —. Tener personajes femeninos que se peleen por un hombre no significa que una historia no pueda ser feminista. De hecho, la historia de Alex trastoca la idea, porque las mujeres retoman el control al castigar a sus ex. Y la vuelve a trastocar cuando Rebecca se enamora de alguien de verdad. Al final, termina siendo sobre la futilidad de la autoprotección en las relaciones heterosexuales dentro de una sociedad patriarcal.

—Ay, pero mira tú qué lista —dijo Roza con una risita—. ¿Alguien más?

Silencio. Nadie, salvo por Keira, quería llevarle la contraria a Roza.

—Muchas gracias por tus comentarios, Keira, pero creo que podemos hacer algo mejor. —Roza ladeó la cabeza, observándome—. ¿Tienes alguna otra idea, Alex?

Me obligué a mí misma a no soltar las lágrimas de frustración y vergüenza que me habían anegado los ojos.

—Muchas —me las arreglé para decir—. Aunque todas terribles.

Las demás soltaron risitas cómplices, y Roza sonrió.

—¿Y Daphne? —preguntó Taylor—. ¿No estabas investigando sobre ella en la biblioteca?

—¿En plan ficción histórica? —La voz de Wren demostraba su desagrado.

—Algo de historia, solo que con mucha mucha ficción también. —Taylor cuadró los hombros, entusiasmada—. Porque nadie sabe de verdad cómo murieron Daphne y Horace. O sea, lo que pasó en realidad.

—Bueno. —Los labios de Roza se curvaron en una cálida sonrisa—. Quizá sea Alex quien termine resolviendo el misterio.

—¿A qué te refieres? —pregunté, aún en pánico.

Roza se dio un golpecito en la cabeza.

—La mente de un escritor canaliza cosas, querida. Cuando nos mostramos receptivas, unas historias magníficas pueden fluir hacia ella. Como Daphne que canalizó a su demonio, ¿no crees?

Y eso fue todo. El tema de la conversación cambió, Roza pasó a recordarnos sus instrucciones —tres mil palabras impresas para la medianoche y bajo su puerta—, y ya se había decidido que yo iba a escribir sobre Daphne.

El cuerpo se me llenó de un frío que hizo que apretara los dientes para evitar que castañearan. Tenía la impresión de que había caído en un abismo, que la escena seguía

transcurriendo a mi alrededor, pero que yo me había ausentado de ella. Que era una forma oscura y borrosa.

Las demás empezaron a ponerse de pie, así que yo también lo hice.

Entonces Roza me dio un apretoncito en el antebrazo.

—Nos toca reunirnos hoy, cariño. Para nuestra sesión individual.

Intenté concentrarme en su cara.

—Vale. Sí. Suena bien.

—Ven a mi habitación a las cuatro. Ya hablaremos más. —Sus ojos de color esmeralda llenaron mi visión como unos pozos de veneno brillantes e infinitos.

12

Llamé a la puerta roja una hora después. Una vez que terminamos con la sesión grupal, me pasé la siguiente media hora en mi habitación leyendo en un arrebato de pánico todos los libros que podía sobre Daphne.

Había terminado rindiéndome. Wren tenía razón: en resumidas cuentas, era ficción histórica. Algo que nunca me había llamado la atención escribir. Quizás era una especie de salvavidas, pues la historia de Daphne era cautivadora, y, la verdad, me sorprendía que nadie la hubiese convertido en una novela aún. Pero, del mismo modo que le había pasado a Keira, no conseguía conectar con ella.

Cuando llegué a la puerta de Roza, intenté calmarme a mí misma al respirar hondo unas cuantas veces. Si podía sobrevivir a aquella reunión, podría volver a mi habitación. Podría descifrar cómo obligarme a mí misma a hacerlo, incluso si me parecía que estaba escribiendo en un idioma que desconocía, incluso si parecía una tortura.

Aun con todo, tenía la impresión de que fingir cualquier cosa enfrente de Roza no sería nada fácil.

Abrió la puerta.

—¡Hola, querida! —Se inclinó para darme un beso en el aire, como si no nos acabásemos de ver en la biblioteca—. Pasa, pasa. —Me hizo un ademán para que entrara en la habitación, y la seguí a través de un pequeño recibidor que desembocaba en unos grandes aposentos. A la izquierda, había una gigantesca chimenea de piedra con un fuego encendido, flanqueada por un sofá de cuero rojo oscuro y varias butacas de terciopelo que descansaban sobre una moqueta oriental. A la derecha, una gran cama con dosel, sin hacer y con las mantas rojas apartadas sin cuidado. Unos armarios enormes de un color negro brillante completaban el espacio.

El cuadro sobre la chimenea me llamó la atención, y avancé hacia allí para verlo más de cerca. Sabía de quién era por su estilo: retazos de imágenes en blanco y rojo, casi humanas, similares a partes del cuerpo, aunque demasiado abstractas como para componerlo.

—Es de Daphne —dije.

Roza se había inclinado sobre un carrito dorado con bebidas.

—Sí que lo es. —Se me acercó con pasos decididos y me entregó una copa pequeña—.

Es uno de sus bocetos.

—Qué interesante. —Bebí un sorbo, y me quemó la garganta. No era vino, sino algún tipo de licor ardiente.

—Es Unicum —me dijo, sonriente—. Es un licor húngaro.

—He oído hablar de él. De hecho, yo también soy de Hungría. —Traté de devolverle la sonrisa—. Por parte de mi madre.

—¿Ah, sí? Qué maravilla. Siéntate, por favor.

Me acomodé en el sofá, y Roza se sentó en una butaca frente a mí. Sus pómulos parecían muy definidos, como flechas bajo la luz cálida.

—¿Qué está pasando, Alex?

—Ah. —Me obligué a usar un tono de voz desenfadado—. No sé, no mucho.

Roza no dejó de observarme, sin mayor expresión en su rostro, hasta que bajé la mirada.

—No te está yendo nada bien. —Con cuidado, dejó su copa sobre la mesita de centro —. No me esperaba eso de ti, querida.

Me quedé sin aliento, y los pulmones se me hicieron añicos. Las lágrimas me inundaron los ojos, y, en contra de mi voluntad, se me deslizaron por las mejillas.

—Joder —murmuré, secándomelas. Roza se puso de pie de un salto, y me dejó un delicado pañuelo de seda entre las manos. Lo acepté, aunque me sentí culpable y me dio asco usarlo para secarme las lágrimas y limpiarme los mocos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber, antes de sentarse a mi lado y apoyar una de sus cálidas manos sobre mi hombro. Su perfume de jazmín me inundó.

Me atreví a mirarla y, por una vez, vi una suave compasión en sus ojos.

No podía mentirle. Lo mejor sería que le contase la verdad.

—Estoy bloqueada —le dije—. Llevo un año sin poder escribir nada.

—Ah —exhaló—. Con que eso es lo que pasa.

—No debería haber venido —seguí—. Pero ¿cómo podía decir que no? Eres mi escritora favorita. Llevo obsesionada contigo desde que tenía doce años. Así que, cuando pasó todo esto, me pareció tan mágico... Como si fuera cosa del destino, ¿me explico?

—¿Qué pasó hace un año? —preguntó, apoyando un brazo sobre el respaldo del sofá —. ¿Qué fue lo que causó el bloqueo?

Abrí la boca solo para volver a cerrarla, sin saber cómo contestarle.

—¿Tiene algo que ver con Wren? —insistió, alzando las cejas.

Sorbí un poco por la nariz, aliviada por que lo hubiera adivinado.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy escritora, querida. Puedo percibir estas tensiones sin palabras. —Sonrió—. Y puede que Taylor lo haya mencionado.

—Ah. —No me extrañaba, Taylor no parecía ser la mejor para guardar secretos—. Bueno, sí que fue eso. Wren y yo fuimos mejores amigas durante mucho tiempo y luego dejamos de serlo. —No sentí nada mientras pronunciaba las palabras. El licor había hecho que mi cuerpo se relajara y que las llamas del fuego se mecieran y ondularan.

—Tiene que haber pasado algo más que eso —dijo Roza, antes de cruzar las piernas.

Me sorprendió, de un modo un tanto distante, descubrir que aquello era lo que Roza quería en realidad. Le gustaban las historias, en especial las que eran siniestras y perturbadoras. Quería mirarlas a los ojos, sostenerlas en sus palmas como si fueran gatitos recién nacidos y aún cubiertos por la membrana amniótica.

Al contárselo, me pareció que le estaba dando algo o que estábamos haciendo una especie de pacto. Con una sensación de resignación a la que no me pude resistir, me sumergí en la historia: cómo la había visto en una fiesta después de que se hubiera mudado. Cómo había estado tan decidida —por culpa del alcohol— a hablar con ella. Cómo se había apartado de mí con asco —«No me toques»—, y yo había vuelto a intentar sujetarla antes de que se cayera por aquel escalón, tambaleante por culpa de sus tacones de aguja. Cómo me había quedado allí, de piedra, mientras la veía estrellarse contra el suelo y la sangre brotaba de pronto a borbotones de su mano.

—¿Y luego qué pasó? —quiso saber. No parecía muy impresionada.

—Eso fue todo, en realidad. —Tenía la copa vacía y la acuné entre las manos—. O sea, todos me bloquearon. Me las arreglé para averiguar que no hubiera perdido la mano; fue la derecha, así que habría sido horrible. Peor que horrible. Y casi la perdió. Se cortó varios tendones y tuvo que someterse a un montón de operaciones.

—Alex. —Roza me miró con atención—. Hay algo que no me estás contando.

Las palabras se colaron en mi mente, vibrantes debido al alcohol. Roza se puso de pie y trajo consigo la botella para volver a llenar mi copa. Bebí un sorbito diminuto. Ella esperó con paciencia mientras yo me lo pensaba. Aquella parte de la historia estaba en el sótano. Estaba encerrada bajo siete llaves.

Y la había mantenido en secreto durante muchísimo tiempo. ¿A quién podría habérselo contado? A Ursula, quizás, aunque no había querido involucrarla en todo aquello. No había querido que viese la vergüenza que revoloteaba a mi alrededor como si de moscas se tratara.

Roza esperó. Parecía como si hubiese sido cosa del destino que la verdad se revelase en aquel momento y en aquel lugar.

—Wren y yo salíamos mucho. —Me pareció que sonaba ronca, casi sin voz, de modo

que carraspeé un poco—. Bebíamos mucho. La verdad, seguramente éramos alcohólicas. Todos los veinteañeros de Nueva York lo son en cierto modo, ¿no? Así que salíamos porque queríamos conocer chicos. Y solíamos hacerlo. Pero si volvíamos solas a casa, lo normal era que durmiéramos en mi cama. No sé cuándo empezó. En algún momento, Wren se metió en mi cama y dijo que quería mimos. No es una persona muy afectuosa, así que me sorprendió un poco. Me abrazaba y me acariciaba el cabello. —Una sonrisa llegó a mis labios—. Cuando estaba borracha, me llamaba su alma gemela. Era broma, claro, aunque a la vez no lo parecía. Y me sentía… no sé. Sabía lo que quería decir.

Roza asintió, con su mirada verde y ardiente.

—Y eso. —Bajé la vista—. En algún momento, quizás un año antes de que todo acabara, empezó a besarme. Solo en esas ocasiones: borracha, en mi cama, a las tres de la madrugada. Y era un poco confuso, pero ella lo hacía parecer como si fuese lo mismo que los mimos y los abrazos. —Algo me presionó el pecho, como un puño que se cerraba; nunca le había contado a nadie aquella parte de nuestra amistad—. Así que eso pasó durante algunos meses, de vez en cuando, ya sabes. No demasiado. Y entonces empecé a salir con un chico, Nick. No era nada serio, solo que era uno de esos chicos detallistas, que me regalaba flores y cosas así. Wren dijo que no le caía bien y se pasaba el día burlándose de él. Nunca se me ocurrió que pudiese estar celosa. Entonces, una noche, él y yo discutimos por algo que él le había dicho a Wren, de hecho. Algo que la había ofendido. Así que las dos volvimos solas a casa. Ella se dio una ducha y luego se metió en mi cama. Solo que aquella vez… estaba desnuda.

Entonces lo recordé: el aroma del champú caro de Wren, sus extremidades tan suaves, la elevación de sus pechos descubiertos contra mi espalda que me tomó por sorpresa.

—Hizo que me diera la vuelta y empezó a besarme. Y luego, a tocarme. Traté de detenerla, pero me dijo que me relajara. Y luego… —Sentí cómo me subían los calores —. Me hizo sexo oral.

Wren siempre había dicho que era heterosexual sin ningún ápice de duda, que le gustaba demasiado el cuerpo masculino y su aroma y su energía como para explorar cualquier otra cosa. Pero entonces, ¿cómo se le había dado tan bien? ¿Cómo había tenido tanta experiencia al deslizar su lengua con unos movimientos perfectos y repetitivos y al saber exactamente qué hacer con los dedos? Incluso en aquel momento, mientras contaba lo que había sucedido, me parecía que no había sido más que un sueño erótico que había tenido una vez.

—¿Y qué tal estuvo? —Roza se reclinó en su sitio y cruzó los brazos.

—Bien. —Había sido uno de los orgasmos más intensos que había tenido, en realidad.

—¿Y le devolviste el favor?

Negué con la cabeza. Tras ello, nos habíamos besado y me había saboreado a mí misma en su lengua. Había deslizado mi mano entre sus piernas, pues me parecía que había llegado mi turno de complacerla, por mucho que no supiera lo que estaba haciendo. Solo que ella me había apartado la mano, con la excusa de que estaba cansada.

—No quiso que lo hiciera.

—¿Y entonces qué pasó? —quiso saber Roza. En el estado abotargado en el que me encontraba debido al alcohol, los recuerdos me parecían demasiado reales. Me quedé mirando la moqueta con patrones que había en el suelo, sin verla de verdad.

—Pues, cuando desperté a la mañana siguiente, ella no estaba. —La angustia me llenó el estómago, la misma turbación que había sentido mientras recorría el piso vacío—. Le mandé un mensaje, y no me contestó. Aquella noche volvió tarde a casa y… no sé, sabía que algo no iba bien. Estaba hablando por teléfono y se metió en su habitación y cerró de un portazo. Pensé que saldría en algún momento porque era domingo, y los domingos por la noche solíamos ver una peli juntas. Pero no lo hizo. Y luego… —Me encogí de hombros—. No lo hablamos. Fue como si nunca hubiera pasado. Aunque seguía con su actitud distante, pensé que se le pasaría en algún momento. Solo que, dos semanas después, anunció que se mudaba. Y no me lo pude creer. Al principio pensé que me estaba vacilando, pero no.

Roza asintió con firmeza, como si fuese una médica que hubiese confirmado su diagnóstico.

—Proyectó su culpabilidad y su vergüenza en ti. Primero te volviste un incordio, y luego hasta le diste asco. Se dijo a sí misma que tendría que ser cosa tuya, que era tu culpa.

—Ya. —Me froté un poco los ojos—. Tal vez fue eso.

Nos quedamos en silencio y observando el fuego, el cual chisporroteaba y crepitaba.

—¿Sabes qué? —dijo ella—. La gente que no sabe de dolor, del dolor del bueno, no sabe escribir. ¿No crees?

—No sé. Supongo que tiene sentido. —Había esperado que mi confesión me hiciese sentir aliviada. Sin embargo, lo único que sentía era tristeza y cansancio.

—Si hay algo que he aprendido —empezó a decir Roza—, es que las peores condiciones son las que determinan las mejores obras. Escribí mi primer libro sentada junto a mi amiga moribunda, quien de verdad se estaba pudriendo día a día. El olor… —Cerró los ojos—. Todo fue horrible. Y, cada día, yo llevaba una libretita conmigo y las palabras simplemente salían. Mi furia y mi desesperación me conectaron con algo, con

una energía poderosa y primordial. Y la única manera de canalizarla fue a través de la total y absoluta devastación.

Asentí, antes de dejar la copa vacía sobre la mesita. Aquella charla motivacional solo estaba haciendo que me sintiera más abatida.

—A ver, querida. —De pronto, Roza me tomó ambas manos—. Wren te hizo un favor. Te dio un regalo. De algún modo, te mató. Por sus miedos, por su confusión respecto a cómo se sentía. Tenía que hacer que murieras, porque era el único modo en el que podría sobrevivir: al volver a su vida reprimida. —Entrecerró los ojos—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí —dije, aunque la verdad era que no del todo. ¿Qué era lo que había sentido Wren por mí? Y, ya que estábamos, ¿qué había sentido yo por ella? Se había consumido todo tan deprisa: como al encender una cerilla, reluciente y brillante antes de deshacerse en un fragmento torcido y oscuro de absolutamente nada.

—Así pues —siguió Roza, dándome un apretoncito en las manos—. Estás muerta y atrapada en el inframundo. Te sientes vacía y atascada. Pero ¿sabes? Ese es el lugar más poderoso en el que podrías estar. Lo único que tienes que hacer es estirarte y capturar el dolor. Usarlo. Porque si no lo haces… —su expresión se tornó apesadumbrada—, entonces seguirás muerta. De hecho, Wren te habrá matado dos veces. Y no sé si una puede recuperarse después de algo así, cariño. De verdad que no lo sé.

Me quedé mirándola a los ojos, cautivadísima. Un cachito diminuto de esperanza, no más grande que una motita de polvo, flotó en mi mente.

Quizá Roza tuviera la respuesta. Quizá todo aquel dolor que sentía no era en vano. Quizá lo único que tenía que hacer era darle la forma de algo precioso.

Tras unos segundos más, me soltó las manos, me dio una última palmadita en ellas, y apoyó la espalda en el sofá.

—Ay, cielos. Ya casi es hora de ir a beber algo. Será mejor que vayas a arreglarte un poco. —Se puso de pie, y entonces me miró, paciente, mientras esperaba.

Sorprendida, me puse de pie de un salto y la seguí hacia la puerta roja.

—Una última pregunta. —Roza hizo una pausa, con la mano apoyada sobre el pomo de la puerta—. Esa noche, en el bar… cuando intentaste hablar con ella. Cuando prácticamente te escupió. —Pese a que su voz era suave, bajo la tenue luz de la entrada, sus ojos brillaron como los de un gato—. ¿Acaso la…?

¿La empujaste?

La respuesta no solo había estado encerrada en el sótano, sino que la había enterrado bajo el suelo. No la había sacado ni la había considerado en serio desde aquella noche.

«No me toques». Wren se había apartado de mí de golpe, ya demasiado cerca de

aquel escalón, con sus tacones de aguja delgadísimos a tan solo unos pocos centímetros. Y yo me había percatado de la presencia de aquel escalón, ¿verdad? Había sabido lo que iba a pasar. Y, aun así, una ira profunda se había apoderado de mí y había recorrido mi brazo derecho. Algo se había apoderado de mi cuerpo, algo primitivo que se había desatado desde un lugar de absoluta desesperanza.

Había vuelto a intentar agarrarla, con el pulgar apoyado con firmeza sobre su brazo y los demás dedos rodeándolo sin hacer presión, inútiles cuando ella había empezado a caer hacia atrás.

Me había arrepentido de inmediato. El horror al ver la sangre estaba conectado al horror que sentía por mí misma, al darme cuenta de que era capaz de cometer semejante acto de violencia.

Había esperado que me llegara el mensaje de Wren, por parte de ella misma o por medio de un amigo asqueado. Que era mi culpa. Que yo lo había hecho, que la había empujado. Pero nadie nunca dijo nada. Se limitaron a alejarse de mí, con el presentimiento, por mucho que no estuviera confirmado, de que había algo podrido en mi interior.

Había estado preparada para llevarme aquel diminuto acto secreto a la tumba.

Solo que, en aquel momento, mientras devolvía la mirada que Roza tenía clavada en mí, asentí.

Con una sonrisa satisfecha, Roza abrió la puerta. Quizás eran los efectos del Unicum o la sensación de alivio tras haber confesado un secreto inconfesable, pero me dio la impresión de que Roza parecía resplandeciente, radiante, como si fuese un ángel que hubiese descendido del cielo.

—Buena suerte, mi pequeña arañita. —Me dio un apretoncito en el hombro al pasar y luego cerró la puerta con firmeza a mis espaldas.

De vuelta en mi habitación, me senté al escritorio y observé el sol ocultarse en el horizonte. Mi cerebro seguía aturdido, y mi mente se abría paso a través de unas corrientes oscuras y sinuosas.

Roza había visto mi lado más desagradable, uno que a mí misma me daba miedo mirar. Y había sido más que eso, había *querido* verlo. Me lo había sacado.

No podía irme. No cuando mi heroína era la única persona que me aceptaba de verdad.

Roza me había dado la llave. «Lo único que tienes que hacer es estirarte y capturar el dolor. Usarlo». Recordé mi historia, la que Ursula le había enviado a Roza, sobre las niñitas en un bosque sombrío y profundo que deambulaban hacia un tiempo y un lugar distintos. Que se giraban cuando oían que algo las acechaba desde la oscuridad.

No me lo había inventado. Había sido algo real. Un suceso traumático que había dado pie a que escribiera la mejor obra que había escrito hasta aquel momento: el relato que me había ganado un cupo en Blackbriar.

Me imaginé a Daphne, con los ojos en blanco mientras garabateaba sobre un lienzo y la pintura salpicaba su cuerpo desnudo y demacrado como si fuera sangre.

Abrí mi portátil y la pantalla volvió a la vida. Abrí mi último documento de Word, aquel que había guardado con el nombre *La gran obra*. No era un mal título, por mucho que el documento aún estuviera vacío. Poco a poco, y luego cada vez más rápido, empecé a escribir.

Parte dos
La mansión

Fragmento de *La gran obra*

Daphne se encontró con su primer fantasma cuando tenía doce años.

Ella y su hermana menor, Grace, dormían en la habitación pequeñita que había en el fondo de la casa. Lo normal era que, si se despertaba de noche y tenía que usar el lavabo, los ruidos de la ciudad aún en movimiento la acompañaran y la tranquilizaran, por mucho que estos se oyeran más apagados al estar fuera: un carruaje que traqueteaba por la calle de abajo, un par de borrachos gritándose entre ellos, con sus voces como gorjeos enfurecidos.

Solo que aquella noche había algo diferente. Cuando se despertó Daphne, todo estaba sumido en un silencio absoluto.

Incluso Grace, quien solía roncar como un cerdo, estaba en silencio y le daba la espalda, con su columna presionada contra la espalda de Daphne. La ventanita diminuta estaba cubierta por un trozo grueso de arpillera, lo que hacía que la habitación estuviera completamente a oscuras. Daphne, medio dormida, se preguntó qué la habría despertado.

Entonces lo oyó.

Unos pasos en el vestíbulo, muy muy fuertes, como si alguien estuviese caminando con botas con punta de acero. Iban despacio, con cuidado. Daphne conocía las pisadas de su padre y sus hermanos: todos ellos eran hombres livianos que tenían un andar vivaracho. ¿Acaso alguien había entrado en su casa?

Las pisadas se detuvieron justo frente a su puerta.

Los restos de sueño se evaporaron en cuanto el terror floreció en el pecho de Daphne. ¿Quién estaba allí? Solo que no pasó nada. Debía haberlo soñado o simplemente habían sido unos sonidos fortuitos del propio edificio viejo y de madera.

Pero entonces: un crujido agudo. Aquel sonido tan inofensivo la hizo contener un grito.

El pomo de la puerta estaba girando.

Daphne se llevó las mantas hasta la garganta mientras oía aquel crujido sin fin. Finalmente, la puerta empezó a abrirse con un sonido rasposo y horrible sobre el suelo de madera.

El corazón de Daphne latía como loco en su pecho. ¿Sería posible que alguno de sus hermanos le estuviera gastando una broma?

Levántate. Enciende la luz.

Solo que no podía hacerlo. Aquel hecho en sí la llenaba de terror.

Las pisadas entraron en la habitación sumida en la oscuridad. Daphne se sintió por momentos presa de las náuseas y del terror mientras alguien se dirigía hacia ella y los tablones de madera crujían bajo su peso.

¡Grita! ¡Chilla! ¡Haz algo!

Sin embargo, siguió allí tendida, con los dedos aferrados sobre las mantas y la cabeza girada en dirección a los terribles sonidos, como si fuese una florecilla atraída por el sol.

Se acercó cada vez más. Estaba a cinco metros de ella. A tres. A uno.

Entonces, cuando llegó al lado de la cama, se detuvo. Daphne se quedó mirando la oscuridad donde se encontraba y forzó la vista con sus ojos abiertos de par en par. Podía sentirlo, algo sólido y real. Notaba su mirada fija sobre ella.

Solo que no pasó nada más, y, cuanto más tiempo miraba ella, más empezaba a dudar de sí misma. El silencio era absoluto; el único sonido que escuchaba era su propia respiración. ¿Podría habérselo imaginado todo? ¿Quizás eran los vestigios de una pesadilla, que aún la envolvían incluso mientras despertaba?

Más tiempo pasó. Poco a poco, el cuerpo de Daphne se fue relajando. Y, por último, fue capaz de despegar los dedos de las mantas. La habitación seguía igual de sumida en las tinieblas, pero ya no tenía la certeza de que hubiera una criatura de pie a su lado. De hecho, cuanto más tiempo yacía tumbada allí, más ridícula se sentía. Un cuervo soltó un graznido fuera. Y el sonido rompió el hechizo. Pronto iba a amanecer. Sacó una mano de las mantas, y sus dedos tantearon hasta dar con las cerillas sobre la caja. Tras incorporarse a medias, encendió una cerilla y la sostuvo cerca de la mecha de la lámpara de aceite, la cual se iluminó con su luz reconfortante.

Entonces, en el preciso instante en que la luz la inundaba con una sensación de alivio, lo vio.

Y el terror se estrelló contra ella como una ola gigantesca.

La criatura seguía allí.

Pero no era una criatura, sino una mujer. La luz de la lámpara le mostró una carne decrépita y cubierta de barro, con unos ojos rojos y bulbosos. Era complicado distinguir qué edad tendría, debido al estado de descomposición en el que se encontraba. Sus pechos eran un par de montículos gelatinosos, grandes y como si se estuvieran derritiendo, y solo uno de sus marchitos pezones seguía en su lugar.

El olor rancio de los órganos al pudrirse llegó hasta Daphne.

La nariz de la mujer se había caído, pero su boca desdentada estaba abierta en un grito silencioso.

Un pánico absoluto se apoderó de Daphne, y ella también gritó.

13

—Aver, querida. —Roza dejó la hoja sobre la mesa con un movimiento brusco—. No. Escúchame. No quiero ser borde, pero es que esta es la página más importante de todo el libro. ¿Me entiendes?

Wren anotó en su libreta, obediente y con una expresión inescrutable.

Estábamos de nuevo en la biblioteca, para nuestra segunda reunión vespertina. La noche anterior, aún ligeramente borracha por culpa del Unicum, había escrito tres mil palabras en un arrebato de locura, perdida en la agonía de la inspiración. Cuando había terminado, me había percatado de que me había saltado la cena. Había abierto la puerta de golpe solo para encontrarme con una bandeja cubierta justo en la puerta. Había impreso las páginas, las había deslizado bajo la puerta de Roza, y luego me había dado un festín para cenar mientras devoraba los libros que me había traído de la biblioteca.

Hacía mucho que no sentía aquella sensación chisporroteante de inspiración. La energía me parecía volátil, casi sexual. Llenaba cada célula y las hacía brillar en la oscuridad. Me había costado irme a dormir tras ello. Me había dejado una libreta en la mesita de noche y me había estirado hacia allí una y otra vez para encender la lámpara e incorporarme un poco para poder anotar las nuevas ideas que se me iban ocurriendo.

La conversación con Roza había sido como un hechizo que me había conectado físicamente a Daphne. O, para ser más precisos, a su soledad, a sus problemas, a sus miedos. La única conexión de la que Daphne había dependido —Grace— le había sido arrebatada. Aquella pérdida había sido la causante de que, más adelante, Daphne se sumergiera en los dominios paranormales, por mucho que supiera lo aterradores que podían ser.

Y así había sido: la musa se había posado sobre mí y me había picado como una abeja. Tras escribir y debatir ideas conmigo misma gran parte de la noche, había quedado exhausta.

Solo que también me sentía de puta madre.

—Es el mismo problema que tienen muchos escritores hoy en día —dijo Roza, mientras apoyaba la espalda sobre su asiento. Llevaba la misma ropa que el día anterior, como si le hubiese dado mucha flojera cambiarse—. Quieren que el lector entre paso a paso a la historia. Pero eso es aburridísimo. ¿A mí qué más me da? La verdad es

que esta protagonista me parece una pringada, si te soy sincera. La acaba de dejar el novio y está deprimida y sentada en el aeropuerto mientras espera su vuelo. No me importan los que tienen depresión. Me importa la gente que quiere cosas. ¿Qué es lo que quiere ella?

Wren carraspeó un poco, mientras pensaba.

—¿Ves? —Roza se quitó las gafas de un solo movimiento fluido y señaló a Wren con ellas—. Ese es el problema, cariño. Eso tiene que ser una prioridad en tus ideas. Si no lo sabes…

—Sí que lo sé —repuso Wren, frunciendo el ceño—. Quiere tener éxito. En el trabajo y en el amor.

—Éxito. —Roza alzó ambas manos—. ¿Y qué significa el éxito? ¿Quiere ser famosa?

—Sí.

—¿Y por qué?

Wren parecía exasperada.

—Es actriz, es su pasión.

Roza cerró los ojos. Las demás nos quedamos en silencio y tensas. Poppy tenía los brazos cruzados y mantenía la vista en su regazo como si quisiera estar en cualquier otro lugar que no fuera ese. Taylor tenía los ojos bien abiertos, como si la interacción entre Wren y Roza fuese un partido de tenis particularmente intenso. Keira observaba a Roza y su expresión no revelaba nada. Me pregunté qué estaría pensando.

En cuanto a mí, sí que me daba lástima Wren, que se había convertido en la víctima del mal genio de Roza. Sabía lo horrible y perturbador que aquello podía ser.

Aunque, al mismo tiempo, no podía evitar sentir un arrebato de alegría.

Wren siempre confiaba ciegamente en lo perfecta que era. Ver que la cuestionaban y la criticaban —y Roza, para colmo— era como ver a un poderoso dictador ser puesto en tela de juicio.

—Mi pregunta es la siguiente —empezó Roza, mientras se inclinaba hacia adelante—. ¿Por qué su pasión es actuar? ¿Necesita que otras personas le digan lo maravillosa que es? ¿Es que se siente vacía por dentro? ¿O quizás es que es una artista? ¿Quiere traer belleza a un mundo desagradable? ¿Está dispuesta a sacrificarse a sí misma para conseguirlo?

Wren abrió la boca para contestar, pero Roza alzó un dedo.

—No respondas aún —le dijo, con voz suave—. Piénsatelo. Piénsatelo bien, porque solo puede ser una cosa. Y tiene que ser aquello que motive absolutamente todo lo que haga la protagonista durante el resto del libro. Hasta el límite en que le haga daño. Hasta que se encuentre a sí misma tomando unas decisiones terribles. ¿Estamos?

Wren asintió.

—Alex. —Roza se giró hacia mí y alzó un montoncito de papeles—. Cuéntanos cómo empieza tu historia.

Era la última del grupo, de modo que expliqué brevemente las primeras escenas de mi historia. La energía de la inspiración aún vibraba en mi interior. Incluso si Roza me decía que todo era una mierda, no me importaría. Era intocable.

—Es un trabajo impecable, querida —dijo ella, mientras empezaba a recoger sus papeles—. Establece un tono perfecto. Me encanta esta mujer putrefacta que se le aparece por la noche. Conozco esa sensación. La conocemos todas, ¿verdad?

Me reí, y mis ojos se encontraron con los de Wren por accidente. Me estaba fulminando con la mirada. Si bien no tardó en apartarla, ya había notado el pinchazo, como si me hubiese lanzado una granada diminuta al regazo.

Roza nos dejó marchar, y ella misma salió muy rápido de la estancia, como si tuviese algo importante por hacer.

Y sí que lo tenía. Ella también estaba trabajando en su nuevo libro. Me pregunté si podríamos enterarnos de algo sobre él en algún momento. Taylor le había pedido detalles al respecto, pero Roza se había hecho la loca.

Taylor y Keira se quedaron conversando en la mesa, al tiempo que Poppy salía a toda pastilla de vuelta a su habitación para prepararse para su primera sesión individual con Roza. Alcancé a Wren en la entrada de la biblioteca.

—Oye. —Le rocé el brazo, y ella pegó un bote—. ¿Podemos hablar un momento?

Wren me devolvió la mirada, y allí estaba: aquella especie de asco que recordaba a la perfección. Solo que, en aquella ocasión, tenía toda la energía que me había proporcionado la inspiración, y aquello me protegió y me mantuvo en calma.

La confesión que le había hecho a Roza la noche anterior había cambiado algo en mí. Si bien no le había dado un empujón a Wren con ambas manos, sí que había habido algo de intención en mi toque. Una parte de mí había querido lastimarla, castigarla, hacer que sufriera.

De modo que no podía continuar viéndome a mí misma como la víctima. Y caer en cuenta de ello me ofreció la oportunidad de redimirme. Aquella era mi oportunidad para hacer las cosas bien. Para hacer que la situación fuese tolerable entre nosotras, por mucho que no pudiésemos hacer borrón y cuenta nueva, para que así ambas pudiésemos sobrevivir a aquel mes y concentrarnos en lo que de verdad era importante. Aquella mirada llena de odio que me había dedicado era una clara señal de que no nos encontrábamos nada cerca de algo así.

Sin embargo, Wren permaneció en silencio tanto tiempo que me pregunté si me diría

que no.

—Claro —contestó, al final—. ¿En el salón?

—Vale. —Aunque todavía no había estado en el salón, Wren nos condujo hasta allí con paso seguro. Estaba en el mismo lado del edificio que la biblioteca, aunque más cerca del vestíbulo principal. La estancia estaba decorada con tonos verde bosque, y la cabeza de varios animales adornaba las paredes. Recordaba haber visto una fotografía a blanco y negro en uno de los libros. Aquella sala había sido decorada en un inicio por Horace, quien era un cazador empedernido. Tenía un aroma ligeramente a almizcle y a carne, como un trozo de cecina vieja. Me pregunté si aquellos serían los mismos animales que Horace había cazado o si Roza habría comprado nuevos.

—Vaya. —Me detuve bajo la enorme y peluda cabeza de un búfalo—. Da cosa.

—¿A que sí? —Wren se dirigió hacia la chimenea de piedra, la cual estaba vacía, y se sentó en una butaca de cuero. Aquel día también iba vestida con un chándal de diseñador, uno un poco más deportivo y en colores morados, y se puso a juguetear con el cordón de su capucha.

Al menos me había esforzado un poco más con mi apariencia en aquella ocasión. Me había pintado los labios, me había puesto un collar y llevaba una camisa tejana holgada. Me hacía parecer más confiada. Solo que la camisa no era muy gruesa y en aquella estancia hacía más frío que en la biblioteca, de modo que tirité un poco mientras me acomodaba en una butaca frente a ella.

—Bueno —dijo, pronunciando las palabras con un tono desinteresado muy fingido—. ¿De qué querías hablar?

De pronto, me di cuenta de que aquel era un momento terrible para tener aquella conversación. Roza la había criticado enfrente de todas hacía tan solo un momento. Sentí un pinchacito de miedo.

—Pues… —empecé, pero Wren me interrumpió.

—Porque yo también quería hablarte de algo. —Soltó el cordón con el que había estado jugueteando y se puso a darle vueltas a su anillo de diamante. Casi como si quisiera que le prestara atención.

—Vale, claro, sí. ¿Quieres ir primera? —Aún tenía un poquitín de esperanza. No estábamos en Brooklyn, sino en el castillo de Roza. Podíamos superarlo. Podíamos ser adultas.

—Vale, claro, sí. —Se estaba burlando de mí.

El estómago me dio un vuelco. Aquel era el peor de los humores de Wren: cuando actuaba como una chiquilla petulante de trece años.

—Mira, sé que has estado cotilleando sobre mí con las otras chicas —dijo, al tiempo

que se apartaba el flequillo de la cara y cruzaba las piernas—. Y estoy bastante segura de que también se lo has contado a Roza. Así que de verdad te agradecería que te guardases tus teorías de conspiración paranoicas para ti solita.

—«Teorías de conspiración paranoicas» —repetí. ¿Acaso Poppy le había contado lo que yo les había confesado aquella primera tarde? Debía ser. Y aquello me dolió como si me hubiesen dado un pequeño pinchazo.

—Exacto. —La mirada de Wren había pasado a ser curiosa, como la de un niño que se preguntaba qué pasaría si le arrancaba todas las patas a una araña.

—A ver. —La esperanza desapareció de mi interior, y el enfado empezó a alzarse desde lo más hondo de mí—. Dime, ¿cuáles son estas «teorías de conspiración» que he estado contando por doquier?

Wren soltó un resoplido.

—Que te he arruinado la vida. Lo que es de lo más irónico, si consideramos lo que tú me hiciste a mí. —Alzó su palma derecha en mi dirección, como en la señal de *Alto*. Una cicatriz delgada la recorría por el centro.

No pude evitar ruborizarme. De pronto, había vuelto a aquel lugar de incertidumbre y vergüenza. Solo que Wren no podía haberse percatado de mis intenciones en aquel movimiento minúsculo que había hecho en el escalón. Si lo hubiese hecho, ya lo sabrían absolutamente todos.

—Y todo porque no pudiste dejar el tema —siguió—. No pudiste superarlo. Tenías que presentarte en esa fiesta y montar toda una escenita.

Respiré hondo. Wren no era consciente de mi enfado, lo único que sabía era lo desesperada que había estado por hablar con ella.

—¿Dejar qué tema? —Me obligué a sonar tranquila—. Y, ya que estamos, no le he dicho a nadie que me arruinaste la vida.

—Bien, porque no lo hice. Solo nos distanciamos. Y, de hecho, no fui por ahí diciéndole a todos nuestros amigos que no te hablaran más. Se limitaron a hacer lo que quisieron.

—Vale, pero… —Me incliné hacia adelante— fuimos mejores amigas durante ocho años, Wren, ocho. Vivíamos juntas. Las cosas no se acaban de la noche a la mañana.

—A veces sí. —Se encogió de hombros—. No es tan descabellado.

—¿Ah, sí? ¿Y eso pasa antes o después de que una se meta entre las piernas de la otra?

Wren se quedó de piedra. Sus fosas nasales se ensancharon. Aquella era la parte de la que no se suponía que debiésemos hablar. Sentí un placer súbito al hacerlo, al obligarla a escucharme.

—Mira, fue idea tuya. Y, aun así, me trataste como si fuese una leprosa después.

Como si te hubiese hecho algo terrible.

—Alex. —Se frotó los ojos—. Joder, estaba borracha. No fue para tanto. Solo que tú hiciste como que sí y ese fue el problema. —Solté un resoplido, y ella meneó la cabeza —. No, en serio. Fue así como supe que había sido un error. Pensé que podrías con ello. O sea, mis amigas y yo siempre nos liábamos en la universidad, pero eso me dejó claro lo mal que iban las cosas entre nosotras.

—¿Lo mal que iban? —Noté como si se me estuviese cerrando la garganta.

—Sí —dijo, encogiéndose de hombros—. Éramos muy codependientes. Y eso solo por decir algo. Lo que pasa es que no me di cuenta de que estabas enamorada de mí. Y mira, lo siento, pero yo no estaba enamorada de ti.

La humillación erupcionó en mi interior, y los ojos se me anegaron de lágrimas, por mucho que quisiera evitarlo.

—Lo siento —dijo, aunque no parecía sentirlo en lo más mínimo.

—Es que… no sé ni qué decirte. —Me sequé las lágrimas con fuerza—. Tu narcisismo no conoce límites, Wren, de verdad. Te piensas que todo el mundo está enamorado de ti. —Me puse de pie—. Y yo sí que te quería. Como a una *amiga*. Y lo que hicimos, lo que *me* hiciste, me confundió mucho, sí, pero no tendría que haber sido algo que le pusiese fin a nuestra amistad.

Wren se me quedó mirando, en silencio y sin ninguna expresión en el rostro. No había nada en ella, ninguna preocupación, ningún cariño.

—Solo que tú lo mandaste todo a la mierda —seguí, conteniendo un sollozo—. Como si nuestra amistad no significara nada para ti.

—Al —empezó, con una voz suave pero de acero—, tenemos que superar todo esto. Ya no somos amigas y no pasa nada. Solo ¿podrías dejar de ir por la vida contándole a la gente lo que pasó entre nosotras? Me hace sentir incómoda.

Y yo tenía que hacer cualquier cosa por su comodidad, claro.

Solté un resoplido antes de menear la cabeza.

—¿Sabes? Mi intención era dejar las cosas bien hoy. Quería que hiciésemos las paces o lo que fuera. Pero me estás dejando bastante claro que lo mejor que puede pasar entre nosotras es que nos limitemos a no hacernos ni puto caso.

—Estoy de acuerdo. —Alzó las manos en un gesto de exasperación—. Es lo único que quiero.

—Pues vale.

—¿Hemos terminado? —Se puso de pie.

Asentí y noté como si tuviese el cuerpo entero hecho de madera, muerto.

Wren se giró y se marchó. Las cabezas de los animales y yo la vimos alejarse.

14

Conforme me alejaba del salón, aquella sensación plana y pesada que había notado en el pecho empezó a derretirse hasta convertirse en furia. La ira irradiaba como una quemadura. Cómo no, Wren le había restado importancia a lo que había pasado. Cómo no, Wren me había hecho sentir como si yo fuese la patética irracional.

Aquello siempre había sido una parte de nuestra amistad, la parte más oscura. Cuando Wren se ponía de mal humor y no había nadie cerca con quien se pudiera desquitar, me tocaba aguantarlo a mí. ¿Por qué mi habitación apestaba? ¿Por qué trataba tan mal a los chicos con los que salía? ¿Por qué seguía en un trabajo que odiaba? ¿Por qué era tan aburrida?

Tenía los dientes apretados, y me acaricié la mandíbula cuando llegué a la cocina. Ya no era el saco de boxeo de Wren. No tenía por qué lidiar con toda su mierda. Tenía cosas más importantes de las que ocuparme, de todos modos. Buscaría algo de comer y me iría a mi habitación a seguir dándole a mi nuevo libro.

Porque iba a ganarle, joder. Iba a ganar el concurso.

Chitra estaba en la cocina y movía algo que había al fuego.

—Hola, cariño —dijo, al tiempo que se giraba y me dedicaba una sonrisa.

—Ay, perdona. No sabía que estabas aquí. —Me detuve en seco en el umbral.

—Pasa, pasa. —Me hizo un ademán con la mano—. Estaba empezando a ponerme con la cena, pero siéntate. ¿Quieres algo para picar?

—Sí, pero puedo esperar a que…

—¿Qué te apetece? ¿Dulce o salado? —El acento y los aires de abuelita ocupada que tenía Chitra, por mucho que le echase unos sesenta y pocos, hicieron que me relajara y me dejara caer sobre un taburete que había cerca de la enorme encimera de mármol.

—Salado estaría perfecto —contesté, con la esperanza de que no se percatara de mis ojos rojos.

—Sin problema. —Sacó unos cuantos contenedores cubiertos con film transparente de la nevera—. ¿Cómo va el libro?

—Bien. —Eso, al menos, era cierto.

—Me alegro —repuso, mientras se movía con una gracilidad fluida—. Tenéis mucho que hacer, no sé cómo os las arregláis.

—Bueno, yo no sé cómo te las arreglas tú para hacer una comida tan rica —dije, antes de carraspear un poco—. No te lo llegué a decir, pero la cena de anoche estuvo increíble. Alguien me dejó un plato en la puerta.

—Fue idea de Roza —me dijo ella, con un guiño—. No quería que nadie te interrumpiese.

—¿Y hace cuánto tiempo que la conoces?

—Uf, hace muchísimo ya. Casi veinte años. Fue a comer a mi cafetería —me contó, conteniendo una sonrisa—. Yo no tenía ni idea de quién era, pero, después de comer, quiso que habláramos. Me invitó a su casa y me pidió que fuese su chef personal.

—Vaya, así de simple. ¿Y tú aceptaste?

—Oh, no —soltó, con un resoplido—. Crecí en Londres y no creía que fuese a marcharme nunca de allí. Solo que hubo un incendio en mi cafetería menos de un año después. Lo que me ofrecían los del seguro no valía para nada, así que la contacté. Y desde entonces trabajo para ella.

—Y en tu cafetería… ¿Preparabas la comida que nos preparas ahora?

—Más o menos —contestó, con una sonrisa algo triste o burlona—. Mi especialidad era la fusión de comida india e inglesa. Y Roza estuvo bien con eso un tiempo, solo que ahora prefiere platos más tradicionales de Estados Unidos. Y no pasa nada, puedo cocinarlos.

Me pregunté si su tono alegre estaría escondiendo alguna emoción diferente. Aunque quizá solo estuviera leyendo demasiado entre líneas.

—¿Y viajas con ella? —quise saber.

—Depende. Si se va a quedar algo más de tiempo en algún lugar, sí. Pero, cuando va de aquí para allá, haciendo entrevistas y demás, vuelvo a casa por un tiempo. —Se acercó con un plato hacia donde estaba—. De hecho, cuando acabe el mes volveré a casa. Iré a ver a mi hija.

—Madre mía —solté. Era un plato de quesos adornado con unas gotitas de mermelada y miel—. Es precioso, muchísimas gracias.

—No es nada. —Se alisó su cabello salpicado de canas—. Y tú, ¿dónde vives? —preguntó, mientras se apoyaba sobre la encimera y cruzaba los brazos.

—La verdad, he vivido en muchos sitios. Más que nada en el Centro Oeste, aunque ahora estoy viviendo en Brooklyn.

—¿Y tus padres viven allí también? —Su mirada castaña era rápida y curiosa.

—Solo mi madre. Mi padre…, bueno, no forma parte de mi vida.

—Ay, perdona, cariño. —Su expresión cambió y se volvió tan preocupada que lo único que quise hacer fue lanzarme a sus brazos.

—No pasa nada —dije, forzando una sonrisa—. Fue hace mucho tiempo.

Alguien carraspeó desde la entrada. Era Yana, quien nos observaba con una expresión distante. Me pregunté cuánto de nuestra conversación habría oído.

Chitra se incorporó y volvió hacia el fuego.

—¿Necesitas algo?

—La señora Roza quiere algo de té —dijo Yana, en tono monocorde.

—Por supuesto. —Chitra sacó con destreza una tetera de la alacena. El ambiente cálido y acogedor de la cocina había desaparecido y había sido reemplazado por una incomodidad gélida. Me puse de pie y recogí mi plato.

—Alex —me llamó Yana.

Por alguna razón, oír mi nombre en sus labios hizo que me recorriera un escalofrío, como si me hubiese puesto en alguna especie de lista.

—¿Sí? —Me obligué a sonreír.

Yana miró de reojo a la espalda de Chitra.

—No deberías molestar a la señorita Chitra cuando está trabajando.

—No me estaba molestando —repuso ella con voz cantarina, sin girarse.

—Está muy ocupada —siguió Yana, sin hacerle caso—. Y la señora Roza no estará nada contenta si no puede cumplir con su trabajo.

Chitra murmuró algo por lo bajo que no fui capaz de entender.

—Vale, lo tendré presente. Lo siento —dije, antes de dirigirme hacia la puerta. Y solo en el último segundo posible, Yana se hizo a un lado para dejarme pasar.

En la planta de arriba, la puerta de Keira estaba cerrada. Durante los dos últimos días, se había pasado la mayor parte del tiempo escribiendo en su habitación. La puerta de Wren y Poppy también estaba cerrada. Apreté la oreja izquierda contra la madera. Poppy estaba diciendo algo en voz alta, y Wren se estaba riendo. Riendo de verdad, con aquella risa con la que echaba la cabeza hacia atrás y que hacía que una pensara que era la persona más graciosa del mundo.

¿Cómo podía comportarse así? Como si no hubiese pasado nada, como si todo fuese de maravilla.

Claro que aquello era lo que hacía Wren. Con la mayoría de las personas, si la hacían enfadar, no había ninguna vuelta que darle. Pasaba a la historia. En más de una ocasión había vuelto a nuestro piso y me había encontrado a un chico esperando en las escaleras con expresión acongojada y desesperado por hablar con ella. Y, una vez, me había mostrado una conversación que había tenido por mensajes de texto: decenas de

mensajes sin contestar en la pantalla de su móvil provenientes de una amiga que había intentado hacer las paces y arreglar las cosas.

Era algo que me había hecho sentir incómoda, pero había intentado ser comprensiva. Era obvio que Wren tenía algunos problemas sin resolver debido a la infancia que había vivido. A mí también me pasaba. Era algo que compartíamos en silencio. E, incluso cuando Wren había explotado conmigo, siempre se había calmado y había terminado disculpándose. Me compraba regalos: panecillos, libros, pendientes. Yo era la persona por la que se preocupaba, a quien no podía descartar.

Hasta que había llegado el día en que lo había hecho.

Por mucho que hablar con Chitra me hubiese animado un poco, volvía a encontrarme sumergida en un humor apático y aletargado.

—Hola.

Me alejé de la puerta de un salto, mientras Taylor me observaba desde la suya. Una sonrisita divertida tiraba de la comisura de sus labios.

—¿Todo bien, campeona?

—Sí, no pasa nada —repuse, al tiempo que avanzaba en su dirección con mi plato. Ella me hizo pasar y cerró la puerta a mis espaldas—. Perdona, debes pensar que soy una cotilla —dije, con una mueca avergonzada.

—Bueno, eres una cotilla que tiene un plato de queso, así que por mí no hay ningún problema. —Taylor me quitó el plato de las manos y se marcó un bailecito mientras iba hasta su cama. Llevaba unos tejanos con forro de franela y el dobladillo alzado y una sudadera negra. Su colgante de conejo se balanceaba sobre las palabras Déjame vivir escritas en blanco—. Asumo que no te molesta compartir.

—No, claro —contesté, antes de seguirla y apoyarme un poco en la cama. Ella ya le había hincado el diente al queso Brie cremoso. Y, de pronto, perdí el apetito.

—¿Tienes algún chisme? —quiso saber Taylor, mientras esparcía unas cuantas miguitas por doquier.

—¿Algún chisme?

—Quiero decir de cuando estabas cotilleando con tanto descaro.

—Ah. —Estaba agotada. Tras un segundo, me apoyé un poco más en la cama de Taylor—. ¿Te molesta si me siento un ratito?

—¡Para nada! —Se movió para que tanto ella como el plato de quesos estuvieran más cerca de mí.

—No he oído nada —le dije, apoyándome sobre el cabecero de la cama—. Creo que solo estaba un poco ida. He tenido una especie de discusión con Wren en el salón, así que oírla reírse a carcajadas con Poppy como si no hubiese pasado nada…

—¿Os habéis peleado? —Aunque sus ojos azules se abrieron, sorprendidos, no dejó de masticar—. ¿Por qué?

Vacilé, sin saber si quería contarle a Taylor todo lo que había pasado.

—Por todo lo que pasó, ya sabes. —Puse los ojos en blanco—. Se ha enfadado porque os lo conté.

—¿De verdad? —preguntó, en voz baja—. ¿No tienes permiso para hablar sobre tu propia vida?

—Parece que no. —Tomé una uva—. Al menos, no según ella.

—Mira —dijo, mientras hacía un ademán con una galleta—. No dejes que te afecte, ¿vale? Conozco a la gente como ella. Te hacen pensar que son maravillosos mientras te necesitan en su vida, pero cuando no…, como cuando Wren conoció a ese chico, pues te dejan de lado. Así de simple.

No era así de simple. Wren ni siquiera había conocido a Evan antes de mudarse. De todos modos, asentí. Dejarlo así era más sencillo. Que pensara que las cosas habían sido así.

—Gracias por escucharme —le dije—. Pero hablemos de otra cosa. ¿Cómo estás? ¿Cómo va tu historia?

—Ay, no preguntes. —Dejó el plato sobre la cama y soltó un suspiro.

—Oh, no. —Ya conocía esa sensación. Había pasado por ella durante un año entero.

—Ya. —Se quedó mirando la cama, con los ojos entrecerrados—. Incluso traje como la mitad de un manuscrito para este retiro. Pensé que tendría oportunidad de terminarlo. Y ahora tengo que empezar desde cero con algo completamente nuevo.

—Jolín —dije. Estaba bien hablar de otra cosa que no fuesen mis propios problemas—. Pero tu nueva idea es increíble. Me encanta que esté ambientada en las catacumbas de París. Vi un documental sobre ellas una vez, son de lo más espeluznantes. Y están allí sin más, bajo todo lo que pasa en la ciudad día a día.

—Lo sé —dijo, sonriendo—. Las visité una vez.

Hice como que me quedaba con la boca abierta.

—¿Con una camarera que resultó ser parte de un culto?

—No exactamente —contestó ella, riendo, al tiempo que se remangaba un poco—. Aunque sí fue con una mujer guapísima. La verdad es que fue muy romántico todo. Al principio. Después de liarnos en las catacumbas, nos perdimos y durante una media hora pensé que nunca podríamos salir de allí.

—Es a lo que le tengo más miedo —confesé, cruzándome de brazos—. A quedarme atrapada bajo tierra de esa forma. Y que nadie sepa que estás ahí.

—Ya. Pero bueno, al final pudimos salir. —Meneó las cejas—. ¿O quizá no?

—Ah, vale. Entonces eres un fantasma, ¿no?

—Compruébalo tú misma —propuso, antes de estirar un brazo que yo pellizqué en broma. Una vez más, me quedé observando sus tatuajes: eran unas florecillas lilas muy intrincadas sobre un montón de hojas de distintos tipos.

—¿Qué flores son esas? —quise saber.

—Acónito —dijo ella, mientras giraba el brazo para que pudiera verlo mejor—. Es una de las plantas más letales de este mundo. Esta es de la que crece en vides.

—Es preciosa.

Taylor se puso de pie de un salto y se acercó a la cómoda.

—¿Quieres ver la de verdad?

Volvió con una cadenita de plata. Al final de esta había un vial de cristal que contenía una ramita de aquellas florecitas lilas secas.

—Ay, madre —solté, mientras inspeccionaba el vial. El diminuto tapón de cristal tenía un agujero que lo conectaba a la cadena de plata de ley—. ¿Con esto se puede matar a alguien?

—Es un amuleto de buena suerte, en realidad —dijo, entre risas.

—Qué irónico.

—Fue un regalo.

—¿De tu novia?

—Sí —contestó, con una sonrisa llena de afecto—. Era algo que nos conectaba; nos dimos cuenta de que a ambas nos gustaba el acónito. Yo había leído sobre él cuando era joven; algunos decían que podía convertirte en licántropo. Y esa era una de mis fantasías.

—¿Convertirte en licántropo?

—Sí. O algo así, en alguna criatura sobrenatural. Ya me sentía como un bicho raro. De pequeña me crie en una zona demasiado conservadora y tardé mucho en salir del armario. Así que deseaba tener algún poder secreto, algo que hiciera que el que fuera tan distinta tuviese sentido.

—Ya, te entiendo —dije, mientras le devolvía el collar—. Yo también me sentía como un bicho raro.

Taylor siguió mirándome, mientras me examinaba con atención.

—¿Qué pasa? —terminé preguntándole, al sentirme incómoda.

—Nada. —Sonrió—. Solo te miraba.

El estómago me dio un vuelco. Le devolví la sonrisa e intenté sostenerle la mirada, pero, como esta era demasiado intensa, bajé la vista.

—Creo que debería irme —dije, deslizándome de la cama—. Debo escribir un poco

más antes de la cena. Pero ha estado bien charlar un rato.

—Lo mismo digo. Y, oye, llévate esto —dijo, extendiéndome el plato—. Puede que necesites algo de sustento.

Y así, sin más, la tensión se evaporó. Solo que su mirada tan coqueta (¿quizá me la había imaginado?) me había hecho sentir algo en el fondo. No estaba segura de si había sido miedo o emoción.

—Vale. —Recibí el plato y evité mirarla a los ojos mientras me odiaba a mí misma por ello. No podía ser más cobarde, vaya.

—¿Alex?

Me detuve en la puerta.

—Un consejito de amiga —dijo ella, con las manos enganchadas detrás de la cabeza—: No dejes que Wren te joda la vida, ¿estamos? Tú eres una escritora de verdad y ella no es más que una princesita *influencer* estirada.

Sus palabras causaron una pequeña avalancha de alivio en mi interior. Aquel voto de confianza, incluso si provenía de alguien que no nos conocía mucho a ninguna de las dos, me hizo sentir más segura.

—No te preocupes —le dije, tratando de sonar relajada—. Pretendo darle una patada en ese culo tan petulante que tiene y ganar el concurso.

Taylor sonrió de oreja a oreja.

—Así se habla.

Fragmento de *La gran obra*

La primera reunión oficial de la Sociedad Espiritualista de Blackbriar se llevó a cabo en una noche lúgubre y lluviosa.

Abigail y Florence llegaron a la misma hora, y los caballos de sus carruajes aporrearon el camino y relincharon, entusiasmados y nerviosos. Daphne bajó las escaleras corriendo y casi se tropezó, aunque consiguió recuperar el equilibrio al sujetarse del barandal antes de caerse. En la puerta, la señora Linders estaba dejando pasar a las chicas.

—¡Daphne! —la saludó Abigail antes de rodearla en un abrazo. Pese a que a Daphne le sorprendió aquel acto de familiaridad, no tardó en dejarse llevar y devolverle el abrazo. Tras la frialdad de Horace, aquel gesto era tan cariñoso y fraternal que la hizo pensar en Grace. El breve recordatorio de su hermana muerta hizo que Daphne cuadrara los hombros al apartarse de Abigail. Esa era la razón por la que se habían reunido. Había bloqueado a los espíritus que habían intentado manifestarse ante ella durante demasiado tiempo.

Conocía los riesgos de exponerse a ello una vez más. De aquella primera vez en su habitación, cuando había visto a la mujer putrefacta, había aprendido lo que no había tardado en convertirse en una lección de sentido común: los espíritus podían tener cualquier forma, de acuerdo con lo conscientes o despiertos que hubieran estado durante sus vidas. Al saber que no tenían permitido cruzar hacia el siguiente mundo, muchos eran capaces de retener una forma particular. Daphne había visto niños, jóvenes y ancianos. Algunos intentaban comunicarse con ella, mientras que otros no. Sin embargo, los peores eran aquellas pobres almas que no caían en cuenta de que estaban muertas. Aquellos se quedaban conectados a su forma física en descomposición. Y esos eran los que, con el tiempo, se convertían en los monstruos que Daphne temía ver.

Aun con todo, entablar contacto con Grace valdría la pena incluso si se topaba con algunos de esos.

—Buenas noches, querida. —Florence la saludó con unos besos distantes y la envolvió en su halo de colonia floral. Aunque intentaba mostrarse tan indiferente como siempre, la sonrisa de oreja a oreja que tiraba de sus labios delataba su emoción.

—¡Pasad, pasad! La sala ya está lista —les dijo Daphne, al tiempo que las conducía

hacia la biblioteca y sus zapatos con botones repiqueteaban sobre el suelo de mármol. Por mucho que Horace les hubiera prohibido usar el salón, aquella estancia tenía demasiada energía masculina, así que daba igual.

—Oh. —El tono dubitativo de Florence hizo que un escalofrío recorriera la columna de Daphne. ¿Qué había hecho mal?—. Mmm. No sé si me convence del todo esta estancia, chicas. La energía no me parece adecuada.

—Flo. —Desde detrás de Florence, Abigail le dedicó a Daphne una mirada divertida—. Eso son tonterías y lo sabes. Solo porque hayas estado en una o dos sesiones antes…

—¡Una o dos! Querida, deberías saber que cuando vivía en Londres fui parte de nada menos que doce sesiones espiritistas…

—Y somos muy afortunadas de contar con toda tu experiencia. —Daphne sabía cómo apaciguar a la problemática mujer mayor, por más que no la conociera desde hacía mucho tiempo. Por suerte, Florence sí que pareció tranquilizarse, en especial cuando vislumbró la bandeja de refrescos.

Una hora después, ya estaban listas para empezar. Estaban sentadas a una mesita baja que había frente a la chimenea, acomodadas sobre cojines en el suelo, lo que hacía que todo pareciera muy bohemio. Se dieron las manos. Daphne se percató de que las manos de Abigail eran muy cálidas, mientras que las de Florence estaban frías, a pesar de la corriente de verano que se filtraba por las ventanas. La mesa estaba cubierta por un chal de encaje blanco que Florence había llevado consigo, así como por varias velas. Una libreta y un lápiz esperaban frente a Florence.

—Vale. —Florence abrió y cerró sus párpados pálidos un par de veces—. Cerrad los ojos.

Abigail le dio un apretoncito a la mano de Daphne, y esta se lo devolvió.

—Oh, nobles espíritus —entonó Florence—. Os pedimos que nos bendigáis con vuestra presencia esta noche.

Se quedó en silencio, y Daphne no pudo evitar distraerse. A pesar del ambiente que proporcionaban las velas, nada parecía ser distinto a cualquier otro momento del día. Contuvo un bostezo. Dadas todas las preparaciones que había llevado a cabo, la verdad era que estaba un poco cansada.

—Os imploramos que acudáis a nosotras, espíritus. —Florence se aclaró la garganta—. ¿Hay alguno que quiera hablar con nosotras esta noche?

—Sí.

A Daphne le llevó un momento darse cuenta de que había hablado en voz alta. Abrió los ojos de par en par. Abigail la estaba mirando, aunque no tardó en volver a

cerrar los ojos. Florence no los había abierto, pero una sonrisilla tiraba de sus labios delgados.

—Te damos la bienvenida —dijo Florence—. ¿Cómo te llamas?

—Dennis. —Daphne notó que una fría incertidumbre la inundaba. Pese a que había visto espíritus en ocasiones anteriores, ninguno había hablado a través de ella como aquel.

—Dennis, bienvenido a nuestra mesa —siguió Florence—. ¿Qué te gustaría decirnos?

Daphne esperó, aunque no le llegó ninguna palabra. ¿Quizá se había ido? ¿Quizá…?

De pronto, las manos de Daphne se apartaron de las de Abigail y Florence y se aferraron a la mesa. Abigail se apresuró a acercarle la libreta y el lápiz, y Daphne los sostuvo firmemente antes de ponerse a garabatear.

El pánico surgió en su pecho. Sus brazos y sus manos ya no estaban conectados al resto de su cuerpo, sino que actuaban por sí solos. Terminó una página y pasó a la siguiente. Trató de detenerse, pero no pudo.

Con la mandíbula apretada, alzó la vista hacia las otras chicas, mirándolas con una expresión de súplica para que la ayudaran. Abigail se cubrió la boca con las manos, y Florence se quedó boquiabierta.

Daphne pasó a la siguiente página.

—Daphne, ¿estás…? —Abigail empezó a ponerse de pie.

—¡Para! —chilló Florence—. No rompas el círculo. Deja que termine.

—Pero…

Entonces, de forma tan súbita como había empezado, llegó a su fin. Las manos de Daphne volvían a ser suyas. Se las sujetó en su regazo, como si las estuviera obligando a comportarse. Aunque el corazón le seguía latiendo desbocado, había algo más allí. Dado que todo ello había llegado a su fin —y estaba convencida de que, al menos por aquella noche, así había sido—, el pánico comenzó a transformarse en la más pura euforia.

—¡Por Dios! —dijo, riendo en voz alta.

Florence se acercó los papeles. Leyó un par de líneas, y sus ojos volvieron a centrarse en Daphne. Estos contenían algo que Daphne no se habría esperado: miedo.

—Bueno, querida —empezó Florence, al tiempo que dejaba los papeles sobre la mesa una vez más—. Nunca había visto a alguien entrar en contacto tan rápido. —Su expresión había pasado a demostrar asombro, tras lo cual le dedicó a Daphne

una sonrisa—. Parece que has nacido para esto.

15

Habían transformado el salón para la hora de las bebidas. Había un fuego encendido en la chimenea de piedra y unas velas largas parpadeaban sobre la mesita de centro. Una especie de bar improvisado se encontraba cerca de la ventana. Yana estaba de pie a un lado de este, con un mono ajustado de color menta, y fulminaba con la mirada a nadie en particular.

Podía notar la presencia de Wren en el extremo opuesto de la sala. Era como cuando una estaba coladita por alguien, cuando podías seguir los movimientos de una persona sin tener que mirarla. Le eché un vistazo de reojo. Cerca de la ventana, ella y Poppy se inclinaban la una en dirección a la otra mientras cuchicheaban como adolescentes.

—Hola. —Me acerqué a Yana en el bar. Por mucho que su coleta estuviera tan ajustada que tiraba de su frente, se las ingenió para fruncir el ceño en mi dirección—. Esto… ¿me podrías servir un poco de vino tinto, por favor?

Sin contestarme, escogió una copa y sirvió el alcohol.

—Gracias —dije, aunque ella ya había vuelto a no hacerme caso. Que se aferrara tanto a su falta de hospitalidad me hizo sonreír mientras me dirigía hacia donde estaban Taylor y Keira, sentadas en el sofá de cuero. Estaban sumidas en un debate muy intenso sobre alguien, y me llevó varios minutos darme cuenta de que era sobre un personaje del libro de Keira.

Roza llegó un pelín tarde, por mucho que nos hubiera advertido con toda la seriedad del mundo que nosotras debíamos llegar siempre a tiempo. Se había puesto un vestido largo y dramático de color rojo oscuro y repartió «holas» por doquier mientras entraba en la sala.

—¿Va bien el libro? —preguntó Taylor, enderezándose un poco.

—De maravilla, queridas. —Roza recibió la copa que Yana le entregó y se dejó caer en una butaca de terciopelo. Poppy y Wren se acercaron y escuchamos a Roza presumir ante su audiencia. Estaba de muy buen humor. Por una vez, no me pareció que tuviese que impresionarla, ni a ella ni a nadie. Sabía que le gustaba lo que estaba escribiendo, y aquello era lo único que importaba.

Las bebidas dieron paso a la cena, lo que a su vez se transformó en unas copas después, de vuelta en el salón. Para entonces ya estábamos atiborradas, tanto de comida

como de bebida, pero cuando Roza sirvió el conocido Unicum en unos vasitos diminutos, ninguna se pudo negar.

—Bueno —empezó Roza, mientras se sentaba en la misma butaca de antes y acomodaba los pies descalzos bajo ella—. Esta noche nos toca nuestro primer juego.

El vino había hecho que me sintiera tan relajada que era algo casi obsceno, pero en aquel momento me tensé. No me iban los juegos. Solían sacar a relucir mis inseguridades, en especial cuando tenía que hacer algo como actuar frente a los demás. A Wren le había gustado jugar a las charadas cuando íbamos de fiesta y estaba borracha e inquieta.

—Mola —dijo Taylor, frotándose las manos. Ella, Keira y yo habíamos vuelto a nuestros sitios en el sofá, mientras que Poppy y Wren ocupaban el de dos plazas. Wren y yo habíamos conseguido no hacernos ni caso durante toda la velada, al sentarnos lo más lejos posible la una de la otra.

—No es apto para cardiacos —avisó Roza, con ojos brillantes—. Es un juego en grupo que proviene de Japón. Se llama «Hyakumonogatari Kaidankai» o «La reunión de las cien historias de terror». Un nombre precioso, ¿no os parece? Solo ganará una de vosotras, y quien gane beberá la última copa de la noche conmigo.

Se dispersó una ligera tensión en el ambiente. Taylor empezó a darle vueltas al conejito de oro que había en el extremo de su cadena. Ella había seguido poniéndose su collar durante los últimos dos días, por mucho que no combinara nada con sus sudaderas holgadas.

—Es un juego que exige creatividad y agallas —siguió Roza—. Y se juega así. Vais a contar una historia de terror. Podéis inventárosla o podéis contar algo que os haya pasado a vosotras o alguien que conozcáis. El resto adivinaremos si fue «real», al menos para la persona que lo experimentó. Confío en que todas diréis la verdad. Si nos equivocamos, la que contó la historia podrá llevar una vela para la siguiente fase del juego. Pero si acertamos, tendrá que ir a oscuras.

—¿Y cuál es la siguiente fase? —quiso saber Keira, mientras se acomodaba sus gafas rojas.

Roza se limitó a sonreír.

—Ya lo verás, querida. Entre aquellas que pasen la prueba, escogeré la mejor historia.

Historias de terror: me recordaban a las fiestas de pijamas que había tenido hacía una vida, cuando nos susurrábamos historias en la oscuridad y aquella sensación de miedo tan deliciosa se colaba por la columna mientras una se arrebujaba en su saco de dormir.

Aun con todo, estaba nerviosa. Lo normal era que contara mi mejor historia, esa en la que había entrado en un bosque con mi mejor amiga y nos habíamos encontrado con

algo. Solo que había convertido esa historia en un relato de verdad y Ursula se la había enviado a Roza, quien había dicho que le había encantado. Así que no podía contar esa…

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Roza, apoyando su vaso sobre su rodilla—. Hacedme caso, es mejor ser de las primeras que de las últimas.

—Ya empiezo yo —dijo Wren, antes de mirarme de reojo—. Pero Alex ya la conoce.

—Ah, cierto. —Roza hizo un ademán en mi dirección—. Alex, tú no participas en esta ronda, ¿vale?

—Vale —acepté. La confianza que parecía emanar de Wren había hecho que me entraran más nervios.

—Bueno, pues, yo era niña —empezó Wren—. Tenía nueve años. Por aquel entonces, vivíamos frente a un bosque gigantesco.

Tardé unos segundos en procesar aquellas palabras. Wren había crecido en Manhattan. Y Central Park no era gigantesco, al menos no si se lo comparaba con bosques reales. Debía estar inventándose aquella historia.

—Tenía una amiga que vivía en la misma calle, se llamaba Christina —siguió Wren—. Tenía un cabello hermoso, larguísimo y ondulado que le llegaba hasta la cadera. Me moría de envidia.

Me tensé y me quedé mirando a Wren sin poder creerlo. Aquella era *mi* historia. Wren estaba contando mi historia como si fuese suya. Miré a Roza, pero estaba sonriendo mientras escuchaba.

—Una vez, en el Día de la Independencia, sus padres organizaron una parrillada. Nosotras nos aburríamos, así que decidimos ir a dar un paseo. Solíamos pasar el rato en el bosque, aunque nunca habíamos ido de noche. No teníamos permiso para eso. Claro que, en medio de la fiesta y con los adultos pasándose de copas y preparando los fuegos artificiales, no creímos que nadie fuese a darse cuenta. Así que fuimos a por una linterna y nos escabullimos.

Roza tenía que haberla reconocido, ¿verdad? Había dicho que mi relato le había gustado. Solo que ¿era tan descabellado pensar que en realidad no se lo había leído? Que solo lo hubiese dicho porque quería hacerme sentir mejor después de haberme humillado frente a todos aquella primera noche.

—Había un sendero muy largo, creo que antiguamente había sido un camino de tractor —siguió contando Wren—. Uno por el que siempre íbamos. Solo que, de algún modo, terminamos en un caminito. Y lo más raro era que ya no podíamos oír los fuegos artificiales. No podíamos ver los destellos. El bosque estaba en un silencio absoluto. Nos pareció muy extraño, porque no podíamos oír ni siquiera a los grillos cantar. Tuve la

sensación de que estábamos en un set de película, de que todo era falso. El caminito se acabó y nos sentimos aliviadas, porque pensamos que habíamos llegado al sendero principal, solo que no había sido así. Estábamos en un pequeño claro. Era una noche cálida, así que íbamos con camisetas de tirantes y pantalones cortos. Pero en este claro, hacía frío.

Una furia oscura se apoderó de mí. ¿Cómo se atrevía? Estaba contando mi historia, casi palabra por palabra. Y, con cada frase que decía, era como si me estuviera robando mis recuerdos. Mi vivencia. Me estaba usando, me estaba drenando, como siempre había hecho.

Quise correr hacia ella, taparle la boca y estamparla contra el suelo.

Solo que no podía hacer eso. Porque entonces la loca sería yo.

—Y entonces —continuó Wren, con los ojos muy abiertos—, cuando nos giramos y decidimos volver por donde habíamos venido, no pudimos encontrar el caminito.

Poppy soltó un grito ahogado y luego se echó a reír por su reacción.

—Recorrimos todo el perímetro del claro, pero el caminito no estaba. Y ya estábamos empezando a entrar en pánico cuando oímos algo. Era la madre de Christina que nos llamaba, y oímos un sonido, como de sus pasos al acercarse. Fuimos en esa dirección y comenzamos a llamarla. Recuerdo que nos aferramos la una a la otra, de lo aliviadas que nos sentíamos. Pero, de pronto, el sonido de su voz nos fue llegando desde más y más lejos. Y casi no podíamos oírlo. Nos quedamos quietas, y entonces Christina se giró hacia mí para decirme algo que nunca olvidaré. «Creo que algo está intentando engañarnos», me susurró.

—Buah —murmuró Taylor, impresionada.

Deja que termine. Crucé los brazos con fuerza sobre mi pecho. Wren me estaba tendiendo una trampa, a la espera de que perdiera los papeles frente a Roza. Y no pensaba dejar que aquello pasara.

—Volvimos en dirección contraria a los sonidos y avanzamos hacia el otro lado del claro. Christina quería que fuésemos por entre los árboles y ya, pero sabía que, si hacíamos eso, entonces sí o sí estaríamos perdidas. No teníamos ni idea de dónde estábamos. Y los árboles y arbustos que rodeaban el claro eran muy frondosos, como si el bosque quisiera atraparnos dentro. Entonces… —Wren hizo una pausa dramática— vimos algo.

—¿Qué? —susurró Poppy.

—Era algo grande —dijo Wren, antes de apartarse el cabello con ambas manos—. Y estaba justo en el borde del claro. Vimos las hojas moverse. Y olía a algo… es difícil de explicar. Algo como perro mojado y…

Y algo podrido.

—Y algo podrido. Vi unos círculos brillantes, unos orbes en lo alto de los árboles. Eran ojos. Y una especie de suspiro pesado. Sin intercambiar siquiera una mirada, Christina y yo nos adentramos a toda prisa entre los árboles. Corrimos sin parar. Me golpeé el hombro contra un árbol, y no sabéis cuánto me dolió, pero no me detuve. Tras unos minutos, dejamos de correr para ver si nos estaba siguiendo. Y entonces lo oímos…

—¿Al monstruo? —preguntó Taylor, mordiéndose una uña.

—Los fuegos artificiales —contestó Wren, con una sonrisa—. Aunque nos llevó algo de tiempo, seguimos el sonido y terminamos llegando al camino principal. Nunca me había sentido más aliviada. Para cuando volvimos a casa, ambas estábamos llenas de golpes y sangrando, por todos los rasguños que nos habíamos hecho. A la madre de Christina se le pasó la borrachera muy rápido cuando nos vio así. Nos ayudó a limpiarnos los arañazos, y cuando Christina le contó lo que nos había pasado, su madre solo le dijo que no tendríamos que haber ido al bosque de noche.

—¿Y qué te dijeron tus padres? —quiso saber Poppy, en voz baja.

Wren me había hecho la misma pregunta.

—Nunca se lo conté. —Wren meneó la cabeza, con pena—. No me habrían creído. Sobre todo mi madre.

—¡¿Pero qué mierda te pasa?! —Las palabras se escaparon de mi boca, y todas me miraron, confundidas. Todas salvo Wren, que me miraba con total tranquilidad—. ¿Qué coño te pasa? —solté—. ¿De verdad crees que hacer algo así está bien? —Intenté dejar de gritar, pero me era imposible. Toda la rabia y la incredulidad escapaban de mí como si fuese una marea tóxica.

—¿Qué no está bien? —Taylor pasó la mirada entre nosotras de una a la otra.

—Que es *mi* historia —dije, con los dientes apretados—. Me pasó a mí. Y yo escribí un relato sobre ella. Un relato que Wren leyó.

—Es un juego —dijo Wren, parpadeando con inocencia—. Roza ha dicho que podíamos contar una historia que nos hubiera pasado a nosotras o a alguien que conocemos.

—Pero es que estoy aquí mismo —chillé—. No puedes hacer eso. No puedes ir por la vida quedándote con lo que te apetezca. —Tenía las manos tensas, como en garras, y me obligué a ocultarlas bajo mis muslos. La rabia había vuelto y surcaba mis venas. Quería estrangular a Wren. Y luego arrancarle la cabeza y lanzarla al fuego.

—Jolín —suspiró Taylor—. Ahora sabemos que es una historia real, no podemos adivinar si Wren se la ha inventado o no.

—¿Estás bien? —me preguntó Keira. Su mirada preocupada hizo que me contuviera

un poco.

—Sí, perdonad. Es solo que… no creo que sea justo —dije, encogiéndome un poco. Genial. Ahora todas iban a pensar que era alguna especie de lunática que no podía soportar un juego de mierda.

Roza se había mantenido en silencio, mientras lo observaba todo, aunque en aquel momento se limitó a encogerse de hombros.

—Wren no ha hecho nada que no hubiese dicho que se podía hacer, querida.

—Bueno, es una historia increíble —dijo Taylor, dándome una palmadita en el brazo —. Entonces, ¿te pasó de verdad?

—Sí, todavía tengo la cicatriz que me hice con una rama.

—En fin. —Roza se puso de pie, tomó una vela de la mesa y se la dio a Wren—. Podrás llevarte una vela, querida, dado que no hemos tenido la oportunidad de votar.

Wren se puso de pie para aceptarla con una sonrisita de lo más presumida e insoportable.

—Así que ahora te toca ir al sótano —siguió Roza—. Busca una mesa con un espejo de mano y cinco velas. Lo que tienes que hacer es mirarte en el espejo y soplar una vela.

—¿Y dónde está el sótano? —quiso saber Wren, ligeramente preocupada.

—Yana te llevará. —Roza le hizo un ademán a Yana, que estaba parada en el umbral. ¿Habría estado allí todo ese tiempo?

Una vez que Wren se marchó, me puse de pie.

—Creo que me iré a mi habitación. —La indignación y la furia se me revolvían en el estómago, tanto con Wren como con Roza, por defenderla. Y, en especial, conmigo misma, por haber perdido los papeles. Había caído justo en la trampa que Wren me había tendido.

—No —dijo Roza—. Tienes que terminar el juego.

—Pero ya no quiero jugar —repuse, y odié el tono quejica de mi voz—. Además, no tengo ninguna historia que contar.

—Pues invéntate algo. O solo siéntate y escucha. —La voz de Roza parecía ligeramente exasperada, así que me senté e intenté contener mis lágrimas de frustración.

Wren volvió algunos minutos después, entre risitas sonrojadas.

—Bueno, ha sido escalofriante —dijo, antes de dejar la vela sobre el mantel y dejarse caer al lado de Poppy.

Taylor y Keira fueron las siguientes. Taylor nos contó una historia en la que había visto a su amiga muerta en una habitación diminuta en un yate cuando tenía dieciséis años y Keira sobre cómo había pasado seis meses en un piso embrujado. Dijimos que eran ciertas, pero, en ambos casos, habían sido historias inventadas. De modo que a

ambas les tocó llevarse una vela al sótano.

—¿Poppy? —dijo Roza, girándose hacia ella.

Para entonces, me había vuelto a llenar la copa y había bebido en silencio hasta encontrarme en una especie de estupor. El odio ardía en mi interior como si fuese alguna especie de horno.

—Ay, no, creo que yo paso, si no os molesta —se excusó, entre risitas—. La verdad es que me dan mucho miedo los fantasmas.

—Yo tengo una —dije, y todas se giraron hacia mí sorprendidas, como si se hubiesen olvidado de que estaba allí.

—Perfecto —aceptó Roza, con una sonrisa.

—Había una vez una chica que tenía una mejor amiga. —Las palabras empezaron a fluir con facilidad, de entre las llamas naranja azuladas del horno que había en mi interior—. Lo hacían todo juntas. Pasaban el rato, iban a la librería, les hacían trastadas a sus familias. Solo que, un día, una de las chicas trató muy mal a la otra, así que esta decidió matarla. Investigó e investigó para dar con una forma que pareciese natural. Hasta que se decidió a envenenarla. Empezó a poner veneno en la comida de su amiga, de poquito en poquito, hasta que la chica se enfermó de verdad. La amiga pretendió cuidarla y se quedó junto a ella en su lecho de muerte, pero, al final, ella había sido quien la había matado.

Todas me miraban, con los ojos como platos. Yo me sentí en paz y apartada, como si estuviese hablando con pantallas de simulación en lugar de con gente de verdad.

—Y fin. —Bebí un largo trago, satisfecha.

—Vale —dijo Roza, alzando las cejas—. ¿Verdad o mentira?

—Mentira. —Wren no parecía nada contenta—. Es obvio que te lo acabas de inventar.

—Pero me ha dado escalofríos —dijo Taylor—. Me ha molado.

Keira y Poppy asintieron.

—Te la has inventado, ¿verdad? —preguntó Roza.

—Es lo que hacemos los escritores, ¿no? Claro que me la he inventado, coño.

Taylor y Keira intercambiaron una mirada, al parecer sorprendidas por mis palabras tan bruscas. Wren contuvo una sonrisa. Se lo estaba pasando en grande al ver cómo perdía el control, cómo me hacía parecer una perra amargada.

—Entonces… —Roza sonrió—. Te tocará ir a oscuras. ¿Estás lista, querida?

—Ningún problema. —Dejé mi copa con fuerza sobre la mesa y me levanté de un salto. Yana permanecía en el umbral, a la espera. Me condujo por el pasillo que iba hacia la cocina. A diferencia de cómo se había sentido aquella estancia hacía un rato, con Chitra ocupada por doquier, en aquel momento me pareció fría y ajena.

—Por aquí. —Yana abrió la puerta más alejada, en el fondo de la cocina. Era una escalera que descendía hacia la oscuridad.

—Perfecto. —Empecé a bajar dando pisotones. Me importaba una mierda si bajaba los escalones rodando y me partía el cuello. ¿A quién le importaría, en realidad? Sin embargo, mientras descendía hacia una humedad helada, la bravuconería que me había otorgado el alcohol se fue evaporando. Ya solo sentía vergüenza. ¿Por qué no había podido mantener la calma? ¿Por qué dejaba que Wren me pusiera tanto de los nervios?

Cuando terminé de bajar las escaleras, alcé la mirada con la esperanza de ver la silueta de Yana delineada en la entrada, pero ya se había marchado. Me quedé quieta hasta que los ojos se me acostumbraron a la oscuridad y respiré el aire estancado y con olor a moho. Entonces, un poco más allá, pude ver el ligero parpadeo de una luz. Eran las velas.

Me dirigí hacia allí con cuidado. Había cosas por todos lados: cajas de cartón apiladas hasta alcanzar casi dos metros de altura, siluetas de muebles cubiertos por sábanas, pilas de cuadros con marcos dorados. No había ningún sonido más que algo que goteaba en la distancia. Los nervios reemplazaron mi humillación. Al estar lejos de las demás chicas, algo me parecía extraño. Había una especie de energía oscura en Blackbriar que vivía en las paredes. Y parecía conectada a la historia que me acababa de inventar y que había salido de mis labios con tanta facilidad.

¿Cómo se las había arreglado Wren para contar mi historia de forma tan perfecta? Al menos había tenido la decencia de no compartir el final. Cómo había vuelto a casa para encontrar a mis padres discutiendo en la planta de arriba. No era nada que no hubiese oído ya. Lo que sí me sorprendió fue el estruendo de un golpe y el lamento ronco de mi madre. Mientras me hallaba frente a la habitación de mis padres, la peste a algo podrido me llenó las fosas nasales. Era como si hubiese llevado a la criatura del bosque conmigo para que infectara nuestra casa.

Mi padre se había marchado dos semanas después.

Entonces oí que algo se escabullía cerca. Me detuve, y el sonido se alejó un poco. Seguro que era un ratón o una rata o lo que fuera que viviese en aquel laberinto gigantesco. La oscuridad me presionó las costillas. Me giré para ver el reconfortante círculo de luz que había en lo alto de las escaleras.

Finalmente, tras darme un golpe en la espinilla con un sofá bajo, llegué hasta la mesa. Había cuatro velas rodeando un espejo de mano, dorado y antiquísimo. Y solo una estaba encendida.

Tendría que haber habido dos, ya que Poppy no había contado ninguna historia. ¿Quién habría apagado más de una? ¿Quién había querido dejarme en la oscuridad más

absoluta?

Vacilé, mientras me lo pensaba un poco. ¿Debería decirles que había apagado una y dejar la última encendida? ¿O tendrían cómo saberlo?

A la mierda. Estaba harta. Alcé el espejo de mano y me observé: borracha, fea y con los ojos rojos. Me dediqué a mí misma una enorme sonrisa carente de humor.

A mis espaldas, algo se movió entre las tinieblas.

Me di la vuelta.

Y, entonces, alguien apagó la última vela.

16

—Vale, ya está bien —dije, alzando las manos en la oscuridad, como si estuviese lista para pelear—. No me hace gracia. De hecho, es bastante retorcido.

Ninguna respuesta. Me quedé quieta, con los hombros tan tensos que casi me rozaban el cuello.

—Vale. —Empecé a avanzar hacia las escaleras. Me golpeé la otra espinilla con el sofá, y luego con algún mueble de madera cubierto por una sábana. Aquel lugar parecía una carrera de obstáculos, joder.

Con cada paso que daba, esperaba que algo me tocara: unas manos que me tiraran de la cadera, que me sujetaran del pelo, que me rodearan el cuello. Sin embargo, tras lo que me pareció una hora, pude volver a las escaleras. Poco antes de llegar arriba, me agaché para echarle un vistazo al sótano. Lo único que pude ver fueron unas sombras y algunas siluetas difusas.

—Que os den —solté, enfurecida, y subí corriendo el trecho que me faltaba.

De vuelta en la luz de la cocina, sentí un pinchazo de humillación, y luego de rabia. Habían querido asustarme —fuera quien fuere— y hacerme quedar como una idiota. Volví en silencio hasta el salón. Taylor, Keira y Roza se estaban riendo, y me di cuenta, presa de una satisfacción nada placentera, de que ni Wren ni Poppy estaban presentes.

—¿Dónde están? —pregunté, señalando al sofá de dos plazas en el que habían estado sentadas.

Todas me miraron, fastidiadas, como si fuese una especie de mapache que se había colado en la casa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Taylor.

Entonces el sonido de la risa de Wren me llegó mientras ella y Poppy entraban al salón.

—Habéis sido vosotras dos —dije, girándome hacia ellas—. ¿Cómo os las habéis arreglado para bajar sin que os oyera?

—No sé de qué me estás hablando. —Wren volvió a sentarse en su sitio en el sofá.

—Espera, ¿qué está pasando? ¿Qué dices? —Poppy se sentó a su lado.

—Me habéis seguido al sótano para darme un susto —las acusé, apoyándome las manos en las caderas.

—A ver, siéntate. —Taylor se me acercó y me apoyó una mano en el hombro—. Cuéntanos qué ha pasado.

Se lo conté, mientras observaba la expresión satisfecha de Wren.

—Ah —asintió Roza—. Hay bastante corriente en el sótano, querida. Seguro que solo has visto una sábana o algo moverse cuando el aire apagó la vela. —Parecía muy complacida—. Pero este juego puede hacer que una vea cosas.

—Pero… —Lo que había visto en el espejo no había sido una sábana al agitarse, sino que algo se había movido de forma deliberada. Aunque sí que había sido un movimiento y ya.

—Eso sí que da mucho miedo —dijo Taylor—. ¿Quieres beber algo?

—No —suspiré, agotada—. Estoy bien.

Wren no me estaba mirando, a propósito, pero Poppy mantenía su mirada fija y preocupada sobre mí. La vergüenza me inundó el pecho. Por mucho que pudiese imaginar a Wren escabulléndose hacia el sótano para asustarme, no podía decir lo mismo de Poppy.

—Quizás ha sido una corriente y ya —dije, esforzándome por sonreír. Entonces se me ocurrió algo—. ¿Dónde está Yana?

—Se ha ido a dormir, suele acostarse más temprano. —Roza sonrió—. ¿Por qué? ¿Crees que ha sido ella quien ha bajado a pegarte un susto?

—No… —Aunque Yana no era muy amigable, no me la imaginaba escondiéndose detrás de unas cajas mientras evitaba los ratones—. Es solo que… no importa.

—Ve a dormir, cariño —me dijo Roza, antes de ponerse de pie—. Taylor, te declaro la ganadora de este juego. Vamos a bebernos una última copa.

—¡Claro! —exclamó Taylor, poniéndose de pie de un salto. Wren alzó la vista, sorprendida, y me fulminó con la mirada.

De verdad había creído que podría ganar contando mi historia.

Aquella noche me desperté de golpe, mirando hacia la puerta. Alguien estaba caminando por el pasillo, y sus pisadas eran rápidas y ruidosas. Aún medio dormida, encendí mi lámpara, bajé de la cama y me acerqué a hurtadillas hasta la puerta. Gracias a la luz que se colaba por la puerta de mi habitación, solo pude vislumbrar a alguien que se marchaba a paso rápido.

Algo iba mal.

La seguí y avancé rápido por el pasillo a oscuras.

—¡Espera! —dije en voz baja, pues no quería despertar a las demás. Parecía que algo

importante estaba pasando. Aquella persona tenía un problema, un problema grave, y yo tenía que ayudarla.

La figura se escabulló incluso más deprisa y desapareció de mi vista cuando se giró hacia el rellano. Apuré el paso, decidida a alcanzarla.

Solo que, cuando llegué al rellano, no había nadie allí. Me acerqué despacio hacia el barandal. El suelo de mármol gris y blanco formaba un mandala precioso, entrecruzado con los haces de la luz de la luna que se colaban por las ventanas del vestíbulo principal. La mesa circular se encontraba directamente debajo, adornada con un jarrón de flores rosadas.

Conforme la observaba, unos brazos cálidos se deslizaron por mi cintura. Estaban desnudos y tenían un brillo semejante a una perla bajo la luz de la luna. Unos pezones duros se apretujaron como piedrecillas contra mi espalda.

—Por fin. —La voz apenas fue un susurro en mi oreja. La confusión y la sorpresa me impidieron moverme. Un aroma fuerte a jazmín me inundó las fosas nasales.

—¿Roza? —me aventuré. Me sentía mareada e incapaz de entender lo que estaba sucediendo, como si me hubiesen drogado.

La mujer se rio.

—¿Es que no me reconoces?

—¿Wren? —Empecé a girarme, pero sus brazos me mantuvieron en mi sitio. Inhalé por la sorpresa.

—Hace muchísimo tiempo que me deseas, ¿verdad, Al? —Su voz baja contenía una sonrisa—. Mucho antes de aquella noche.

—Wren, ¿qué carajos haces? —murmuré. Aunque quería apartarme, una parte de mí se sentía muy a gusto en aquel abrazo tan firme.

—¿Recuerdas lo que sentiste? —Su aliento era intenso en mi oreja—. ¿Recuerdas lo que te hice?

—¿Por qué? —quise saber, de pronto muy triste—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué? ¿Acaso quieres que te diga que estaba enamorada de ti? —Soltó un resoplido —. Lo hice porque podía hacerlo. Porque eras mi animalito de compañía y podía hacerte lo que me diera la gana.

—Vale. —Intenté girarme, pero sus brazos eran como de acero.

—Vi cómo me mirabas. Querías consumirme, querías matarme. Fue un juego de lo más divertido, ¿a que sí? —Subió su mano izquierda poco a poco y su pulgar me acarició un pezón con delicadeza sobre la tela de mi camiseta de tirantes. Sentí un cosquilleo en las entrañas.

»¿Quieres que pare? —me preguntó, antes de pellizcarme suavemente.

A pesar de que no me podía creer lo que estaba pasando, no quería que parase.

—No —suspiré.

—¿Y esto? —Su otra mano se dirigió hacia abajo y se coló por dentro de la cinturilla de mis pantalones de pijama.

—Joder —solté, ante la intensidad del movimiento.

—Te gusta, ¿verdad? Vaya, si ya hasta estás mojada, Al. —Sus dedos rodearon mi clítoris, suaves pero insistentes—. Eres mi niña buena, ¿verdad? —La intensidad se transformó en una necesidad nueva y desesperada. Algo empezó a concentrarse, un murmullo de energía que provenía desde mi coxis.

»¿Verdad? —preguntó una vez más.

—No soy nada tuyo —me las arreglé para decir, aún mareada.

—Pero quiero que lo seas. Volvamos a estar juntas. ¿No te gustaría eso? —Su tono era bajo e hipnótico—. Ganaré este concurso y entonces tendremos todo el dinero que necesitamos.

Las palabras atravesaron aquel súbito deseo. Negué con la cabeza.

—No vas a ganar. No con esa historia absurda sobre una actriz. Voy a ganar yo.

—Al. —Soltó una risita, y entonces su voz sonó amenazante, teñida por la malicia—. Yo siempre gano, ya lo sabes. —Me besó el cuello y apretó las caderas contra las mías, mientras hacía que me doblara sobre el barandal. Me aferré a él. El suelo de mármol estaba muy muy abajo.

»Dilo —dijo, antes de morderme el hombro con fuerza—. Di que ganaré.

Contuve un grito por aquel dolor intenso y dulce y luego me eché a reír.

—No.

—Dilo. —Sus dedos se movieron más rápido, y yo me apreté contra ellos, con la energía que se formaba en mi interior como un tsunami.

—No —gemí—. Nunca.

Ella me empujó con más fuerza e hizo que la parte de arriba de mi cuerpo pendiera sobre el barandal. Me quedé allí, inestable y sintiéndome débil y desamparada de una forma exquisita. De pronto, me entró miedo de que el barandal fuese a romperse bajo el peso de las dos, de caer hasta dos plantas más abajo, aunque aquello también se añadió a la tensión creciente: la cruda mezcla de miedo, deseo, furia, sumisión e incluso odio, todo ello aumentando bajo sus movimientos firmes y raudos.

—*Dilo*. —Con su otra mano, me agarró del pelo y me hizo tirar la cabeza hacia atrás con fuerza.

—Que te den —solté, sonriendo.

Me dio un tirón tan fuerte del pelo que pensé que me iba a arrancar la cabeza como la

de una muñeca. Mi respiración estaba entrecortada, y unos soniditos entre risas y lamentos no dejaban de escaparse de mis labios.

—Al… —Burlona, amenazante—. Dilo o pararé.

Ralentizó sus movimientos, pero yo no quería que parara.

—No. No pares.

—Di «por favor».

—¡Por favor!

Sus dedos retomaron su ritmo anterior. Empecé a gemir en voz alta, atrapada en una energía oscura que me entraba por los poros. Tenía el cuerpo entero en llamas, cada célula latiendo, como una presa a punto de explotar.

—Di que ganaré. —Su voz era un gruñido.

Pero yo no podía hablar. Mis gemidos eran mi verdadera naturaleza, mi verdadero yo: su juguete, su mascota.

—Di que ganaré. —Sus uñas se hundieron en mi cuero cabelludo y me provocaron unos puntitos brillantes de dolor. El barandal crujió.

—Vale —susurré. El placer me envolvió, como una placenta, el cuerpo entero.

—¡Dilo! —La orden me retumbó en los oídos. Me encontraba allí, en el límite, en el borde de un gran abismo. No habría podido parar incluso si hubiese querido.

—¡Tú ganas! —chillé. Aunque iba a despertar a todo el mundo, me importaba una mierda—. ¡Tú ganas! ¡Tú ganas!

El orgasmo que me envolvió fue como una explosión nuclear, una luz blanca que llenó mi visión, una erupción tan poderosa que no me di cuenta de que estaba cayendo hasta que estuve en pleno aire.

La parte de atrás de mi cráneo se estampó sobre la mesa redonda de mármol. Mi visión se convirtió en miles de millones de estrellas, un patrón celestial que desapareció cuando mi cuerpo golpeó el suelo. Caí de espaldas, con dificultad para respirar mientras unos rayos me recorrían y hacían que mis brazos y piernas se sacudieran.

Al principio, lo único que pude ver fueron unas siluetas difusas. No sentía dolor. De hecho, no notaba el cuerpo en absoluto. ¿Me habría roto el cuello?

Entonces mi visión se aclaró. Allí estaba Wren, en lo alto, inclinándose por encima del barandal con los codos apoyados en él. De algún modo, en el instante en que me había empezado a correr, me había empujado sobre el barandal. Y en aquel momento sonreía y me saludaba, como un padre que vislumbra a su hijo sobre el escenario. Se enderezó y luego procedió a estirarse. Tras haber acabado conmigo, se alejó a paso tranquilo, de vuelta a donde no podía verla.

Intenté llamarla, pero lo único que salió de mis labios fue un débil soplo de aire.

Unos puntitos negros comenzaron a revolotear en los bordes de mi visión. No podía sentir nada, ni por fuera ni por dentro. No podía moverme. Y aquello, de algún modo un tanto extraño, me llenó de paz.

Unas pisadas lejanas y rápidas se acercaron en mi dirección.

Tenía que ser Yana quien se asomó, con uno de sus monos de terciopelo de imitación de color blanco. Miró hacia abajo, hacia donde yo estaba, y frunció el ceño.

Me las arreglé para articular un «Ayúdame», pero ella se limitó a poner los ojos en blanco.

—Pero mira qué desastre —dijo en voz baja, antes de enderezarse—. Ya lo limpiaré en la mañana.

Traté de gritar mientras ella se alejaba. Aunque, cómo no, no salió nada de mis labios.

17

—Me parece un poco previsible —dijo Roza, mientras bajaba de golpe la hoja —. Un pelín aburrido. No me parece que me esté quedando con estos otros personajes. ¿Entiendes lo que te digo, Alex?

—Sí —contesté, al tiempo que anotaba todo ello, obediente.

Casi habíamos llegado al final de nuestra sesión grupal. Era el séptimo día de nuestro retiro, y desde la extraña situación que había vivido en el sótano hacía cuatro días, me había dedicado por completo a escribir y a hacer mi mayor esfuerzo por no hacer caso a Wren. En mi opinión, lo había hecho de maravilla, en especial tras el sueño húmedo que había tenido.

Me había perturbado de una forma muy intensa y visceral, sobre todo porque nunca antes había tenido un orgasmo en sueños. El sueño en sí había sido muy verosímil. Podía recordar todos los detalles, más que vívidos, lo cual hacía que me inundara tanto el espanto como la excitación.

Después de que Wren y yo nos hubiéramos liado en la vida real, me había pasado cerca de un día entero en un estado confuso y surreal. Siempre había pensado que nuestra amistad era algo enteramente platónico. Me había sentido atraída por la energía de Wren, cómo no, y había admirado su belleza incontables veces. Pero nunca había sentido un deseo físico por ella, ni por cualquier otra mujer, vaya. Tras ver cómo Ursula conocía a su novia, me había preguntado por un instante si yo también debería expandir mis horizontes en términos de mis relaciones. Solo que no había sido capaz de imaginarme a mí misma con una mujer.

Sin embargo, tras lo ocurrido con Wren, había empezado a reconsiderarlo. Quizá no fuera capaz de imaginarme a mí misma acostándome con mujeres solo porque no lo había hecho antes. Al fin y al cabo, no era como si fuese por la vida soñando despierta con follar con hombres, tampoco. La mayoría de las veces que follaba era porque me había puesto hasta las trancas de alcohol y porque era algo que se esperaba de mí, no porque me encantara. No obstante, lo que había pasado con Wren sí que me había encantado.

Quizá mi rechazo se debiera a que se me había enseñado desde pequeña que ser *queer* era algo anormal e indeseado. Un abusón en una de las escuelas de primaria a las que

había asistido había soltado el rumor de que era lesbiana, lo que había hecho que las demás niñas se alejaran de mí cuando me acercaba a ellas. También tenía un recuerdo muy claro de cuando era adolescente: mi madre contándole a uno de sus novios sobre la «reinona» que había entrado en el súper aquel día; se había contoneado por doquier, para imitarlo. Incluso en las series que veía que tenían personajes gay agradables, estos siempre parecían o bien algo exótico o bien el punto de mira de las burlas.

De modo que la pregunta era: si hacía a un lado aquel condicionamiento de toda la vida, ¿qué era lo que sentía? ¿Wren y yo podríamos convertir nuestra amistad en algo más? La verdad era que no tenía ni idea. Aun así, cuanto más lo pensaba, más me entusiasmaba la idea. Debía significar algo que dos mujeres que se habían identificado como heterosexuales toda la vida terminaran en la cama desnudas. Quizá nuestra historia no tendría que haber acabado allí. Quizá nuestra relación nos estaba mostrando una verdad que había estado demasiado enterrada como para que la viéramos.

Por desgracia, Wren no había querido explorar nada de eso.

En el presente y sentada frente a mí, Wren tenía los ojos clavados en Roza. Sus labios eran de un color rosa brillante y perfecto. Resultaba imposible imaginar que en algún momento hubiesen besado el interior de mis muslos. Sentí un tirón en lo más profundo de mi vientre y entonces, con una oleada de tristeza y vergüenza, deseé que todo aquel caos de sentimientos me dejara en paz.

Tras la reunión, seguí a las demás chicas hacia el comedor para el almuerzo. Iban caminando de dos en dos, en parejas perfectas: las bellezas convencionales de Wren y de Poppy, un contraste de rubia y castaña, Wren en colores fuertes y Poppy en pasteles. Y luego estaba la combinación más moderna imposible de Keira y Taylor; Keira con sus gafas rojas muy a la moda y sus tejanos negros, y Taylor con su cabello corto y revuelto y sus tatuajes.

Yo iba por detrás, como la quinta rueda del coche, aburrida, sosa y sola. Tras la conversación que había tenido con Taylor, había pensado que tal vez podría unirme a su grupo con Keira, pasar a ser un trío en lugar de un dúo, solo que Taylor se había mostrado más distante. Quizá se me había insinuado y había pensado que yo la había rechazado. O puede que ya estuviera satisfecha al pasar el rato con Keira y no pensara en mí en absoluto.

No lo sabía y, para bien o para mal, tampoco importaba. Lo que sí importaba era la historia, y aquella iba lo suficientemente bien como para mantenerme concentrada en ella. Incluso si Roza la había considerado aburrida, sabía, muy en el fondo, que lo único que estaba haciendo era tratar de motivarme.

Habría pensado que pasar siete días encerrada en una casa en compañía de unas

cuantas personas haría que fuese una experiencia claustrofóbica. No obstante, la historia me había capturado. Ni siquiera salía de la casa para ir a dar paseos por allí como las demás, sino que me quedaba más que nada en mi habitación, escribiendo.

Tras una semana de retiro, ya todas teníamos rutinas para el almuerzo. Wren y Poppy se servían unos sándwiches del bufé que Chitra preparaba y luego salían; Wren hacia su habitación compartida y Poppy hacia el frío salón, el cual había escogido como su despacho por alguna razón que solo ella comprendía. Pese a que Taylor y Keira solían marcharse, aquel día se quedaron sentadas a la mesa. Fuera, la nieve caía en copos suaves.

—Alex, ¡vente con nosotras! —me llamó Taylor.

Avergonzada, sentí un pinchazo de gratitud. Quizás aquella necesidad de tener que encajar no se iría nunca del todo.

—Roza ha sido un poco dura contigo hoy —dijo Taylor, mientras yo me sentaba—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Me encogí de hombros—. Sé que solo está intentando ayudarme.

—Si eso es lo que crees… —dijo Keira, frunciendo el ceño—. Ayer, en nuestra sesión individual, quiso que le contara todos mis problemas relacionados con mi madre. Tuve que meditar durante veinte minutos seguidos después para que se me pasara aquella sensación de asquito.

—Terapia con Roza —se rio Taylor—. Te hará pedazos solo para volverte a montar… o al menos para sacarte una buena historia.

—Exacto —dijo Keira, poniendo los ojos en blanco—. ¿A quién le toca hoy?

—A mí —dije, sirviéndome un trozo de manzana—. Es nuestra segunda sesión privada.

—Cierto, tú fuiste la primera con la que se reunió. —Taylor ladeó la cabeza—. Sí que te echó una buena mano.

La frase me pareció un poco sexual.

—Ajá.

—¿Y de qué hablasteis? —quiso saber Taylor.

Ah, pues, ya sabes. De cómo me acosté con Wren y de cómo casi la mutilé después de eso.

—Sobre escribir. O sea, sobre el bloqueo —contesté, antes de masticar mientras hacía como si pensara para evitar mirarla a los ojos. ¿Por qué tenía la impresión de que me estaba mirando directo al alma?

—Bueno, tienes suerte de no tener ya ese problema. —Keira se apartó sus trenzas por detrás de los hombros—. Esto de tener un conteo de palabras diarias me está costando bastante.

—¿Ah, sí? —pregunté—. Pero tu historia está tan pulida… Creo que asumí que no te costaba hacerlo.

—Para nada —dijo, con expresión seria—. Cada día me cuesta más. Estoy acostumbrada a escribir unos primeros borradores de pena. Solo que no quiero que Roza, ni cualquiera de vosotras, lea eso. Así que escribo y luego vuelvo atrás y edito y… —Se apartó las gafas para frotarse los ojos—. Es mucho esfuerzo.

—A mí también me ha costado —dijo Taylor, dándole una palmadita en el brazo—. Como bien sabes.

Me sorprendió escucharlo. Todas habían estado llegando a su conteo diario, habían producido historias decentes y parecían lo bastante alegres en las reuniones, cuando nos juntábamos para beber, en las cenas, e incluso cuando bebíamos una copa después. Solo que parecía que, a pesar de haber encontrado a sus amigas del alma en el retiro, les estaba costando. Y estaban intentando ocultárselo a Roza.

Lo que era algo muy astuto, por cierto. No la imaginaba siendo empática; era más probable que te dijera que dejaras de lloriquear. Que valoraras la oportunidad que se te había dado. Que le dieras uso al dolor.

—Pero a ti no. —Taylor me sonrió—. Tú estás montando la ola, ¿a que sí? Estás canalizando la historia, se nota. Cuando eso pasa, es una sensación increíble.

—No sé si es para tanto —me excusé. Ambas intercambiaron una mirada, y me dio la impresión de que tenía que defenderme a mí misma—. No olvidéis que estuve bloqueada y sin poder escribir como un año —añadí—. Creo que por eso es que todo está fluyendo así.

Aquello pareció dejarlas satisfechas. Cuando Taylor empezó a hablar sobre un problema que estaba intentando resolver en una de sus tramas, me tuve que obligar a escucharla. Porque la verdad era que tenía razón, sí que sentía que estaba canalizando la historia.

Roza había dicho algo parecido en nuestra sesión individual. Recordé sus palabras con su voz ronca: «La mente de un escritor canaliza cosas. Cuando nos mostramos receptivas, unas historias magníficas pueden fluir hacia ella».

Entonces, la pregunta era: ¿Qué —o a quién— estaba canalizando yo?

A las 03 p.m., llamé a la puerta roja. Roza la abrió de golpe, vestida con una bata floreada, y me dio la impresión de que estaba algo fastidiada.

—Ay, hola, querida. Pasa.

—¿Llego en mal momento? —pregunté, siguiéndola al interior de la habitación. Una

bandeja con una tetera decorada y unas tacitas yacía sobre la mesita de centro. No había Unicum aquel día.

—No, no, cariño. —Se ajustó el nudo de su bata mientras nos conducía al pequeño saloncito.

—¿Cómo estás? —Me percaté de que su portátil estaba abierto sobre su escritorio—. ¿Cómo va el libro?

—Horrible. —Cerró el portátil de golpe y se me acercó en el sofá. Se acomodó sin mucha delicadeza, y su bata se subió un poco para mostrar su muslo desnudo hasta que le dio un tirón hacia abajo. Parecía que acababa de darse una ducha.

—Cuánto lo siento. —Era extraño pensar en Roza escribiendo libros; no podía imaginarla sentada a su escritorio, escribiendo, empezando para luego parar. Imaginaba que sus libros salían disparados de su cabeza ya formados del todo, como los hijos de los dioses griegos.

Me sonrió.

—Pero el tuyo parece estar yendo muy bien, ¿no?

—Salvo por los personajes muermos —dije, devolviéndole la sonrisa.

Roza se inclinó hacia adelante para servir el té oscuro, y una sonrisita tiró de las comisuras de sus labios.

—He dicho que la trama era aburrida, querida. Y que no estaba conectando con los personajes. Y solo lo digo porque sé que puedes hacerlo mejor.

—Pero ¿cómo puedo hacer que la trama sea más interesante si lo que pasó ya está establecido? —Sentí un pinchazo de molestia—. Es ficción histórica, tengo que seguir los hechos.

—Pues resulta que Daphne no tenía unos diarios muy detallados, por suerte para ti —dijo ella, antes de pescar un cubito de azúcar con unas pinzas diminutas y dejarlo caer en su taza de té—. E incluso si lo hizo, tienes libertad creativa, cariño. Puedes abordar lo que te plazca.

—Ya. —Vertí un poco de leche en mi té y me quedé observando el remolino de color —. Por alguna razón, tengo la impresión de que le debo a Daphne ser lo más fiel a los hechos que me sea posible. Y, bueno, la historia ya es lo bastante dramática por sí sola. —Me atreví a beber un sorbo y me quemé la punta de la lengua.

—Concentrémonos en las relaciones entre Daphne, Florence y Abigail —dijo Roza, al tiempo que me observaba a través del vapor que se alzaba de las tazas—. Una es una relación maternal. La otra es algo más. Todavía no sé muy bien cuál.

—De hermanas —propuse.

Roza alzó una ceja.

—¿Y ya está? Pero qué aburrido.

Solté una risa.

—Vale, lo capto.

—Muy bien.

—¿Sabes? Ni siquiera vi a Florence como una figura materna —dije, con un suspiro—. Pero tienes razón. Es mayor y cree que está al mando.

—Es lo que suele pasar con las madres. —Hizo una pausa y entonces añadió—: ¿Y cómo es tu madre, cielo?

Ah, ya me tocaba. Recordé las quejas de Keira y contuve una sonrisa.

—Es… No sé cómo describirla. Siempre he pensado que es bastante fría y distante. Solo que se casó hace algunos años y ahora es una persona completamente distinta.

—¿A qué te refieres?

—Es… no sé, es como mucho más cariñosa de lo que era antes. Su marido es algo más joven y tiene dos hijas adolescentes. Y pues…, ahora son una familia feliz y normal. Cada año celebran Navidad a lo grande: árbol enorme, montones de regalos; mi madre incluso hornea galletas, por el amor de Dios. Cuando era niña, tenía suerte si recibía algún regalo. Su familia era judía, aunque tampoco celebrábamos esas fiestas.

—¿Judía? —repitió Roza—. ¿De dónde?

—De Hungría. —Pese a que aquello ya se lo había contado, quizás era demasiado pedir que recordara cada detalle de mi pasado.

—¿Tus abuelos sobrevivieron a la guerra? —quiso saber, y su mirada se suavizó ligeramente.

—Apenas consiguieron sobrevivir al Holocausto. La mayor parte de su familia murió en los campos de concentración, pero mis abuelos se las ingeniaron para cruzar la frontera. Mi madre tenía dos años. —Cada vez que pensaba en aquella historia, me llenaba de una sensación de incredulidad distante. Que mis abuelos y mi madre hubieran vivido su propia película de terror, con escape dramático y todo.

—¿Y cuándo vinieron a los Estados Unidos? —preguntó.

—Pasaron un par de años en París. Vinieron aquí cuando mi madre tenía cuatro años. Nunca me contó mucha cosa sobre sus padres, aunque sí me dijo que se americanizaron por completo. Que solo hablaban inglés y que solo preparaban comidas de aquí. Regentaban una joyería en Chicago y ambos murieron cuando mi madre tenía veintipocos.

—¿Cómo murieron?

Me hacía sentir bien, y quizás incluso más que eso, el hecho de ser el centro de toda la atención de Roza.

—Mi abuela tenía cáncer —expliqué—. Linfoma. Y a mi abuelo… lo atropelló un coche dos semanas después. Mi madre siempre pensó que fue a propósito. Que se suicidó.

Mi madre me lo había contado una vez, durante el cumpleaños de su padre, cuando estaba borracha y tristona. Aquellas eran las ocasiones que yo aprovechaba para hacer preguntas, cuando sabía que podría obtener algo más que unas simples migajas de nuestro pasado.

—Tiene sentido —dijo Roza, con la vista clavada en el fuego que siempre estaba encendido.

—¿Que se suicidara?

—No. —Se apartó uno de sus rizos pelirrojos de la cara sin prestar demasiada atención—. Todo. Me pareció notar un aire de tristeza en ti. El sufrimiento tiene un modo de pegarse a la gente.

—Ah —contesté, haciendo una mueca.

—Hace que una escriba mejores libros, querida. —La habitación tenía mucha luz, pues los rayos del sol se colaban por las ventanas. Unas cuantas motitas de polvo danzaron entre nosotras—. Todo el mundo sufre, claro. No se puede ser persona y no sufrir. Solo que hay traumas más profundos. Generacionales. Y estos son parte de tu ADN. El Holocausto. La esclavitud. El genocidio. Un recordatorio de hasta dónde llega la depravación de los seres humanos. Deberías sentirte agradecida por ello.

—¿Agradecida? —repetí.

Roza sonrió.

—Tienes algo que decir. Adelante.

—Pues… —No quería sonar arrogante, pero, a la vez, quería ser sincera—. Aunque mi niñez no fue la peor del mundo, sí que pudo haber sido bastante mejor. Mi padre nos dejó cuando yo tenía nueve años. Mi madre me arrastró de un lado para otro. Nunca tuve un hogar de verdad.

—Y ahora ella sí que lo tiene. Y también la vida feliz y estable que tú siempre has querido. Con sus nuevos hijos. ¿Verdad?

Los ojos se me anegaron de lágrimas, muy a mi pesar. ¿Cómo era que se le daba tan bien hacerme llorar?

—¿Qué es lo peor de todo? —preguntó ella, con suavidad.

—¿Lo peor de todo? —Respiré hondo para sorber todos los mocos que se estaban reuniendo en mi nariz—. Quizá que ahora, siempre que la veo, lo cual suele ser por Navidad ahora que todo el mundo lo celebra, ella actúa como si yo fuese un recordatorio horrible de su pasado.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Roza, con el ceño fruncido.

—No sé, no es que diga nada en particular, es cómo actúa. —La Navidad pasada, había entrado en la cocina para verla dándole un abrazo a mi hermanastra, Emma. Su mirada se había cruzado con la mía por encima de la cabeza de Emma, y, por un segundo, me había parecido verla sorprendida y ligeramente asqueada, como si yo fuese una araña de patas largas que hubiese aparecido en la pared—. Es como si deseara que desapareciera. —Las lágrimas rodaron por mis mejillas—. Así no le recordaría todo lo que ha tenido que pasar. Como si fuese un fantasma horrible.

—Ay, cariño. —Roza se levantó de un salto y volvió con un pañuelo de seda de su escritorio, como había hecho la última vez. Y, una vez más, me sentí mal por usarlo. Pero la tela se sentía tan suave y tan agradable contra mi cara… *Terapia con Roza, sin duda*.

»Ya lo entiendo —dijo, apoyándome la mano en la rodilla—. Por qué Wren era tan importante para ti y por qué su traición fue tan cruel.

—Sí. —Me relajé y me dejé caer sobre los cojines del respaldo del sofá—. Bueno, su infancia tampoco fue muy buena. Fue mucho peor que la mía, de hecho. Maltrato físico y ese tipo de cosas. Así que parecía algo importante que pudiésemos contar la una con la otra.

—¿Hacen falta las comparaciones? —quiso saber Roza—. ¿El maltrato físico contra el abandono emocional? Algunos dirían que el abandono es peor, porque niega tu existencia del todo.

—Bueno. —Me encogí de hombros, confundida—. No sé, supongo que parecía menos intencional. Menos cruel. Pero ambos son malos, ¿no?

Roza se quedó pensando durante unos segundos, con la mirada fija en su regazo. Tras un rato, alzó la vista hacia mí.

—Voy a contarte una historia, ¿te parece, querida?

—Claro. —Lo que fuera con tal de dejar de pensar en mi madre.

—Es sobre mi mejor amiga, Mila. —Clavó la mirada en mí—. Fue quien murió mientras estaba escribiendo *La lengua del diablo*. He hablado mucho sobre ella, pero algo que no he contado es que era medio alemana. Yo me enteré en los sesenta, mucho después de la guerra. Un día decidió contarme que su padre muerto había sido un oficial nazi. Su madre judía se había enamorado de él, incluso mientras los alemanes se pasaban el día saqueando el país y violando mujeres. —Roza bebió un sorbo de su té, pensativa—. A ver, mi propio padre murió en un campo de concentración. Mi madre sobrevivió porque era guapa y tuvo mucha suerte. Era una costurera con muchísima experiencia y cosía y arreglaba los uniformes de los oficiales. Y también les

proporcionaba otros servicios, claro. Solo que la madre de Mila había sido más afortunada. Su padre le había falsificado unos documentos. Era rubia, así que podía pasar como alemana. Tras la guerra, se la llevó a Berlín, donde nació Mila. Él abandonó el ejército y volvió a ser abogado. Cuando murió debido a un infarto, la madre de Mila se la llevó de vuelta a Budapest. Y bueno, Mila me mostró fotos y me contó todas las atrocidades que él había cometido. Nunca supe si eran ciertas o si se las estaba inventando. Solo que, mientras me las contaba, su voz tenía un dejo de emoción. Aunque tenía vergüenza, también la emocionaba, e incluso sentía una especie de orgullo extraño.

Roza se quedó en silencio hasta que, al final, le dije:

—Tiene que haberte costado mucho procesar algo así.

—Sí, pero lo hice. Y entonces, ¿sabes qué decidí hacer? —Alzó la vista, con una sonrisita—. Decidí castigarla. Pasé semanas sin hablarle. Se plantaba frente a mi casa cada día a la espera de que saliera y le hablara. Y eso me hizo sentir muchísimo mejor. El desequilibrio de poderes que cambiaba una vez más. Fue muy catártico. Y me di cuenta de que era posible cambiar las cosas. —Dejó su taza sobre la mesa—. Tras un tiempo, le permití volver a mi vida. Fuimos amigas de nuevo. Solo que, cuando se enfermó, comprendí que mi castigo no había sido suficiente. Todavía había un ajuste de cuentas pendiente, por los pecados que sus padres habían cometido. No sé quién o qué decide estas cosas, pero me quedó bastante claro lo que estaba sucediendo.

Asentí, sin saber cómo responder ante todo ello.

—¿Quieres la moraleja de la historia? —me preguntó, estirando una mano y tomando la mía—. Es esta: la verdad es que no tenemos que preocuparnos. Los castigos apropiados caerán por su propio peso sobre las personas que los merezcan. Y a menudo en esta vida.

Por un lado, me sentí honrada al saber que Roza confiaba en mí de ese modo. Pero, por otro, me sentí un tanto decepcionada. Era como llegar a la cueva de un gurú que había estado buscando durante años, con la esperanza de encontrar una revelación, y terminar con una frase trillada.

Roza me soltó la mano y me dio una palmadita en ella.

—Hasta ahora, tú has dado y dado, y Wren se ha limitado a apoderarse de todo. Es momento de que giren las tornas. ¿Cómo puedes usar lo que Wren te ha dado? ¿Cómo puedes convertirlo en algo tuyo? ¿Cómo puedes hacer uso de tu poder?

—No sé. —Me sentía confusa de pronto, inestable, como si hubiese habido alguna especie de droga en el té. Observé mi taza con leche. Si bien creía que Roza era perfectamente capaz de hacer algo así, aquella sensación era mi propia incertidumbre.

Roza tenía razón. Tenía que hacer uso de mi poder. Aún no sabía lo que aquello significaba, pero algo me dijo que tendría que descubrirlo al escribir.

Sonrió, como si hubiese estado dentro de mi mente y se hubiese percatado de aquel pequeño y silencioso cambio.

—No olvides esa palabra —me dijo—: Poder.

Fragmento de *La gran obra*

—Daphne. —La mirada de Florence era firme—. Escúchame, por favor.

Daphne sintió que una carcajada se alzaba por su garganta y tuvo que obligarla a volver a bajar. No se lo podía creer; Florence, la solterona de mediana edad, le estaba diciendo que no siguiera solo porque estaba celosa.

—Te escucho —le dijo a Florence con una sonrisa, mientras mantenía su mirada sin expresión. Le era sencillo, pues había usado aquella falta de emociones como tapadera en su vida anterior. Uno no se podía imaginar la de cosas que podía oír por casualidad al trabajar en un restaurante: hombres que presumían con todo lujo de detalles sobre sus conquistas, mujeres que se quejaban sobre el estado de sus lechos de matrimonio y sobre sus propios cuerpos. Y todo aquello de las bocas de los propios ricos.

Antes de trabajar en el restaurante, había atendido la barra de un bar. Entonces le había sido imposible evadir la atención. Dejaba que su vestido se soltara lo suficiente para lucir su escote y soportaba las miradas lascivas. Era la única forma en la que recibía propinas, aunque no era algo de lo que se sintiese orgullosa. Era su modo de sobrevivir y ya.

Ella y su amiga Jillian se habían reído de los hombres mientras contaban su paga. Jillian le había enseñado a enrollar los billetes y esconderlos en su corpiño, por si alguien se le arrimaba cuando estaba de camino a su mísera habitación en la pensión. Y había sido Jillian quien la había salvado de que la despidieran una noche, cuando un cliente apestoso había tirado de Daphne para plantarle un beso lleno de babas en los labios. Daphne había reaccionado en el acto y le había cruzado la cara de un bofetón. Lo usual era que echaran al hombre y ya, pero este era un supervisor de puertos y un cliente habitual del bar. Si no hubiese sido porque Jillian había conseguido calmar al dueño, a Daphne la habrían despedido sin pensárselo dos veces.

Aquella noche, Daphne había tenido los nervios tan trastocados que Jillian la había acompañado a casa incluso bajo la lluvia, mientras sostenía un paraguas sobre ellas todo el camino. Daphne la había invitado a una taza de té para que entrara en calor un poco antes de que volviera bajo la lluvia y, de algún modo, Jillian había hecho que aquel cuchitril pareciera un lugar más alegre y lleno de vida. Habían tendido sus vestidos mojados sobre la hoguera y se habían refugiado bajo las

mantas de Daphne solo con sus camisones de interior. Jillian la había convencido de ponerle un chorrito de su petaca a su té, y luego…

Apatía. Cháchara trivial. Máscaras. Era lo que había conseguido que la contrataran en el restaurante. Y quizá lo que había hecho que Horace se enamorara de ella. Un cascarón vacío con forma de persona, que sonreía, educada y sumisa, en el comedor, en el salón, en su cama.

Solo que, en el mundo del espiritualismo, un cascarón era algo raro y valioso. Un cascarón podía ser un canalizador, podía transmitir grandes cantidades de energía de un mundo a otro. Y la sensación de poder que la inundaba, bueno, con lo único que podía compararlo era con aquellas noches en secreto que había compartido con Jillian.

Daphne había perdido a Jillian de improviso cuando su amiga había recibido una mejor oferta de trabajo en una cafetería al otro lado del pueblo. Le prometió que le conseguiría un empleo allí también, pero había terminado desapareciendo. Cuando Daphne había ido a visitarla una noche, le dijeron que Jillian se había ido del pueblo con el cocinero.

Aunque Daphne no había tenido voz ni voto en aquel final, en aquel momento sí que lo hacía. Cuando una tenía la oportunidad de experimentar aquel nivel de energía, de intensidad, pues… no pensaba detenerse sin más.

Florence hablaba y Daphne asentía, por mucho que no estuviera escuchando de verdad hasta que Abigail se le acercó y la sujetó del brazo.

—Nos preocupas —le dijo, con un tono suave que envolvió sus palabras.

—¿Por qué? —preguntó Daphne, perpleja.

—Porque… —El rostro dulce e inocente de Abigail se llenó de dolor—. Porque has cambiado.

¿Había cambiado de un cascarón vacío a algo más? Eran iguales que el resto del mundo, quienes querían que Daphne fuera lo que ellos querían ver, lo que ellos podían controlar. Y, dado que había empezado a fortalecerse, pues ya no estaban satisfechos con ella.

—Tememos que esta «gran obra» sea demasiado para ti —siguió Abigail—. Sabes que estas cosas te dejan agotada. Y también esta… criatura.

—Se llama Lamia —le dijo Daphne, cortante.

—Lamia —se corrigió Abigail, de inmediato—. Es que… parece enfadada.

Daphne contuvo una sonrisa. Estaba claro que aquellas mujeres, adineradas desde su nacimiento y sin la carga de tener un marido, no la entendían. Pretendían sentirse afectadas por el estado de la sociedad, por la condición de ciudadanas de

segunda clase que experimentaban las mujeres, las de su mismo color pálido, al menos. Solo que no sabían lo que era pasarlo mal. Nunca habían pasado hambre, ni habían tenido que matar ratas bajo su cama con el atizador de la chimenea, ni habían tenido que soportar el peso de un hombre sobre ellas en silencio mientras él entraba y salía de su cuerpo y destrozaba sus entrañas hasta hacerla sangrar.

¿Cómo iban a saber lo que era estar enfadada?

Era por eso que Lamia había acudido a ella. A ella y no a las otras.

—Entonces, ¿nos prometes que ya no lo harás más? —Los ojos de corderito degollado de Abigail estaban llenos de lágrimas y de desesperación.

Jesús, María y José. El recuerdo de la voz de Jillian, a medias divertida y a medias fastidiada, volvió a su mente. Si hubiese estado allí, habría echado la cabeza hacia atrás y habría soltado una carcajada.

—Lo lamento. —Daphne se obligó a parecer apesadumbrada, como un perro que sabía que se había portado mal—. Ya no lo haré más, lo prometo.

18

Aquella noche me desperté de pronto. Giré sobre un lado y navegué entre sueños como un barco que se aleja de la orilla, hasta que las oí de nuevo.

Pisadas.

Lentas y constantes, crujían conforme se acercaban. Tuve una extraña sensación de *déjà vu* al recordar el sueño que había tenido con Wren. Solo que aquello era real. Encendí la lámpara. Parpadeé hasta acostumbrarme a la luz y oí los sonidos dirigirse más allá de mi habitación. Salí de la cama en silencio y abrí la puerta apenas una rendija. Había alguien al final del pasillo, justo doblando la esquina.

La sensación de *déjà vu* se intensificó mientras la seguía. Con el corazón a mil por hora, avancé por el pasillo y giré hacia el rellano. No había nadie allí. Me acerqué un poco hacia el barandal. La misma luz de la luna se colaba por entre las ventanas delanteras. Eché un vistazo, nerviosa, a mis espaldas, y luego me obligué a seguir avanzando hasta que apoyé ambas manos sobre el barandal.

Justo ahí. Alguien estaba bajando las escaleras y ya casi había llegado al final de ellas. Una silueta envuelta en unas mallas y una sudadera oscura, con la capucha puesta. Al llegar abajo, la figura giró por el pasillo que conducía hacia el salón, la biblioteca y la cocina.

Me parecía una especie de señal que mi sueño hubiese empezado del mismo modo. ¿O quizás era una invitación? Tenía que averiguar lo que fuera que estaba ocurriendo. Bajé las escaleras deprisa. En el pasillo, la figura —que tenía que ser una mujer— estaba a unos seis metros por delante de mí. Pasó por delante del salón y luego de la biblioteca. Su andar era lento y pausado, como en una procesión.

Entró en la cocina y se dirigió directo hacia la puerta que conducía hacia el sótano. Me quedé cerca de la encimera de madera conforme ella abría la puerta y encendía la luz. La punta de su nariz se asomó por debajo de su capucha morada cuando empezó a bajar las escaleras.

Era la sudadera de Wren, aunque la figura era demasiado bajita para ser ella.

Tras hacer a un lado el miedo, corrí hacia las escaleras.

—Oye. —Mi voz sonaba un poco ronca, así que carraspeé—. Oye, espera.

La figura se detuvo, con una mano apoyada en el pasamanos de madera. Tenía las

uñas de color rosa. Conocía esas uñas.

—¿Poppy? —pregunté.

Se giró lentamente.

Me preparé para una visión de pesadilla: su rostro medio devorado o unos ojos de un rojo brillante.

Solo que era ella y ya. Sus ojos grandes y marrones me devolvieron la mirada. Aunque… parecía que no me veía. Parecía que veía a través de mí, como si no existiera.

—¿Qué haces? —Bajé algunos escalones y la aferré del brazo. Lo noté cálido y sólido bajo mi agarre, y aquello me tranquilizó.

Ella se apartó de golpe, y yo la sujeté con más fuerza para impedir que se cayera hacia atrás.

—Poppy, soy yo —le dije—. Despierta.

Intentó apartarse un poco más y luego parpadeó, antes de mirar en derredor, asustada e inocente.

—¿Dónde estamos? —me preguntó, con voz ronca.

—En las escaleras del sótano —le contesté, al tiempo que me recorría un escalofrío debido al aire frío que se colaba desde abajo.

—¿Cómo? —Tenía los hombros hundidos.

—Creo que estás sonámbula. O bueno, estabas.

—¿Cómo? —Entrecerró los ojos, confundida como un animalito al que se le había molestado en su madriguera.

—Te he seguido hasta aquí… —Al ver la mirada confundida que me dedicaba, solté un suspiro—. Da igual. Volvamos a tu habitación, ¿vale?

—Vale. —Me siguió de cerca, y me invadió una sensación de querer protegerla. Tras darle la mano, la conduje de vuelta a su habitación. Poppy se encaminó directa a su cama y se metió en ella. Bajo la luz tenue de la luna que entraba por las ventanas, pude ver la figura durmiente de Wren.

Cerré la puerta con delicadeza y volví a mi habitación. Algo me seguía pareciendo extraño. Pese a que me sentí un poco tonta, me asomé en el armario, bajo la cama e incluso detrás de la cortina de la ducha en el baño.

Solo para estar segura.

Lo último que vi antes de quedarme dormida fueron los ojos grandes de Poppy que miraban a través de mí como si fuese un fantasma.

19

—Ay, por Dios. —Poppy se quedó boquiabierta y pude ver el montoncito a medio masticar de la magdalena que se había estado comiendo—. ¿Me lo dices en serio? O sea, ¿me estás vacilando?

—Para nada. —Me sentí un poco a la defensiva ante la mirada incrédula de Poppy, como si me estuviese acusando de habérmelo inventado todo. Y conforme Poppy, Keira y yo desayunábamos bajo la alegre luz del día, sí que parecía algo muy extraño.

—Seguro que te espantaste mucho —dijo Keira, mirándome.

—La verdad es que un poco, sí —dije, tratando de sonreír—. Pero luego me dio penita haberte despertado. O bueno, haberte despertado a medias. Estabas muy ida. Y entonces recordé que no se supone que uno deba despertar a los sonámbulos.

—Vaya. —Poppy se quedó pensando mientras jugueteaba con el cordón de otra de las sudaderas de Wren. Parecía que habían empezado a intercambiar ropa—. ¿Sabes? De niña me pasaba mucho. Y, de hecho… —Abrió mucho los ojos— ¡Creo que solía ir al sótano!

—Jolín. —Keira meneó la cabeza—. Tus pobres padres.

—Y que lo digas. —Poppy se pasó una mano por su cabello ondulado—. Hacía muchísimo que no pensaba en esto. Mis padres me oían cuando estaba en las escaleras y me encontraban allí, de pie en medio de la oscuridad. Nos puso de los nervios a todos. Incluso iban a llevarme a ver a un especialista porque temían que pudiese hacerme daño o salir a la calle o algo así. Solo que, después de algunas semanas, me dejó de pasar.

—Da un poco de miedo pensar en lo que podría haber ocurrido —dije, algo ansiosa—. O sea, ¿y si te hubieses caído por las escaleras y no te hubiese visto nadie?

—Podrías encerrarte en tu habitación —dijo Keira—. Hay una llave en uno de los cajones del escritorio. Se puede cerrar desde ambos lados.

—Sí, quizás intente eso. —Poppy se puso de pie de un salto—. Será mejor que me vaya a trabajar. ¡Pero gracias por el apoyo, chicas! —Me tiró de la coleta al pasar por mi lado—. Y gracias por haberme rescatado, Alex. Eres un sol.

—No es nada —le contesté. La vi marcharse, y la inquietud se quedó en su lugar. Poppy me caía bien. Pese a que ella y Wren se llevaban bien, Poppy siempre había sido

muy amable conmigo. Hasta me resultaba complicado imaginarla diciéndole a Wren lo que yo les había contado aquel primer día, cuando —según Wren— yo había estado «cotilleando» sobre ella. Claro que una parte de mis problemas era mi ingenuidad, el confiar en personas que, en algún momento, me iban a traicionar.

—Muy raro, ¿no crees? —La voz de Keira me sacó de mis cavilaciones.

Seguí su mirada hacia la puerta.

—¿Lo de Poppy?

—Sí —dijo, dejando su tostada sobre su plato—. Lleva años sin caminar dormida, ¿y ahora empieza de nuevo?

—Fue muy raro verla así —confesé.

—¿Y estabas despierta tan tarde? ¿Estabas escribiendo?

—No, no. Me despertó. Es que tengo el sueño muy ligero.

—¿Has tenido algún sueño en particular? —La mirada de Keira era intensa.

—¿Anoche, dices?

—En general —contestó, soltando un suspiro—. He estado durmiendo muy mal. También he tenido pesadillas.

—¿Pesadillas sobre qué? —Solo podía recordar el sueño húmedo que había tenido, y sin duda no pensaba contarle eso.

—No estoy muy segura —dijo, entornando los ojos—. Solo recuerdo partes. Estoy fuera en la nieve. Estoy empapada y alguien me arrastra por los brazos. Y luego… estoy en un lugar oscuro. Hace muchísimo frío y noto este olor como a…

Esperé a que continuara hablando, pero, tras perder el hilo de lo que estaba diciendo, se limitó a quedarse mirando su plato.

—¿Estás bien? —le pregunté, tocándole el brazo, ante lo cual ella pegó un bote.

—Sí —contestó, con una pequeña sonrisa—. No pasa nada. Creo que es que estoy muy estresada.

—Es que estamos bajo mucha presión. —Era una de las pocas veces en las que Keira se había sincerado conmigo, una de las pocas veces en las que habíamos estado las dos solas.

—Sí. —Se puso de pie de pronto y se dirigió hacia la ventana—. Se viene una tormenta este fin de semana. Chitra me lo dijo ayer. Parece que será de las grandes.

Tan pronto como Keira había empezado a abrirse conmigo, se había vuelto a cerrar. Sentí un pinchacito de decepción.

—Una tormenta en el Día de San Valentín, ¿eh? —Me giré para mirar por la ventana yo también. Había nevado la noche anterior, y de pronto una rama se sacudió y dejó caer un montón de nieve al suelo—. ¿Crees que Roza querrá celebrarlo? Quizá nos

regale bombones o algo así.

—Quizá. —Keira se volvió para dedicarme una sonrisita sin un ápice de diversión—. Solo vigila que no tengan cuchillas.



Los tres días siguientes se fusionaron en uno solo y se hicieron intercambiables, a lo *Atrapado en el tiempo*. Escribir, comer, reunirnos, y todo de nuevo. Lo único que resultaba diferente eran nuestras noches en el salón. Roza había dejado los juegos de lado y nos había permitido charlar. O bueno, ella hablaba y nos contaba historias sobre sus viajes infinitos, como cuando había explorado las catacumbas de Odesa en Ucrania y la Isla de las Muñecas en la Ciudad de México. Wren y yo nos toleramos mutuamente, como un par de gatas peleonas, y procuramos no cruzarnos en el camino de la otra. Después de Roza, Taylor y Wren eran las más locuaces, e incluso yo misma solté unas cuantas risitas ante las historias más recientes sobre los viajes y el trabajo de Wren. La luz parpadeante de las velas y el vino hacía que todas entrásemos en un estado relajado y casi adormilado. Mantuve mi atención puesta en Keira, pero ella pareció más bien serena, pese a que mantuvo su actitud reservada. No quise preguntarle sobre sus pesadillas delante de todas las demás, aunque sí me pregunté si habría dejado de tenerlas.

Un día antes de San Valentín, empezó a nevar con más fuerza. Desde mi escritorio, contemplé los remolinos de copos que se estrellaban contra mi ventana. Daphne iba a conocer a Lamia. Y, por alguna razón, me ponía nerviosa escribir aquella escena. No quería echarla a perder.

—¡Hola! —Taylor se asomó por mi puerta abierta—. ¿Estás ocupada?

—Me vendría bien un descansito —dije, girándome en mi silla—. Pasa, pasa.

—Chitra acaba de hacer unas galletas de avena y pasas —me contó, entrando en mi habitación y entregándome una envuelta en papel de cocina—. He pensado que a lo mejor te apetecía algo de comer.

—La verdad es que sí, muchas gracias. —La recibí, agradecida, y mi estómago rugió un poquito ante el aroma a mantequilla. Me pregunté qué habría llevado a Taylor a pasarse por allí, pues era la primera vez que lo hacía.

—Ya casi hemos llegado a la mitad de esta aventura —dijo, sentándose en el suelo para luego apoyar la espalda contra la cama—. ¿Te lo puedes creer?

—Para nada. —Le di un bocado a la galleta—. Se me ha pasado volando.

—¿Y cómo vas con tu libro? —Se apartó su cabello rubio de la cara. Los restos del tinte verde que había tenido en el pelo ya casi habían desaparecido.

—Bien. —Le sonreí—. Daphne conocerá a Lamia hoy.

—¡Uhhh! ¿La demonio?

—Ajá.

—Qué suertuda —dijo ella, con una sonrisa.

—No sé yo… —dije, entre risas.

Taylor jugueteó con su collar de oro. Se lo había puesto todos los días, como un amuleto de buena suerte.

—Entonces, ¿qué opinas de Daphne?

—¿A qué te refieres? —pregunté, cruzando las piernas y apoyándome de lado contra el respaldo de la silla.

—Pues… —Taylor se encogió de hombros—. Todo ese asunto de la canalización. ¿Se lo inventó? ¿O de verdad creía que estaba pasando?

—Fue real. O sea, para Daphne.

—¿Estaba alucinando, entonces? ¿O es que tú también crees en Lamia?

Me eché a reír.

—Buena pregunta. En el libro no dejo lugar a dudas: Lamia es real, existe de verdad. No es ningún producto de la imaginación de Daphne. Y bueno, Lamia es real en cierto modo. Sale en mitos griegos: fue una mujer que se convirtió en un monstruo después de que Hera la obligara a comerse a sus propios hijos.

—Pero qué mal rollo —dijo Taylor.

—Ya. Uno de los libros que leí exponía la teoría de que Daphne debía haber leído sobre Lamia y se había identificado con ella porque ninguna de las dos tenía hijos y fueron marginadas. Cuando Daphne canalizó a Lamia, lo que estaba haciendo en realidad era entrar en contacto con una parte inconsciente e inaceptable de su propio ser.

—Es una teoría muy interesante —comentó, ladeando la cabeza.

—Lo es, pero… no sé si esa es la historia completa. Aunque una parte de mí está satisfecha con esa explicación, la otra no. No sé si creo en demonios en sí, pero ya sabes lo que me pasó en el bosque. Había algo…, fuera lo que fuere, allí con nosotras.

—Así que crees que puede haber habido algo sobrenatural en todo ello.

—Puede —asentí, y me sentí un poco avergonzada al admitirlo.

—Ya veo —asintió Taylor a su vez—. Tenía curiosidad porque he oído que el espiritualismo de antaño no era nada más que un modo en el que las mujeres obtenían poder. Y es bastante retorcido, la verdad. Que, para tener una voz, se vieran obligadas a fingir que canalizaban la de alguien más.

—Ya —dije, poniendo los ojos en blanco—. No me imagino viviendo en esos tiempos.

Taylor se quedó mirando el suelo, pensativa.

—No estoy muy convencida de que las cosas hayan cambiado tanto, la verdad.

—¿No?

—En parte sí. O sea, cuando estaba de profe en Austin, me llenaba de alivio saber que mis niños podían sentirse cómodos admitiendo que eran gay o trans o lo que fuese. ¡Y sus padres no tenían problema con ello! Ya sé que eso no pasa en todos lados. Pero era increíble. Y muy distinto a mi propia experiencia.

—¿Cómo eras en el insti? —pregunté, sonriendo—. Seguro que muy mona.

—Era una pringada de lo peor. —Se echó a reír—. Y también supercristiana, aunque no te lo creas.

—¿De verdad? —Alcé una ceja—. No me esperaba algo así.

—Pues sí. Durante toda la secundaria. Todos mis amigos eran del grupo de jóvenes de la iglesia. Nos íbamos de acampada y nos sentábamos alrededor de una fogata para confesar nuestros pecados. Siempre pensé que era una ridiculez que los chicos confesaran haber tenido «pensamientos impuros» y las chicas no. Para entonces ya me gustaban las chicas, pero me lo tragué todo y me sentía muy culpable.

—Qué horrible. —Aunque mi madre me había hecho la vida complicada de muchos modos distintos, si había algo de lo que podía dar las gracias era de que no me hubiese inculcado ninguna creencia religiosa a la fuerza.

—Y eso no es lo peor. —Taylor se envolvió las rodillas con los brazos, y su mirada se tomó distante—. Cuando estaba en el último curso, se descubrió que el pastor de nuestro grupo de jóvenes se había estado acostando con una chica de primero al menos durante un año entero. Recuerdo que a todos nos sorprendió, porque la chica ni siquiera era muy guapa. Pero entonces todos se enfadaron con *ella*. Con él también, claro. Él y su esposa se mudaron a otro estado. La edad de consentimiento era diecisiete, así que no había cometido ningún delito. Pero la pobre chica, Holly, tuvo que lidiar con todo. Todos la odiaban, tanto los padres como los alumnos. Era la zorra fea que se las había arreglado para seducirlo de algún modo. Y aquello fue lo que me hizo entrar en razón de golpe sobre mi fervor religioso. Desperté y me di cuenta de que me habían lavado el cerebro. Y fue en plan: ¿qué coño estamos haciendo? ¿Por qué somos nosotras las culpables siempre?

—Joder, qué desastre.

La expresión de Taylor era tensa. Sin la sonrisa que la acompañaba todo el día parecía diferente, más mayor.

—Lo más triste es que la chica se suicidó. Un año después, cuando estaba en último curso. Sus padres la encontraron en el armario. Al parecer, nunca dejaron de acosarla

por internet.

—Ay, no. —Noté una presión en el pecho—. Qué cosa más horrible.

—Y que lo digas. —Taylor carraspeó un poco—. Y hablando de acoso, de hecho, he venido a verte para contarte algo. Es sobre Wren. —Alzó su mirada hacia mí—. Ayer la oí hablando con Roza en la cocina. Sobre ti.

—¿Qué dijo?

Taylor se mordió el interior de la mejilla.

—Que llevas años obsesionada con ella. Que pensó en ponerte una orden de alejamiento más de una vez. Sobre todo, después de… —Bajó la vista—. De que la empujaras por los escalones en aquella fiesta.

Respiré hondo, mareada y confusa. Entonces, ¿Wren había sabido mis intenciones horribles desde el principio? ¿O solo se lo estaba diciendo a Roza para hacerme quedar mal, sin saber que en realidad era cierto, al menos en parte?

—Sé que es mentira —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero tal vez quieras asegurarte de que Roza lo sepa también.

Oh, Roza lo sabía.

—Gracias por habérmelo contado —le dije—. De verdad. Me alegro mucho de saber que puedo contar contigo.

—No pasa nada. —Taylor arrugó la nariz—. No me gustan las abusonas.

Fragmento de *La gran obra*

Aquello nunca había pasado antes. En lugar de hablar a través de Daphne, la criatura se encontraba frente a ella: una mujer magnífica que había llegado desde un universo lejano.

Medía más de dos metros, y sus extremidades eran largas y musculosas. Su cuerpo resplandecía de un color naranja brillante e irradiaba calor. Su cabello sedoso caía en cascada sobre sus hombros y le cubría los pechos. No obstante, sus ojos eran lo más impresionante: carentes de color, pero a la vez llenos de él, brillantes e hipnóticos.

Daphne se quedó allí, incapaz de moverse ni hablar. No se había congelado por el miedo, sino por la fascinación. El pensamiento llegó a su mente: *¿Quién eres?*

Entonces la mujer le respondió dentro de su propia mente, y el sonido explotó como si de una bomba se tratase:

Soy…

20

—¡Feliz Día de San Valentín! —chilló Taylor cuando abrí la puerta. Tras ella, Keira sopló un matasuegras.

Me eché a reír. Taylor llevaba el jersey rosa de Poppy y se había puesto corazones de papel por todos lados con mensajes del estilo: «¿Echamos un polvo?», «¿Te va lo duro?» y «¿Encima o debajo?».

Me moría por quedarme en mi escritorio y seguir escribiendo la escena en la que Daphne conocía a Lamia, pero era hora de las bebidas. Estaba al tanto de las reglas.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —pregunté, cuando Keira me dio otro matasuegras que sacó de una bolsa de plástico. Pese a que iba toda vestida de negro como siempre, se había pintado los labios de color fucsia.

—Soborné a Chitra antes de que fuera a hacer la compra. —Taylor meneó las cejas y me pasó un collar como los de carnaval hecho de corazones rojos de plástico. También llevaba una diadema de corazones que le apartaba su cabello corto de la cara.

Era un poco extraño que Taylor estuviese haciendo tanto alboroto por la fecha, la cual yo había olvidado por completo. Aunque bueno, era profe. Podía imaginarla decorando su aula y entregando postales… solo que sin las frases subidas de tono.

—La verdad, es más fácil seguirle el rollo y ya —dijo Keira, levantándose las gafas para frotarse los ojos, cansada.

—¡Oye! —exclamó Taylor—. A ver, la vida ya es bastante horrible. Tenemos que hacerla divertida nosotras, ¿verdad?

—Vale, no veo por qué no —dije, y volví a mi escritorio para apagar la lámpara y cerrar mi portátil. Fuera, cada vez hacía más viento. La nieve azotaba mi ventana con sus ondulaciones brillantes.

—Al, ¿eso te vas a poner? —Taylor señaló mis *jeggins*—. Pongámosle vidilla al asunto, ¿no crees?

—¡Sí, como yo! —Poppy apareció detrás de Taylor y Keira. Ya llevaba puesto un collar barato lleno de corazones, además de un vestido rojo y pintalabios. Su cabello rubio caía sobre sus hombros en unas ondas perfectas.

—¿Trajiste ese vestido solo para ponértelo por San Valentín? —le pregunté.

—Puaj, no. Normalmente odio este día, ¡pero estamos en la casa de Roza Vallo! —

Poppy se puso a dar brincos—. O sea, es el mejor San Valentín de la vida, ¿o no?

—Me dejas sin argumentos. —Me quité los *jeggins*, haciendo caso omiso de la sensación de vergüenza que me invadió por cambiarme frente a las demás, y me puse unos pantalones negros y un jersey rojo intenso.

—¿Y Wren? —le preguntó Taylor a Poppy.

—Ah, no se siente bien. —Poppy hizo una mueca, apenada—. Se ha resfriado.

—Ni pensarlo. —Taylor cambió de dirección—. No se puede saltar San Valentín. ¡Os veré abajo y sanseacabó!



En el salón, unas guirnaldas de corazones de papel adornaban las cabezas de varios animales y le daban a la estancia un ambiente festivo. Unas velas rojas y gruesas parpadeaban sobre la mesita de centro. Habían atenuado las luces y parecía ser muchísimo más tarde de las 06:30 p.m. que eran en realidad. Otra mesita que había a un lado tenía montones de tipos distintos de galletas —hechas por la propia Chitra, al parecer— y un gran cuenco de cristal con ponche. Seis copas brillantes esperaban a su lado.

—Vaya —solté—. Taylor, ¿has preparado tú todo esto?

—Con la ayuda de Chitra. —Taylor se dirigió directa hacia el ponche y empezó a llenar las copas con un líquido rosa—. ¿Me he pasado? Quizás un poquitín. ¿Es posible que se me esté yendo la olla por haber estado encerrada dos semanas escribiendo hasta que se me seque el cerebro? No hay cómo saberlo.

Acepté una copa y me dirigí hacia la ventana. El reflejo del fuego brillaba en el medio de uno de los cristales como si fuese una aparición externa. El viento seguía soplando, sin cansarse. De pronto, alguien puso música. Una canción de jazz susurrada por una voz femenina grave y ronca.

El ponche era afrutado y lleno de sabor, aunque no demasiado dulce. Casi ni podía notar el alcohol.

Una tos miserable hizo que me girara. Wren entró en la sala, sin una gota de maquillaje. Parecía estar para el arrastre. Sentí una mezcla de irritación y diversión. Wren no solía enfermarse, pero, cuando lo hacía, caía presa de «la peor enfermedad habida y por haber». Siempre me había sorprendido cómo alguien tan fuerte en apariencia podía venirse abajo por un simple resfriado.

Se dejó caer sobre el sofá, muy dramática ella. Al recordar lo que Taylor me había contado, una ola de furia latente me invadió.

¿Cómo podía haberle mentido a Roza y haberle dicho que había pensado en ponerme

una orden de alejamiento? ¿Cómo podía haberle dicho que había pasado años obsesionada con ella?

Salvo que… lo hubiera pensado de verdad. A Wren se le daba de perlas montarse historias en la cabeza de modo que ella no tuviese culpa alguna de nada. Solo que, incluso tratándose de Wren, parecía demasiado.

—¿Cómo está la enfermita hoy? —le preguntó Taylor, mientras seguía llenando copas de ponche.

—No muy bien —contestó Wren, sorbiéndose los mocos. Casi esperé que se llevara una mano a la frente en un gesto dramático.

Poppy se le acercó con dos copas.

—¿Quieres probar un poco? Está bueno y no parece tener mucho alcohol.

Por un segundo, me dio la impresión de que Wren le iba a decir que no, mientras miraba la copa con una expresión llena de sospecha, pero entonces la aceptó y dio un sorbo.

—Buenas noches a todas. —Roza hizo su entrada en el salón, con un vestido negro ceñido que llegaba hasta el suelo. Llevaba el cabello recogido y parecía una suma sacerdotisa de la Edad Media. Intenté controlar mi furia. Wren no iba a conseguir que volviera a perder los papeles frente a Roza.

Por detrás de Roza, Chitra apareció con dos bandejas de chuches —ositos de gominola y corazoncitos—, las cuales dejó sobre la mesa antes de saludarnos con su amabilidad de siempre.

—Chitra, ¿puedes quedarte con nosotras a pasar el rato? —le preguntó Taylor.

—Me encantaría, pero debo volver y terminar todo para la cena —contestó ella, al tiempo que le dedicaba un guiño travieso a Taylor.

Roza se sentó en su lugar de siempre, en la butaca roja que había cerca de la chimenea. Aceptó la copa que le dio Taylor sin mirarla. Esta se dejó caer en la butaca a su lado, al parecer algo decepcionada porque Roza no hubiese hecho ningún comentario ni hubiese notado su atuendo tan creativo.

Poppy se sentó al lado de Wren en el sofá, y Keira y yo nos acomodamos en el sofá de dos plazas.

—Y es así como llegamos al punto medio —dijo Roza, con una sonrisa. Entonces se giró, al percatarse del jersey de Taylor—. Ay, pero ¿qué tenemos aquí?

Taylor se estiró su jersey cubierto de corazones de papel y sonrió, llena de orgullo. Roza soltó una carcajada.

—Qué ingenioso. Y qué apropiado que podamos celebrar juntas el día tradicional del amor. —El maquillaje de Roza hacía que pareciera incluso más despampanante que

otras veces.

—¿Conocéis la verdadera historia del Día de San Valentín? —quiso saber Taylor, usando su acento inglés falso y presumido y su voz de profesora.

Roza sonrió y le hizo un ademán para que continuara.

—Cuéntanos, querida.

—Bueno, pues se originó en la antigua Roma —empezó Taylor, con su voz normal—. Por aquel entonces, los romanos celebraban unas fiestas llamadas lupercales. Eran unos días a mediados de febrero. Y era de lo más sexual. —Movió la cabeza de un lado para otro—. Los hombres, grandes y fuertes, sacrificaban animales y usaban sus pieles para azotar a las mujeres. Se creía que les concedía fertilidad. —Hizo un gesto con su copa—. Y llevaban a cabo una especie de lotería en la que los hombres sacaban el nombre de una fémina para tener una… digamos *acompañante* durante el resto de la fiesta.

—Bacanal por donde se lo mire. —Roza sonrió de oreja a oreja.

—Pero ¿de dónde proviene el nombre Valentín? —quise saber.

—Ah, buena pregunta. Fueron los católicos. Volvieron mártires a unos cuantos Valentines. Y en vista de cómo les gustaba adjudicarse festividades paganas, pues decidieron seguirles el rollo. —Taylor alzó su copa y se la bebió de golpe—. Hay que reconocerlo, para bautizar un nuevo y bonito día festivo con el nombre de alguien a quien asesinaste hay que tener cojones.

—Qué asquito —dijo Poppy.

Taylor se levantó de un salto con su copa vacía y la mirada puesta en el cuenco del ponche.

—Ya has bebido bastante —dijo Roza, con tono cortante. Taylor se quedó de piedra, con la boca abierta—. No quieres beber más de una copa —añadió, con una voz más suave.

—¿Por qué no? —preguntó Keira, conteniendo un bostezo.

—Porque tiene un ingrediente especial por San Valentín —confesó Roza, al tiempo que recogía los pies para sentarse sobre ellos. Su vestido oscuro revoloteó sobre su regazo.

—¿Ah, sí? —Poppy alzó su copa casi vacía. La mía también estaba vacía, y solo le quedaba una gotita rosa y cristalina que se movía por el fondo de la copa.

—Espera, ¿qué dices? —Keira se enderezó—. ¿Le has puesto algo al ponche?

Miré en derredor; Wren también se lo había bebido casi todo. A Keira era a quien más le quedaba, quizás un dedo o dos.

Roza le dio un toquecito a su copa vacía.

—Señoritas, ¿confiáis en mí?

El estómago me dio un vuelco como si hubiese estado caminando sobre un suelo firme solo para darme cuenta de que estaba dando un paso hacia el vacío.

—Pues no, la verdad —admitió Keira, al tiempo que dejaba su copa sobre la mesita de centro con una expresión que no revelaba nada.

—Ay, cariño. —Roza clavó la mirada en ella—. Sabes lo mucho que me importáis todas. Que nunca os haría daño.

—A ver, ¿qué está pasando? —preguntó Poppy, nerviosa. Wren se limpió la nariz con un pañuelo, al parecer muy confundida.

—Mi intención es haceros mejores. —La sonrisa de Roza desapareció de su rostro—. El proceso no siempre es agradable o fácil. De hecho, puede llegar a ser muy doloroso. Y debería serlo. Me he percatado de que, al acercarnos a la mitad de nuestro viaje, todas nos hemos acomodado demasiado. No nos arriesgamos. No nos esforzamos. Y tenemos que ir más allá. Tenemos que atrevernos a dar un paso más.

—Entonces… —Keira señaló su copa—. ¿Qué tiene eso que ver con el ponche?

—¿Nos has drogado? —quiso saber Taylor. Ante el silencio anonadado de todas, se echó a reír—. ¡Nos has drogado!

—Dicho así suena muy agresivo. —Roza puso los ojos en blanco.

Me llevó un segundo procesar la información. Me sentí un poco aturdida mientras dejaba la copa sobre una mesita que había a un lado del sofá. ¿Me sentía drogada? No podía asegurarlo. Me sentía rara, pero, en realidad, toda la situación parecía un poco rara. Aquello me hizo recordar la universidad, los mantras que todas nos repetíamos: «No pierdas de vista tu copa». «No dejes que un tipo te compre una bebida».

De pronto, una idea de lo más graciosa se me ocurrió: *¿Quién iba a pensar que la primera vez que me drogaran sería a manos de mi heroína feminista?*

—Roza, perdona, pero esto no está bien. —La voz cortante de Keira me sacó de mis cavilaciones—. No es ético, por no decir que es ilegal. —Por primera vez, la máscara tan cuidadosa que Keira siempre llevaba puesta había desaparecido. Su expresión estaba tensa por el enfado, y sus manos, apretadas en puños.

—Bueno, querida, podríamos ponernos a discutir las implicaciones éticas, claro. —Roza no parecía haberse perturbado en absoluto—. Pero no es ilegal. Todas firmasteis la documentación. Aceptasteis participar en este retiro por completo.

—¿«Participar»? —Keira soltó un resoplido—. ¿En serio?

—¿Qué le has puesto? —quiso saber Taylor.

Wren, Poppy y yo nos giramos hacia ella. Las tres éramos el público en aquel momento, estupefactas y con los ojos muy abiertos.

—No es un tranquilizante, imagino. —Taylor esbozó una sonrisa de verdad—. Porque

eso no nos pondría más creativas.

—Taylor… —empezó a decir Keira, pero Taylor alzó una mano.

—Perdona, Kei, es que esto es una pasada —se excusó Taylor, dándole un manotazo al brazo de su butaca—. Es LSD, ¿verdad? LSD en gotas.

Roza asintió.

—Sí.

—¡¿Cómo?! —Keira se llevó las manos a las sienes—. ¿Nos has metido LSD?

—Sé que estás enfadada por el momento —dijo Roza, con una sonrisa tranquilizadora —, pero después me lo agradecerás.

—¿Crees que te voy a dar las gracias por haberme metido algo en la bebida?

—Keira… —dijo Taylor, en tono suplicante—, ¿por qué no…?

—¿Sabes? Tendría que habérmelo visto venir —la interrumpió Keira—. Eres Roza Vallo, eres excéntrica y sueles hacer cosas así, ¿no? Pero esto… —Señaló con un dedo tembloroso su propia copa—. Nos estás usando, Roza. Me estás usando. Y eso no está bien.

—Kei, tranquila —insistió Taylor.

Keira alzó las cejas.

—¿De verdad me estás pidiendo que me tranquilice?

—Bueno, nadie más se ha enfadado —le explicó Taylor, con un ademán hacia las demás.

—Ah, pues vale. —Keira sonrió, sin un ápice de diversión—. Es que yo soy la mujer negra y enfadada, y el resto no tenéis ningún problema con esto.

—No es así —dijo Wren, con su voz llena de flema antes de aclararse la garganta—. A mí tampoco me parece correcto. Esto no está bien.

Entonces lo recordé: Wren tenía miedo a las drogas porque su tío había sufrido una sobredosis. La vez que nos habíamos metido LSD había sido la única excepción.

—A ver, que todas nos hemos colocado antes, ¿a que sí? —quiso saber Taylor.

—Yo no —admitió Poppy.

—¿Keira? —le preguntó Taylor.

Keira la fulminó con la mirada.

—Da igual si me he colocado antes o no. Entiendes eso, ¿no?

—La verdad… —Taylor se encogió de hombros—. Perdona, pero es que no creo que sea para tanto.

Keira se puso de pie.

—No puedo lidiar con esto ahora, me voy a mi habitación.

—¿Vas a quedarte sola estando colocada? —le preguntó Taylor—. ¿Estás segura?

—No es como si tuviera otra opción —dijo Keira, alzando las manos con impaciencia.

—¡Claro que sí! Quédate, y lo haremos juntas. Será increíble.

Keira meneó la cabeza, apesadumbrada.

—De verdad no me lo esperaba de ti, Taylor.

—Vale, como veas. —Taylor se dejó caer de vuelta a su butaca—. Vete a tu habitación. Intenta vomitar. Haz lo que tengas que hacer.

—Estaremos aquí si cambias de opinión —añadió Roza, muy tranquila.

Tras menear la cabeza una última vez, Keira abandonó la estancia a paso rápido.

El viento sopló más fuerte y aulló, y los paneles de las ventanas vibraron.

—En fin —dijo Roza, tras unos segundos de silencio—. Qué pena.

—Joder, esto es una putada —dijo Poppy, en voz baja, y todas nos giramos para verla. No recordaba haberla oído soltar tacos en todo ese tiempo.

—Tiene razón, Roza. —Wren se limpió la nariz con un pañuelo—. No tenía esto en mente cuando me apunté al retiro.

—Sé que mis métodos pueden ser poco ortodoxos —admitió Roza—. Pero de verdad estoy ayudándoos a abrir vuestras mentes. Y en un espacio seguro, para colmo.

—Poppy, es tu primera vez. —Taylor se inclinó hacia adelante—. Es bueno saberlo. ¿Wren? ¿Alex? ¿Os habéis colocado antes?

—Una vez —contestó Wren.

Lo habíamos hecho juntas, hacía cinco años, en una fiesta descomunal que había habido en un piso en el barrio SoHo. Wren y yo nos habíamos tumbado en la cama extragrande, sobre la pila de abrigos. Nos había parecido como si estuviésemos en un barco navegando los mares de noche y nos habíamos reído de los personajes que habían ido a sentarse y charlar un rato con nosotras.

—Una vez —repetí, cuando Taylor me miró.

—Vale. —Taylor se sentó entre Poppy y Wren en el sofá—. Bueno, como esto está pasando, nos guste o no, tratemos de entrar en un estado mental positivo. ¿Os parece?

—¿Y Keira? —pregunté.

—¿Qué pasa con Keira? —contestó Roza, mirándome.

—Es que… me da pena. Está sola.

—Así lo ha querido ella. —Roza se encogió de hombros.

Solo que ella no *lo había querido.*

Pero ¿qué se podía hacer? Como había dicho Taylor, estaba pasando, lo quisiéramos o no.

Al día siguiente, cuando todo aquello hubiera pasado, invitaría a las demás chicas para quedar en el salón y hablar seriamente al respecto. Le contaríamos a Roza lo que

nos molestaba. Quizás incluso nos aliásemos contra ella y nos diésemos un día libre sin escribir para castigarla por habernos perturbado de ese modo. No podría echarnos a todas a la vez.

Sin embargo, por el momento, tendría que concentrarme. Si había algo que no quería experimentar era tener un mal efecto del LSD en Blackbriar. De modo que intenté respirar y calmarme a mí misma. Con cada minuto que pasaba, más o menos, me preguntaba: *¿Ya lo estoy notando?* Y era como detenerme en la cima de una montaña rusa y esperar la caída en picado.



Y entonces, en algún momento, empecé a notarlo. El fuego de la chimenea se volvió más brillante, más vivo.

—¿Veis eso? —preguntó Taylor, antes de acercarse a la ventana.

Miré a Wren, y ella me estaba mirando. Supe que estaba pensando en la fiesta en el SoHo, en la cama. Me volvió aquella sensación de que el tiempo no avanzaba, la misma que habíamos sentido entonces. Y me percaté de que Taylor había estado hablando, pero de que no la había escuchado.

No pasa nada, intenté transmitirle a Wren. Me pregunté si estaría más asustada que yo.

Buah. ¿Cuándo se había movido todo el mundo? Taylor estaba en la mesa del bufé, con la vista clavada en las chuches. Roza estaba sentada frente al fuego con Wren. Poppy seguía en el sofá y parecía un poco perturbada, como si estuviese intentando recordar algo.

Me puse de pie y miré por la ventana. Los copos de nieve brillaban bajo la luz que salía del salón, teñidos de un color lila intenso. Durante un rato, me perdí en ellos, con la nariz apretada contra el cristal. La nieve caía y caía allí afuera.

—Alex. —Poppy tenía la mano apoyada en mi brazo. Sus ojos marrones estaban tan dilatados que podría haberme sumergido en ellos—. ¿Puedes venir conmigo?

—Claro. —La verdad era que no quería dejar la nieve, pero aquello parecía importante—. ¿Qué pasa?

—Tengo que mostrarte algo.

—Ah, vale. —Solo que, mientras nos alejábamos, me pregunté: *¿Y por qué me lo pide a mí y no a Wren?*

Wren y Roza estaban arrebujadas cerca del fuego, como si estuviesen discutiendo un plan secreto.

—Vamos al lavabo —anunció Poppy. Quizá de forma innecesaria, pues nadie pareció prestarnos atención. Taylor se había tumbado en el sofá.

De sopetón, la estancia me pareció llena, como el lugar donde se llevaba a cabo una fiesta con todas las letras: podía oír las copas tintinear y los grupitos cotillear por aquí y por allá. Conforme Poppy tiraba de mí, me percaté de algo: era una fiesta que Daphne y Horace habían organizado. La dimensión lineal del tiempo se estaba fracturando, y los límites estaban desapareciendo. Podía oír la voz de Horace, fuerte y profunda. Una risa coqueta y femenina en respuesta. ¿Estaría Daphne por allí? No podía sentirla. Aunque, si no estaba allí, ¿dónde estaba?

El vestíbulo estaba en silencio, por suerte. Solo que el ruido de la fiesta en el salón era cada vez más fuerte: un grito, risas en respuesta y el sonido del cristal al romperse.

—Menudo fiestón, ¿no crees? —dije, con timidez, pero Poppy no me hizo caso mientras nos conducía más allá del vestíbulo. Los cuadros se movían, y me detuve para admirar a la vaca muerta del campo. Esta había alzado la cabeza y me estaba diciendo algo que no conseguía entender.

—Venga, Alex. —Poppy parecía frustrada—. Tengo que mostrártelo antes de que sea demasiado tarde.

—Vale, vale, voy. —La dejé arrastrarme, y llegamos a la cocina. El contraste de las superficies planas y brillantes me sorprendió. Había muchas ollas y sartenes en el fuego, y todas hervían, contentas. ¿Dónde estaba Chitra?

—Vamos a bajar —me informó Poppy, al abrir la puerta del sótano.

Me detuve en seco. Los primeros escalones de cemento que conducían hacia la oscuridad parecían feos y amenazantes.

—Pero ¿por qué?

—Tengo que mostrarte algo. Creo que lo he encontrado. —Su voz sonaba tanto decidida como ligeramente animada.

—¿Qué has encontrado? —Me parecía cada vez más complicado seguir aquella conversación. Era Alicia en el País de las Maravillas, quien intentaba con todas sus fuerzas reunir información y solo obtenía unas adivinanzas extrañas como respuestas.

—Te lo mostraré. —Encendió la luz y empezó a bajar. Cuando no la seguí, me dio un tirón de la mano como si fuese una niña malcriada.

—Poppy, esto no me gusta nada. —Sus tirones estaban haciendo que tuviese que doblarme hacia adelante—. Los sótanos me dan grima. Sobre todo este. —De pronto recordé el juego de la vela, la imagen que había visto detrás de mí en el espejo y la vela que se había apagado. Había aceptado que había sido mi imaginación y ya, solo las corrientes que habían agitado las sábanas a mi alrededor y habían apagado las velas. Solo que en aquel momento, cuando los mundos colisionaban entre sí, parecía posible que de verdad hubiese algo allí abajo.

—¿Quieres verlo o no? —siseó—. Date prisa, antes de que vuelva Chitra.

Oímos sonidos desde el fondo del sótano. Una mujer hablaba, muy seria, y su voz resonaba.

—Hay alguien ahí abajo.

—Es posible —dijo Poppy, con voz lúgubre—. Venga, eres la única a quien puedo mostrárselo.

—¿Por qué?

—Porque ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Todo. O al menos lo sospechas.

Me dio un pelín de vergüenza no tener ni idea de lo que me estaba diciendo. Pero entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿Y Wren? —le pregunté. De algún modo, el hecho de que me lo estuviese enseñando a mí y no a ella hizo que empezara a bajar lentamente por fin—. ¿No es ella tu mejor amiga? ¿No se lo has contado?

—Claro que no —respondió ella.

A mitad de las escaleras, la voz de la mujer en el sótano pasó a ser un susurro. ¿Era Daphne? ¿Estaría allí, tan lejos de la fiesta? Nos llegó un aire frío, y me puse a temblar.

—¿Y qué es lo que quieres mostrarme? —quise saber.

—Pruebas —declaró Poppy.

—¿Pruebas de qué?

—De lo que hace. De que no es quien dice ser.

Nos detuvimos al llegar al final de las escaleras. Poppy se mordió el labio inferior al tiempo que encendía la luz. No había susurros. Imaginé que Daphne nos estaría mirando, escondida detrás de una pila de cajas. Quizá le pareciéramos fantasmas. Fantasmas enfundadas en ropa roja y collares de corazones brillantes.

Poppy me soltó la mano.

—Por aquí. —Se dirigió hacia la izquierda—. Es en esta pared.

Un sonido me llegó desde la derecha. Una sola pisada. Y entonces, una respiración suave.

No era Daphne. Era demasiado grande. Mucho más grande que Poppy o que yo.

Me quedé congelada, sin poder oír bien. Luego capté unos pasos deliberados y lentos que se arrastraban sobre el suelo de cemento. Lejos de nosotras.

Poppy se había alejado completamente de mi vista hacia la izquierda. Parecía que estaba moviendo cajas por doquier y musitando para sí misma.

—Alex. —El murmullo me llegó desde la derecha, desde las profundidades del

laberinto. Habría esperado estar más asustada, pero, en su lugar, lo que tenía era curiosidad. Aquella criatura había intentado ponerse en contacto conmigo antes, durante el juego de contar historias de miedo. Solo que yo había salido pitando antes de que ella pudiera hablar.

Sin embargo, en aquel momento la seguí, hacia las profundidades del sótano, más allá de las montañas de cajas y de muebles cubiertos por sábanas. El lugar era un laberinto serpenteante que yacía bajo la mansión como si fuese su mente inconsciente. Aunque había pasado a estar completamente a oscuras, de algún modo conocía el camino.

Una manita se aferró a la mía. Era Christina, mi mejor amiga de melena larguísima, y estábamos de nuevo perdidas en el bosque. Solo que aquella vez nos dirigíamos *hacia* la criatura, en lugar de alejarnos de ella. El suelo de cemento había pasado a ser un camino esponjoso de hojas secas. Unas ramas frondosas me arañaron los brazos, y las aparté de mi camino.

Christina iba por delante y tiraba de mí para que la siguiera. No podía verla entre toda aquella oscuridad, pero podía notar el aroma a vainilla de la loción corporal que tanto le gustaba. Me invadió una sensación de pena, como si estuviese muerta, pese a que podía verla justo por delante de mí.

Christina había sido la amiga que había tenido durante más tiempo. Cuando había tenido una vida real, con una madre y un padre y una casa y un vecindario. Tras lo que había pasado en el bosque, me habían arrebatado todo.

—Te echo de menos —le dije, y ella me dio un apretoncito en la mano.

Llegamos al claro. Por mucho que no pudiera verlo, sí que lo notaba. Christina me soltó la mano, y yo ahogué un grito.

—¡No, espera! —exclamé en un susurro.

Entonces, unas manos amables —muchas de ellas— me aferraron de los brazos y me condujeron a un sofá. ¡Un sofá en medio de un claro! Oí el ulular de un búho y el canto de unos grillos a mi alrededor.

—¿Qué pasa? —quise saber. La luna se asomó desde detrás de una nube, y pude ver: unas criaturas bajitas y de manos suaves que iban vestidas con capucha.

Christina había huido; había salido corriendo, de vuelta al bosque. Pero yo me sentí emocionada y triunfante. Nos habíamos perdido la oportunidad de presenciar algo increíble todos esos años atrás. Y en aquel momento me había traído hasta allí. Me había dado una segunda oportunidad.

Entonces apareció, encendida como una señal de neón. Pese a que estaba sentada con las piernas cruzadas, era más alta que yo. Sus brazos y piernas eran del tamaño de troncos de árboles; sus pechos desnudos, tan grandes como pelotas de baloncesto. Y su

cuerpo tenía un brillo de color naranja rojizo como el de un horno.

Lamia.

Los susurros se apagaron. Una belleza tremenda y terrible emanaba de ella, un poder tan palpable que surgía de ella como en ondas. Podría acabar conmigo sin apenas mover un dedo. Y ella lo sabía bien, conocía su fortaleza y mi debilidad. Pero lo único que sentía por mí era amor y ternura.

Se puso de pie, se encogió hasta adquirir mi estatura y se acercó. El calor emanaba de ella como si fuese el sol. Nos quedamos frente a frente. Sus ojos brillaban y cambiaban de color de forma constante.

Entonces di un paso hacia adelante y la besé.

El calor de sus labios se me extendió por todo el cuerpo. Me aferró de las caderas y tiró de mí hacia ella, y su toque me quemó la piel, los músculos y los huesos. Deslizó una mano entre mi pelo y la apoyó contra mi nuca.

Las criaturas encapuchadas que me habían conducido hasta el sofá habían vuelto y me rodearon para empezar a quitarme la ropa. Obedecí y meneé las caderas y alcé los brazos. Me encontraba desnuda frente a ella. Volvió a atraerme hacia sí de un tirón, y su lengua me pareció un carbón hirviente dentro de la boca.

Aun con todo, le devolví el beso. Anhelaba que me consumiera. Me llegó la idea distante de que quizá no sobreviviera a aquel encuentro. Y no pasaba nada. Sería estupendo, en realidad. Ella era la vida y la muerte a la vez, y ambas éramos lo mismo, la verdad, dos caras de una misma moneda. De todos modos, ¿qué había en este mundo sino traiciones, decepciones y fracasos? Quizás el siguiente mundo lo redujera todo a cenizas.

Por mucho que hubiera pasado a estar rodeada de llamas, por algún milagro, me encontraba sana y salva. Exhalé cuando me rodeó con los brazos. Su piel desnuda era suave y tan caliente que la sentía fría. Una mano extendida me acarició el cabello. La punta de una lengua me recorrió el cuello. Un dedo me trazó formas alrededor del pecho y sobre el pezón. Conforme la besaba y le devolvía las caricias, mantuve los ojos cerrados con todas mis fuerzas. Si los abría, si observaba de verdad dentro de las profundidades de sus ojos caleidoscópicos, entonces todo acabaría.

Los murmullos bajos a nuestro alrededor se convirtieron en cánticos. Las criaturas nos estaban observando, nos protegían y nos adoraban. Los cantos ondularon como si fuesen olas, al son de nuestras caricias. Y se intensificaron cuando nuestros toques suaves se volvieron bruscos. Estiré una mano para tocarla entre las piernas, pero ella la apartó.

Tú primero. Las palabras aparecieron en mi mente, como si se tratase de algo

sobrenatural, de otro idioma que, de algún modo, podía entender.

Tiró de mí hacia el sofá. Estaba sobre mí, debajo y a mi alrededor a la vez, atrapándome. Era como si tuviese más extremidades de la cuenta, como una araña que me rodeaba con sus patas. Deslizó los dedos contra mí y luego en mi interior. Detrás de mis ojos, todo se volvió rojo. El tiempo dejó de importar.

Y, de pronto, estaba al borde del orgasmo. Pero me contuve. Si no lo hacía, sería suya. Los cánticos se habían convertido en gritos. Mecí las caderas contra ella y apreté la mandíbula. Llegar al clímax significaría que estaba firmando un contrato, que me estaba atando a ella para siempre. Que no habría escapatoria.

Unas palabras aparecieron en mi mente, y no supe si fueron suyas o mías:

¿Y no sería eso todo un alivio?

Cuando me corrí, las olas de placer parecieron extenderse por toda la eternidad hasta liberarme de todo. Entonces flotamos en un gran vacío, y un zumbido nos rodeó como una mantita de lana. Su poder me había llenado, y no dejé de pensar que nos habíamos convertido en una sola hasta que se movió.

Podría haber acabado conmigo si hubiese querido. En su lugar, había tenido piedad.

—Gracias —musité, temblando de gratitud, aunque mi voz se perdió en el vacío. Pero ella se inclinó hacia mí y empezamos a derretirnos, pues nuestros cuerpos eran nuestro propio universo caótico. Conforme empecé a besar desde su vientre brillante y hacia abajo, todo iba bien y estaba predestinado.

Parte tres
El sótano

21

Me desperté poco a poco, y la conciencia se me fue despejando como si se tratase de una neblina. Moví las piernas y noté que las sábanas de seda rozaban contra la tela. Todavía llevaba puesta la ropa de la noche anterior.

El silencio me pareció amenazante. Tras unos momentos conseguí enderezarme, mareada, y parpadeé para ver a través de la luz del sol que entraba por las ventanas. Bajé de la cama y me dirigí al escritorio. La gran extensión del jardín trasero estaba cubierta por unos enormes montículos de nieve. Más allá, el bosque parecía brillar, y una capa blanca y reluciente se aferraba a todas y cada una de sus ramas.

Me dejé caer sobre la silla del escritorio, me froté los ojos e intenté descifrar lo que había ocurrido la noche anterior. Lo último que recordaba era haber estado en el sótano con Poppy. Había querido mostrarme algo. Y entonces me había encontrado con… Lamia, vaya.

¿Me habría quedado dormida en el sótano y lo había soñado todo? ¿O es que era posible tener una alucinación causada por el LSD que fuese así de intensa y realista? ¿Y por qué no recordaba haber vuelto a mi habitación?

Me di una ducha rápida antes de ir a la cocina, de pronto desesperada por ver a las demás. Una idea que parecía sacada de *En los límites de la realidad* me llegó mientras bajaba las escaleras a paso rápido: ¿y si todas habían desaparecido? ¿Qué haría si me había quedado sola en Blackbriar, perseguida por una demonio aterradora pero erótica?

—¡Hola! —Taylor estaba sentada a la mesa, con su sudadera que decía Déjame vivir. Tenía su cabello corto y rubio tan alborotado que parecía que llevaba un corte mohicano, y me dedicó una sonrisa perezosa—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Me serví un poco de café y me senté a unas cuantas sillas de distancia—. Bastante confundida. ¿Y tú?

—Bien. —Comió una cucharada de su avena y masticó—. Menuda nochecita, ¿eh?

—Ya, fue un desmadre —dije, antes de darle un sorbo a mi café.

—¿Cuál fue la mejor parte para ti? —me preguntó.

Meneé la cabeza. Aunque no quería parecer esquiva, tampoco quería revelar lo retorcida que había sido mi experiencia. Imaginé lo que Taylor me diría: «Buah, sí que necesitabas un buen polvo, ¿no?».

Primero Pete, luego el sueño con Wren y por último esto. ¿Por qué todas mis experiencias sexuales tenían que dejarme con una sensación de confusión y vergüenza?

—La verdad es que no recuerdo mucho —contesté, obligándome a sonreír—. Pero en el buen sentido. ¿Y tú?

—Sí, tal cual. Estuvo muy bien. —Taylor mezcló su avena con su cuchara—. Estaba colocadísima, chica.

—Ya, yo también.

—Ay, cierto. —Taylor frunció el ceño—. ¿A dónde fuisteis Poppy y tú? ¿Al piso de arriba? No fuisteis a cenar.

—Sí. —En algún momento sí que había ido a la segunda planta, así que no necesitaba entrar en detalles complicados sobre por qué Poppy y yo habíamos ido al sótano cuando yo misma no lo sabía.

—Ah —dijo, frotándose la frente—. Bueno, no sé tú, pero yo no tengo ni puta idea de cómo voy a escribir tres mil palabras hoy. Aunque en la casa de Roza no hay días libres.

—Jolín, yo tampoco. —Al menos el café estaba empezando a hacer que se me pasara un poco el mareo—. ¿Has visto a Keira?

—Sí. —Taylor hizo una mueca—. Sigue enfadada. Parece que lo pasó muy mal al estar sola y colocada en su habitación.

—Ay, qué horrible. —Hice una nota mental para luego pasarme a verla.

—¿Has visto la nieve? —preguntó Taylor, señalando la ventana—. Pasa del metro de espesor ya.

—¿En serio? ¿Solo en una noche? —Me impulsé un poco para ver hacia afuera. Los montículos brillantes casi llegaban a la parte de abajo de las ventanas.

—Sí, ha nevado sin parar hasta ahora, prácticamente. Y nos hemos quedado sin luz, también. Estamos usando los generadores.

—¿Y el teléfono? —Una especie de pánico de sabor metálico me subió por la garganta, e intenté que volviera a bajar. Aquel tipo de ansiedad debía ser un efecto secundario de la droga de la noche anterior.

—Tampoco funciona. —Escogió una tostada—. Pero no te preocupes, parece que es algo normal aquí. Seguro que lo arreglan pronto.

—Vale —asentí. Parecía necesario, importante incluso, pretender que todo iba bien.



—Alex. —Wren estaba en la puerta de mi habitación. Pese a que llevaba una hora intentando ponerme a escribir, ninguna palabra había salido de mí. Aquella sensación de que algo iba mal había continuado y me estaba devorando poquito a poco.

Me giré hacia ella, sorprendida. Wren seguía con el pijama puesto, un chándal a juego de estilo *tie-dye*. Tenía la frente arrugada y los ojos llenos de preocupación.

—¿Qué pasa? —le pregunté, de pronto nerviosa. Wren y yo habíamos hecho caso omiso de la otra desde nuestra discusión. El que hubiera ido a verme debía implicar que algo iba mal, pero de verdad.

—No encuentro a Poppy —dijo, sentándose en el borde de mi cama.

—¿A Poppy? —repetí—. ¿No la has visto?

—Cuando me fui a dormir, no estaba en su cama. Y cuando me he despertado, tampoco. He buscado por toda la casa y no la encuentro.

Me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento y me obligué a soltarlo. No había motivos para entrar en pánico aún. No había motivo para pensar que la razón de ser de aquel presentimiento estaba adquiriendo sentido.

—Tiene que estar en algún lado —le dije—. ¿Has buscado en el sótano? Anoche Poppy y yo bajamos hasta allí.

—¿Ah, sí? —Se puso de pie de un salto—. Vamos a ver.

Tras recoger mi teléfono, seguí a Wren por el pasillo, intentando razonar conmigo misma. Aquella ansiedad debía ser cosa de los productos químicos, de la falta de dopamina o lo que fuera que el LSD hubiese causado. Seguro que Poppy estaba hecha un ovillo en el sótano donde la había dejado. Wren solo se había espantado porque Poppy era su nueva mejor amiga codependiente y porque también se había quedado con los nervios de punta debido a los efectos secundarios de la droga.

En aquel momento me arrepentí de haberme alejado de Poppy, atraída por mis alucinaciones. Había querido mostrarme algo, pero ¿qué? Aquel secreto también me llenó de intranquilidad.

En la cocina, Chitra se encontraba picando algo en una tabla de cortar.

—¡Buenos días! —nos saludó, sonriente—. ¿Habéis vuelto ya de vuestro viaje?

—Sí —contestó Wren, tras mirarme de reojo. ¿Habría sabido Chitra que no había sido idea nuestra?

—¿Va todo bien? —nos preguntó, alternando la mirada entre ambas.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —contesté, al tiempo que abría la puerta del sótano.

—¿A dónde vais? —El tono cortante de Chitra hizo que me detuviera en seco.

—No sabemos dónde está Poppy —le dije—. Y ambas bajamos al sótano anoche.

—Bueno, tened cuidado. —Chitra se volvió hacia la encimera—. Siempre he dicho que esa puerta debería estar cerrada. Hay demasiada porquería allí abajo y no hay suficiente luz. Alguien podría hacerse daño.

—Joder —soltó Wren en voz baja, conforme empezábamos a bajar las escaleras.

—¿Poppy? —la llamé, cuando terminamos de bajar—. ¿Estás por aquí? —Hacía más frío en el sótano del que recordaba. Encendí la luz.

»Se fue por este lado —dije, señalando hacia la izquierda—. Para esa pared. Y estaba moviendo cajas por alguna razón. Y yo me fui por aquí —añadí, señalando hacia la derecha.

—¿Por qué? —preguntó Wren, llena de sospecha.

—No sé, estaba colocada. —Me encogí de hombros—. Me distraje y me alejé un poco.

—Pero ¿por qué vinisteis para aquí en primer lugar? —Sus ojos brillaban bajo la luz tenue.

—Poppy quería mostrarme algo.

—¿Qué?

—No me lo dijo. —Me giré de pronto—. Miraré por aquí, por donde fui ayer. Tú mira por allá, por la pared.

Con la ayuda de la linterna de mi móvil, me abrí paso en medio de las pilas de cajas y los muebles. La noche anterior, el instante en el que había pasado de pisar el cemento a un bosque mágico me había parecido muy trascendental y dramático. Solo que en aquel momento todo parecía como un sótano cualquiera lleno de porquería variopinta. Al menos, por aquella zona no hacía tanto frío.

Uno de los caminitos conducía a un espacio más amplio. Un sofá negro de cuero ocupaba el centro. ¿Sería aquel el «claro» con el que había dado la noche anterior?

Recordé haber sostenido la mano de Christina, lo real que me había parecido. Las criaturas que cantaban, la demonio… ¿De verdad me habría pasado el rato tendida en aquel sofá, sola y masturbándome como una demente?

Le di con el pie a algo que salió rodando por el suelo. Lo seguí para ver lo que era y busqué entre las sombras hasta que di con algo que brillaba bajo el sofá.

Era un bálsamo labial de menta.

—¡Alex! —La voz llena de pánico de Wren llamó mi atención hacia ella.

—¡Voy! —contesté, tras meterme el bálsamo en el bolsillo. Volví sobre mis pasos, y Wren me dio el alcance cuando llegué a las escaleras.

—¡Madre mía, Alex! —Me aferró de los brazos, al borde de las lágrimas—. Madre mía —siguió repitiendo, mientras tiraba de mí desde las escaleras y en dirección hacia la pared del fondo. Dejamos atrás más montones de cajas que nos ocultaban el camino. Algo blanco y frágil pasó volando por nuestro lado. Al principio creí que era una telaraña, solo que entonces se disolvió. Tras rodear un armario cubierto, me detuve en seco.

Medio escondida detrás del armario había una puerta abierta. Y, más allá, unos escalones de cemento cubiertos de nieve se alzaban hacia la luz del sol. Algunos copos se habían colado hacia dentro y habían creado una montaña justo en el interior de la puerta.

—¿Las ves? —preguntó Wren, señalando con un dedo tembloroso.

Me acerqué un paso. El corazón me latía tan deprisa que parecía que me iba a explotar.

Sí, podía verlas. Me apreté los brazos contra el pecho, tiritando por el frío, el miedo y la conmoción.

En la nieve que cubría los escalones de cemento había unas marcas, poco profundas pero inconfundibles.

Huellas.

22

Me volví hacia Wren, pero ella ya se había ido. Oí el escándalo de sus pisadas mientras subía las escaleras gritando, casi chillando.

Me puse de cuclillas, al sentirme mareada de pronto.

«Mis padres iban a llevarme a ver a un especialista porque temían que pudiese hacerme daño o salir a la calle o algo así».

Poppy la sonámbula había deambulado dormida hacia el exterior.

¿Lo habría hecho por estar colocada, en un estado como de ensueño, o tras quedarse dormida? Podría haber sido cualquiera de los dos. Me quedé allí, con el agua helada que se colaba en mis calcetines, y caí en la cuenta de que aquella era la terrible noticia a la que le había temido desde que me había despertado.

Mis pies se hundieron sobre las huellas según subía las escaleras y el viento helado tiraba de mi ropa y de mi pelo.

—¿Poppy? —Prácticamente no podía pronunciar su nombre en voz alta. Todo el jardín trasero estaba cubierto de blanco. Me obligué a examinarlo para ver si encontraba algún montículo sospechoso.

—¡Alex! —me llamó Chitra desde el interior de la mansión—. Vuelve, te vas a congelar.

Observé el paisaje una vez más. No había nada. Confundida, regresé a la casa. El rostro de Chitra delataba su miedo. Tiró de mí hacia el interior y cerró la puerta.

—¡No! —exclamé, pero Chitra se aferró a mi brazo.

—No va a volver por ahí, cielo —me dijo, con voz apenada.

—¿Crees que estará bien? —le pregunté. La angustia en mi interior se había convertido en una fuerte ventisca que me azotaba por dentro.

—No lo sé —dijo Chitra, antes de tirar de mí—. Pero quedarte aquí empapada no va a servir de nada. Volvamos arriba.

Cuando llegamos a la cocina, justo entraba Taylor, con Yana y Wren pisándole los talones.

—Tengo que verlo —dijo Taylor, al tiempo que bajaba las escaleras a paso veloz, aunque Yana y Wren se quedaron. Wren tenía la cara manchada por haber llorado y los ojos rojos. Yana tenía la misma apariencia que Chitra: labios apretados y mirada seria y

calculadora. Se pasaba una mano por la coleta una y otra vez.

—Esto no puede estar pasando —exclamó Wren.

Me acerqué a la ventana y miré el exterior. ¿Habría llegado Poppy hasta los árboles? Si lo había hecho, sus huellas ya habrían quedado cubiertas hacía mucho. La única razón por la que sus huellas en la entrada aún eran visibles era porque los escalones de cemento del sótano quedaban algo protegidos del viento. Me sentí desconectada de la situación, como si estuviésemos resolviendo un problema de mates: si una persona a 37 °C salía a unas temperaturas bajo cero en un estado alterado por las drogas, ¿cuánto tiempo tenía antes de que perdiera el conocimiento?

—Tenemos que ir a buscarla. —Chitra miró a Yana como si ella fuese la líder—. ¿Verdad?

Yana asintió, concisa, y se marchó.

Oímos pasos que venían de las escaleras.

—Vale —dijo Taylor, al salir del sótano llena de energía como una heroína en plena acción—. Tenemos que organizar una búsqueda. Vayamos por Roza y Keira y luego nos dividiremos por el jardín.

En el vestíbulo principal, Yana estaba reuniendo nuestras botas y abrigos en una pila. Chitra y Taylor subieron a la segunda planta para ir a buscar a las que faltaban.

Wren y yo nos sentamos en el suelo para atarnos las botas.

—No me lo puedo creer —musité, por lo bajo.

Wren se me quedó mirando, y su mirada azul estaba anegada en lágrimas. Solo la había visto de ese modo una vez: cuando había recibido la llamada con las noticias acerca de su tío. Aquel que se había ido a dormir para no despertar, aferrado a un bote de pastillas vacío.

—La vamos a encontrar. —Mis palabras me parecieron falsas incluso a mí.

Wren tragó en seco.

—¿Y si está muerta?

Si está fuera, pues es lo más probable, la verdad. Pero no me atreví a decirlo, ni siquiera a pensarlo. ¿No había historias de personas que se habían fabricado pequeños iglús, que sobrevivían tras pasar una noche bajo tormentas de nieve?

Chitra y Taylor volvieron por las escaleras, seguidas de Keira y Roza. Keira seguía en pijama, unos pantalones de chándal y una camisa de botones cubierta por bulldogs ingleses. Parecía confundida. Roza bajó deprisa unos cuantos escalones por detrás de ella, vestida por completo y con una expresión llena de preocupación.

—¿Cuánto tiempo lleva allí afuera? —preguntó, mientras se ponía las botas.

Wren contuvo un sollozo.

—No lo sabemos —le dije—. Acabamos de ver las huellas que salían del sótano. ¿Tal vez haya dado la vuelta? ¿Y esté en la puerta principal?

—La puerta principal siempre la tenemos cerrada con llave —dijo Yana.

Keira se giró hacia Roza.

—¿Habéis llamado a la policía?

—El teléfono no funciona —contestó Taylor, ya abrigada y lista para irnos.

—¿Y la radio? —Yana miró a Roza de reojo, quien asintió. Entonces Yana se marchó deprisa.

—¿Qué está pasando? —musitó Keira, y tras llevarse las manos a la cara, exclamó—: ¿Ya estás contenta, Roza? ¿Estamos sufriendo suficiente?

Mientras se dirigía hacia la puerta, Roza no contestó.

Tres horas después, nos sentamos en el salón a beber un café. No parecía correcto, sino demasiado extraño y tranquilo, tras la actividad llena de pánico que habíamos llevado a cabo toda la tarde.

Primero habíamos buscado fuera. La nieve fresca era como polvo, y nos hundimos hasta las rodillas en ella. Era casi imposible caminar. Revisamos cerca de los escalones del sótano, pero no encontramos nada, incluido, gracias al cielo, ningún montículo con forma humana cubierto de nieve.

Me había alegrado un poco al ver que Yana —quien llevaba puestos unos zapatos especiales para la nieve que había sacado de algún lado— iba hacia el garaje, un edificio distinto al de la mansión principal. No obstante, había vuelto sola. Al final, habíamos regresado al interior para buscar en la casa, solo por si Poppy había conseguido volver y se había desmayado en algún sitio. Revisamos cada armario, cada bañera, detrás de cada cortina. Había sido muy extraño rebuscar en habitaciones en las que no había entrado nunca: dormitorios extra, decorados de forma similar a los nuestros, otro despacho, delineado con estanterías.

Yana se había ofrecido a ir a buscar en el ático, un lugar que yo ni siquiera había considerado. Taylor se encargó del sótano. Ambas volvieron con expresión sombría y cubiertas de polvo y telarañas.

Pero no había señal de Poppy.

Yana había llamado a la policía por la radio, y estos habían contestado que irían apenas pudieran. En aquel momento, Wren lloraba, llena de angustia, mientras las demás estábamos sentadas, mudas y con la vista clavada en nuestra taza de café. Taylor tenía una galleta a medio camino hacia su boca, olvidada. Chitra había vuelto a la

cocina, pero Yana se había quedado con nosotras, de pie cerca de una ventana, observando hacia fuera como si Poppy fuese a aparecer en cualquier momento. Roza observaba el fuego, con los ojos hinchados. Prácticamente no había pronunciado palabra en todo el día. Keira la fulminaba con la mirada a través de sus gafas sucias.

—Esto es culpa tuya, que lo sepas. —La voz baja de Keira rompió el silencio, y Roza posó su mirada sobre ella.

—Keira —dijo Taylor, cansada.

—No. —La mirada de Keira era intensa—. Estoy harta de guardármelo todo. Sabía que algo iba mal en esta casa. Y mirad lo que ha pasado.

—Ha sido un accidente —dijo Roza, casi sin voz.

Keira negó con la cabeza.

—Si no la hubieses *drogado*, Poppy no habría salido.

—Quizá sí. —Las palabras salieron de mi boca sin permiso, y todas se giraron en mi dirección—. O sea —seguí, sintiéndome ligeramente avergonzada—, me refiero a esa noche en la que se levantó sonámbula y se fue hacia el sótano. A lo mejor salió dormida hacia el jardín.

—Es cierto —dijo Taylor, mirándome con expresión pensativa—. La seguiste al sótano esa noche. Y… —Ladeó la cabeza—. Anoche también estabas con ella, ¿no?

—Sí. —Todas me miraban en aquel momento, incluso Yana desde la ventana.

—¿A dónde fuisteis? —me preguntó Keira.

—Me dijo que tenía que mostrarme algo en el sótano. —El estómago me dio un vuelco. Sus miradas llenas de sospecha hacían que me sintiera nerviosa, incluso culpable, como si hubiese hecho algo incorrecto. Por mucho que, como era lógico, supiera que no había sido así.

—¿Y qué te mostró? —quiso saber Taylor.

—Nada —contesté, encogiéndome de hombros—. Al menos, yo no vi nada. Solo la oí mover cajas por aquí y por allá, cerca de la pared hacia la izquierda.

—¿La oíste? ¿Dónde estabas? —preguntó Keira.

¿Cómo podía, o debería, explicar la alucinación que había tenido?

—Me fui hacia la dirección contraria, al otro lado del sótano —dije, antes de aclararme la garganta—. Me pareció que alguien me llamaba.

—¿Que alguien te llamaba? —repitió Taylor—. ¿Quién?

—No… Es que creo que fue una alucinación.

—¿Y cuándo volviste a tu habitación? —quiso saber Keira. Era como si ella y Taylor se hubiesen vuelto detectives de pronto y estuviesen observando cada movimiento que hacía, cada parpadeo.

—Eh… —vacilé. Si admitía que no tenía ni idea, ¿de qué me serviría? No era como si hubiese empujado a Poppy hacia el exterior. Sabía que era incapaz de hacer algo así, incluso colocada. Pero ¿me creerían las demás? ¿Me creería Wren?—. Me quedé dormida un rato en un sofá —admití—. Y luego me desperté y me fui a mi habitación.

—¿Y estaba la puerta abierta? —Keira se inclinó hacia delante—. Habrías notado el frío, ¿no?

—No sé. Creo que no estaba abierta.

—¿Cuándo vendrá la policía? —preguntó Wren de pronto, en un tono carente de emoción.

—Vendrán tan pronto como puedan —dijo Taylor, en un ademán tranquilizador—. Han cortado carreteras, así que han enviado agentes en motos de nieve.

—Será mejor que lleguen pronto —murmuró Keira.

La luz del atardecer ya estaba cambiando y se volvía anaranjada conforme el sol se hundía en el cielo.

Los minutos y las horas pasaron muy muy despacio. Chitra nos había traído algunos embutidos y cosas para picar a eso de las tres de la tarde, pero nadie comió nada. Yana y Roza fueron a llamar a la policía de nuevo mediante la radio, aunque ambas volvieron con el mismo ceño fruncido.

—No van a llegar esta noche —dijo Roza, aferrándose al respaldo de una butaca.

—¿Cómo? —exclamó Keira.

—Han tenido que rescatar a una familia cuyo generador ha fallado. Tienen un bebé. —Los nudillos de Roza estaban blancos—. Me han dicho que vendrán mañana temprano.

—Un bebé supera a una chica muerta —dijo Taylor.

Wren se la quedó mirando, horrorizada. Keira dejó caer la cabeza entre las manos con un lloriqueo.

El pánico me invadió y se abrió paso en medio del entumecimiento helado que me había dominado. Me puse de pie de un salto y me di cuenta de que todas me estaban mirando.

—Tengo que darme un baño —dije, y les mostré una mano temblorosa como prueba.

—Subiré contigo. —Keira se puso de pie, y ambas dejamos el salón en silencio y avanzamos lado a lado.

—¿Deberíamos estar haciendo algo? —solté, mientras subíamos las escaleras—. Tengo la sensación de que deberíamos estar haciendo algo. Si Poppy está ahí fuera…

—Alex… —Keira apoyó una de sus manos cálidas sobre mi hombro. Alcé la mirada y vi que sus mejillas estaban bañadas en lágrimas—. Si está ahí fuera, hace mucho que no está en este mundo.

Una vez en mi habitación, me metí en la cama, me hice un ovillo y me solté a llorar.



Al final, me levanté y me preparé un baño caliente. Me sumergí en el agua en un estado comatoso mientras unos hilillos de sudor me resbalaban por la cara. Me sentía tanto exhausta como completamente despierta. No lo había aceptado aún. Tan solo hacía unas pocas horas, una Poppy llena de vida me había llevado de la mano, decidida a mostrarme algo. ¿Qué era lo que había dicho?

«No es quien dice ser».

¿De quién rayos habría estado hablando? ¿De Roza? ¿De Wren? ¿De algún producto de su imaginación?

Las preguntas me parecieron sólidas, una barra de hierro a la que me podía aferrar para evitar caer en un pozo sin fondo de terror.

Tal vez pudiese descubrir alguna pista, algo que pudiese ayudarnos.

A ver: Poppy había estado colocada. La gente decía disparates cuando estaba colocada. Y la verdad era que la única razón por la que sus palabras me parecían algo siniestras era porque había desaparecido. Aun con todo, era un poco raro que se hubiese sentido atraída por el sótano, primero estando sonámbula y luego bajo los efectos del LSD.

Quizás era que se trataba de un sótano y ya. Los sótanos eran algo simbólico. Contenían toda la mierda que uno no quería mirar.

Y Poppy no había sido la única que había estado un poco rara. No solo había imaginado a Horace como anfitrión de una fiesta salvaje y a Daphne susurrando de forma ferviente en el sótano, aquellas alucinaciones habían sido bastante sutiles. No, también había tenido lo que me había parecido un sueño erótico bastante vívido con una demonio.

Quizás era la casa. Quizás había algo en su interior, algún retal de los tiempos de Daphne.

Quizás, al estar escribiendo sobre ello, estaba abriendo un canal para algún tipo de energía que aún vibraba en las paredes.

Tras darme un baño, me senté al escritorio envuelta en una bata y mirando al infinito. Fuerzas sobrenaturales. ¿De verdad era eso en lo que estaba pensando?

Solo que ¿por qué no? Como le había dicho a Taylor, ya había experimentado lo

sobrenatural en carne viva. A lo mejor me correspondía a mí hacer aquella pregunta.

—Ey. —Taylor se asomó por mi puerta abierta—. Será mejor que vengas con nosotras.

La seguí hasta la habitación de Wren y de Poppy, con una sensación lúgubre haciendo presión en mi pecho. Wren y Keira estaban sentadas en la cama de Poppy, inclinadas sobre su maleta abierta. Me pareció algo horrible y depravado, como una invasión.

—¿Qué hacéis? —pregunté, cortante.

Keira me entregó algo.

—Mira.

Era un carné de conducir del estado de Nueva York. Por un segundo, me esperé ver el rostro de Wren en él. Solo que, en su lugar, vi a Poppy. Llevaba el pelo de un modo diferente: castaño oscuro y a la altura de los hombros. Pero no cabía duda de que era ella.

—Mira el nombre —dijo Taylor, asomándose desde detrás de mi hombro.

—Zoe Canard. —No tenía sentido. Alcé la vista hacia Taylor, luego hacia Keira, quien había vuelto a sentarse en la cama junto a Wren—. ¿Qué carajos es esto?

—No es Poppy —me explicó Keira mientras yo le devolvía el carné—. Se llama Zoe Canard. Y vive en el norte de Nueva York. Bien al norte, más allá de aquí.

—Pero… ¿por qué? —pregunté. El misterio se extendía cada vez más. Noté un atisbo de histeria que me iba subiendo por los hombros.

—No lo sabemos. —Taylor señaló la maleta—. Lo encontramos en un bolsillo interior. Y sus tarjetas de crédito también, con el mismo nombre.

—¿Y estabais buscando entre sus cosas así porque sí? —quise saber.

—Estaba buscando a alguien con quien contactar —dijo Wren, antes de toser—. Su móvil está bloqueado, y tenemos que avisar a su familia.

—Ya. —Me dejé caer sentada sobre el suelo. Mi cerebro le dio vueltas a ese nuevo hecho y jugueteó con él como si fuese un cubo de Rubik—. ¿Quizá Poppy era su nombre de autora?

Taylor se frotó la barbilla, pensativa.

—Pero, entonces, ¿por qué no usaría su nombre real con nosotras?

Wren se quedó mirando a la nada, mientras apretujaba un pañuelo de papel en la mano sobre su regazo. Tenía la nariz roja y en carne viva, y su piel estaba pálida. A su lado, Keira se mordía una uña con la mirada clavada en el carné.

—¿Te dijo algo, Wren? —le pregunté.

Ella me devolvió la mirada.

—No.

—Poppy era de Atlanta —dijo Taylor—. Nació y creció allí. ¿Os acordáis? Al menos

eso fue lo que nos dijo.

No me percaté de ello hasta que estuve de vuelta en mi habitación, y la cabeza pareció darme vueltas.

Lo que Poppy me había dicho en las escaleras.

«No es quien dice ser».

¿Habría estado Poppy —o Zoe, por lo que parecía— hablando de ella misma?

23

Hora de la cena. Aunque no tenía hambre, alguien dijo que debíamos comer para tener fuerzas, así que seguí al grupo escaleras abajo. Entonces me llegó el aroma de toda la comida y el estómago me rugió como si se tratara de un cortador de césped. La silla de Roza permaneció vacía.

Comí de forma mecánica, sin saborear nada. No conseguía dejar de darle vueltas a aquella nueva información del rompecabezas. Así que Poppy no había sido Poppy en realidad. ¿Habría mentido para que la aceptaran en el retiro? ¿Cómo rayos había logrado hacer algo así?

Chitra se asomó para ver cómo estábamos.

—¿Estáis bien, chicas? —nos preguntó, con unas ojeras pronunciadas en el rostro.

—Pues no, la verdad —suspiró Taylor. Habíamos acordado que mantendríamos la información sobre Poppy en secreto, al menos por el momento. Se lo contaríamos a la policía, pero no teníamos ni idea de cómo reaccionarían Roza, Yana o Chitra.

—¿Cuándo llegará la policía mañana? —preguntó Keira, dejando su tenedor sobre su plato.

—Creo que Roza dijo por la mañana —contestó Taylor, mirándola.

—Vale —dijo Keira—. Porque me marcharé con ellos.

—¿En las motos de nieve? —le preguntó Taylor—. ¿Y tus cosas?

—Yana me las puede enviar. O no. No me importa. —Apartó su plato hacia atrás—. Lo único que quiero es salir de aquí ya.

—¿Alex?

Me desperté con un sobresalto. Estaba en cama, con mi lector de libros electrónicos sobre el pecho. Aunque había estado convencida de que iba a tardar horas en poder dormir, al parecer me había quedado dormida de inmediato.

Wren estaba de pie en el umbral y había encendido la luz de mi habitación.

—¿Qué pasa? —le pregunté, frotándome los ojos.

—Tengo que hablar contigo.

—Vale. —Me senté y crucé las piernas. Aquella situación había hecho que hiciésemos una tregua sin palabras, que apartáramos todos nuestros problemas a un lado. Pese a

que no quería admitirlo, las circunstancias —una desaparición, una posible muerte— hacían que nuestra disputa pareciese algo muy trivial.

—Quería mostrarte algo. —Aunque Wren seguía muy pálida, parecía un poco mejor que hacía un rato. Se sentó sobre la cama y me entregó un libro.

—*El encuentro* —leí en la cubierta. Y, bajo el nombre de la autora, Soo-jin Park, figuraban las palabras Copia anticipada.

Reconocía ese libro.

En el trabajo, había una mesa cerca de los ascensores que tenía los ejemplares de copias anticipadas de las novelas publicadas por el área literaria de mi editorial. Había visto aquel libro en la pila haría unos seis meses. Y, tras agarrarlo para leer la sinopsis, lo había vuelto a dejar en la mesa. En aquel entonces no leía novelas, pues solo me recordaban mi propio bloqueo de escritora.

—¿De dónde has sacado esto? —quise saber.

—Lee la contracubierta —me dijo, y me observó mientras lo hacía.

Min-seo va a visitar a su familia en Busan cuando conoce a una mujer en una cafetería que le cuenta sobre un grupito en las montañas que dice haber encontrado a un dios. La mujer le dice que no se trata de algo metafórico, sino que el dios existe de verdad. Lo ha visto. Al ser periodista de investigación, Min-seo decide seguirle la pista al grupo para averiguar qué está pasando de verdad. Solo que, cuando lo descubre, aquello cambia todo lo que creía haber sabido sobre la vida. En este impresionante debut, Soo-jin Park explora temas como la familia, la amistad y la fe.

—Es su historia. —Me dolía el pecho, como si me hubiese quedado sin respiración de repente—. La historia que Poppy, quiero decir Zoe, estaba escribiendo. El encontrar al dios en una caverna. —Por eso me había sonado conocida cuando habíamos tenido nuestra primera reunión grupal, cuando nos habíamos contado de qué iban nuestros libros.

—Lo ha estado copiando. —Wren volvió a la primera página—. Ha cambiado el lugar y los nombres, pero prácticamente ha copiado palabra por palabra.

—Pero ¿por qué? ¿Qué significa todo esto?

—Que no es escritora —explicó ella, mirándome—. Que no tendría que haber estado aquí.

—¿Crees que mintió para que la aceptaran? —le pregunté—. ¿Qué usó un nombre falso?

—Es posible —dijo Wren—. Aunque si lo que quería era que la aceptaran en el

retiro… O sea, ¿qué posibilidades hay de que la escogieran de ese modo? De entre las miles que se postularon.

—Entonces no es que intentara que la escogieran —dije, tamborileando con los dedos sobre mi pierna—. Sino que esperó hasta que escogieron a las ganadoras y convenció a una de ellas, a la Poppy de verdad, para que no viniera.

—Tiene que haber sido eso —asintió, con los ojos como platos—. ¿Verdad?

—Pero ¿cómo se habría enterado Zoe? —le pregunté—. Mantuvieron a las ganadoras en secreto.

—Bueno, a las ganadoras no se les permitía anunciarlo en redes sociales, pero estoy segura de que se lo contaron a alguien. O sea, yo se lo conté a Evan. Tuve que contárselo a mi jefe. Así que quizás Zoe se enteró por medio de alguno de los conocidos de Poppy.

—A ver. —La adrenalina me inundó todo el cuerpo—. Entonces Zoe se entera de que esta chica tiene relación con el retiro de Roza de algún modo. ¿Y convence a Poppy para que la deje ir en su lugar? Más allá de que parezca imposible que esta chica acepte, ¿cómo podría hacer algo así?

—No lo sé. —Wren se encogió de hombros—. Aunque tampoco es que nos pidieran el DNI para entrar.

—¿Y las redes sociales?

Se mordisqueó un poco el labio inferior, mientras pensaba.

—¿Crees que Roza o su equipo son así de meticulosos? ¿Que investigaron la vida de las mujeres que aceptaban? ¿Crees que les preocupe tanto el qué dirán si prácticamente todas las chicas a las que aceptaron son blancas?

—Ya, tienes razón. —Recordé la sorpresa que tuve el primer día al ver que Keira era la única mujer no blanca del grupo.

—E incluso si hubiesen revisado las redes sociales, Poppy podría haber puesto su perfil privado.

—Es obvio que Zoe se tiñó el pelo —dije—. Así que quizá la Poppy de verdad es rubia.

—Tiene sentido. —Wren alzó la vista—. Pero ¿y la revisión de antecedentes?

—Ah, eso es fácil —contesté—. Si buscaron los antecedentes de Poppy, solo encontrarían los de la Poppy de verdad.

—Jolín, es cierto.

—Vosotras os llevabais bien —le dije—. ¿No notaste nada que te pareciera extraño? ¿Ni siquiera un poquito?

—Nada de nada. —Meneó la cabeza, perpleja—. Me pareció de lo más normal.

De pronto recordé el momento en el que había estado con Poppy, o mejor dicho, con

Zoe, en las escaleras la noche anterior. ¿Qué había dicho sobre Wren cuando le había preguntado si ella era su mejor amiga?

«No, la verdad… Es… bah, no importa. No estoy aquí por eso».

Le había preguntado a Poppy por qué estaba allí. Y me lo había dicho; me había dado una respuesta:

«Pruebas… de lo que es. No es quien dice ser».

Y luego: «Por aquí, es en esta pared».

—Tenemos que ir al sótano. —Las palabras se escaparon de mi boca.

Wren alzó la vista del libro.

—¿Por?

—Porque estaba buscando algo. Me dijo «No es quien dice ser», y por un instante me pregunté si se referiría a sí misma. Pero no creo, no en tercera persona como lo hizo. Creo que se las arregló para entrar al retiro para hacerse con las pruebas de algo. Así que cuando me dijo eso, debía estar hablando de alguien más. ¿Tal vez de Roza?

—Espera —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Y esto me lo cuentas ahora?

—Os conté que estaba buscando algo. —¿O no? Aunque traté de recordarlo, las últimas catorce horas habían sido muy confusas.

—No dijiste que estaba buscando pruebas de algún robo de identidad. Eso parece algo que una debería mencionar.

Noté un pinchazo de fastidio de lo más conocido.

—No es que lo estuviese manteniendo en secreto. Yo también estoy intentando descifrar todo esto sobre la marcha.

—Bueno, ya —dijo ella, alzando las manos—. Vamos al sótano de una vez.

Conforme Wren y yo bajábamos las escaleras, fui consciente de la enorme incongruencia que estábamos viviendo: tras dos semanas de portarnos como la némesis de la otra, habíamos pasado a formar un equipo en busca de pistas, como los Hardy Boys.

Jamás lo habría pensado. Ni en un millón de años.

Conduje a Wren hacia donde Zoe había ido, desde las escaleras hacia la izquierda. Tras serpentear entre los cachivaches que había por todos lados, llegamos a una pared hecha de hormigón que estaba bloqueada por un montón de cajas apiladas.

—Recuerdo haberla oído moviendo cajas de un lado para otro. —Apunté con la linterna de mi móvil hacia las formas acartonadas—. ¿Alguien las habrá vuelto a apilar?

—¿Quizás haya algo dentro? —propuso Wren.

—Pero ella dijo «la pared».

—¿La pared? —Soltó un resoplido—. Es absurdo, estaba colocada. Seguro que solo lo dijo por decir.

—Apartemos las cajas de la pared y veamos. Quizás haya algo escrito, no sé. —Hice una mueca ante el estruendo que hacían las cajas al rozar el suelo de cemento. Tras unos segundos, Wren empezó a hacer lo mismo que yo. Algunas de las pilas eran muy pesadas, y tuvimos que retirarlas caja por caja. Cuando terminamos, ambas estábamos sudando. Habíamos formado un pequeño pasillo entre las cajas y la pared de hormigón, la cual estaba fría y tenía unas cuantas manchas de humedad. El sótano estaba a oscuras, casi por completo, de modo que Wren alumbró con su teléfono para revisar la pared, pero no había nada escrito.

—Pues no —dijo—. Nada de nada.

—Ya lo veo. —¿Había notado una pizca de satisfacción en la voz de Wren? Al descubrir que no había tenido razón.

—¿Y dónde estabas tú? —me preguntó—. Cuando todo esto estaba pasando.

—En el otro lado del sótano.

—¿Haciendo qué?

—Nada. —Traté de calmar mi tono cortante—. Estaba deambulando por ahí, en medio de alucinaciones. Creía que estaba en un bosque.

—Vale. —Wren había pasado a apuntar hacia el suelo con su teléfono, por lo que su rostro no quedaba iluminado—. ¿Y luego?

—¿Luego qué? Eso fue todo. —¿Por qué me estaba interrogando de ese modo, como si de pronto fuese sospechosa de la desaparición de Zoe?

—Dijiste que te quedaste dormida aquí abajo. ¿Cuándo subiste a tu habitación?

—No me acuerdo. —Sentí un pinchazo de miedo.

—Te conozco —me dijo, apenas con un hilo de voz—. Sé que hay algo que no me estás contando.

Nos mantuvimos en silencio, en una súbita competición.

—Vale. —Sentí un arrebato de rebeldía—. Me follé a una demonio y luego perdí el conocimiento y de pronto me desperté en mi cama. No recuerdo haber vuelto a mi habitación.

Wren exhaló, sorprendida.

—¿Con una demonio? ¿Qué dices?

—Fue una alucinación, como ya te había dicho.

—Así que de verdad estabas colocada —me dijo.

—Claro que sí —repuse, ofendida—. Todas lo estábamos.

—Ya, pero solo una de nosotras bajó hasta aquí con Poppy, quiero decir Zoe, cuando desapareció.

—No puedes estar segura de eso —le dije—. Podría haber subido antes de que eso pasara. En cualquier caso, yo no tuve nada que ver. No es culpa mía que ella decidiera salir. —Tenía las mejillas ardiendo.

—Pues… no sé yo. A veces podemos hacer cosas de lo más extrañas cuando no estamos en nuestros cinco sentidos.

La fulminé con la mirada.

—¿Por qué no lo dices y ya?

—¿Decir qué? —Tuvo el descaro de parecer confundida.

—Que, según tú, soy una psicópata inestable.

Wren soltó un resoplido.

—Alex…

—Para ya, ¿quieres? Sé que le dijiste a Roza que querías ponerme una orden de alejamiento.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿De verdad lo vas a negar? ¿Vas a negar que lo dijiste?

—Mira, no tengo ni idea de qué estás diciendo, pero me faltan fuerzas para ponerme a discutir contigo, ¿vale? —Soltó una risa, carente de humor—. Por Dios. Hemos estado buscando un cadáver, Alex. Pero no, tenemos que hablar sobre ti. De lo mal que te he tratado. Del daño que te he hecho. Nunca se acaba contigo.

—Eso no es cierto —solté—. Si lo que quieres es hablar de cómo te haces la víctima…

—*Que no*. Es de lo que menos quiero hablar. —Alzó su linterna, y yo me llevé los brazos hacia la cara para protegerme los ojos—. Volveré arriba —dijo, antes de pasar por mi lado.

La oí dirigirse a las escaleras y luego subirlas a toda velocidad. Apoyé la frente contra la fría pared de hormigón y respiré hondo, en un intento por calmar mi ira. Y, tan pronto como esta apareció, se fue. En su lugar, me dejó una sensación de desolación, un pozo infinito y oscuro.

Hacía tan solo veinticuatro horas, todo había ido sin problemas. No había sido sencillo arreglármelas para escribir una novela encerrada con Wren, pese a que todo había tenido sentido. Las reglas del juego habían sido claras.

Solo que en aquel momento… ya no sabía qué pensar. ¿Era posible que Zoe de verdad fuese un cadáver congelado, escondido bajo algún montículo de nieve? ¿Podría una ardilla o un zorro estar correteando por encima de ella en aquel preciso instante?

Alcé la cabeza. *Para*. No podía pensar que…

Algo soltó un chasquido y salió de la pared.

Por un segundo, me quedé de piedra. Pero entonces lo iluminé con mi teléfono y lo toqué. El bloque de hormigón contra el que había estado apoyando la frente se había soltado. Pero no por completo, sino solo la parte de adelante, la cual se abría con una bisagra.

Toqué lo que tapaba la bisagra: el lado que daba hacia mí estaba oculto con cemento, aunque de un grosor muy delgadito. Era una cubierta falsa. El otro lado era liso y parecía de metal al tacto.

Lo abrí más.

Más allá de la cubierta falsa, la pared era de metal. Había un teclado de seguridad en medio del cuadrado. Presioné algunos de los botones diminutos de plástico, y estos se iluminaron de color amarillo. Entonces una bombilla pequeñita en la esquina superior del teclado se encendió en color rojo.

Empecé a cerrar la cubierta falsa, y esta se cerró sola como si tuviese un imán. Por un segundo, entré en pánico: ¿y si se cerraba? Solo que entonces volví a presionar lo que parecía ser uno más entre un centenar de bloques de hormigón que formaban la pared, y el compartimento volvió a abrirse.

Apoyé mi teléfono contra la fila de bloques de cemento para marcarlo. En un arrebato de energía, empujé las cajas más allá de modo que pudiese tener una visión clara de aquella parte de la pared. Apagué la luz del móvil, retrocedí un paso y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Al principio, no había nada. Pero luego, poco a poco, empezaron a aparecer. Era difícil de percibir, como estrellas en un cielo oscuro que se esfuman si uno las mira directamente. Solo que, al dejar que mi visión se volviera borrosa, conseguí ver las líneas.

Había luz que se filtraba desde el otro lado de la pared.

Y el teclado estaba en medio de lo que parecía ser la silueta de una puerta.

La curiosidad me explotó en el pecho. Una puerta quería decir que había algo detrás, una habitación que aún no habíamos visto. Quizá la razón por la que no me había percatado de la presencia de Zoe la noche anterior era porque ella ya había conseguido entrar en aquella cámara secreta.

«Tengo que mostrarte algo. Creo que lo he encontrado», su voz me llegó de pronto. «Es por aquí, en esta pared».

Poppy había sabido que allí había una habitación secreta. Y, al parecer, había conseguido entrar. Ya fuera porque sabía el código o de algún otro modo.

Se me ocurrieron más preguntas, y estas enviaron un escalofrío directo a mi columna.

Si había conseguido entrar, ¿por qué no había podido salir?

¿Quién había vuelto a poner las cajas para ocultar su rastro?

¿Quién sabía que estaba viva, pero estaba fingiendo con todas las demás que estaba muerta?

Vale. No podía entrar en pánico. Tenía que ir descifrando una pista a la vez. Tras presionar una oreja contra la pared, pregunté:

—¿Hola?

Pero no hubo respuesta.

Hice presión en todos los bloques de hormigón que había cerca, por mucho que supiese que no tenía ningún sentido hacerlo. Solo había un modo de abrir aquella puerta secreta, y para eso necesitaba el código de acceso.

—¿Qué sucede aquí? —musité, antes de cubrirme la boca con una mano polvorienta. Hice otra búsqueda minuciosa por la pared, iluminándola de arriba abajo.

En la esquina más alejada, donde las dos paredes daban con el techo, algo parpadeó.

Contuve el aliento, con la mano temblorosa, y luego me obligué a iluminar hacia arriba una vez más. Era algo pequeño y redondo que relucía como el ojo de un gato.

Empujé dos cajas pesadas hacia la esquina y luego monté una sobre la otra. Aunque no eran precisamente estables, me apoyé contra las paredes rugosas mientras subía por ellas.

Durante algunos segundos, me limité a quedarme mirando el objeto. El objetivo no era mucho más grande que una moneda y apuntaba en dirección a la puerta secreta. Si bien nunca había examinado una de cerca, resultaba obvio lo que era.

Una cámara de vigilancia.

24

La puerta de Wren estaba cerrada, y no me contestó cuando llamé. Intenté abrirla, pero había echado el pestillo. *Joder*. Sentí un arrebato de frustración, pues ni siquiera podía enviarle un mensaje en las inmediaciones de Blackbriar, carentes de cobertura, y me obligué a tranquilizarme.

Aunque llamé a la puerta con más fuerza y grité su nombre, no tardé en rendirme. Wren no tenía el sueño ligero, y no quería despertar a nadie más hasta que hubiese tenido tiempo de pensar en todo lo que estaba pasando.

Una vez que estuve en mi cama, mi mente se paseó de idea a idea. Al inicio había asumido que alguien podría tener encerrada a Zoe en aquella habitación secreta, pero quizá no fuera eso. Quizá se estaba escondiendo.

Y quizás aquel era otro de los retorcidos trucos a los que Roza le gustaba someternos.

Solo que ¿sería Roza capaz de hacer algo así? De contratar a una actriz para que representara el papel de una de las participantes, una que fuese a desaparecer con el fin de estresarnos a todas y darnos el empujón que necesitábamos para escribir cada vez mejor.

Gruñí y me puse de lado. Llevaba dieciséis días en Blackbriar y mi sentido de la realidad estaba hecho añicos. Si estuviese en mi piso en Brooklyn, sabría si no estaba siendo racional o si aquel nivel de artimañas era, de hecho, posible. Sin embargo, en aquel lugar, donde los cuadros de la demonio de Daphne cubrían las paredes y había cámaras secretas en los rincones, me era imposible determinarlo.

Claro que también tenía que considerar si no eran simplemente mis deseos de que Zoe todavía estuviese con vida. De que todo no fuese en parte mi culpa por no haberme dado cuenta de que salía de la casa, y con aquella idea tuve que obligarme a seguirla hasta el final, sin importar lo duro que me resultase.

Me desperté con un sobresalto. Unas cintas doradas de luz solar se extendían por el suelo desde las ventanas, en contraste con los oscuros pensamientos que me llenaron la mente de inmediato. O bien Zoe estaba muerta o bien Roza estaba desquiciada. Unas opciones maravillosas, la verdad. Me estiré, pues tenía las caderas y las piernas adoloridas por la búsqueda que habíamos hecho fuera de la mansión el día anterior. Según el reloj que había en la mesita de noche, eran casi las nueve.

Al levantarme, me percaté de un trozo de papel que alguien había metido por debajo de mi puerta. Estaba escrito a mano y en una letra cursiva y sinuosa:

Se solicita tu presencia en una reunión de emergencia a las 9 a.m. en la biblioteca. Se servirán bebidas.

—Buenos días, chicas. —Roza pronunció las palabras con seriedad mientras nos acomodábamos en nuestros sitios de siempre. Ya se había vestido y llevaba un elegante mono de color rojo oscuro que hacía juego con su cabello y su barra de labios.

Me había vestido a toda prisa, aliviada por no haberme quedado dormida y haberme perdido la reunión. Wren y Taylor tenían la apariencia de haber estado despiertas desde hacía mucho rato. Me lamenté por no haber podido hablar con Wren antes. Me la quedé mirando, con la intención de capturar su atención y transmitirle un mensaje mentalmente: *Tengo que hablar contigo*. Wren sería capaz de decirme si mi nueva teoría tenía sentido o no. Podía ser fría y calculadora; justo lo que necesitaba en aquel momento.

Oímos unos pasos cerca de la puerta, y Keira entró en la biblioteca. Hizo caso omiso de Roza mientras se sentaba y se pasó el extremo de su bufanda negra por encima de un hombro.

Roza observó a Keira con una expresión llena de compasión.

—Ayer fue un día horrible, ¿a que sí?

—¿Dónde está la policía? —Keira alzó la cabeza y miró a Roza directo a los ojos—. Creía que iban a venir esta mañana.

—Es cierto —dijo Roza, con una sonrisa amable—. Los contactaré por la radio de nuevo. Seguro que no tardarán en llegar.

—Ya he hecho las maletas —dijo Keira, con voz cortante—. Me marcharé con ellos. Solo me llevaré la mochila si es que vienen en motos de nieve. A no ser que ya hayan despejado las carreteras.

—Por supuesto, querida. —Roza bajó la vista para mover su café.

—¿Ya han despejado las carreteras? —pregunté, antes de observar a Roza. Si mi teoría era cierta, si todo aquello había sido planeado, la policía nunca iba a llegar, porque nadie los había llamado en primer lugar. Sin embargo, no podían tardar más de un día o dos en quitar la nieve de las carreteras, y había al menos un coche o dos en el garaje para que alguien pudiese llegar hasta la comisaría más cercana. ¿Qué excusa pondría Roza en ese caso?

—Ah, no. —Roza se cruzó de brazos—. Normalmente les lleva más tiempo en esta zona; unos cuantos días, como mínimo. Nuestra casita en el medio de la nada no es una prioridad.

Chitra entró en la estancia con una bandeja de pastitas dulces que dejó en la mesa.

—¿Incluso si en esa casa hay una persona que ha desaparecido? —Keira alzó una ceja —. ¿Podemos ir a ver las carreteras al menos? ¿Y tal vez quitar la nieve de la entrada para que un coche pueda salir cuando sea posible?

—Pues… —Roza soltó un suspiro—. Por desgracia, nuestra quitanieves no funciona. Tendremos que esperar a que la nieve se derrita un poco antes de intentarlo.

—Estamos en el medio de la nada, en pleno invierno, ¿y tu quitanieves no funciona? —exclamó Keira.

—Sí —contestó Roza, y su armadura se quebró un poquitín. Una pizca de fastidio se dejó ver en su expresión—. Estoy haciendo todo lo que puedo, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Keira la fulminó con la mirada y se apartó unas cuantas trenzas que le caían por la cara.

—Kei. —Taylor estiró una mano hacia ella en un ademán tranquilizador—. Escuchemos lo que Roza quiere contarnos.

Keira meneó la cabeza, sin poder creérselo, pero se quedó callada.

—Gracias —dijo Roza, antes de apoyar las manos en su regazo—. Os he llamado porque quería que tuviéramos un espacio seguro para procesar lo que ha sucedido antes de que podamos continuar.

—¿Continuar? —preguntó Wren. Tosió, y yo hice una mueca ante el nuevo sonido de la flema que tenía acumulada en los pulmones. Al verla más de cerca, me di cuenta de que le moqueaba la nariz y tenía las mejillas rojas. Era la primera vez que la veía más enferma de lo que en realidad quería hacernos creer.

—Exacto. —Roza asintió—. Con el retiro.

Todas nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—¿Cómo dices? —preguntó Keira, sin emoción.

—Mañana continuaremos con el ritmo de siempre. —Roza bebió un sorbo de su café —. Tenéis que entregarme vuestras páginas, como siempre, hoy a medianoche.

Keira soltó una carcajada seca, anonadada. Busqué la mirada de Wren desde el otro extremo de la mesa y ambas intercambiamos la misma expresión llena de incredulidad.

Roza alzó una mano.

—Keira, tú ya no tienes que someterte al horario, dado que piensas marcharte. Pero el resto tenemos que continuar.

—Pero, Roza… —La voz de Wren era ronca, y sus ojos estaban anegados en lágrimas

—. Poppy ha muerto. No podemos continuar como si no hubiese pasado nada. Ni siquiera hemos hablado con la policía aún.

—¿Crees que Poppy habría querido que dejáramos de escribir y ya? —preguntó Roza, y unas arrugas se acentuaron en su frente.

—Entonces, ¿quieres que sigamos produciendo libros para ti mientras esperamos que encuentren el cadáver de Poppy? —quiso saber Keira, en voz baja.

Roza la fulminó con la mirada.

—Ni siquiera sé qué estás haciendo tú aquí. No te he mandado una invitación.

—¿Una invitación? —Keira alzó la voz, sin poder creérselo—. ¿Una invitación para qué? ¿Para esta encantadora fiesta de té que has organizado? ¿En qué planeta vives?

—¡Basta! —Roza se puso de pie—. He intentado soportar tu actitud, he intentado ser comprensiva, pero ya no puedo más. Keira, no tienes nada más que hacer aquí. —Le señaló la puerta—. Así que márchate. No tienes derecho a ser parte de esta conversación.

Keira mantuvo la mirada fija en la mesa, y, tras unos segundos, esbozó una pequeña sonrisa y asintió. Se puso de pie y enfrentó a Roza.

—Si crees que te vas a salir con la tuya, estás muy equivocada —le dijo.

—Que te marches —repitió Roza, y su voz resonó por aquel lugar como en una caverna.

Tras fulminarla con la mirada una última vez, Keira se marchó.

Estaba completamente de acuerdo con Keira, y deseé poder ponerme de pie de un salto y seguirla. Solo que tenía que mantenerme del bando de Roza si quería tener siquiera una esperanza de poder descifrar todo lo que estaba sucediendo.

—En fin. —Roza volvió a sentarse—. Lamento mucho que hayáis tenido que presenciar esa escena, chicas.

—Es que… —Taylor se aclaró la garganta—. Keira tiene razón.

—Lo sé —admitió Roza—. De verdad. Pero lo que le ha pasado a Poppy ha sido un accidente. Nadie podría haberlo visto venir. Hicimos todo lo posible para encontrarla, y ahora nos toca esperar a que se encargue la policía. Mientras tanto… —Nos miró a todas, una a la vez—. Tendréis que tomar una decisión: os armáis de valor y continuáis, incluso en medio de estas circunstancias tan horribles, o renunciáis. Por supuesto, podéis marcharos con Keira si eso es lo que queréis. No voy a reteneros. Lo que sí quiero es recordaros que os escogí por una razón. Vi un fuego dentro de vosotras que ahora más que nunca tenéis que avivar. Estamos a medio camino de tres novelas revolucionarias. Novelas que se convertirán en clásicos en el acto. No perdáis el impulso. No renunciéis a esta oportunidad.

Wren se sonó la nariz. Taylor se delineó con un dedo las florecillas púrpuras que tenía en el antebrazo. Yo intenté parecer pensativa. Aquel discurso motivador era justo lo que habría esperado si mi nueva teoría era cierta.

Apreté los puños sobre mi regazo. Seguía sin poder creer que todo aquello fuese cierto. Al fin y al cabo, ¿cómo podría acabar? ¿Chitra empujaría en un carrito un pastel gigantesco del que saldría Zoe de un salto gritando «¡Sorpresa!»?

Era absurdo. No obstante…, para bien o para mal, Roza no estaba haciendo nada que fuese ilegal. Al contrario, aquello solo avivaría su reputación. Una de nosotras se haría rica, a todas nos publicarían un libro y comentaríamos sobre aquel retorcido retiro en entrevistas mientras charlábamos sobre las tácticas extremas de Roza.

—Yo pienso seguir —dijo Taylor, cuadrando los hombros—. Así sea solo por tener algo que hacer. No puedo soportar la espera. Ayer fue un infierno, literal.

Wren y yo volvimos a intercambiar una mirada. Parecía agotada y afligida. La miré y abrí los ojos ligeramente para decirle «Sígueme el rollo».

—Podemos intentarlo —dije, y traté de sonar sincera, por mucho que supiera que me sería imposible sentarme a escribir.

—Perfecto. —Roza se giró hacia Wren, con una ceja alzada.

Tras dedicarme una última mirada interrogante, Wren asintió.

—Vale.

—Ah, qué maravilla. —Una lenta y grande sonrisa se extendió por el rostro de Roza —. Chicas, ya sabía que erais unas guerreras. Continuaremos con nuestro viaje a pesar de todos los contratiempos. Y saldremos adelante. ¿De acuerdo? —Estiró una mano y tomó un panecillo de chocolate antes de ponerse de pie.

—¿Y la policía? —quiso saber Wren—. Has dicho que ibas a contactarlos de nuevo.

—Sí. —Roza alzó un dedo—. Ahora mismo voy.

Pude oír el resto de la frase sin que tuviese que decirlo: «Antes de que se me olvide».

Una vez que Roza se marchó, Taylor soltó un gruñido y se frotó la coronilla, con lo cual se dejó unos cuantos mechones rubios apuntando hacia arriba. Me la quedé mirando y tomé una decisión.

—Creo que tenemos que hablar —dije, para luego ponerme de pie—. Con Keira también. ¿Nos encontramos arriba en diez minutos?

Ambas asintieron y me observaron con curiosidad al tiempo que me marchaba por el pasillo a toda prisa.

Roza llevaba unas botas con plataforma aquel día, de modo que sus tacones resonaban sobre las alfombras y moquetas. Solo en calcetines, la seguí como un fantasma silencioso. Ella cruzó el vestíbulo principal, y sus pisadas chirriaron sobre el

mármol. Iba tarareando en voz baja.

El hecho de seguirla hizo que el miedo me cerrara la garganta. Aunque no por el miedo de que fuese a sorprenderme, precisamente, pues podía decir que tenía que hacerle una pregunta y ya.

Quizás era el miedo a lo que podía oír.

Roza entró en su despacho y cerró la puerta a sus espaldas. Me acerqué a hurtadillas y presioné una oreja contra la puerta.

Nada.

Me pregunté, al tiempo que permanecía allí de pie, si se debería a que la puerta era demasiado gruesa y pesada y enmascaraba todos los sonidos. Solo que entonces la oí toser, y el sonido me llegó tan claro como si hubiese estado dentro de la estancia. El suelo de madera crujió mientras ella caminaba de un lado a otro, y volvió a tararear. Quizás era que Roza necesitaba un momento, aunque no parecía haber razón para que le llevara tanto tiempo llamar a la policía.

Salvo que no tuviese intención de hacerlo.

—¿Necesitas algo?

Pegué un bote. Yana, que se me había acercado a hurtadillas con su calzado deportivo, se encontraba de pie y con las manos apoyadas en las caderas. Aquel día su chándal parecía incluso más ajustado de lo normal y la dejaba presumir de sus extremidades pequeñas y compactas. Me di cuenta de que parecía una entrenadora, quizá de gimnasia para niñas, y una con la que sin duda nadie querría meterse en líos.

—No, no —contesté, enderezándome y forzando una sonrisa—. Solo tenía una pregunta que hacerle a Roza.

Yana me fulminó con la mirada sin responder, y la puerta se abrió de golpe.

—Ay, hola. —Roza posó la mirada sobre las dos, una a la vez—. ¿Va todo bien? —preguntó, mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—Te estaba esperando —le informó Yana, cruzándose de brazos.

—¿Qué pasa, querida? —Roza me miró, con una expresión amable pero impaciente.

—Es que… quería saber qué había dicho la policía. Sobre cuándo iban a venir. Solo para saberlo. —Hice que mi voz sonara ligera y confiada.

—Ya. —Su mirada se suavizó un poco—. Vendrán tan pronto como puedan. Seguro que esta misma tarde. —Para mi sorpresa, me pasó un brazo por los hombros—. Eres muy amable, Alex. Puedo ver lo mucho que te importa todo esto.

Al provenir de Roza, no sabía si aquello era un cumplido o un insulto.

—Te veré en la cena. Ponte a escribir, ¿vale? —Me soltó y se alejó. Yana me observó un segundo más antes de seguirla.

Hice como que me dirigía hacia el piso de arriba, aunque me detuve en el vestíbulo principal y volví sobre mis pasos.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta del despacho. Roza no había usado la radio para contactar con la policía en aquel momento, lo que quería decir que tenía que hacerlo yo. Incluso si todo aquello era una jugarreta por parte de Roza, no podía dejarla continuar. No cuando la posibilidad de una muerte pendía sobre nosotras. Podía soportar muchas cosas, en especial si provenían de parte de alguien que admiraba, pero aquello no.

Solo que, cuando intenté girar el pomo, este no se movió.

La puerta estaba cerrada con llave.

25

En la segunda planta, me encontré a las demás en la habitación de Wren, todas reunidas sobre su cama. Tras asegurarme de cerrar bien la puerta, me acomodé al lado de Keira, que se había tumbado bocarriba y tenía los ojos cerrados.

Tenía pruebas de que algo iba mal. Y había llegado el momento de contárselo a las demás, no solo a Wren. No era justo dejarles creer que Zoe estaba muerta, no si había una posibilidad de que no lo estuviera.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor, mientras jugueteaba con su collar de conejo.

—Roza no ha contactado a nadie por la radio —les dije, y entrelacé las manos sobre mi regazo—. Me he quedado fuera de su puerta para espiarla.

—La virgen —musitó Keira, cubriéndose el rostro.

—¿Estás segura? —me preguntó Wren.

—Más que segura. —Solté un suspiro—. También descubrí algo en el sótano y tengo una teoría. Es… bastante intensa. Y no sé si será cierta. Pero creo que deberíais estar informadas.

Keira se incorporó y Taylor me hizo un ademán con la mano.

—Cuéntanos tu teoría, por favor.

Conforme les contaba sobre el teclado secreto, la cámara de vigilancia y mis sospechas renovadas sobre Zoe, me esperé ver expresiones de incredulidad. En su lugar, todas me escucharon con atención.

Cuando terminé, Taylor se mordía una uña con la mirada perdida en el infinito, Wren tenía la mirada puesta en mí, horrorizada, y Keira había ido hacia la ventana para apoyar la frente contra el cristal.

—A esta mujer se le ha ido la olla —dijo, como si nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Taylor.

—¿Me creéis? —Pese a que había esperado sentirme aliviada, lo que experimenté fue más bien una sensación de perturbación. La teoría se estaba convirtiendo en algo posible.

—Por desgracia, sí —admitió Keira.

—Poppy —empezó a decir Wren, antes de aclararse la garganta—. O sea, Zoe. Si la encontramos, todo esto se acaba, ¿no?

—Si está en esta casa, tiene que ser en esa habitación. —Keira se dejó caer en la silla del escritorio—. Ya buscamos en el resto de la casa, de arriba abajo.

—A ver, chicas —empezó Taylor en voz baja—, sé cuánto queremos que Zoe esté viva. ¿No estaremos engañándonos a nosotras mismas con creer que es así?

—No —repuso Keira, inclinándose hacia adelante—. Lo que estamos haciendo es averiguar la verdad. Si Zoe está en algún lugar en el bosque, pues no podemos hacer nada. Pero si existe la posibilidad de que esté viva, tenemos que descubrirlo. Después de haber llamado a la policía, claro.

—El despacho está cerrado —le recordé.

—Puede que sea capaz de forzar la cerradura —dijo Keira, al tiempo que se ponía de pie de un salto—. Alex, ¿me acompañas? Trae tu móvil.

—Yo quiero ver ese teclado. —Taylor le hizo un ademán a Wren—. ¿Vienes conmigo?

—Pero la cámara… —Wren hizo una mueca—. ¿No nos verá quien sea que la haya puesto allí?

—No sabemos quién estará vigilando…, si es Roza, alguien más que no hayamos visto o quizá nadie. Ni siquiera sabemos si está encendida. —Taylor miró de reojo a Keira, nuestra nueva líder por defecto—. Si alguien está vigilando, seguro que ya vio a Alex. ¿Verdad, Kei?

Keira asintió.

—Creo que vale la pena intentar con el teclado.

Yo lo había dejado abierto, aunque escondido detrás de algunas cajas.

No fue hasta que Keira y yo estábamos bajando las escaleras que las palabras de Taylor hicieron mella en mí, y un escalofrío de miedo me recorrió entera.

«Alguien más que no hayamos visto».

Ya sabíamos que había al menos una habitación secreta escondida en Blackbriar. Pero ¿quién podía asegurarnos que no hubiera más? ¿Y quién podía asegurarnos que no hubiera montones de personas que no sabíamos que estaban allí, espiándonos como si fuesen científicos que observan a sus ratas de laboratorio?

Me obligué a concentrarme en la tarea que tenía por delante. Keira se detuvo en su habitación para ir a por unas horquillas, y yo intenté pensar en una excusa por si nos encontrábamos con Yana. Por suerte, no había nadie en los pasillos. Una vez que llegamos a la puerta, Keira se agachó, y yo iluminé la cerradura redonda con la luz de mi teléfono.

—A ver si aún me acuerdo de cómo se hacía esto. —Keira sacó las horquillas de su

bolsillo.

—¿Cómo aprendiste a forzar cerraduras? —le pregunté.

—Pues… —Giró una de las horquillas y torció un lado para meterla en un ganchito—. Tengo una sobrina muy curiosa que decidió encerrarse en el baño durante su fiesta de cumpleaños cuando tenía dos años. —Deslizó el lado con curvas dentro de la cerradura —. Y YouTube nos salvó a todas.

—Vaya.

Un minuto después, Keira giró el pomo de la puerta, y esta se abrió como por arte de magia.

—¡Ajá! —exclamó.

—Increíble —dije, al tiempo que encendía la luz.

La radio se encontraba en una esquina en el fondo del despacho, en su propia mesita. Era del tamaño de un par de ladrillos apilados y tenía unos botoncitos e interruptores en la parte delantera.

—A ver. —Keira presionó algunos interruptores, pero no pasó nada.

—Parece que no funciona. ¿No debería tener alguna luz encendida o algo? —Me agaché para buscar el cable y lo encontré conectado a una toma de corriente.

—Algo tendría que haber pasado —dijo Keira, antes de alzar la cabeza—. Oye, revisa el teléfono. Tal vez funcione.

Fui hacia el teléfono de disco blanco y antiguo que había sobre el escritorio. Levanté el auricular y me lo llevé a la oreja, pero no oí nada más que un silencio espeso y lúgubre.

—Nada. —Me giré hacia Keira.

Esta se tensó, y pude ver sus omóplatos por debajo de su jersey negro y ceñido.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome a su lado.

Le había dado la vuelta a la radio. Alguien había abierto la parte de abajo a la fuerza y había arrancado todos los mecanismos interiores. Unos cables rotos delineaban el cascarón vacío que era aquella caja de plástico.

Me llevó un momento caer en cuenta de lo que estaba pasando.

No había radio ni teléfono. Ninguna forma de ponernos en contacto con el mundo exterior.

Keira me miró, y el mismo pensamiento flotó entre ambas: estábamos completamente solas.

Nos encontramos con Taylor y Wren en la cocina.

—Hemos encontrado el teclado —dijo Taylor—, pero no hemos podido entrar sin el

código, claro. A Wren se le ha ocurrido que deberíamos intentar averiguar qué habitación se encuentra directamente por encima y tratar de entrar por ahí.

—¿Habéis contactado con la policía? —nos preguntó Wren, tras apoyarse, cansada, sobre la isla de la cocina.

Keira me miró de reojo.

—La radio está rota. Alguien la ha abierto y le ha arrancado todos los cables.

—¿Qué dices? —Taylor parecía no poder creérselo, y Wren contuvo la respiración.

—Así que creo que podemos asumir que ningún policía va a venir a salvarnos. —Mi intuición no se había equivocado. Y estaba claro que no podíamos confiar en nada que Roza nos dijera.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Wren, casi sin voz.

—Pues… —Keira tamborileó los dedos sobre la encimera de mármol—. Yo voto por que busquemos las llaves del coche de Roza y nos larguemos. Solo que ha seguido haciendo frío estos días, así que la nieve no se ha derretido. Y ya sea que la quitanieves esté rota o no, Roza no nos va a dejar averiguarlo.

—¿Y la moto de nieve? —inquirió Wren.

Las tres nos la quedamos mirando.

—Chitra dijo que había una en el garaje. —Wren se encogió de hombros.

—¿Con las llaves cerca? —preguntó Keira.

—Ni idea.

—A ver, un momento. —Taylor alzó las manos—. ¿Qué creemos que está pasando aquí? Sí, Roza nos está jugando una mala pasada, pero ¿no es eso una buena noticia? ¿No significa que Zoe está viva?

Keira soltó un resoplido.

—Eso no quiere decir que quiera quedarme aquí y esperar a ver qué sucede después.

—¿Qué quieres decir? —Taylor se cruzó de brazos—. ¿Crees que Roza es peligrosa?

—No sé lo que es, ese es el problema. —Keira se encogió de hombros—. Pero ya estoy harta de ser una pieza en su juego. Quiero irme a casa.

—Hola, chicas. —Chitra entró en la cocina, con expresión apesadumbrada, y yo pegué un bote en actitud culpable.

—Hola. —Taylor puso una sonrisa triste—. ¿Cómo estás?

—Como se puede, dadas las circunstancias. —Chitra empezó a llenar una tetera en el fregadero doble—. ¿Alguien quiere un poco de té? ¿Quizás algo para picar?

La observé de cerca. Si estábamos en alguna especie de juego, ¿sería ella también una parte de él? Se veía muy mal: piel enrojecida y ojos llorosos. Si estaba actuando, lo estaba haciendo de maravilla.

—No, gracias —dijo Wren—. No tengo hambre.

—Te calentaré un poco de sopa de pollo, cariño —le dijo Chitra, con un suspiro—. No te hizo nada bien pasar fuera tanto tiempo ayer, no con ese catarro que tienes.

—Gracias. —Wren se la quedó mirando, y pude ver una pizca de anhelo en su expresión.

Nos dirigimos hacia la biblioteca, pues Taylor creía que aquella era la estancia que estaba directamente por encima de la habitación secreta. Aunque Keira quería ver por sí misma el teclado del sótano, aceptó esperar a que Chitra saliera de la cocina.

Debido al chasco de la radio, debíamos asumir que todas las personas que trabajaban para Roza eran sus cómplices.

—Aquí —dijo Taylor, al tiempo que se situaba al lado de las ventanas y luego se alejaba unos cinco metros de los cristales—. Yo diría que aquí empieza la pared falsa. Quizás un pelín más allá. El sótano, y la mansión entera, vaya, es enorme, así que no lo puedo asegurar.

—¿Leíste algo sobre una habitación secreta cuando estabas haciendo tu investigación sobre Daphne? —me preguntó Keira.

—No. —Lo habría recordado.

—Quitemos la alfombra de este lado. —Taylor arrastró una pesada butaca para alejarla de la ventana—. Quizás encontremos una trampilla.

Keira y yo la ayudamos con las butacas, y Wren intentó retirar una de las pesadas alfombras orientales. No consiguió hacer mucho sino hasta que Taylor empezó a ayudarla y logró retirarla y luego apartarla de un movimiento como si no pesara nada. Nos quedamos mirando un trozo de suelo de madera pulida. Taylor pasó por encima, tras lo cual se agachó y lo golpeó con los nudillos.

—¿Estás bien? —le pregunté a Wren, quien seguía respirando con dificultad.

—Sí, no pasa nada —contestó, con las mejillas sonrojadas.

—¿Y esto? —preguntó Keira, que se había apartado hacia el lado izquierdo de la ventana, a unos dos metros. Estaba mirando tres estanterías que estaban apretujadas contra una gruesa columna que sobresalía de la pared—. ¿Y si es un pasillo secreto? —inquirió.

—¿Uno vertical? —preguntó Taylor, mientras observaba la columna con las manos apoyadas en las caderas.

—Podría ser una escalera o algo así —dije.

—Quizá se abra una puerta si sacamos el libro correcto —propuso Wren, que se había dejado caer sobre el suelo de madera.

—Hay cientos de libros en estas estanterías —señaló Taylor, echándoles un vistazo—.

Nos va a llevar horas.

—¿Y qué hay arriba? —Keira apuntó hacia el techo—¿Qué hay justo encima de la biblioteca?

—El ala oeste —contesté—. La habitación de Roza.

—Ya, cómo no —dijo Keira, con una sonrisa nada contenta.

Mientras Keira se escabullía al sótano, el resto de nosotras fuimos a por algo de comer y nos sumimos en nuestros pensamientos.

Keira no tardó en volver. Conforme se sentaba a la mesa con su plato, me percaté de que su energía había cambiado: estaba llena de ella, como si fuese a entrar en pánico.

—Lo he visto —nos dijo, en voz baja—. Poppy tiene que estar allí. Tenemos que averiguar cómo entrar. Una de nosotras tiene que ir a buscar en la habitación de Roza.

—¡¿Qué dices?! —Wren se quedó con la boca abierta, como si Keira hubiese sugerido que hiciésemos un sacrificio para un ritual.

—Seguro que encontramos algo allí —afirmó Keira, antes de pinchar un tomate, sin perturbarse.

—Pero Roza siempre está en su habitación —Taylor parecía pensativa—. ¿Quieres que finjamos que ha habido una emergencia o algo así para que salga?

—Bueno, sabemos que saldrá esta noche —dijo Keira—. A la hora de la cena.

—Eso si viene a cenar —advertí.

—Claro que vendrá. —Keira puso los ojos en blanco—. A Roza le gustan sus horarios. Necesita tener el control.

—Hablando de control… —Dejé mi sándwich sobre el plato, pues tenía el estómago cerrado por los nervios—. ¿De verdad pretende que escribamos hoy?

—A lo mejor deberíamos intentarlo —dijo Taylor—. Para mantener las apariencias.

Wren se puso a toser. Estaba cada vez más pálida, y su piel casi había llegado a un tono grisáceo.

—Tú deberías ir a descansar —le dije—. Cada vez estás peor.

—Estoy bien.

Taylor le acarició un poco el hombro.

—Tú descansa, ¿vale? Saldremos pronto de aquí.

—Lo único que quiero es saber qué está pasando —dijo Wren, al tiempo que apoyaba la cabeza sobre la mesa.

Keira se quedó mirando la mesa, perdida en sus pensamientos.

Suspiré.

—Es lo que todas queremos.



—Tiene que haber más cámaras —dijo Keira.

Tras llevar a Wren a su cama, nos volvimos a juntar en mi habitación. La piel de los brazos y de la nuca se me había erizado. Me sentía confundida y mareada, sin saber si estábamos dejando que nuestra paranoia se apoderara de nosotras. Aquello debía ser lo que sentían los conspiracionistas: «¡Es peor de lo que podrías haberte imaginado!».

—Son diminutas —siguió Keira—. Pueden ser del tamaño de un alfiler. Las puedes poner donde se te antoje y se pueden comprar en Amazon, incluso. —Observó la habitación—. Si hemos encontrado una en el sótano, estoy segura de que hay más. Muchas más.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre cámaras de vigilancia? —inquirió Taylor.

—Bueno, es que veo programas de detectives y espías y sobre canguros psicópatas y todo ese rollo. Un día me dieron curiosidad las cámaras ocultas, así que las busqué. —Hizo un ademán hacia mi móvil—. ¿Me lo prestas un segundo?

—Claro. —Observé casi aturdida cómo encendía la linterna, apuntaba hacia arriba y escudriñaba el borde en el que la pared se unía con el techo.

—¿Y cómo son? —preguntó Taylor, retorciendo su collar alrededor de su dedo—. ¿Qué es lo que buscamos?

Keira iluminó debajo de la cama.

—Como os he dicho, pueden ser un simple puntito negro. Suelen venir con un cable pequeñito. —Se volvió a sentar—. Alex, ¿quieres que revisemos los cuadros?

—Vale. —Bajé el cuadro que tenía más cerca, y Keira lo iluminó con el móvil. La parte de atrás del marco pesado estaba cubierta con papel. Keira lo desgarró con las uñas.

Me quedé de piedra. Destruir las pertenencias de Roza hacía que todo aquello fuese más real. Pero no nos había dejado más remedio, ¿verdad? Keira y yo examinamos más cuadros al tiempo que Taylor abría los cajones de la mesita de noche.

—Echa un vistazo al reloj —le dijo Keira, señalando el reloj de pared que estaba colgado cerca al escritorio—. Busca agujeritos; la cámara tiene que poder enfocar hacia fuera. —Una vez que Taylor lo inspeccionó, Keira lo dejó en el suelo. Levantó la pierna enfundada en su bota y le dio un pisotón. El reloj soltó un sonido como si estuviese adolorido. Keira rebuscó en el montón de piezas y cristales rotos.

Taylor la observó, con expresión anonadada. Mi mirada se encontró con la suya y casi pude oír lo que me preguntaba: «¿No nos estaremos pasando?».

—A ver. —Keira alzó la mirada hacia nosotras—. Que no se os olvide: Roza nos

mintió y no ha llamado a la policía. Poppy ha desaparecido. Y sabemos que al menos hay una cámara de vigilancia. Tenemos que descubrir qué carajos está pasando aquí.

—Tienes razón —asentí, y me giré hacia la cómoda al tiempo que Taylor se encargaba del armario.

Una hora más tarde, mi habitación era un desastre. Habíamos quitado todos los cuadros y adornos de las paredes, vaciado cada cajón y buscado en los rincones de cada mueble. Taylor hasta se había subido al lomo de la butaca, mientras Keira y yo la sujetábamos, para examinar el candelabro.

Aun así, no habíamos encontrado nada.

Una sensación de alivio se extendió por mi cuerpo como si de tentáculos se tratase al tiempo que me dejaba caer sobre el suelo y apoyaba la espalda en la cama. Taylor estaba sentada al escritorio y tenía la mano apoyada en la barbilla. Keira estaba revisando el espejo de cuerpo completo por una segunda vez con su teléfono.

—Es que no tiene sentido —murmuró.

—Sí que lo tiene —repuso Taylor, frotándose los ojos—. Se nos ha ido la olla.

—¿Y la habitación que hay en el sótano? —le recordé.

—Pues ¿quién sabe? —Taylor hizo un ademán con las manos—. Quizás es una bodega de vinos con control de temperatura. Quizás es un búnker. O una caja fuerte gigante. Hay muchas posibilidades.

—Pero nos ha mentido sobre la policía —le dije—. Eso lo sabemos.

—¿Quién sabe? —repitió Taylor, con la mirada perdida en la nada y el rostro sin expresión—. Quizá la radio ya estaba rota y Roza nunca la arregló. Quizás está esperando que arreglen la línea del teléfono fijo para poder llamar. Y nos ha mentido para que no entrásemos en pánico.

Keira se sentó en el suelo, entre ambas, y apoyó la frente en las rodillas.

Una ola de ansiedad me cubrió entera. Si era cierto —si de verdad había una explicación razonable para todo lo que estaba pasando—, eso quería decir que Poppy de verdad estaba muerta.

Cerré los ojos y me llevé las manos a la cara para contener un lloriqueo. Estaba demasiado cansada como para ponerme a llorar. Solo que la palabra se repetía una y otra vez en mi mente: *Muerta, muerta, muerta*. Poppy estaba muerta. Sin importar cómo se llamase en realidad, cuál fuera su verdadera identidad, conocía sus ojos brillantes, su risa espontánea, su mente llena de energía. La esperanza tan ínfima que había tenido estaba desapareciendo, y en su lugar había dejado una angustia y una desesperación desoladoras.

Cuando abrí los ojos, Keira tenía la mirada clavada en Taylor, con una expresión

indescifrable. Quizás ella también lo estaba entendiendo todo: que, por mucho que nuestra mente se estuviese inventando historias —porque eso era lo que hacía nuestro cerebro de escritoras—, no íbamos a poder recuperar a Poppy. Que su cadáver de verdad estaría tirado en el bosque, congelado como si el tiempo no hubiese pasado, como una Bella Durmiente que jamás iba a despertar.

Solo que entonces Keira se puso de pie y le hizo un ademán a Taylor.

—Dame tu collar —le dijo.

—¿Cómo? —Tras un segundo, Taylor se lo quitó.

Keira dejó el collar sobre el escritorio y buscó un pisapapeles: un trozo grande y reluciente de amatista. Lo levantó por encima de su cabeza y entonces lo llevó hacia abajo. Pegué un bote por el ruido tan fuerte.

—Hostia —soltó Taylor en voz baja, al tiempo que yo me acercaba a ellas en el escritorio. La piedra le había abierto un gran agujero en el estómago al conejo.

«Son de oro de veintidós quilates, así que tened cuidado con ellos», nos había dicho Roza durante nuestra primera cena en Blackbriar. Sabía que el oro de verdad era pesado pero suave a la vez; mi madre me lo había contado mientras me mostraba las pocas joyas de oro que sus padres le habían dejado de su joyería. Y, sin importar lo mal que nos fuese económicamente, ella nunca las vendió.

Keira volvió a estampar la piedra una y otra vez. Unas astillas salieron volando del escritorio: aquello sí que no íbamos a poder arreglarlo, no íbamos a poder ponerlo como estaba. Tras un rato se detuvo, con la respiración entrecortada.

Al principio, lo único que pude ver fue que el colgante había pasado a ser un montón de oro aplastado, imposible de reconocer. Pero entonces Keira lo levantó y sacó algo de él.

El ojo de diamante del conejo colgaba de su cuenca, conectado a un cable diminuto y tan delgado como un cabello.

26

La decisión de quién debería inspeccionar la habitación de Roza se redujo a Taylor o a mí.

Wren estaba demasiado enferma. Keira se había ofrecido, pero Taylor creía que debía arreglar las cosas con Roza para que esta no sospechara. Y bajar a cenar sería un buen comienzo.

Estábamos sentadas en mi cama, con el móvil de Keira en medio de nosotras reproduciendo música pop a mucho volumen. Aunque nos costaba concentrarnos, Keira dijo que, si había otras cámaras —lo cual parecía algo seguro, por mucho que no hubiésemos conseguido encontrarlas—, teníamos que ocultar nuestra conversación.

¿Y si había otras cámaras? ¿Y si nos habían descubierto fisgoneando en el sótano, en la biblioteca o en el despacho?

—No nos ha pasado nada aún —nos dijo Keira por encima del ruido metálico e incesante de un bajo—. Creo que es posible que Roza no nos haya estado vigilando tanto. E, incluso si lo hace, no lleva su móvil a las cenas. De modo que no descubrirá que estamos entrando en su habitación mientras lo hacemos. Para cuando lo descubra, quizá ya hayamos descubierto la habitación secreta.

Nos habíamos centrado en eso. Ante la falta de verdad, y dada nuestra incapacidad para marcharnos, habíamos concentrado todos nuestros esfuerzos en la única pregunta que sabíamos que nos daría una respuesta: la habitación secreta.

Taylor se llevó una mano al pecho para tantear un collar que ya no se encontraba allí. Keira y yo habíamos enterrado los nuestros en el último rincón posible de nuestras maletas. No obstante, Taylor se había puesto el suyo día tras día; era obvio que ella era la más afectada.

O quizás… Una nueva idea se plantó en mi mente: ¿y si ella también formaba parte del plan? ¿Y si se había puesto el collar porque se suponía que debía transmitirle a Roza todo lo que podía?

O quizás… ¿Y si era Keira? ¿Y si era ella quien debía perturbar un poco las cosas al discutir con Roza? ¿No había sido sospechoso que supiese cómo forzar una cerradura y buscar cámaras ocultas?

Aquellas nuevas incertidumbres me hicieron sentir nerviosa y acalorada, como si me

hubiese quemado el cuerpo entero bajo el sol. Solo que nada era lo que parecía en Blackbriar. Hasta donde sabía, Wren y yo éramos las únicas que no éramos parte de todo aquel *reality* retorcido de Roza.

Me embargó una nueva sensación de determinación. Wren estaba fuera de combate. Si alguien iba a resolver aquel misterio, tendría que ser yo.

—Iré yo.

Ambas se giraron hacia mí.

—Ya me encargo yo de la habitación de Roza —añadí.

—¿Estás segura? —me preguntó Taylor, con el ceño fruncido.

—Sí. —Intenté sonreírle—. Guardadme algo para cenar.

Una vez que ideamos un plan, Keira y Taylor volvieron a sus habitaciones. Acordamos que todas debíamos intentar escribir —incluso Keira— para guardar las apariencias tanto como fuera posible. Mi nuevo recelo se extendía hacia Keira y Taylor, de modo que tenía que guardar las apariencias también con ellas.

Y me dolía. Solo llevaba poco más de dos semanas y media en aquella casa, pero me parecía como si hubiese conocido a Keira y a Taylor desde hacía muchísimo más tiempo. Había conectado con ambas. O, al menos, había creído que había sido así. Los últimos días habían hecho que viera todo de un modo diferente y ambiguo.

Abrí mi portátil, sin tener demasiadas esperanzas. No obstante, en cuanto mis dedos tocaron las teclas, las palabras empezaron a fluir.

Dos horas después, Taylor entró en mi habitación como si nada.

—¡Hola! ¿Lista para la cena?

—No me encuentro bien. —Aquel era el plan: actuar tanto como fuese posible, por si nos estaban vigilando—. De hecho, tengo un poco de náuseas.

—Ay, qué pena. —Taylor se apoyó en el borde de mi escritorio y me guiñó un ojo—. Se lo comentaré a Roza.

—Gracias. —Me obligué a sonreír.

—Oye… —Taylor estiró una mano hacia abajo—. ¿Dónde encontraste esto? Lo estaba buscando.

Tomó un tubito de bálsamo labial, el que había encontrado en el sótano.

—Oh. —Me apresuré a pensar en algo—. Estaba en el comedor, perdona. Olvidé devolvértelo.

—No pasa nada. —Lo abrió y se lo pasó por los labios—. Es que se me secan mucho en invierno.

Me la quedé mirando mientras se dirigía hacia la puerta.

—Ponte buena —dijo, al tiempo que se giraba y me ofrecía una sonrisa.



Habíamos decidido que les daría unos diez minutos para que empezaran a cenar, y, durante ese tiempo, me quedé con la vista clavada en la ventana, pensando.

¿Habría estado Taylor conmigo esa noche? ¿Era posible que no hubiese alucinado un encuentro sexual, sino que de hecho nos hubiésemos liado?

Recordé aquel momento que habíamos tenido en la cama, hacía días, cuando habíamos compartido un plato de queso. Habíamos tenido unos cuantos segundos de contacto visual de lo más intenso. Yo había sentido algo en aquel momento, una especie de atracción, y aquello me había espantado, hasta el límite de apartar completamente aquellos pensamientos de mi mente. De modo que a lo mejor no fuera descabellado pensar que nos hubiésemos sentido atraídas la una por la otra cuando habíamos estado bajo el efecto de las drogas.

Solo que ¿por qué no habría dicho nada? ¿Habría estado haciendo lo que yo había hecho? ¿Acaso habría estado tan drogada como yo?

También había otras posibilidades. Taylor podría haber perdido su bálsamo labial durante el juego de historias de miedo. O podría haber bajado al sótano en cualquier otro momento, pues no teníamos prohibido explorar la mansión.

Solté un largo suspiro antes de revisar mi móvil y salir de la habitación. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Y aquello era lo que pasaba en esa casa: cada vez más, las gruesas paredes de la realidad se derrumbaban y te dejaban sola y abandonada en medio de una neblina confusa.



Casi esperaba que la puerta color rojo sangre de Roza estuviese cerrada con llave, pero esta se abrió con facilidad cuando lo intenté. El corto vestíbulo estaba a oscuras, aunque, un poco más allá, las luces estaban encendidas. Ya había estado en aquella habitación dos veces durante mis sesiones con Roza, solo que era diferente en aquella ocasión, pues estaba sola. Los nervios se apoderaron de mí.

Concéntrate. No tienes mucho tiempo.

Habíamos decidido que no debía quedarme en la habitación más de veinte minutos, en caso de que Roza se enfadara por algo durante la cena y se marchara. Iban a hacer todo lo posible para mantenerla allí, pero no podían asegurarme nada. Y no había forma de que me enviaran un mensaje para advertirme si se iba del comedor.

—Vale —me dije a mí misma. Mi objetivo principal era encontrar un pasadizo secreto, por muy descabellado que pudiera parecer. Y, si había uno, tenía que estar en una pared sin ventana o en el suelo.

Inspeccioné el saloncito primero y me quedé lo que pareció una eternidad buscando alrededor de la chimenea. Presioné piedras al azar y examiné el lugar en el que daba contra la pared. Levanté la moqueta oriental, pero el suelo parecía sólido.

Estaba devolviendo la segunda butaca a su sitio sobre la moqueta cuando la puerta chirrió al abrirse. Presa del pánico, me agaché. Dada la cadencia de las pisadas, supe que era Yana.

Si se acercaba a aquella parte de la habitación, iba a verme.

Un miedo metálico me subió por la garganta. Por alguna razón, que me descubriera Yana era peor que si me descubría Roza. No sabía qué esperar de Yana. Una imagen de lo más vívida llegó a mi mente: Yana descubriéndome, avanzando a grandes zancadas y rodeándome el cuello con las manos con su expresión distante de siempre.

Giró hacia la derecha, hacia la habitación de Roza, mientras musitaba para sí misma. Cuando me pareció que estaba lo bastante lejos, me asomé por encima de la butaca. La ventana más cercana tenía unas cortinas rojas y gruesas. Me acerqué de puntillas y me escondí detrás de ellas.

Yana volvió hacia el saloncito y se dirigió directo hacia la chimenea. Varias copas vacías tintinearon al juntarse. Intenté descifrar lo que estaba musitando entre dientes, pero hablaba en ruso.

Tras un rato, se marchó y dio un portazo a sus espaldas.

Solté un suspiro, aliviada, y saqué el móvil. Había estado allí durante quince minutos y debía seguir buscando. Me apresuré hacia la habitación. Aquella parte me sentó mal, pues estaba invadiendo la privacidad de Roza. Recordé la primera noche del retiro y cómo me había quedado de pie fuera de su puerta, oyendo cómo llegaba al orgasmo. Sí que debía haber gritado si había podido oírla desde el pasillo.

Concéntrate. Empecé con el mismo proceso: inspeccioné detrás de la cama y luego a los lados. Mientras revisaba debajo de la cama, iluminándolo todo con la linterna de mi teléfono, una pregunta empezó a molestarme: *Pero ¿qué estás haciendo?*

La pregunta me hizo recordar a mi madre, mirándome con una expresión entre la sorpresa y el desprecio. Su perspectiva imaginaria de pronto me hizo sentir absurda.

¿Estás buscando un pasadizo secreto? ¿Cuántos años tienes, ocho?

Un sollozo frustrado se me quedó atascado en la garganta. Sí que era una locura. Lo más probable era que la habitación secreta tuviese una explicación racional. E, incluso si había algún otro modo de entrar en ella, podría estar en cualquier parte.

¿Cuándo pensabas dejarte de tonterías detectivescas y simplemente preguntárselo a Roza?

Mi madre era realista; siempre ponía los ojos en blanco cuando se encontraba los libros de fantasía y ciencia ficción que dejaba en casa por doquier. Las pocas veces que yo le había dado alguna de mis historias —muerta de vergüenza— para que las leyera, ella se había deleitado señalando todas las improbabilidades. «Esto de aquí no pasaría ni en un millón de años». Así que a los diez años había aprendido a no compartir con ella lo que escribía.

Me planté frente al enorme armario de dos puertas que ocupaba prácticamente toda la pared. Las puertas estaban abiertas y dejaban ver seda, encaje y prendas tejidas de todos los colores. La ansiedad me retorció las entrañas. El problema de ir y preguntárselo a Roza era que eso acabaría con la fantasía. Quizá Keira, Taylor y yo habíamos elucubrado una historia para mantener a Poppy —o Zoe, tenía que empezar a recordarlo— con vida. Hacerla parte de un plan malvado, con Roza al mando, era sin duda preferible a la alternativa.

Hice a un lado la ropa de Roza y me puse a tantear la pared al fondo del armario. Mis dedos rozaron una madera lisa. Un nuevo plan se estaba formando en mi mente: tras investigar en aquel lugar, iría directo al comedor. Había llegado la hora de sacar todo aquello al fresco, de darle a Roza una oportunidad de desmontar nuestras teorías. Y, si lo hacía, tendríamos que aceptarlo. Tendríamos que reconocer que Zoe había muerto.

Sin pensarlo, pasé a revisar el siguiente armario. Una fila de abrigos de piel me esperaba dentro, caros y elegantes. Aparté dos de ellos hacia un lado y me estiré hacia el fondo del armario.

Y casi me caí.

Me enderecé, recuperando el aliento. Con más cuidado, extendí una mano. ¿Habría calculado mal la distancia?

No. El armario no tenía fondo. Y, lo que era más extraño aún, podía notar una ligera brisa que provenía desde detrás de las pieles.

Con una mano temblorosa, alcé la luz de mi móvil. Justo detrás de las pieles había una puerta, de medio metro de ancho y metro y medio de alto. Más allá de ella, un pasillo se extendía hacia la oscuridad y me resultaba imposible saber cuán largo era.

Me apoyé contra la puerta del armario, sin poder creer lo que veía.

—Vale —dije, en voz alta. Me había quedado sin palabras. Era como creer en la magia a medias y luego darte cuenta de que estabas levitando sobre el suelo.

Había estado buscando un pasadizo secreto y lo había encontrado.

Solo que lo único que quería hacer en aquel momento era volver corriendo a mi habitación y cerrar la puerta con llave.

Una sensación de miedo se apoderó de mi cuerpo y me abrazó tan fuerte que hizo que me retorciera.

Puedes irte, me recordé a mí misma. Podía mentir y decir que no había encontrado nada. Aquello era lo que las demás estaban esperando escuchar, de todos modos.

Sin embargo, eso no iba a pasar. Porque tenía que saber qué estaba ocurriendo.

Me obligué a enderezarme.

Además, yo no mentía. Quizá ni siquiera fuera una cobarde, por mucho que, muy en el fondo, siempre hubiese estado convencida de que sí lo era.

Me preparé. Aparté las pieles hacia un lado y me adentré en el armario.

27

Casi esperaba no encontrar nada más allá de la pequeña entrada; solo un espacio vacío por que el que me caería como Alice por la madriguera del conejo. Solo que, al cruzar la entrada, había un pasadizo delineado con tablones de madera. Olía a cedro, intenso y picante.

El pasadizo seguía durante unos cinco o seis metros y acababa en una pared alejada. También había alguna especie de aparato metálico al final. Me acerqué a él, algo mareada.

El aparato de metal era una escalera en espiral que se retorcía hacia abajo, fuera de la vista. Le hice una foto con el *flash* puesto y luego vacilé. Si bien me encantaban las películas de miedo, siempre había culpado a los protagonistas —en su mayoría mujeres — por hacer caso omiso de todas las señales de peligro inminente. ¿Iba a hacer yo lo mismo? Conforme me lo pensaba, empecé a bajar por los escalones que crujían.

Intenté averiguar dónde estaba: debía estar descendiendo por la biblioteca de techos altos, a través de aquella columna cubierta de libros. Las paredes de madera no dejaban mucho espacio más allá de la escalera desvencijada, e intenté no pensar demasiado en la sensación de claustrofobia que me estaba inundando. Los muslos me empezaron a doler debido a la bajada tan escarpada.

Finalmente, apoyé los pies sobre un suelo de cemento. Hacía muchísimo frío. *Tendría que haberme traído uno de esos abrigos de piel*, pensé, y contuve una risita de lo más inapropiada. Aquel pasadizo estaba hecho de cemento y acababa unos cinco metros más allá, en una puerta negra metálica.

Avancé sobre un pequeño desagüe y comencé a temblar, sin saber si era por el miedo o por el frío. El pasadizo de madera me había parecido más agradable, como una travesura en secreto, y al menos parte del mundo de los humanos. El cemento ya era otra cosa: frío y similar a una cueva, un lugar con desagües en el suelo para poder limpiar la sangre.

No entres en pánico. Me acerqué a la puerta y vi que había otro teclado en la pared que tenía al lado.

Así que hasta allí llegaba yo, entonces. El alivio se extendió desde mis hombros. No tenía el código, así que solo podía llegar hasta ese lugar. No tendría que ver los horrores

que se ocultaban más allá.

Solo que entonces lo vi: la puerta no estaba cerrada del todo. Tenía una abertura diminuta de apenas un centímetro o dos antes de alcanzar el marco, y había luz al otro lado. Me aferré al pomo, y la puerta se abrió de par en par. Era demasiado fácil, ¿no?

Pero no importaba. Ya había avanzado demasiado como para detenerme. Una inevitabilidad resignada se asentó en mi interior cuando crucé la puerta.

La luz fue tan brillante tras la oscuridad del pasillo que tuve que cubrirme los ojos al entrar y parpadear para acostumbrarme al cambio. Estaba en una pequeña salita. Hacia la derecha, una fila de monitores de pantalla plana colgaba sobre un escritorio. Parecía la oficina de seguridad de una tienda o un hotel. Me acerqué en silencio. Unos movimientos diminutos me llamaron la atención hacia las pantallas en blanco y negro: Chitra, que iba de la nevera a los fogones en la cocina. Las demás, girándose en el comedor y centrando su atención en Taylor, quien agitaba los brazos de forma dramática. Me acerqué un poco y no pude evitar tropezar, lo que hizo que tocara la pantalla por accidente. El sonido llenó la sala.

—¡Que no es broma! —La voz de Taylor resonó alta en mis oídos—. ¿Habéis visto lo que un tipo que se ha metido metanfetaminas se hace a sí mismo? La última vez que…

Volví a darle un toquecito a la pantalla, y el sonido desapareció. Revisé los demás monitores para ver dónde estaba Yana. La encontré en lo que parecía ser su propia habitación, tumbada sobre su cama sin moverse y con la mirada clavada en el techo.

El terror me cerró la garganta cuando contemplé nuestras habitaciones —¡y nuestros baños!— todas ordenaditas en una fila. Roza nos había estado observando todo ese tiempo, incluso mientras nos duchábamos e íbamos al baño. Las cámaras enfocaban desde arriba, así que debían estar instaladas en los candelabros y los apliques de luz.

Ni a Keira, ni a Taylor ni a mí se nos había ocurrido buscar en el baño. Habíamos asumido que Roza no llegaría a aquellos extremos.

Saqué el teléfono y empecé a hacer fotos, intentando que las manos me dejaran de temblar. Me había preparado para un juego. Para que nos vigilaran, incluso. Pero aquello era otra cosa. No había forma de que Roza pudiera salirse con la suya si aquello se sabía fuera de Blackbriar.

Me obligué a escanear los monitores una vez más, con la esperanza de hallar una habitación secreta en la que estuviera Zoe. Solo que no vi a nadie más. Desolada, me di la vuelta.

Y entonces me quedé de piedra.

Había otro escritorio frente al primero. Aquel solo tenía un monitor, más pequeño que los otros. Me acerqué y deseé que la imagen no revelara lo que estaba viendo.

La cámara, que grababa desde una esquina superior, mostraba un colchón pequeño y un inodoro en lo que parecía ser una gran celda.

Algo se movió. Era Zoe, que se estaba incorporando sobre el colchón. Se rodeó las piernas con los brazos y se quedó con la mirada perdida en el infinito.

¡Era Zoe! ¡Zoe estaba viva! El alivio que me inundó fue tan intenso que la cabeza me dio vueltas. Pero, incluso mientras los ojos se me llenaban de lágrimas, comprender lo que aquello significaba hizo que tuviera que tragarme el sollozo de alegría.

Sí que había una habitación secreta, y había resultado ser un *calabozo*.

—Vale —dije, enderezándome y buscando en derredor. Tenía que llegar hasta donde estaba. En el otro extremo de la sala de vigilancia había otra puerta. Corrí hacia ella y apenas me detuve antes de abrirla de un empujón.

Y allí estaba: una celda bastante amplia y rodeada por unos barrotes de hierro. Zoe no había alzado la vista al oírme abrir la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunté, y me detuve un milisegundo solo para asegurarme de que la puerta se mantuviera abierta antes de correr hacia ella. Zoe se levantó de un salto y se lanzó contra los barrotes. Le aferré las manos con las mías y noté que las tenía heladas. Podía olerla: sudor combinado con un aroma metálico a miedo.

—Alex. —Sus ojos se abrieron como platos y su voz sonó frenética—. Por Dios, Alex, ayúdame. Tienes que buscar ayuda. —Tenía el rostro muy pálido, manchado con algo de tierra, y su pelo rubio estaba grasoso. Llevaba puesto el vestido rojo que había tenido en la fiesta de San Valentín la noche en la que había desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —exclamé—. ¿Roza te ha hecho esto? —Retrocedí un paso y observé los barrotes hasta que encontré un nuevo teclado.

—Alex. —Bajó la voz, en un tono incluso más decidido—. Tienes que irte. Busca las llaves de su coche y conduce hasta que tengas cobertura o hasta que llegues al convento. Llama a la policía. Tienes que… —Sus ojos, que se habían mantenido fijos en los míos, se movieron hacia mi hombro izquierdo—. ¡Cuidado! —chilló, pero fue demasiado tarde.

Algo se me clavó en la nuca, como el aguijón de una abeja.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, todo se volvió negro.

28

Me desperté de golpe.

Algo no encajaba. No estaba en mi cama, acomodada sobre el lujoso colchón y rodeada de unas sábanas de seda. Estaba tumbada sobre un palé de *camping* tan delgado que podía notar el frío que irradiaba del suelo de cemento. Parpadeé para acostumbrarme a las luces fluorescentes y brillantes. Me incorporé poco a poco hasta sentarme y noté que un dolor de cabeza se anunciaba desde detrás de mi ojo derecho.

Todo empezó a aclararse. Los sucesos de la última hora fueron llegando hasta mí: la habitación de Roza, su armario, el pasadizo secreto…

El calabozo.

Zoe se encontraba hecha un ovillo en un edredón con manchas amarillas, unos metros más allá.

—Ey. —Me aclaré la garganta—. ¿Zoe? —No se movió. ¿La habrían drogado a ella también? Me puse de pie muy despacio, con el aire frío rodeándome como si fuese mi propia manta, y recorrí el perímetro de la celda rectangular. El techo de cemento era bajo, y tuve que encorvarme un poco al andar. En la esquina del fondo había un retrete portátil que emanaba un fuerte olor a orina.

Al otro lado de los barrotes, había un espacio pequeño en el que la gente podía quedarse y pasar un rato con los encarcelados, como si fuese un pintoresco recibidor. En la esquina superior de esa zona relucía el objetivo de una cámara, y, bajo ella, había un altavoz cuadrado y de color blanco. Cerca de la puerta había un enchufe que sobresalía de la pared de cemento. Y, en el extremo más alejado de la sala, frente a la sala de control, había otra puerta de metal en la pared. Aquella tenía que ser la puerta secreta que daba al sótano.

—Alex. —Zoe se estaba incorporando—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —No sabía si eran los efectos secundarios de la droga que me habían metido en el cuerpo o si solo se trataba de la conmoción, pero casi no sentía nada—. Estoy… asimilándolo todo. ¿De verdad alguien me ha inyectado algo para hacerme perder el conocimiento? ¿Quién ha sido?

—No sé. —Se pasó una mano por la cara y se dejó una mancha de suciedad en ella—. Siempre llevan pasamontañas. No sé si se trata de una persona o de más de una. Son de

estatura y complexión similar.

Aparté aquella horrible imagen de mi cabeza. Si dejaba que mi mente se centrara en eso, terminaría en el suelo hecha un ovillo. Así que respiré hondo unas cuantas veces.

—¿A ti también te han drogado? —Me senté con cuidado sobre el edredón, a su lado.

—No, me he desmayado y ya. Cada vez me pasa más seguido. —Se apartó su cabello grasiento de la cara—. El tiempo no pasa aquí. Nunca apagan las luces, así que he estado durmiendo a cualquier hora. Ni siquiera sé cuántos días llevo aquí.

—Tres —le dije.

Asintió.

—Creía que serían más. El tiempo se alarga mucho cuando no tienes nada que hacer.

—Zoe. —Hice una pausa—. Te llamas Zoe, ¿verdad?

—Sí —contestó, apoyando la barbilla sobre su mano. Sus ojeras estaban tan marcadas que parecían círculos negros en su piel. La recordé durante el primer día: animada, guapa y con una voz que se hacía notar. Sin embargo, en aquel momento parecía demacrada y esquelética.

—Creíamos que habías muerto —le dije—. Pensamos que habías salido de la casa, ya fuera dormida o bajo el efecto de las drogas. La puerta estaba abierta y había huellas.

—Anda, qué lista —dijo, ladeando la cabeza—. Pero no, no salí de casa. —Se me quedó mirando—. ¿Cómo me has encontrado?

—Descubrí el teclado. Nos dimos cuenta de que debía haber una sala aquí. He rebuscado por la habitación de Roza para ver si había algún modo de llegar desde allí y… —Sentí un pinchazo de vergüenza—. Creía que tú también podrías estar involucrada, la verdad. Que era alguna especie de jugarreta.

Zoe soltó un resoplido.

—Puede que sea un juego para Roza, pero sin duda no lo es para mí. —Al estar sucia y llena de furia, parecía una especie de hermana gemela salvaje de Poppy.

—Entonces, ¿quién eres? —quise saber—. Vimos tu carné. Y el libro que estabas copiando.

—¿No habéis llamado a la policía? —me contestó, sin apartar la mirada.

—Lo intentamos —le dije—. Keira y yo quisimos usar la radio, pero estaba rota. Nos dimos cuenta de que había cámaras y hablamos sobre marcharnos, aunque no supimos cómo hacerlo. Roza nos dijo que no habían despejado las carreteras aún. Y sea eso cierto o no, la entrada sigue cubierta como por un metro de nieve. —Las palabras se escaparon de mi boca apresuradas, como si me estuviese confesando—. Nos enteramos de que había una moto de nieve y tendríamos que haberla usado, pero… como te he dicho, creíamos que eras parte de esto. Queríamos llegar a la sala secreta primero. No nos

habíamos imaginado que… —Hice un ademán para señalar lo que nos rodeaba.

—Ya, tiene sentido. —Se rascó una pierna, sin rastro de su tono molesto o exasperado.

—¿Y… qué pasó? ¿Por qué te han encerrado aquí?

Zoe se cubrió las piernas con el edredón.

—Me pescaron en la sala de control. Me desmayé frente a los monitores. Asumo que pensaron que había visto demasiado.

—¿Sobre que Roza nos está espiando?

—Sí. Aún no sé si saben quién soy en realidad. Si lo saben, no me dejarán ir nunca. Tenemos el mismo apellido.

—¿El mismo apellido que quién?

—Que mi tía. —Zoe apoyó la barbilla sobre las rodillas, aparentemente agotada—. Roza mató a mi tía.

—Roza mató a tu tía —repetí, y las palabras me sonaron absurdas—. Pero ¿cómo? ¿por qué?

—Mi tía Lucy escribió *La rosa del león* —me contó Zoe—. Roza se la robó y la publicó como si fuese suya.

Aquello me dejó sin palabras. *La rosa del león* era la novela en la que una jardinera que tenía VIH había contraído el sida y cuyo jardín era lo que la mantenía con vida.

—Me enteré de lo del libro porque Lucy había estado trabajando en esa historia durante años —siguió contándome—. Su mejor amiga murió por culpa del sida en los ochenta; contrajo VIH de su marido, quien se estaba acostando a escondidas con otros hombres. Y bueno, Lucy y yo éramos muy cercanas, y yo también era escritora, así que ella me pasaba fragmentos para que los leyera. No se los mostraba a nadie más, solo a mí. Así que cuando murió y su amiga famosa publicó su nueva novela menos de un año después de su muerte y era su historia… Yo fui la única que supo lo que había pasado.

Tenía muchísimas preguntas para hacerle, pero me las arreglé para escoger una.

—¿Y cómo se conocían? Lucy y Roza.

—Lucy era la asistente del editor de Roza. Supongo que se cayeron bien, así que Lucy se encargaba de mostrarle la ciudad a Roza cuando estaba en Nueva York. Ambas tenían unos veinte años o así. En algún momento Lucy le debió haber mostrado lo que estaba escribiendo a Roza, y la historia fue tan buena que tuvo que matarla por ella.

Tragué en seco y noté un nudo en la garganta.

—¿Cómo la mató?

—Hizo que pareciera una sobredosis —dijo Zoe, sin mayor emoción—. La gente se lo creyó porque Lucy había sufrido de adicción. Solo que para entonces llevaba años sin consumir nada. Y sí, a veces se deprimía un poco, pero nunca habría vuelto a consumir.

—Pero ¿cómo podría haber hecho Roza algo así? —quise saber—. Fingir una sobredosis.

—No estoy segura. —Zoe se encogió de hombros—. Asumo que se quedó a dormir con ella y simplemente le inyectó algo cuando estaba durmiendo. La encontraron sola en su piso.

—Ay, madre. —Parecía que estábamos hablando de un programa de televisión. No podía ser real lo que me estaba contando.

—Cuando publicó el libro, me volví loca, como te podrás imaginar. Solo que no tenía ninguna prueba. Lucy siempre imprimía fragmentos y yo se los corregía y se los devolvía. Así que, cuando fui a contárselo a mi padre, el hermano de Lucy, él pensó que se me había ido la olla por la tristeza. Mis amigas me creyeron, pero no podían hacer nada al respecto, claro. Teníamos como quince años o así. Incluso mi profesora favorita pensó que estaba alucinándolo todo. Y entonces… —Zoe esbozó una sonrisa carente de humor— empecé a mandarle correos a periodistas. Claro que, cuando se enteraron de qué edad tenía, se esfumaron. Imaginaron que era una adolescente chiflada que vivía en el quinto infierno y estaba desesperada por un poco de atención.

—Qué horrible. —Mi cerebro evaluó toda aquella nueva información. ¿Podría Roza haber asesinado a alguien de verdad? Parecía un exceso. Y, quién sabe, a lo mejor Lucy sí que había muerto por una sobredosis y Zoe simplemente no había sido capaz de procesarlo.

Aunque bueno, Zoe y yo estábamos encerradas en el calabozo de Roza en aquel preciso instante. Así que quizás era yo la que tenía problemas para procesar las cosas.

—Así que me decidí a esperar —continuó Zoe—. Sabía que Roza iba a meter la pata en algún momento. Lucy me había contado unas cuantas cosas extrañas sobre ella, en especial al final, cuando empezó a darse cuenta del tipo de persona que era Roza en realidad. Me contó que tenía una asistente que estaba enamorada de ella, que se había obsesionado con ella. —Se encogió de hombros—. Yana.

—¿Yana? —Me costaba imaginar, con lo fría que era, que Yana pudiese obsesionarse con alguien.

—Y también me contó sobre esto —dijo, haciendo un ademán en derredor—. Lucy visitó a Roza cuando esta compró Blackbriar. Tardó mucho en remodelarlo, aunque le mostró la vieja mansión a Lucy. Estaba muy emocionada por la sala y el pasadizo secreto. Al parecer bromeaba sobre usarlo como una fábrica de escritura en secreto, para obligar a jóvenes a escribir historias una tras otra.

Las palabras que Zoe iba pronunciando con voz monótona hicieron que me recorriera un escalofrío.

—Así que, aunque nadie me creyó, no me rendí. Le seguí la pista a Roza, leí todos los artículos que publicaban sobre ella en revistas y que había en la biblioteca. Hubo muchos de ellos después de que apareciera *La rosa del león*. A nadie le había gustado *Lady X*, pero a todos les encantó *La rosa del león*. Y conforme seguía publicando más y más libros, como *La estrella polar* y *La doncella de rosa*, sabía que era imposible que ella los hubiese escrito. Seguí esperando algo, alguna noticia que la expusiera, pero ella continuaba saliéndose con la suya. —Soltó un suspiro—. Diez años después de la muerte de Lucy, Roza se gastó un pastizal en remodelar Blackbriar. También leí todos los artículos al respecto. Y ninguno mencionaba la sala o el pasadizo secreto. ¿No te parece que eso sería algo interesante que contarles a los periodistas? Solo que Roza no se lo contó a nadie. —Empezó a juguetear con el edredón, con la mirada perdida en el infinito—. No importaba. Para entonces ya me había dado cuenta de que debía superarlo. Podía seguir todas las noticias sobre Roza, pero aquello no iba a cambiar nada. Tenía veintitantos y seguía viviendo en casa de mi padre. Había desperdiciado toda mi energía y mi concentración durante años. Así que volví a la universidad, me gradué e intenté tener una vida normal. Encontré trabajo, me casé y me divorcié. Aunque eso último fue duro, sin contar eso, no me iba tan mal. Ya ni siquiera pensaba en Roza. Hasta que… —Las comisuras de sus labios se alzaron un poquito—. Nunca he sido una persona espiritual, no después de la muerte de Lucy. Solo que, cuando me llegó ese mensaje, hizo que lo reconsiderara todo. Parecía demasiada coincidencia.

—¿Qué mensaje? —Me había sumergido del todo en la historia y podía imaginar a Zoe de pie en medio de su cocina llena de luz y yendo a por su móvil.

—Habían aceptado a la hija de mi amiga, que estaba estudiando en Atlanta, en el retiro. —Zoe se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos, como si estuviese recibiendo la noticia de nuevo—. ¿Te lo puedes creer? Y aquella era una de mis mejores amigas del instituto. Ella sabía la verdad sobre Roza. Y no pensaba dejar que su hija fuese a ese retiro. No pensaba dejar que su hija pasara un mes con una asesina. Así que tuve que decidir qué hacer con aquella información. Sabía que una oportunidad como esa solo llegaba una vez en la vida. Así que tenía que ir. Si podía engañarlos y que pensaran que yo era Poppy, podría entrar a Blackbriar. Podría husmear un poco y encontrar la habitación secreta. Y daría con algo, alguna prueba para mostrarle a la gente lo que Roza es en realidad: una estafadora que ha asesinado al menos a una persona y que ha estado robando las historias de otras personas durante toda su carrera profesional. Sabía que, si me las arreglaba para entrar, podría acabar con ella.

Había aferrado el edredón en su puño izquierdo y en aquel momento lo soltó.

—Así que convencí a Poppy para que me dejara ir en su lugar. Le pagué más de lo

que me podía permitir. Me teñí el pelo e intenté descubrir cómo maquillarme y cómo vestirme para parecer una chica de veintiocho años de Atlanta que trabajase en relaciones públicas. Me hice con un libro sin publicar que pudiese copiar, de una amiga que trabaja en una librería. Y me presenté aquí. —Zoe se encogió de hombros—. Y funcionó. Fue más fácil de lo que pensé. Wren, y todas vosotras, vaya, me creísteis. O sea, ¿quién iba a rechazar una oportunidad para conocer a la gran Roza Vallo?

Ambas nos quedamos en silencio. La historia había hecho que la cabeza me diera vueltas.

—Entonces, Roza no escribió ninguno de sus libros —dije, al final, y noté los labios adormecidos.

—No, solo *Lady X*.

—Pero… —No podía procesarlo—. No puede ser cierto. Roza escribió…

—El único libro que escribió fue *Lady X* —repitió Zoe—. El que fue un asco total. Todos los demás son de otras personas. Llegué a contratar a un perito calígrafo para que analizara los libros, y me lo confirmó. Roza editó los libros para hacer que se parecieran un poco entre sí. Pero todos los escribieron personas distintas.

—¿Incluso *La lengua del diablo*? —Me embargó una indignación repentina. Una sensación de furia, de haber sido estafada con mi propia pasión por escribir.

Zoe se me quedó mirando, confusa.

—Ese lo escribió Mila. Su amiga que supuestamente se enfermó. Roza la envenenó.

—Madre mía. —Dejé caer la cabeza entre las manos cuando de pronto me entraron náuseas.

—Creía que lo sabías. —Zoe parecía sorprendida—. O al menos que lo sospechabas. Contaste esa historia de miedo la noche en que jugamos. Sobre la chica que mató a su amiga.

—¿Ah, sí? —No lo recordaba, pero entonces las palabras comenzaron a llegarme desde lejos, como en un sueño. «Había una vez una chica que tenía una mejor amiga. Lo hacían todo juntas. Pasaban el rato, iban a la librería, les hacían trastadas a sus familias. Solo que, un día, una de las chicas trató muy mal a la otra, así que esta decidió matarla...».

—Creía que al menos debías sospechar algo. Y que estabas intentando ver cómo reaccionaba Roza. —Parpadeó, confundida—. Por eso intenté arrastrarte conmigo al sótano cuando nos drogó. Sé que no me expliqué muy bien.

—No, no tenía ni idea. —Ni siquiera había pensado en aquella historia tras haberla contado; había estado demasiado perturbada tras el susto que me había llevado en el sótano. ¿Acaso una parte de mi subconsciente lo había adivinado? ¿Me habría estado

intentando enviar un mensaje que había sido demasiado estúpida como para entender?

»Entonces, lo de ser sonámbula… ¿era mentira? —Me parecía importantísimo comprender todo lo que había pasado.

—Pensé que sería una buena excusa si alguien me veía husmeando por ahí. —Esbozó una sonrisa triste—. Casi te lo conté todo cuando me encontraste. Pero aún no podía confiar en ti por completo. Pensé que podrías ser una amiga de Roza que ella hubiese colado en el retiro. Solo que, cuando Roza nos drogó, bajé un poco la guardia. No estaba en mi sano juicio.

—Por el LSD.

—Sí, claro. Y por el Rohypnol.

—¿El qué? —exclamé—. ¿Roza nos metió un sedante?

—Estoy casi segura de que sí —dijo, frotándose la frente—. He probado LSD antes y no me sentí así. Apenas recuerdo haberte llevado al sótano. Creo que estaba sola cuando encontré el teclado, no tengo ni idea de cómo me las arreglé para recordar el código en ese estado.

—¿Y cómo supiste el código? —quise saber.

—Lucy me contó cuál era el código de la caja fuerte de Roza en su piso en Nueva York. La conmovió en un principio, era el día en que Mila murió. —Hizo un mohín—. Ahora sabemos lo retorcida que es.

—Así que era el mismo código. Y entraste.

—Sí, por ahí. —Señaló la puerta que daba hacia el sótano—. Entré, pasé por al lado de la celda y me metí en la sala de control. Apenas recuerdo haberme sentado y haber observado los monitores. Entonces me desmayé y me desperté aquí dentro. —La recorrió un escalofrío y se abrazó un poco a sí misma. Yo le pasé un brazo por los hombros.

»Voy a morir aquí abajo —dijo, en una voz monótona.

—Claro que no —repuse, de forma automática, mientras mi cerebro seguía procesando toda la nueva información que había recibido.

Se secó las lágrimas que habían empezado a resbalar por sus mejillas.

—Zoe —la llamé—. Roza no mata gente porque sí.

—Es una *psicópata* —señaló, antes de sorberse la nariz—. Y ya debe saber quién soy en realidad.

—No lo sabe. Nosotras encontramos tu carné, pero no se lo contamos.

—Pero nos estaba vigilando —repuso, convencida.

—Quizá no. Quizá no se dio cuenta.

—Siempre nos está vigilando —insistió—. Además, sabe que pude entrar aquí. ¿Cómo

iba a saber el código, si no?

—No sé. —Cerré los ojos por un segundo. Las preguntas eran demasiado complicadas —. Tal vez no vio eso tampoco. Y haya pensado que se dejaron la puerta abierta y te metiste a curiosear.

—No, lo ha visto. Lo ha visto todo. ¿Qué crees que hace todo el tiempo? —Zoe se apartó para mirarme a los ojos, incrédula—. No está escribiendo, Alex. Todo este retiro ha sido una trampa para encerraros aquí dentro y robaros vuestros libros.

El terror me invadió el pecho. Las oraciones se rompieron a cachitos y las palabras repiquetearon en mi mente como en una máquina de *pinball*: *Trampa. Encerraros. Robaros*.

Oímos un crujido desde la puerta de la sala de control. Zoe y yo nos tensamos y nos aferramos la una a la otra cuando la puerta se abrió de golpe.

Solo que no había dónde escondernos.

29

—¿Qué carajos es esto? —Keira fue la primera en entrar y en encaminarse hacia los barrotes—. ¿Estáis bien? —preguntó, con voz aguda y preocupada.

Taylor la siguió, con los ojos abiertos como platos, y tras ella entró Wren. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos. Parecía muy enferma.

—Chicas —exclamó Zoe al ponerse de pie de un salto, y su voz fue un siseo desesperado—. Tenéis que ir a buscar ayuda. Ahora mismo. —Nos apretujamos contra los barrotes, y de pronto me llegó la imagen de unos cachorritos en una tienda de mascotas, desesperados por que los vean. *¡Escógeme a mí!*

—Pero ¿cómo? —preguntó Taylor, situándose al lado de Keira. Se llevó las manos a la barbilla, confusa, como si la cabeza se le fuese a caer en cualquier momento—. La radio no funciona.

—Alex dice que hay una moto de nieve —contestó Zoe, mirándome—. Tenéis que ir a por ella y buscar ayuda.

Por detrás de Keira, Wren murmuró:

—¿Qué coño está pasando?

—¿Dónde estamos? —preguntó Taylor, mientras retrocedía con la vista clavada en el techo.

—Vale. Vale, vale, vale —repitió Keira, acomodándose las gafas con manos temblorosas—. Iré por la moto de nieve. Y, si no encuentro las llaves, iré andando.

—Es demasiado lejos para ir andando —le dije—. Hay como veinte o treinta kilómetros hasta el convento.

Taylor siguió retrocediendo hasta llegar a la puerta. Su expresión confundida se estaba transformando en algo más. Y, por un segundo, me costó entenderla porque no tenía ningún sentido.

Era una expresión de desprecio, se la mirara por donde se la mirara.

—Taylor —les advertí, y las demás se giraron hacia ella.

Todo pasó demasiado rápido. Taylor retrocedió de un movimiento, cruzó la puerta y la cerró. Todas oímos el chasquido.

—¡No! —Keira corrió hacia la puerta y retorció el pomo—. ¡Está cerrada! ¡Taylor, abre la puerta ahora mismo!

Wren se las arregló para ponerse de pie. A mí lado, Zoe soltó un suspiro. Pude percibir el olor metálico de su aliento. El corazón me latía como loco contra los oídos mientras me dejaba caer en cuclillas.

El sonido de la estática llenó la sala, y entonces nos llegó la voz de Taylor por el altavoz que había en la pared.

—Hostia puta. —Parecía emocionadísima—. ¡Tendríais que ver las caras que habéis puesto!

—¿Taylor? —Keira se giró hacia el altavoz— ¿Qué haces?

—La verdad, tengo que admitir que me has impresionado, Poppy. —El tono de voz de Taylor era casual—. O Zoe, como te llames. Eres mejor actriz que yo.

Wren contuvo un gemido y se apretó las manos contra la boca. Keira clavó la mirada en Zoe y en mí, sin vernos realmente, y con la boca abierta por la impresión. Estaba procesándolo todo. El mareo me llegó de pronto, cuando otra parte de la realidad empezó a hacerse pedazos.

—Taylor —la llamó Zoe, su voz llena de la amabilidad que había tenido antes de que la encerraran—, ¿por qué no vuelves y así hablamos tranquilas?

—¿Hablar de qué? —La voz de Taylor se convirtió en un gruñido—. ¿De que todas vosotras sois unas hijas de puta?

Eso nos dejó a todas en silencio.

—¿Sabéis? —siguió Taylor, con tono pensativo—. Ni siquiera puedo deciros quién es la peor. Wren, eres tan egocéntrica que casi no me lo puedo creer. De verdad te crees la mejor del mundo. Pero deja que te lo explique: solo eres una *influencer* de pacotilla que va a pasar a la historia en el preciso instante en que te salga una arruga. Kei, te toca. Te quejas todo el tiempo. De verdad, todo el puto día. Crees que todo el mundo te la tiene jurada porque eres negra, aunque resulta que casi tuviste más oportunidades en la vida que las que tuve yo. No me lo creo.

Keira se había quedado de piedra, sin expresión, y con la vista clavada en el altavoz. Sentí un arrebato de sorpresa e indignación por ella justo antes de que Taylor pronunciara mi nombre.

—Y Alex… buah. Sí que eres un desastre. —Puso una voz falsa—. «Soy Alex, sentid lástima por mí. ¡Todos son muy malos conmigo! Y puede que me gusten las chicas, pero soy muy cobarde para aceptarlo. O quizá no y solo lo uso para manipular a la gente».

Las palabras me golpearon como si fuesen puñetazos.

—De verdad estuvo muy feo lo que hiciste —siguió Taylor—. Tontear conmigo un segundo y al siguiente salir pitando. Ofrecerte en bandeja cuando estábamos en el sótano y luego pretender que no había pasado nada. De verdad, estás como una puta

cabra.

Me quedé callada, con las manos aferradas a los barrotes.

—La cosa es que no soy Wren, ¿cierto? —suspiró—. Y si te soy sincera, ni loca se me ocurriría acercarme a ese jueguecito sadomasoquista que habéis orquestado entre las dos. No, gracias. Si eso es lo que pasa luego de que te folles a alguien, Al, pues pensaré que he tenido suerte.

Taylor sabía lo que había pasado entre Wren y yo. Cuando solo se lo había contado a Roza.

—En fin, eso —dijo, con un suspiro—. Madre mía, sí que es un alivio no tener que fingir más. Volveríais loca hasta a la más cuerda, la verdad.

—¿Todo esto es parte del plan de Roza? —quiso saber Keira—. Que nos encierres aquí a todas.

Taylor soltó un resoplido.

—El plan de Roza era mataros. Así que esto no cambia nada.

Wren contuvo un grito.

—Taylor. —Keira se aclaró la garganta—. ¿Qué dices?

Ninguna respuesta.

—No, ni se te ocurra irte ahora. —La voz de Keira se alzó hasta llegar a un grito—. ¡Taylor!

Me hundí en el suelo. Los gritos de Keira me sonaron cada vez más alejados.

Y, sin importar las veces que Keira gritara su nombre, Taylor no respondió.



La reacción inicial de Keira fue intentar forzar la cerradura. Wren se situó tras ella, pálida y atenta.

—No va a funcionar —le dijo Zoe. Había arrastrado el palé hasta la puerta, y ambas nos habíamos sentado sobre él, para observarlas—. Es una cerradura de seguridad.

Yo había vuelto del lugar distante y conmocionado en el que me había sumido y estaba intentando controlar los espasmos de desesperación que me apretujaban el pecho.

—Vale. —Keira soltó un resoplido y se giró hacia nosotras—. Poppy o Zoe o como te llames, tienes que contarme qué está pasando aquí.

Wren y Keira se sentaron en el suelo mientras Zoe les contaba su historia. Me percaté de que no la estaba escuchando, sino de que mi mente estaba volviendo a la revelación de Taylor. Empecé a comparar las imágenes de la demonio de color naranja eléctrico con el cuerpo sólido de Taylor. No había sido Lamia; en su lugar, habían sido los labios

de Taylor los que había besado, sus pezones con los que había jugueteado, su clítoris el que había recorrido con mi lengua una y otra vez.

En otro universo, aquella podría haber sido una experiencia significativa. Porque de verdad había conectado con Taylor durante las veces que habíamos conversado a solas. De verdad había habido una chispa de atracción entre nosotras, incluso si me había dado demasiado miedo aceptarlo en su momento. Y, si Roza no nos hubiese drogado, nuestro devaneo en el sótano podría haber sido una experiencia sexual que me hubiese cambiado la vida. Podría haberme demostrado la verdad: que había llegado la hora de que admitiera —y celebrara— el hecho de que me atraían ciertas mujeres.

Por desgracia, las cosas no habían ido de ese modo. Y en aquel momento me encontraba encerrada en un calabozo mientras mi compañera sexual se burlaba de nosotras.

Quizá deberías replantearte qué mujeres te gustan, pensé, y la idea me hizo sonreír con sorna.

—No sabía que Taylor era parte de todo el plan. —Zoe estaba terminando de contar su historia—. Quizás era ella la del pasamontañas. Creía que eran Yana o Chitra. Todas son bajitas.

Mi estómago soltó un rugido. Al fin y al cabo, no había cenado.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —quise saber, en un intento por distraerme.

—Roza ha dicho que iría con la moto de nieve a ver si ya habían despejado las carreteras —nos contó Keira—. Y Taylor ha dicho que deberíamos ir a buscarte, ya que no habías vuelto. Ha encontrado el pasadizo del armario, o bueno, ha fingido que lo ha encontrado.

Me imaginé la expresión sorprendida y emocionada de Taylor: «¡Mirad!».

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wren con voz ronca, antes de ponerse a toser.

—Ya nos las arreglaremos —le dije, sin tener ni idea de dónde provenían las palabras reconfortantes. El estómago me volvió a rugir.

»¿Te han estado dando de comer? —le pregunté a Zoe, y esta asintió.

—La del pasamontañas ha venido unas cuantas veces a traerme agua y comida.

—¿Y no has visto a Roza? —quiso saber Keira.

—No.

—Tenemos que pelear —dijo Keira, en voz baja, antes de clavar su mirada en Wren—. Alguien tiene que entrar por esa puerta en algún momento. Y, cuando lo haga, tenemos que derribarla.

—Pero ¿cómo? —preguntó Wren, sujetándose ambas manos con expresión miserable.

—Estoy intentando recordar lo que aprendí en ese taller de defensa personal —

contestó Keira, pensativa—. Fue hace mucho tiempo.

—Hay que apuntar a la entrepierna. —Zoe soltó unas risitas de lo más desatinadas—. Aunque el atacante suele ser un hombre, claro.

—A los ojos —dije. Wren y yo habíamos ido a un taller debido al trabajo, hacía muchísimos años—. ¿Y a la nariz? ¿No se supone que si la golpeas con la palma hacia arriba puedes romperla?

—Sí, hagámoslo así. —Keira apoyó una mano en el hombro de Wren—. Será nuestra única opción.

—Vale. —Wren sacó de su bolsillo un pañuelo de papel que estaba a punto de desintegrarse y se sonó la nariz.

Por mucho que las palabras de Keira hubiesen estado llenas de confianza, sus ojos reflejaban el miedo profundo que sentía. Me dio un escalofrío. Keira siempre había sido la más tranquila, incluso mientras habíamos estado forzando la cerradura del despacho de Roza o cuando buscábamos las cámaras de vigilancia en mi habitación.

Solo que en aquel momento parecía aterrada.

—Vamos a salir de esta —dije, lentamente, como si fuese una especie de hechizo.

Sin embargo, la frase me sonó vacía incluso a mí misma.

Cuando la puerta se volvió a abrir, tres horas después, todo pasó tan rápido que no nos dimos cuenta sino hasta que esta se volvió a cerrar.

Un segundo después, nos pusimos de pie de un salto, pero era demasiado tarde. Alguien había abierto la puerta y había lanzado unas botellas de agua hacia dentro, que rodaron por el suelo de cemento, haciendo ruido.

Zoe musitó algo, aferrándose a los barrotes.

Keira las recogió y las apoyó contra la pared en fila. Las botellas brillaban y tenían gotitas de condensación por el frío. Tragué en seco e hice una mueca ante mi garganta seca y dolorida.

—¿Cuándo fue la última vez que bebiste algo? —le pregunté a Zoe.

—Hace mucho.

—No podemos bebérnoslas. —Keira destapó una—. Todas están abiertas. Roza o Taylor o quien sea deben haberles metido algo.

—¿Roza nos está intentando drogar? —pregunté, y mi estómago vacío se hizo nudos —. ¿Otra vez?

—Claro. —Keira dejó la botella en el suelo—. Tiene que encerrarnos a Wren y a mí ahí con vosotras. Seguro que va a intentar dormirnos de nuevo.

Wren soltó un lloriqueo y se deslizó de vuelta al suelo. Tenía las mejillas de un color rosa intenso, como las manzanas acarameladas, y sus ojos brillaban por la fiebre.

—¿Cuánto puede sobrevivir una persona sin agua? —pregunté.

—Solo un par de días. ¿O tal vez tres? —Keira ladeó la cabeza—. Creo que se supone que debemos beber unos dos litros de agua al día. Como ocho vasos o algo así, ¿verdad?

—Puede que tenga que beber una de esas pronto —anunció Zoe, con la vista clavada en las botellas.

—¿Y si le han metido algo letal? —le preguntó Keira—. ¿Y si están intentando deshacerse de nosotras? O sea, ¿cómo creemos que va a acabar esto? Sabemos demasiado, no nos van a dejar ir.

Wren se puso a llorar en silencio contra sus manos.

Me la quedé mirando. Wren siempre había sido la más valiente y aventurera. Nos había conseguido invitaciones para fiestas privadas llenas de modelos y gente famosa. Había hecho que nos coláramos en conciertos con las entradas agotadas por medio de puertas traseras y cocinas. Se había puesto a chillarles a moteros con tatuajes y camellos hasta las narices de cocaína. Incluso les había hecho frente a chicas borrachas de Nueva Jersey y les había lanzado sus bebidas a la cara si nos quitaban los taburetes o le robaban los chupitos. Y estas se habían contenido, aunque sin dejar de insultarla, pues habían sido capaces de notar lo que todos los demás sabíamos: con Wren no se jugaba.

Verla desmoronarse de ese modo estaba haciendo que la cabeza me diera vueltas.

Claro que quizá parte de eso se debiera al hambre, la cual estaba pasando de ser un dolor sordo a una necesidad intensa. Y lo que era peor, las botellas de agua habían hecho que me diera cuenta de la sed que tenía. Tenía los labios resecos y la lengua adormecida. Imaginé el agua fría llenándome la boca casi con un anhelo erótico, como una súbita tormenta que caía en medio de un árido desierto.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

Zoe rompió el silencio que provocó mis palabras:

—Ya pruebo yo.

—¿Probar qué? —quiso saber Keira, con recelo. Le había rodeado los hombros a Wren con un brazo. Imaginaba que debía haber alguna especie de calefacción en aquel lugar, dado que no éramos capaces de ver nuestro propio aliento. Aun así, hacía muchísimo frío. Unas ráfagas heladas se colaban por entre los hilos de mi jersey delgado. Y Zoe solo llevaba un vestidito insignificante.

—Beberé el agua —dijo Zoe, haciendo un ademán hacia la botella—. Vosotras podéis ver lo que me pasa.

—¿Estás segura? —le pregunté. Hacía tan solo una media hora había estado llorando

por la idea de que iba a morir en aquel lugar, ¿y de pronto quería beber algo potencialmente peligroso?

—No me van a matar con una botella de agua. —Se encogió de hombros—. Ese no es el estilo de Roza.

—Sea como fuere, no va a pasar —sentenció Keira, negando con la cabeza.

—Han apagado la calefacción. —Zoe se frotó los brazos—. Y cada vez hace más frío. Esto solo irá a peor.

Oí un fuerte repiqueteo.

—¿Qué es eso? —quise saber.

—Es Wren —contestó Keira, agachando la cabeza—. Le castañean los dientes.

—Lo siento. —Wren hizo una mueca—. Es que tengo mucho frío. Y calor también.

Keira le tocó la frente a Wren.

—Estás sudando.

—Es la fiebre —les dije—. No está mejorando.

El altavoz crujió, y todas nos giramos en su dirección.

—Buenas noches, señoritas. —Era Taylor, con su acento de profesora británica—. Al habla vuestra guía turística, la señora Lillyputter. Quiero contaros que vuestra experiencia inmersiva está sujeta a una serie de reglas que deben cumplirse. Regla número uno: a menos que queráis morir de sed, tenéis que beber lo que se os ha proporcionado. Nadie puede quedarse sin beber. Confiad en mí cuando os digo que no os pasará nada y que el agua solo contiene unas cuantas gotitas de un ingrediente especial que asegurará que tengáis el mejor descanso posible durante vuestra primera velada.

Wren hundió la cabeza en el hombro de Keira y soltó un lloriqueo.

—Regla número dos —siguió Taylor—: Con el único propósito de que nuestra invitada más delicada siga con vida, os recomendamos encarecidamente que nos permitáis proporcionarle medicamentos, calefacción y mantas. Para que podamos hacerle llegar lo anteriormente mencionado, debéis cumplir con la regla número uno, la de las bebidas.

—Taylor. —A Keira se le quebró la voz—. ¿Qué coño te pasa?

—Y regla número tres —continuó Taylor, sin perturbarse—: Una vez que estéis situadas, tendréis acceso completo a la anfitriona de vuestra estadía, la incomparable Roza Vallo en persona. Os visitará por la mañana.

—Taylor —la llamé, con la única intención de ponerle fin a aquella voz insufrible y ridícula—. Por favor, ¿puedes venir y hablar con nosotras en persona?

—Si tenéis alguna otra pregunta o comentario, por favor guardároslo hasta el final de

vuestra visita guiada, cuando se os proporcionará una hoja de sugerencias. Muchas gracias y que tengáis un buen día. —Otro sonido de estática, y luego nada.

—A ver, ¿es que se ha vuelto loca? —pregunté, enfurecida—. ¿Está teniendo un brote psicótico? ¿O es que ha sido así todo este tiempo? ¿Keira? Tú eres la que pasaba más tiempo con ella, ¿no?

—Y tú eres la que se lio con ella, si no me equivoco. —Keira apretó los labios—. No me eches la culpa.

—No te estoy echando la culpa, es que… —Me sonrojé—. Pasó cuando estábamos colocadas. O sea… Supongo que algo de atracción tenía que haber, pero…

—No pasa nada. —Zoe me apoyó una mano en el brazo—. Es una psicópata, al igual que Roza. Aunque puede simular emociones humanas sin mayor problema, no es capaz de sentirlas. Lo está viendo todo como un juego.

Un juego. De pronto, un recuerdo me vino a la mente.

—Wren —la llamé—. Taylor me contó que te oyó decirle a Roza que habías pensado en ponerme una orden de alejamiento.

—Nunca dije eso. —Wren negó con la cabeza.

—Pues a mí me dijo que no te gustaba mi historia —me dijo Keira, con un resoplido.

—¿Qué *no* me gustaba? —repetí—. Pero si me encanta.

—A mí también me la coló —confesó Zoe—. Me dijo que Wren le había dicho que yo era como una hermanita menor y fastidiosa. Aunque la verdad no me importó. Sin ofender, Wren.

—Así que nos ha estado mintiendo todo este tiempo —señalé—. Para ponernos a una en contra de la otra.

El sonido de maracas de nuevo: a Wren le volvían a castañear los dientes.

—Tenemos que hacer algo —añadí, y la desesperación se me coló en la voz—. Está muy enferma.

Zoe sacó una mano por entre los barrotes.

—Pásame una botella.

—No. —Le hice un ademán a Keira—. Dámela a mí, ya la bebo yo.

—Tenemos que beber todas —nos recordó Zoe—. Eso ha dicho Taylor. Solo dejad que vaya yo primera para asegurarnos de que no pase nada.

—No hay tiempo. —Prácticamente estaba gritando—. Llevamos horas aquí. Wren necesita ayuda ya.

Keira se apartó de Wren, quien se hizo un ovillo sobre el suelo de cemento, y nos entregó una botella de agua a cada una.

—¿Estáis seguras? —pregunté, de pronto aterrada por tener que beberla.

—Tienes razón —dijo Keira, derrotada—. Wren está enferma de verdad. Llevamos mucho tiempo aquí. Y no quiero que alguien muera por mi culpa. —Recogió las otras dos botellas y se volvió a sentar—. Además, creo que Zoe tiene razón. Roza no nos va a matar. Al menos no aún. —Le tocó la espalda a Wren—. ¿Tú qué crees?

Wren se incorporó y aceptó una botella. La observamos en silencio mientras bebía a grandes tragos, y unas gotitas se le resbalaban por la cara. Una vez que terminó, se volvió a tumbar sobre el suelo.

Keira, Zoe y yo sostuvimos las botellas. Noté dos sensaciones poderosas y en conflicto: beberme toda el agua de inmediato y lanzar la botella tan lejos como me fuese posible.

A Zoe la recorrió un escalofrío, tal vez por el miedo o por el frío.

—Hasta el fondo —dijo, y desenroscó el tapón.

30

Me desperté con el aroma del café. Me revolví un poco, cómoda en aquel lugar seguro y difuso entre estar dormida y estar despierta. Por un segundo pensé que estaba en mi hogar en Brooklyn y que mi compañera de piso estaba poniendo una cafetera en la cocina.

Solo que mi cama estaba demasiado dura. Abrí los ojos de inmediato.

Seguía en el calabozo.

Poco a poco, empecé a notar todo lo que me rodeaba. En primer lugar, el ambiente estaba más cálido. Había dos calefactores al otro lado de los barrotes, lo suficientemente cerca como para sacar los brazos y subir o bajar la temperatura. Estaba tumbada sobre el edredón en el que me había desmayado. Sin embargo, el interior de la celda había pasado a estar lleno de almohadas, edredones y coloridas mantas de lana. Keira y Zoe dormían espalda con espalda en un futón. Y, un poco más allá, Wren se había quedado dormida sobre un colchón de matrimonio.

Me levanté tambaleante, y con cada vez más náuseas. Tras obligarme a no vomitar, me apresuré en dirección al colchón con cuidado de no golpearme la cabeza en el techo de aquel espacio de estilo cavernoso. Por el rabillo del ojo me percaté de que había un biombo plegable japonés frente al retrete. Mira qué bonito.

Wren tenía la cara escondida bajo una manta, así que la destapé un poco.

No respiraba. Su rostro estaba pálido y amarillento, como si llevara la máscara de la muerte.

El corazón me dejó de latir.

Pero entonces sus párpados se agitaron ligeramente, y exhaló. Me llevé las manos a los ojos y respiré, con dificultad. Estaba viva.

—¿Al? —Se sentó, para luego tocarse la frente. Su anillo de diamante brilló en medio de la oscuridad—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos bebido el agua —le conté, haciendo un esfuerzo para sonar tranquila—. Y nos hemos quedado dormidas.

—¿El agua? —Tragó en seco—. Ah, es cierto.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Creo que ya no tengo fiebre. —Echó un vistazo a mis espaldas—. No. —Se

puso de pie con un salto algo inestable y corrió hacia la puerta. Esta chirrió cuando Wren la empujó—. ¡No!

La seguí.

—Está cerrada con llave.

—Qué coño es esto —musitó, mirándome.

—Lo sé. —Me encogí de hombros con una sensación de inutilidad tremenda. Y también algo mareada—. Mira, nos han hecho café.

Había una cafetera grande al otro lado de la puerta, conectada a un alargador, al igual que los calefactores. A su lado había cuatro tazas de gres, así como unas botellitas de leche y sobrecitos de azúcar.

Keira y Zoe se removieron en el otro lado de la celda, sobre el futón.

—Estáis despiertas. —Me enderecé y me golpeé la coronilla contra el cemento. Intenté no hacer caso del dolor mientras me acercaba a ellas.

—Hola. —Zoe esbozó una pequeña sonrisa—. Sobrevivimos.

—¿Cómo estáis? —les pregunté.

Como respuesta, Keira se puso de pie de un salto y corrió hacia el retrete. Vomitó detrás del biombo.

—Estoy bien. —Zoe se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Su cabello rubio estaba tan grasiento que parecía oscuro—. Así que alguien ha redecorado.

—Sí —contesté—. El calabozo más a la moda.

Zoe miró por detrás de mí.

—¿Cómo sigues, Wren?

—Físicamente mejor —dijo ella, mientras se dejaba caer sobre el futón, junto a Zoe—. Mentalmente… no tanto.

Zoe se puso de pie y se acercó a la cafetera.

—Keira, ¿quieres café?

Keira maldijo por lo bajo desde detrás del biombo.

—¿No crees que le habrán metido algo? —Me acerqué, y Zoe me extendió una taza.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. Pero no hay mucho que podamos hacer al respecto. —Sin su fachada de chica de relaciones públicas joven y llena de energía, Zoe parecía una persona completamente distinta: serena y decidida. Debía tener unos cuarenta y pocos y, aunque no los aparentaba, sí que actuaba como tal.

Keira se nos acercó.

—Estamos bien jodidas. —Se limpió la boca y aceptó la taza que Zoe le ofrecía—. Ahora que estamos todas aquí dentro, de verdad que estamos jodidas.

—Aún no. —Zoe nos hizo un gesto a todas para que nos acercáramos y empezó a

susurrar—: Tenemos que convencerlas para que abran la puerta de la celda.

—¿Y cómo hacemos eso? —La mirada de Keira estaba vacía de emociones mientras llevaba la taza de café hasta sus labios.

—¡Buenos días! —La voz de Taylor estalló por el altavoz—. Bienvenidas al segundo día del retiro dentro del retiro de Roza. —El acento británico exagerado hizo que apretara los dientes—. Dado que todas obedecisteis las instrucciones de ayer con tanto ahínco, os tenemos planeada una sorpresita. Y sí, además de las mantas y los calefactores y el café. ¡No cambiéis de canal!

Un rato después —quince minutos o quizá cuarenta y cinco—, la puerta crujió al abrirse. Seguíamos sobre el futón. Apenas sin hablar, nos habíamos encerrado en nuestros propios pensamientos mientras esperábamos lo que fuera a suceder. Me costaba procesar lo que estaba pasando, pues tenía la cabeza llena como de una neblina. Cada pocos minutos, mi mente pensaba: *Esto no puede ser cierto*. Que de algún modo me había sumido en un sueño del que no podía despertar. Y aquella sensación de que nada de aquello era real hacía que despertara un pánico profundo y creciente en mí. De modo que tenía que presionar las manos sobre el suelo de cemento para conseguir volver a la realidad. Aquello era real. Era lo que nos estaba pasando. Solo que tampoco conseguía quedarme con esa idea. La confusión volvía, y el ciclo empezaba una vez más.

La llegada de Taylor fue un alivio, en cierto modo.

—¡Holi! —Cuando entró muy contenta por la puerta, me pareció un poco extraña, y me llevó unos segundos darme cuenta de por qué: iba vestida con la ropa de Wren. Taylor era más bajita, por lo que las mangas y las perneras del chándal verde azulado estaban un poco amontonadas—. ¿Os gusta mi atuendo? —Hizo una pose, con las manos apoyadas en las caderas—. Espero que no te moleste, Wren. Es que no quería que tu preciosa ropa de diseñador se desperdiciara.

Wren la fulminó con la mirada.

—Jolín. —Taylor dejó caer la mano—. Menudas caritas más rancias me tenéis. ¿No estáis contentas de ya no estar a bajo cero? ¿Y de que os hayamos dado café? —Meneó la cabeza—. Panda de malagradecidas.

Noté cómo la furia me apretaba el pecho. Taylor estaba tan emocionada como lo había estado la noche de San Valentín. De verdad estaba disfrutándolo todo.

—Tenéis suerte de que yo no esté al mando —dijo, cruzándose de brazos y con actitud pensativa—. La celda estaría muy diferente, eso seguro.

—Taylor. —A Wren le tembló la voz—. Por favor, déjanos salir.

—¿Queréis que os deje salir? ¡Pues claro! —La sonrisa contenta de Taylor se ensanchó incluso más—. Solo tenéis que adivinar la palabra mágica.

Un chirrido nos llegó desde el otro lado de la habitación, y la puerta metálica que daba al sótano se abrió muy despacio hacia el interior.

—¡Chitra! —Wren se puso de pie de un salto y se golpeó la cabeza con el techo bajo de la celda. Keira me aferró el brazo.

—No le hables —ordenó Taylor.

Chitra tenía los hombros hundidos mientras entraba arrastrando los pies y cargando una bandeja. Parecía muy frágil, como si hubiese envejecido diez años de pronto.

—Siéntate —añadió. Muy despacio, Wren se volvió a acomodar sobre el futón mientras se frotaba la cabeza. Chitra se negó a mirarnos y dejó la bandeja frente a la puerta. Tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas.

El olor de la olla cubierta —la cual debía tener alguna especie de carne sabrosa— me hizo la boca agua. Al lado de la olla había cuatro cuencos, cubiertos y una hogaza de pan recién horneado. Taylor se agachó y tocó algo que había en la parte de abajo de la puerta. Una sección pequeñita se alzó en su dirección, como si fuese una puerta para mascotas, y ella empujó la bandeja hacia dentro de la celda.

—Esperad… —ordenó Taylor, alargando la última sílaba de la palabra—. ¡Ya!

Zoe corrió hacia la bandeja, destapó la olla y empezó a servir el estofado. El estómago se me retorció mientras aguardaba mi cuenco. ¿Habría tenido tanta hambre en algún momento de mi vida?

—Espera —le dijo Taylor a Chitra, quien ya tenía una mano apoyada en la puerta—. ¿Es que no quieres ver cómo disfrutan de tus dotes culinarias?

Como si fuese un zombi, Chitra se dio media vuelta.

—Chitra —la llamé en mi tono de voz normal, con la boca llena. Sus ojos se enfocaron en mí.

—Os he dicho que no le hablaseis. —La voz de Taylor resonó por todo aquel lugar confinado—. ¿Queréis que me lleve vuestra comida?

—No —dije, bajando la cabeza—. Lo siento.

—Así me gusta. —Taylor sonrió y se acomodó en el suelo, con las piernas cruzadas—. Chits, ¿quieres contarle a Alex cómo te las arreglaste para espantarla en el sótano esa noche?

—¿Qué? —preguntó Wren.

—Roza le dijo que apagara todas las velas, pero parece que Chitra no hizo caso y dejó una encendida para ti. —Taylor meneó la cabeza—. Tuvo suerte de que la vela se apagara sola, pues casi la sorprendiste.

Chitra se quedó quieta, con la cabeza gacha.

—¿Por qué? —quise saber. Me costaba dividir mi atención entre Taylor y la comida.

—Roza quería llevarte al límite —me explicó Taylor, riendo—. Era obvio que ya estabas muy de los nervios cuando llegaste. —Se giró hacia Chitra—. Ya puedes irte.

Chitra salió de la sala y cerró la puerta en silencio tras ella. Yo seguí masticando. Me aliviaba de un modo un tanto extraño el saber que no me lo había imaginado todo. Solo que me era casi imposible imaginar a la dulce Chitra escabullirse por el sótano de ese modo.

—Comed, comed —dijo Taylor—. Roza os quiere de buen humor cuando venga a veros.

Intercambié una mirada con Zoe.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó ella, con un tono de voz casual.

—No sé. —Taylor se apartó el pelo de la cara—. Pronto, supongo.

Así que Taylor no estaba al mando, por mucho que aquella fuese la forma en la que actuaba al darnos órdenes y obligar a Chitra a quedarse o a irse.

—¿No lo sabes? —insistí.

La mirada de Taylor se llenó de furia.

—¿Cómo dices?

Terminé mi segundo cuenco y lo dejé sobre el suelo.

—Imaginaba que lo sabrías.

—Sí que lo sé —dijo Taylor, indignada.

—Solo te está dejando su trabajo sucio. —Zoe había captado mi intención—. ¿Cuándo te contrató? ¿Cuánto te está pagando?

—Roza no me paga —soltó Taylor, con un resoplido—. Es mi novia.

Nos quedamos en silencio por la sorpresa durante unos segundos.

—Pero… —empezó Wren, en voz baja—. Nos dijiste que tu novia se llamaba Kitty.

—Es mi mote para ella. —Taylor esbozó una sonrisita.

Recordé de pronto la primera noche que había pasado en Blackbriar, cuando había oído a alguien follando en la habitación de Roza.

No había sido Ian, su editor, después de todo. Había sido Taylor.

Zoe fue la primera en recomponerse.

—Así que es por eso que Roza no te ha echado aún. —Hizo una mueca—. No porque seas una profe de tres al cuarto con aires de escritora superdotada.

—¿Aires de superdotada? —Taylor se puso de pie y nos observó desde arriba—. ¿Qué me dices de *La doncella de rosa*? ¿Has oído hablar de ese libro? ¿Quién carajos crees que lo escribió, eh?

—Taylor. —Otra voz se escuchó desde el altavoz. Era Yana, con su voz monótona y carente de emoción—. Sube, Roza quiere verte.

La voz tranquila de Yana me hizo sentir como si me hubiesen presionado un hielo en la espalda. Cómo no, ella también formaba parte de todo eso.

Taylor hizo una mueca de disgusto.

—Actuáis como si fueseis la hostia, pero sois patéticas. Y vuestras historias no son tan buenas, la verdad.

—*Taylor*.

Esta dio un respingo ante el tono cortante de Yana.

—Voy —dijo, y tras dedicarnos una última mirada fulminante, salió por la puerta del sótano.

Me giré hacia Zoe.

—Tenías razón. Roza usa a otras personas para que escriban sus libros.

Zoe estaba lamiendo el interior de su cuenco.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Me sonaron las tripas después de comer, y no estaba segura de si conseguiría hacer que la comida se quedara en su sitio o si terminaría vomitando. Oriné detrás del biombo y me dieron arcadas al notar el olor de mi orina combinándose con la bilis de Keira, la cual también se encontraba en el retrete. ¿Qué pasaría cuando se llenara?

Nos sentamos sobre el futón como si fuese una balsa en medio del océano. Los minutos pasaron y se convirtieron en horas.

Y entonces, al final, la puerta se abrió. Roza entró en la sala, con Taylor pisándole los talones. Nos pusimos de pie de un salto y nos acercamos a los barrotes como si estos nos hubiesen atraído con su fuerza magnética.

—Hola, chicas. —Roza se quedó en medio de la entrada, y Taylor dejó un banquito para que Roza se sentara como si fuese una reina magnánima haciéndoles una visita a sus prisioneras. Nos llegó el aroma de su perfume de jazmín—. ¿Cómo estáis?

Fue Keira quien habló por todas nosotras:

—¿Estás de coña o qué?

La expresión de Taylor nos indicó que se había visto venir el comentario, mientras depositaba con suavidad una pesada bolsa de tela sobre el suelo. Sin embargo, Roza pareció ligeramente fastidiada, como si hubiésemos interrumpido sus planes del día. Llevaba un vestido de punto grueso de color gris, pintalabios rojo y unas botas de plataforma. Al verla desde el otro lado de los barrotes, con la pared de cemento a sus

espaldas, parecía que estaba lista para posar para una revista de lo más pretenciosa.

—Sé que estáis enfadadas. —Roza alzó una mano—. Y lo entiendo, las cosas no tendrían que haber salido así. —Su mirada se posó sobre Zoe—. Pero no sabía que teníamos a una intrusa entre nosotras.

—¿Roza? —Wren usó su voz tranquila y encantadora, por mucho que sonara más temblorosa de lo normal—. Esto es un error, un malentendido. Si nos dejas salir, podremos hablar al respecto.

—Wren, querida. —Roza la miró con cariño—. Mi preciosa avecilla. Ojalá pudiera ser así. Era más divertido jugar con vosotras en la planta de arriba, y esto será un poco más tedioso. Pero *c'est la vie*. Todas queríais resolver el misterio, y hasta me atrevo a decir que lo necesitabais. Pues aquí estamos. —Le dedicó una mirada a Taylor, quien recogió la bolsa de tela y se acercó a los barrotes.

—Retroceded, por favor —nos pidió Taylor. Me percaté del *por favor*; solo lo estaba usando porque Roza se encontraba allí. Nosotras retrocedimos unos pasos y nos sentamos. Taylor nos lanzó unas botellas de agua por la puerta, que rodaron hacia nosotras. Zoe abrió la suya de inmediato y empezó a beber a toda velocidad. Yo me obligué a solo dar pequeños sorbitos. Fue como si un oro líquido estuviese cubriendo mi garganta, la cual se había vuelto más seca gracias al café y a lo salado del estofado.

—Y bueno —continuó Roza—, sé que todo esto os ha tomado por sorpresa. Pero dado que ya estamos aquí, tratemos de hacerlo lo mejor que podamos, ¿de acuerdo?

Keira soltó un resoplido. Había dejado su botella de agua frente a ella, sin abrirla.

—Podéis estar enfadadas conmigo, no pasa nada. —Roza se sujetó las manos—. Solo que estáis entrando en una situación de vida o muerte a partir de ahora.

—¿Vida o muerte? —La voz de Wren estaba teñida de pánico.

—No me interrumpas —la riñó Roza, con una voz súbitamente fría.

Estiré una mano y apreté la de Wren.

—No me gustan las quejas —siguió, con tono cortante—. ¿Entendido? Esto es lo que va a pasar: tenéis dos opciones. Podéis quedaros en esta celda y morir de sed. Solo llevará unos pocos días. Aún nos queda una semana y media de retiro, así que nadie os echará de menos hasta que sea demasiado tarde.

—Son muchos cadáveres, Roza —comentó Zoe—. ¿Cómo piensas explicar eso?

—Un incendio. —Roza sonrió, como si hubiese pasado a vivir en un bonito sueño—. El fuego acaba con todo menos con los huesos. Tú deberías saberlo, Alex. Fue lo que le ocurrió a Daphne. Lo único que haría falta es una vela en un escritorio, una cortina que se prendiera fuego. Y toda el ala en la que están vuestras habitaciones desaparecería.

Sus palabras tan frías me impactaron como si hubiese decidido adentrarme en el

tráfico. El terror que sentía estaba haciéndole cosas raras a mi cuerpo, como que mi pie derecho tuviese espasmos y que notase los brazos congelados en su sitio.

—Sería toda una tragedia —siguió, solemne—. Hasta podríamos establecer una fundación benéfica en vuestro nombre. Algo destinado a otras jovencitas escritoras. ¿A que sería bonito?

—¿Y cuál es la otra opción? —quise saber—. Has dicho que había dos.

Roza sonrió.

—Ah, buena pregunta. —Volvió a mirar a Taylor, quien abrió la bolsa y sacó un alargador unido a una regleta. Taylor lo conectó en el enchufe que había cerca de la puerta y nos lo deslizó por entre los barrotes. La observamos en silencio y sin poder creerlo mientras abría la rendija de la parte inferior de la puerta y nos pasaba nuestros portátiles y sus cables por allí.

—La otra opción es escribir —dijo Roza—. Siempre y cuando lleguéis al mínimo de palabras diario, tendréis comida y agua. El mínimo serán unas cuantas palabras más, dado que hemos perdido un par de días debido a toda esta ridiculez. Aunque asumo que estaréis de acuerdo en que no hay mucho más que hacer en este lugar.

—¿Y qué sucederá cuando acabemos? —preguntó Zoe, con voz temblorosa—. ¿Otro incendio?

Roza se frotó la barbilla, pensativa.

—Buena pregunta, señorita Canard. Siempre tan curiosa, como Lucy.

Noté que Zoe se ponía rígida a mi lado.

—Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? —le dijo Roza—. Organicé el retiro con la intención de que todas pudiéramos llegar a un acuerdo pacífico. Solo necesito una novela. Pensé que incluso podía ser una decisión en grupo: escoger a la ganadora que publicaría su libro con su propio nombre y a quien lo publicaría bajo el mío. Tenéis que comprender que quien me entregue un libro gozará de mis cuidados durante el resto de sus días. Claro que hay muchos aires de grandeza en este grupo, así que imaginé que haría falta convenceros un poco. Pero al final alguna habría aceptado.

—Mira tú qué honor —musitó Keira por lo bajo.

Roza la fulminó con la mirada antes de continuar.

—Y bueno, os cuento todo esto para que sepáis que tenía muchas esperanzas de que pudiésemos empezar y terminar el retiro con un refuerzo positivo. Que ninguna tendría que haber salido perjudicada. Por desgracia, Zoe arruinó esa oportunidad para todas al escabullirse aquí. Pero incluso así hice todo lo que estuvo en mis manos para proteger al resto de vosotras al haceros creer que estaba muerta. Solo que no podíais dejarlo estar y ya, ¿verdad?

—¿Así que este era tu «plan B»? —le pregunté, y se me quebró la voz—. ¿Encerrarnos?

—Sí. —Roza se centró en mí—. Yo siempre tengo un plan de emergencia.

—¿Por qué íbamos a hacer algo por ti? —resopló Keira—. Si al final nos vas a matar de todos modos.

—A ver, yo no he dicho eso. —Roza se removió sobre su taburete—. Puede que mis métodos sean extremos, pero funcionan. Si acabáis las novelas en este entorno, os garantizo que serán magníficas. Zoe, aunque sé que estuviste copiando tu historia, asumo que aún puedes escribir, por mucho que hayan pasado unas cuantas décadas. Así que te dejaré empezar algo nuevo y seguiremos con el plan que teníamos. Solo necesito un libro. Tengo muchísimo dinero que puedo compartir con vosotras y sé que la mayoría lo necesitáis. Claro que les exigiré una garantía para asegurarme de que ninguna de vosotras cuente lo que ha pasado aquí. Pero los cultos hacen cosas así todo el tiempo. Además —sonrió—, ¿quién os iba a creer? No habría ninguna prueba. Solo sois un montón de intentos de escritoras que quieren ser famosas.

Wren negó con la cabeza.

—No puedo. No puedo hacer algo así.

—Pues qué penita. —Roza alzó una mano—. Porque esta es una propuesta a todo o nada. Si una de vosotras se niega, ninguna tendrá comida ni bebida.

Wren se cubrió la cara con las manos.

—¡Joder! —soltó de forma amortiguada.

—Sé que me odiáis. —La voz de Roza había pasado a ser cálida—. Pero llegará el momento en que me lo agradezcáis. No podréis resistiros por mucho tiempo, y será mejor que empecéis hoy en lugar de dentro de dos días. Sea como fuere, será increíble. Y recordad: «Lo que nació para dar luz debe resistir el calor».

—¿Estás…? —Keira soltó una risa parecida a un ladrido, sorprendida—. Conque una cita de Victor Frankl, ¿no? Menuda ironía.

Roza le dedicó una pequeña sonrisa.

—Creo que voy a disfrutar muchísimo de ver tu progreso, Keira.

Zoe se acomodó el portátil sobre el regazo, y el resto nos la quedamos mirando mientras lo abría.

—Buena chica —dijo Roza, con aprobación—. A ver, el conteo actual es de seis mil palabras. Os traeremos una impresora y podréis imprimir vuestro avance antes de la medianoche. Si alguna no llega al mínimo, ninguna comerá ni beberá nada el día siguiente.

—Roza —la llamé, casi sin voz—. ¿Cómo vamos a poder escribir así?

Ella se puso de pie y se estiró.

—Creo yo que os parecerá algo muy reconfortante, de hecho. La mente necesita concentrarse en algo cuando está sometida a este tipo de reclusiones. De lo contrario, empieza a hacerse añicos por sí sola. ¿Alguna otra pregunta?

Nos quedamos en silencio.

—Bien. —Roza meneó los dedos—. Entonces manos a la obra, chicuelas. Y que no se os olvide: os estamos vigilando. No os pongáis creativas con todos esos cables.

Me quedé sin respiración.

—Esperad —dijo Wren, con voz temblorosa, pero Roza y Taylor ya se estaban marchando y cerraron la puerta del sótano con firmeza a sus espaldas.

Fragmento de *La gran obra*

Daphne se aferró a los barrotes helados, mientras temblaba de frío e incredulidad. A su cerebro le estaba costando procesar el lugar en el que estaba. Parecía que la habían dejado tirada en medio de una pesadilla. Tras haber crecido en estancias pequeñas y tibias, los lugares cerrados no le daban miedo. Solo que el silencio sí. El propio Blackbriar era un lugar silencioso, y ella solo había podido sobrevivir en él al llenarlo de ruido. Al invitar a Florence y a Abigail. Al charlar con Martha en la cocina. Incluso al tararearle a su gatito, Goldie. Sin embargo, en aquel lugar no había ningún sonido más allá de su propia respiración.

Horace le había puesto algo en la comida, y Daphne había despertado allí. Martha debía haberlo ayudado; al fin y al cabo, había sido ella quien había dejado la bandeja frente a la nueva habitación de Daphne, a la que se había trasladado para alejarse de Horace. Llevaban semanas sin hablarse. Después de que él hubiese quemado sus cuadros, Daphne se había encargado del proceso de purificación de un modo más sutil. Aunque aun así se había confiado demasiado, había pecado de ingenua. Había esperado que sus viajes y su amorío con Dina, la joven sirvienta, lo mantuviesen ocupado. Pese a que había sabido que negarse a actuar como una esposa correcta y servil lo provocaría, había subestimado a Horace: no se había visto venir los lugares oscuros y secretos que él escondía en su mansión y en su mente.

El aire frío se coló por debajo de la tela delgada de su manta. Estaba tumbada de espaldas, con los ojos cerrados, y se preguntaba dónde podría estar Lamia. Daphne se había estado comunicando con ella directamente durante los últimos días. Si bien Florence se había marchado justo después de su primer encargo, pues aquello la había perturbado demasiado como para continuar, Abigail la había seguido ayudando. Se suponía que debía ir el martes a asistirla con los preparativos. Se preguntó qué excusa le daría Horace para justificar su ausencia.

Sálvame, Lamia. Por favor, sálvame.

La respuesta de Lamia le llegó desde las profundidades detrás de los ojos cerrados de Daphne: *¿Salvarte de qué?* Le sorprendió lo tranquila que sonaba.

De Horace. Me ha encerrado.

¿Y qué?

¿Cómo que «y qué»? Daphne frunció el ceño. ¿Cómo podemos continuar con nuestro trabajo si estoy encerrada?

Todo lo contrario, contestó Lamia. *Ahora tendrás menos distracciones mientras te preparas.*

Pero ¿cómo podré reproducir lo que me transmites? La gran obra…

No te preocupes por eso, la interrumpió Lamia. *Solo prepárate como acordamos.*

Daphne se quedó en silencio, enfurruñada.

Es parte del proceso, siguió Lamia, aquella vez con más suavidad. *¿Confías en mí?*

Daphne contestó a regañadientes: *Claro.*

Entonces vuelve a tus preparativos.

Con un suspiro, Daphne se incorporó y cruzó las piernas. La furia que sentía hacia Horace seguía viva en sus venas.

Solo que sí que confiaba en Lamia. Y sabía que el poder que tenía la demonio era muchísimo más grande que el que tenía ella. O que el de Horace, ya puestos. Pronto lo canalizaría de nuevo, lo sentiría recorrer sus venas como si fuesen rayos.

Y tenía que estar lista para ese momento.

31

Unas cuantas horas después, en un momento indeterminado, la puerta del sótano se abrió de golpe, y Taylor entró a paso tranquilo. Llevaba un reloj grande y redondo que reconocí como el que había en la cocina.

Nosotras habíamos empujado el futón y el colchón hacia la pared del fondo y habíamos usado las almohadas para convertirlas en superficies que pudiésemos usar para trabajar. En aquel momento nos quedamos quietas mientras Taylor dejaba el reloj en el suelo, contra la pared del fondo. Casi era mediodía.

—*Voilà*. —Se incorporó y se frotó las manos—. No lo olvidéis: la entrega es a la medianoche. Apagaremos las luces desde las doce hasta las siete.

—¿A qué hora es la comida? —preguntó Keira, sin expresión.

Taylor entrecerró los ojos.

—Bueno, pero menudas libertades nos tomamos. Si no habéis entregado ningún avance aún.

—También tienes que vaciar el retrete. —Keira lo señaló con la barbilla.

—¿Qué coño te crees que soy? ¿Tu esclava?

Keira apretó los puños sobre su regazo. Taylor esbozó una lenta sonrisa, como si se acabara de percatar de la palabra que había escogido usar.

—Oye, Taylor —solté, de pronto. Si bien estaba enfadada, sabía que teníamos que usar el tiempo que teníamos con Taylor cara a cara para descubrir si podríamos manipularla—. ¿De verdad escribiste tú *La doncella de rosa*?

—Sí —contestó ella, antes de apoyarse contra la pared y cruzarse de brazos.

—Esa relación entre la universitaria y su profesora… ¿erais Roza y tú? —Me incliné hacia adelante y abrí mucho los ojos, con interés. Keira, Zoe y Wren se me quedaron mirando.

—No en la vida real. Lo basé en una fantasía que tuve. Lo escribí para distraerme de tener que lidiar con unos mocosos estirados todos los días. —Soltó un resoplido—. Y encontré su correo, así que se lo envié. Nunca me imaginé que me contestaría. —Las palabras salían de su boca, impacientes por ser escuchadas—. Me pareció un sueño cuando sí que lo hizo. Me preguntó si quería encontrarme con ella en Nueva York y fue… —suspiró—. Hizo que todo valiese la pena, ¿sabes?

—¿Y cómo te lavó el cerebro para que la dejaras publicar tu libro? —quiso saber Keira.

Taylor se encogió de hombros.

—Pues fue un intercambio. Me dijo que podría quedarme con ella. Y para entonces prácticamente ya estábamos enamoradas.

—Pero ¿no fue difícil para ti? —le preguntó Zoe, muy seria—. El ver todas las críticas y los artículos.

—Que te digo que estábamos enamoradas —repitió Taylor, pronunciando las palabras con claridad—. Podía ver lo duro que era para ella no poder escribir. Y no era como si no lo intentase. Así que le di mi historia con gusto. Además, ¿cuántas personas la habrían leído si hubiese salido mi nombre en la cubierta? ¿Qué probabilidades habría tenido de que me publicaran, para empezar?

La puerta se abrió, y Yana entró con su chándal de color rosa. Si bien Taylor se había vuelto más animada y Chitra, más decaída, Yana no parecía haber cambiado en absoluto.

—Roza quiere que subas —le informó a Taylor. Abrió la compuerta y nos pasó unos platos con unos bocadillos envueltos con plástico transparente.

—Vale. —Taylor sacó pecho, orgullosa—. Hasta la próxima, pringadas.

Me pregunté si Yana habría bajado para evitar que Taylor se pusiera a hablar con nosotras. Y entonces recordé lo que Zoe me había contado cuando solo habíamos estado las dos en la celda.

«Roza tenía una asistente que estaba enamorada de ella, que se había obsesionado con ella. Yana».

—Yana —la llamé, al atar cabos—. No fuiste solo su asistente. Tú escribiste *La estrella polar*, ¿verdad?

Aunque no me respondió, sus mejillas se ruborizaron un poco.

Zoe apartó su portátil.

—Fuiste tú, ¿no?

—Es precioso —dijo Wren, en un hilo de voz. Yana la miró, y pude ver la ambición en sus ojos.

—Era mi favorito —añadí—. La relación que tenía la joven con sus dos tías… ¿Cómo se te ocurrió algo así?

Yana cerró la compuerta y se puso de pie.

—Haced lo que os dicen y ya. ¿Vale? Así ninguna saldrá herida.

—Ya, claro —murmuró Keira.

—Yana, ¿puedes ayudarnos? —le pidió Zoe—. Tenemos mucho miedo.

—Por favor, ayúdanos —insistió Wren.

Iban a hacer que se marchara; su mirada se enfocó en el suelo.

—¿Cuándo conociste a Roza? —le pregunté, pero fue demasiado tarde. Se dio la vuelta y salió de la sala deprisa.

Pese a que seis mil palabras al día eran muchas, para cuando dio la medianoche y las luces se apagaron, todas habíamos impreso nuestro avance y lo habíamos dejado en el suelo para que Taylor lo recogiera. Keira y Zoe se dejaron caer en el futón, rendidas, mientras que Wren y yo nos tumbamos en el colchón. Todo estaba tan oscuro que no podía verla.

Un pensamiento retorcido y perturbador había empezado a molestarme en algún momento de la tarde, cuando me había detenido para oír la sinfonía de dedos golpeando las teclas. Me había sorprendido que, tras la furia inicial, no hubiésemos tardado en aceptar el nuevo plan. Y, una vez más, Roza recibía justo lo que quería de nosotras.

—Wren —la llamé en un susurro. Estaba mirando hacia el otro lado—. ¿Te has dormido?

Se giró hacia mí.

—¿Eh?

—Estaba pensando… —Volví a sentir aquel vértigo desesperado y extraño al intentar comprender la realidad—. ¿Crees que esto también pueda ser parte de su juego?

—¿Cómo? —me susurró de vuelta.

—Roza podría habernos mentido. ¿Y si encerrarnos estaba en sus planes desde el principio? ¿Y si…? —Me obligué a decir lo que pensaba—. ¿Y si Keira o Zoe son parte de esto?

Wren soltó un resoplido.

—No digas tonterías.

—Pero ahora sabemos que Chitra era una de ellas, que intentó asustarme en el sótano. Jamás lo habría imaginado de ella.

—Chitra trabaja para Roza. Zoe y Keira, no.

—Ya. —Me froté los ojos, mientras notaba cómo me iba inundando el alivio—. Quizá tengas razón.

Tras unos segundos, Wren musitó:

—Aunque Zoe sí que nos condujo hasta el sótano.

—Sí. —La idea hizo que me recorriera un escalofrío—. Y fue todo muy dramático con el sonambulismo y cuando estaba colocada…

—Y toda esa historia con su tía y cómo aceptaron a la hija de su amiga en el retiro… —Wren suspiró—. Es mucha coincidencia.

—Sí. —La conversación me estaba poniendo nerviosa, por lo que me pasé una mano por la barbilla, tensa.

—¿Y qué hay de Keira? —preguntó Wren—. ¿De verdad sabe forzar cerraduras? Cuando fuisteis al despacho, a lo mejor la puerta no estaba cerrada con llave.

—¿Estarán todas confabuladas?

—No sé. —Wren se removió en su sitio—. Esto es una mierda.

—Lo sé.

—¿Roza creerá de verdad que se va a salir con la suya?

Abrí y cerré la boca, pues no tenía una respuesta. *Sí* parecía poco probable. Pero *no* significaba un final horrible con el que no podía lidiar en aquel momento.

—Solo tenemos que seguirle el rollo por ahora —musitó al fin—. Tal vez tengamos una oportunidad para escapar.

—Vale. —No había más remedio.

—Puedes confiar en mí. —Sentí su aliento cálido sobre mi rostro—. Quizá no puedas confiar en nadie más, pero puedes confiar en mí.

—Tú también puedes confiar en mí.

Tras un rato, su respiración se acompasó hasta que se quedó dormida. Mi mente continuó dando vueltas, y las ideas revoloteaban como bolas de billar por todo mi cerebro.

Un poco más tarde, yo también me quedé dormida, pero mis sueños estuvieron llenos de peligro, de algo que se arrastraba en la oscuridad y en mi dirección, que se acercaba con cada segundo que pasaba.

32

Sucedió a la noche siguiente.

El día transcurrió casi del mismo modo que el anterior, con una especie de estructura espeluznante: café por la mañana, bocadillos para comer. Escribimos una al lado de la otra e hicimos caso omiso de nuestra propia peste al pasar cada vez más días sin poder asearnos y fingir que no nos dábamos cuenta cuando alguien inevitablemente debía ir a orinar o defecar. Después de que Keira volviese desde detrás del biombo, murmurando por lo bajo y aferrándose el estómago, Wren y yo intercambiamos una mirada.

¿De verdad Keira podría ser parte de todo ello? ¿Cuánto habría que pagarle a alguien para que soportarse tener diarrea en un calabozo?

Aunque claro, Roza lo había dicho ella misma: necesitábamos el dinero. No era que fuésemos pobres, en especial Wren. Pero ¿cuánto tenía ahorrado de verdad? No más que para sobrevivir un par de meses. No lo suficiente para renunciar a un empleo que odiaba con todas mis fuerzas.

A las siete de la noche, Taylor y Yana aparecieron.

—Buenas noches, señoritas —canturreó Taylor en voz baja mientras Yana nos pasaba una bandeja por la puerta.

—¿Por qué solo hay tres platos? —Keira mantuvo los dedos sobre el teclado, como una pianista a la espera de empezar a tocar—. ¿Es otro jueguecito al que quiere someternos Roza?

—De hecho, es todo lo contrario —contestó Taylor, presumida—. Todas os habéis portado tan bien que Roza ha decidido retomar las sesiones individuales. Una de vosotras podrá comer con ella arriba.

Wren y yo intercambiamos una mirada, sorprendidas, y con la misma idea en mente.

Iban a abrir la puerta de la celda. Era nuestra oportunidad para escapar.

—A veeer… —Taylor nos observó a las cuatro—. ¿A quién le toca?

Sabía que todas sentíamos lo mismo: la desesperación por salir de aquel espacio confinado, de ver algo que no fuesen aquellas paredes de cemento, de oler un aire que no tuviese un dejo de desperdicios humanos.

—Zoe. —Taylor le sonrió—. A Roza le ha gustado tu nueva historia. Te toca.

—Vale. —Zoe se puso de pie despacio, abrazando su portátil.

—Deja tu portátil —le ordenó Taylor, mientras se sacaba algo del bolsillo trasero de sus pantalones: unas esposas—. Acércate a la puerta y date la vuelta. Todas las demás, quedaos cerca de la pared.

Me quedé mirando a Wren y fui consciente de los límites de nuestra conexión psíquica. ¿Cuál era el plan? ¿Deberíamos lanzarnos hacia la puerta? Y si era así, ¿antes o después de que esposaran a Zoe? Podía oler mi propio miedo, una especie de aroma intenso similar al de las cebollas.

—Venga, date prisa. —Taylor parecía fastidiada—. O escogeré a otra.

Zoe se acercó a la puerta y se dio la vuelta, como le habían pedido. Alzó las cejas y articuló, sin voz: «Ya».

Keira se tensó a mi lado.

Había llegado la hora.

Solo que en aquel momento Taylor le pasó las esposas a Yana y se sacó algo de la parte trasera de la cinturilla de sus tejanos.

Era negra y de bordes marcados. Me parecía conocida, como una pistola que hubiera visto en montones de series y películas. Era curioso cómo nunca había pensado en ello antes: en sus líneas elegantes y su brillo apagado. No obstante, mientras la observaba, empecé a sospechar.

¿Cabía la posibilidad de que fuese de mentira?

Keira exhaló y meneó la cabeza casi de forma imperceptible. El plan se había ido al traste.

—Muy bien. —Taylor le dedicó un asentimiento a Yana—. Nada de gilipolleces, señoritas. Quedaos cerca de la pared.

Yana alzó la mano hacia el teclado. Conté cinco teclas. Algo se soltó y la puerta se abrió hacia afuera.

Pero entonces Zoe se dio la vuelta.

El momento en el que Wren se había caído del escalón en el bar, el momento más horripilante de mi vida, se había reproducido a cámara lenta. Sin embargo, el de aquel instante sucedió mucho más deprisa. De pronto, Zoe estaba sujetándole las muñecas a Taylor, con la pistola apuntando hacia el suelo. Keira se lanzó hacia ellas al tiempo que Yana se congelaba. Entonces Yana intentó sujetar a Keira, solo que Wren también había saltado hacia ella y se había aferrado a las piernas de Yana, lo que había hecho que esta terminara en el suelo.

¿Cómo habían hecho todas para moverse tan rápido? Unos gritos y gruñidos llenaron el ambiente, y, de algún modo, sobre todo aquel barullo, podía oír mi propia respiración

acelerada.

Muévete, me dije, pero me parecía como si me estuviese abriendo paso en medio de unas arenas movedizas para ponerme de pie. Observé toda la violencia que se estaba produciendo como si se tratase de una obra de teatro: Wren forcejeaba con Yana en el suelo, Zoe sacudía las muñecas de Taylor para obligarla a soltar el arma y Keira intentaba inmovilizarle la cabeza a Taylor con una llave por detrás.

Una pregunta no dejaba de repetirse en mi cabeza, como los titulares de las noticias bajo las imágenes:

¿Todo esto está pasando de verdad?

—¡Alex! —exclamó Zoe, y aun así dudé. ¿La pistola sería de mentira? ¿Zoe estaría actuando? Habían conseguido engañar a Wren, ¿podrían engañarme a mí también?

Wren soltó un grito. Yana le había dado un zarpazo con sus uñas afiladas por toda la cara, y unos hilillos de sangre recorrían su mejilla.

Me quedé mirando aquellas manchas rojas. Eso era una prueba.

Aquello era real.

Corrí hacia las demás, sintiéndome torpe y lenta. Traté de bloquear a Yana, que había dejado a Wren aullando de dolor en el suelo, y también me aferré a los brazos de Taylor. Esta tenía una expresión sombría y la cara roja debido al agarre que tenía Keira en su cuello. Juntas, Zoe y yo retorcimos y sacudimos las muñecas de Taylor hasta que, poco a poco, sus dedos empezaron a soltarse. Zoe soltó una mano para sujetar la culata de la pistola. Por un segundo pareció que había conseguido quitársela a Taylor de las manos, y yo alcé la vista hacia ella, triunfante.

Solo que entonces Taylor se las arregló para sujetar el arma de nuevo, y su brazo se alzó en un movimiento veloz.

Zoe abrió la boca para gritar al tiempo que el arma dejaba escapar un estallido ensordecedor.

Sus ojos marrones se abrieron de par en par, cálidos y brillantes bajo la luz fluorescente. Sus labios se separaron mientras su cuerpo volaba hacia atrás y se desplomaba sobre el suelo.

—*¡NO!* —chilló Keira, soltando a Taylor para correr hacia Zoe. Wren se había puesto de pie y se encontraba mi lado, de pronto, con una mano aferrada sobre su rostro sangrante. Nos quedamos allí, congeladas y observando cómo Keira presionaba sus palmas sobre el pecho de Zoe. La sangre fluía como si se tratase de una fuente, y aunque Zoe movía los labios, nada salía de ellos.

Durante unos pocos segundos, los únicos sonidos fueron los balbuceos ininteligibles de Zoe y las palabras de ánimo de Keira: «No pasa nada, tranquila, no ha pasado nada».

Entonces Keira alzó la vista hacia nosotras.

—¡Ayudadme! ¡Tenemos que pedir ayuda! ¡Por favor! —El rostro le brillaba por las lágrimas.

No pude moverme, y el aroma metálico que había pasado a inundar aquel espacio confinado hizo que me entraran náuseas.

Taylor le contestó, pero no pude procesar sus palabras hasta que las repitió, en voz más alta.

—He dicho que tenéis que volver a entrar en la celda.

Ninguna se movió. Entonces oímos el chasquido del seguro de la pistola.

—Ya, Keira —dijo, apuntándola con el arma.

Fui consciente de más cosas. Gracias a mi visión periférica, pude ver a Yana, de pie detrás de nosotras y cubriéndose la boca con las manos.

Keira se quedó mirando a Taylor. Se pasó una mano por la nariz, con lo que se dejó un manchón de sangre, y un sollozo se le escapó.

—Por favor, Taylor. Tienes que pedir ayuda. Necesitamos una ambulancia.

—Está muerta, Kei —dijo Taylor, casi con ternura—. Mírala.

Los ojos vidriosos de Zoe miraban sin vida hacia el techo.

—Venga. —La voz de Taylor había pasado a ser tensa, casi suplicante—. Tienes que hacerme caso, no quiero dispararte. Vuelve a la celda.

—Vale. —Keira cerró los ojos de Zoe y le dejó dos puntitos sangrientos sobre sus párpados—. Vale. —Se puso de pie y se tambaleó por la entrada de la celda. Wren y yo la seguimos sin decir nada. El sonido del disparo del arma seguía resonándome en las orejas, cubría todo lo demás y lo mantenía a raya.

—Seréis idiotas —siseó Yana, y cerró la puerta de la celda con un estruendo. Su coleta perfecta estaba despeinada; un mechón de cabello rubio le colgaba sobre los ojos.

—No ha sido culpa mía. —Taylor se nos quedó mirando, muy seria—. Todo esto es culpa vuestra. —Con un suspiro, se volvió a meter la pistola en la cinturilla de sus tejanos. Se agachó sobre el cadáver de Zoe y la sujetó por debajo de los brazos. La arrastró hacia la puerta del sótano gruñendo por el esfuerzo. Yana recogió las esposas y contempló la sangre.

—Qué desastre —dijo por lo bajo.

33

Keira vertió agua sobre las heridas de Wren y presionó un trozo de la funda de una almohada sobre ellas para hacer que dejara de sangrar. Luego, Wren tiró de nuestro colchón hacia el extremo más alejado de la celda y se tumbó entre sollozos.

Muy para mi sorpresa, Keira volvió hacia su portátil. Se acomodó, lo colocó en su regazo y empezó a teclear.

Me senté junto a ella. Sus dedos dejaban unas marcas rojizas sobre el teclado.

—Será mejor que tú también continúes. —La voz baja de Keira me tomó desprevenida. Ella se detuvo un momento y me miró. Tenía los ojos brillantes, aunque ligeramente desenfocados.

—¿Cómo voy a…? —Keira debía estar conmocionada. ¿Y quizá yo también lo estaba? Me sentía como un saco de cemento húmedo. No podía pensar, no era capaz de sentir. Solo había una cosa de la que estaba segura, y lo que implicaba era más siniestro que Roza, que aquel calabozo y que cualquier cosa a la que nos hubiéramos enfrentado.

»Ha sido culpa mía. —Me apreté las manos contra la cara, y unas estrellas danzaron detrás de mis párpados—. He dudado. No sabía si… No estaba segura… Y ahora… —No podía terminar de hablar.

Quizás alguien que estuviese delirando más que yo podría decidir que su muerte también era una parte particularmente realista de todo ese juego.

Solo que había visto sus ojos sin vida. Sabía que había muerto.

—Pues… —Keira inhaló, con dificultad—. No lo sé, Alex. No sé qué decirte y no tengo la energía suficiente para intentar hacerte sentir mejor. Porque… —Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Lo sé, no tienes que hacerlo. —Por alguna extraña razón, quise darle las gracias por su sinceridad.

Ambas nos quedamos allí sentadas durante un rato, con la vista clavada en la gran mancha de sangre.

—Nunca nos van a soltar —le dije—. No tiene sentido que sigamos escribiendo.

—Necesitamos tiempo —repuso ella, secándose las lágrimas—. Y Roza necesita una historia. Va a mantenernos con vida hasta que terminemos de escribir. Necesitamos usar ese tiempo para descubrir cómo escapar.

—Pero ¿cómo?

—No sé. —Keira meneó la cabeza—. *Joder*. Sabía que algo iba mal. Es que lo sabía. Tendría que haberme ido. Pero no pude. Pensé que esta sería mi única oportunidad.

—¿Tu única oportunidad? —repetí.

—Para que me publiquen, coño.

—Pero si tus historias son increíbles.

—¿Y te crees que eso importa? —Se me quedó mirando, con la incredulidad en sus facciones—. ¿Quieres saber cuántos libros he escrito? ¿Cuántos agentes literarios y editores me han dicho lo talentosa que soy, solo que ellos no son «la persona correcta» para mí? Que mis historias son demasiado «específicas» o que no tendré una audiencia lo bastante «extensa».

—Lo siento mucho.

—Joder. —Soltó un sollozo y dejó caer la cabeza entre las manos—. Esto es una pesadilla. Es… —Se inclinó hacia adelante para hacerse un ovillo sobre su portátil. Yo me limité a frotarle la espalda, pues mi cerebro estaba vacío y a la deriva. Más allá de los barrotes, la mancha de sangre parecía un cometa, con su cola surcando el espacio.



Al día siguiente nos dieron de comer como siempre, pese a que Wren y yo no conseguimos llegar a nuestro conteo mínimo. Yana nos llevó el café y, unas horas más tarde, unos bocadillos.

—No llegaste al mínimo de palabras —me dijo Yana desde detrás de los barrotes, con una mirada interrogante—. ¿Y ella no escribió ni una palabra? —Wren seguía tumbada sin moverse en su esquina. No sabía si estaba dormida o despierta.

En algún momento de la noche, Yana debía haber bajado para intentar limpiar la sangre. Aquella mañana solo había sido una mancha amorfa, grande y oscura. Keira había escrito toda la mañana, si bien se había detenido durante largos periodos de tiempo. Yo lo seguía intentando, aunque todavía me sentía como el día anterior: como si tan solo el hecho de escribir una frase fuese una tarea titánica.

—Lo estoy intentando. —Todavía me sentía vacía, robótica—. Pero es difícil, lo siento.

Yana les echó un vistazo a Keira y a Wren, y tras ello se marchó sin mediar palabra.

A la hora de la cena, Yana y Taylor volvieron a aparecer.

—Al. —Taylor me hizo un ademán, tranquila—. Roza quiere hablar contigo.

—¿Cómo dices? —La miré con ojos entrecerrados. Pese a su solemnidad, iba vestida con su sudadera que decía Déjame vivir. ¿Lo hacía a propósito? Seguro que no, ¿verdad?

—Levántate. —Taylor se sacó la pistola de la cinturilla, y yo me aparté a toda prisa de los barrotes.

»Mira. —Taylor la sostuvo en el aire—. No pienso usarla si te comportas, ¿estamos? No tendría por qué haberla usado, ya que estamos. Pero es culpa vuestra por haberme atacado, joder. Fue peligroso.

Yana lanzó unas esposas por entre los barrotes. Estas cayeron con un sonido metálico a mis pies.

—Kei, pónselas —le ordenó Taylor.

Keira las recogió y las cerró en torno a mis muñecas. Las noté frías y lisas, y una especie de pasividad adormecedora se apoderó de mí.

—Vale. Al, ven para aquí. Kei, date la vuelta y apoya las manos contra la pared.

Keira hizo lo que le pidió, y yo avancé hacia la puerta. Yana la abrió y me hizo salir con rapidez antes de cerrarla a mis espaldas.

—Bien. —Taylor se relajó un poco—. ¿Veis? No era tan complicado. Ahora sigue a Yana.

Una vez fuera de la celda, me enderecé todo lo que pude con un suspiro de alivio. Seguí a Yana por la puerta del sótano, en el que habían despejado un camino que conducía hacia las escaleras. Aquel lugar soso y lleno de polvo casi parecía como un hogar tras haber pasado días encerradas en una celda. Me dolieron las rodillas mientras subíamos las escaleras.

Al llegar a la puerta, ralenticé el paso. Chitra estaba cerca del fuego. Nos daba la espalda y estaba tan rígida como una estatua. Me pareció que estaba viendo una obra de arte, uno de esos dioramas de tamaño real del Museo de Historia Natural: «La cocinera personal de una famosa psicópata les prepara la cena a sus escritoras esclavas».

—Venga. —La fría boquilla de la pistola me dio un toquecito en la baja espalda, así que seguimos andando. Noté el suelo cálido bajo mis calcetines delgados. Las moquetas del vestíbulo eran increíblemente suaves. Subimos las escaleras de mármol y recorrimos el pasillo decorado con obras de arte. Entonces llegamos a la puerta roja de Roza, la cual estaba cerrada. Yana llamó antes de abrirla. Se quedó rezagada y nos hizo un ademán a Taylor y a mí para que pasáramos. Ella se quedó fuera y cerró la puerta con nosotras dentro.

No había visto a Roza desde su anuncio en el calabozo, hacía tan solo tres días, por mucho que me pareciese que habían pasado semanas. Cuando me vio, se puso de pie desde su sitio en el sofá.

—Hola, querida. —Llevaba puesto un mono de color rojo intenso, y su cabello castaño rojizo estaba recogido en un moño—. Toma asiento. —Me hizo un gesto hacia una de

las butacas que tenía enfrente.

Hice lo que me pidió. Toda aquella opulencia me parecía fuera de lugar, como una funda de oro sobre un diente podrido.

—Taylor, cariño. —Roza miró por detrás de donde me encontraba—. Déjanos solas.

—Pero, Roza…, necesitas protección.

—Vale. —Roza le hizo un ademán para que le entregara la pistola—. Déjamela aquí.

—¿Estás segura? —Taylor le echó un vistazo al arma—. No sé si…

—¡Que la dejes! —chilló Roza, en una voz tan alta que pareció que la habitación entera temblaba.

Di un respingo. Nunca la había oído gritar.

Taylor le dio la pistola para luego retirarse de la habitación, no sin antes fulminarme con la mirada una última vez.

—Por fin. —Roza dejó la pistola sobre el brazo de su butaca y soltó un suspiro—. Nunca trabajes con tus fans, querida. Se toman muchísimas libertades.

Me removí en mi sitio. El tener las manos esposadas hacía que el solo hecho de sentarme fuese incómodo.

—¿Y bien? —Roza alzó las cejas.

Aunque me costaba la vida articular palabras, al final dejé escapar un:

—¿Y bien qué?

—Casi no avanzas con tu historia. —Se cruzó de piernas—. Así que debe haber algo de lo que quieras hablar.

Habría soltado un resoplido si hubiese tenido energía para ello.

—Zoe ha muerto, Roza.

—Sí. Atacó a Taylor. —Puso los ojos en blanco—. Fue una estupidez.

—¿Una estupidez? —La furia me recorrió por dentro—. ¿Y cómo llamas a todo esto?

Roza esbozó una sonrisa torcida.

—Muy bien, veo que aún te queda un poco de fuego ahí dentro.

—Por favor, Roza. —Meneé la cabeza, demasiado cansada como para ponerme a llorar—. Por favor, para ya.

Ella empezó a tamborilear con los dedos sobre la pistola.

—Deja que te cuente una historia, querida.

Gemí.

—Para ya con las historias.

—Solo una más, lo prometo. —Se apoyó una mano sobre la rodilla—. Esta es sobre mí. ¿Sabes? Siempre he creído que mi propósito era convertirme en escritora. Sacaba buenas notas en Lengua. Y, cómo no, leía muchísimo. Así que asumí que sería una buena

escritora. Fue Mila quien me mostró lo equivocada que estaba. Empezamos a escribir historias entre nosotras, y no tardé en darme cuenta de que a ella se le daba infinitamente mejor. De modo que, si a ella se le daba mejor, era probable que también a muchos otros. —Se encogió de hombros—. Me dejó por los suelos, y no me pareció nada justo, la verdad. No fue hasta que Mila murió que comprendí mi verdadera vocación.

—Pero si fuiste tú quien la mató. —Me recliné en mi butaca e hice caso omiso del dolor que noté en las muñecas.

—Bueno, sí.

—¿Cómo?

—Con una planta llamada acónito —confesó, con una sonrisa indulgente—. Se la puse en su té, un poquitito cada vez. Y los médicos ni se enteraron. Conforme iba empeorando, se esforzó muchísimo por terminar su obra maestra, esta historia de lo más extraña que se había montado. Me dijo que intentara que la publicasen, así su nombre viviría cuando ella no. Yo no le hice mucho caso, pero en mi primer año en la universidad, uno de mis profesores se encandiló conmigo. Cuando se enteró de que tenía una novela, me pidió que se la mostrara y luego me puso en contacto con una editorial en Nueva York. Como comprenderás, me quedé de piedra cuando vi que les encantaba. Y entonces me di cuenta. —Alzó un dedo—. Mi papel no era el de creadora, sino el de facilitadora. Tenía que actuar como una especie de matrona de los libros que llegaban a mí. Y los edité, ¿sabes? Les añadí mi toque personal. Es por eso que nadie se ha atrevido a cuestionarme nunca.

—¿Los libros que llegan a ti? —repetí—. ¿No querrás decir «los libros cuyas autoras matas»?

—Solo he matado a dos. En el caso de Mila, no estaba pensando en su libro, solo quería hacerla sufrir. Con Lucy fue distinto. No me encantó hacerle lo que le hice. Pero era necesario. Lo intenté por última vez con *Lady X*. Y las críticas que recibió confirmaron cuál era mi verdadera vocación.

—Roza. —Meneé la cabeza, sin poder creérmelo—. Esta vocación de la que estás hablando… básicamente es ser editora. ¿Te has dado cuenta de eso?

—No lo es, querida. Recuerda, yo tengo un editor. Esto se acerca más al conectar con una fuerza mayor. Me dice qué hacer. Hay una especie de alquimia especial que requiere que sea yo la cara de todos esos libros, una mitología que sigue creciendo a mi alrededor. Por suerte, más y más me han ofrecido sus historias por su propio pie.

—Ya. Yana y Taylor. ¿Por qué no les sacaste más historias a ellas y ya?

—Pues… —Roza suspiró, antes de apoyar la espalda en el respaldo de su butaca—.

No es que no lo hayan intentado. Solo que es como me lo sospechaba: la mayoría de las personas solo tiene una obra maestra en su interior.

¿Cómo había hecho Roza para encontrarse rodeada de esas mujeres? Mujeres que le entregaban de forma voluntaria el fruto más preciado de su imaginación y que permanecían con ella, incluso cuando Roza les decía que todas sus obras nuevas eran un fiasco.

Parecía una tortura. Quizá Taylor no había sido siempre una sociópata; tal vez Roza había destrozado su psiquis con el paso del tiempo. A lo mejor Yana había sido alguna vez una mujer llena de vida y sonrisas.

—¿Chitra intentó escribir algo para ti? —quise saber.

—Por supuesto que no. Es mi cocinera y ya está.

—Ah. —La realidad era incluso más deprimente—. Así que está involucrada en todo esto por el dinero y nada más.

—Su hija está muy enferma, querida. Yo me encargo de sus gastos médicos.

Solté un resoplido.

—Entonces vale la pena asesinar gente.

—La muerte de Zoe no fue algo planeado —dijo, con suavidad—. Y, recuerda, no se suponía que ella estuviese aquí en primer lugar.

Clavé la mirada en ella. Era la definición de la salud: piel reluciente, ojos esmeralda llenos de brillo. ¿Acaso se habría vuelto más atractiva desde que nos había encerrado?

—Lo estás disfrutando —le dije.

—No. —Roza cerró los ojos—. La violencia me parece un poco vulgar. Preferiría estar hablando de tu manuscrito, pero para eso debemos hacer que avances con él.

—Ya.

Roza apoyó las manos sobre su regazo.

—Así que te haré una propuesta, querida: sigue escribiendo. Convence a Wren para que siga escribiendo. Y si las tres terminái vuestras novelas, os dejaré ir. Y dejaré que os llevéis vuestras historias con vosotras.

—Sí, claro. —Solté una risa desganada, y una sonrisa iluminó sus facciones.

—Llevo mucho tiempo planeando una vía de escape, ¿sabes? Cuando entras en contacto con algo que es mucho más grande que tú, con esa fuerza que te he mencionado…, pues aprendes a seguirla, como un aroma en el viento. Por eso me arriesgué con todas vosotras. Sabía que mi papel como facilitadora de obras maestras estaba llegando a su fin. Que este sería el último libro que necesitaría. Ahora me doy cuenta de que tal vez mi último libro ya fue publicado: *La doncella de rosa*.

El libro de Taylor.

—Entonces, ¿ya está? —le pregunté—. ¿Dejarás de hacer esto así porque sí?

—La verdad es que ya me estoy hartando un poco de la fama. —Frunció el ceño—. Ni siquiera puedo ir por la calle tranquila sin que la gente me interrumpa y quiera hacerse *selfies* conmigo. Es agotador. Por no decir humillante.

—Pero… —No conseguía procesar esa nueva información—. Si vas a dejarnos ir de todos modos, ¿por qué tenemos que terminar nuestras historias aquí? ¿Por qué no nos dejas ir ya?

—Porque de lo contrario no las acabaréis —dijo, con un brillo en los ojos—. Os iréis y no querréis volver a pensar en ellas nunca más. E incluso si lo hicieseis, no serían lo que son ahora, mientras escribís en el borde de un abismo. No serán buenas de verdad.

Abrí la boca solo para cerrarla un segundo después.

Por muy extraño que pareciese, en cierto modo la entendía.

—Así que… —Esbozó una sonrisa, como si pudiese leerme la mente—. Os quedaréis y terminaréis vuestras historias. Y saldréis con vida de esta. ¿De acuerdo?

—Pero… espera. Has dicho que esta parte de tu vida llegará a su fin. ¿A qué te refieres con eso? —Me costaba entenderlo—. ¿Qué vendrá después?

—Tú no te preocupes por eso —dijo, con una pequeña sonrisa—. Estaré bien. Entonces, ¿trato hecho?

Tras unos pocos segundos en los que mi mente se acostumbró a la verdad, asentí.

—Muy bien. —Sonrió, y casi pude oír el mensaje oculto tras sus palabras: *Buena chica*.

Solo que aquello no significaba nada para mí. Aquella conversación me lo había dejado bien claro.

Sabía que Roza creía en lo que me había contado: que una fuerza sobrenatural y desconocida le decía qué hacer. Salvo que, incluso si tenía un plan maestro para desaparecer, me resultaba imposible imaginarla abriendo nuestra celda para dejarnos ir con nuestras novelas. Era demasiado generoso, demasiado amable. No parecía nada propio de ella.

Y había algo que conocía a la perfección sobre Roza, algo basado en las obras que había decidido criar y lanzar al mundo.

Roza aborrecía los finales felices.

Fragmento de *La gran obra*

Daphne se quedó mirando con una mezcla de sorpresa y horror a Abigail —su dulce, comprensiva, joven e inocente amiga—, mientras esta cruzaba la puerta del sótano. Su expresión era tan serena como la de un ángel, y en sus manos llevaba una bandeja.

Aun con todo, Daphne albergaba una mínima esperanza, por lo que se lanzó contra los barrotes.

—¡Ayúdame! La llave…

Abigail se agachó y depositó la comida fría al alcance de Daphne. Luego se acomodó sobre el taburete que había llevado Dina hasta allí para tener un lugar tranquilo desde el cual torturarla a su antojo.

—Me temo que estás donde debes estar. —Abigail la observó con una curiosidad sin disimulo, como un espectador que asiste a un espectáculo de criaturas monstruosas.

—¿A qué te refieres? —soltó Daphne, apretando las manos en puños.

Abigail acomodó las suyas sobre su regazo con delicadeza.

—Al principio solo era un juego para entretenernos y ya, Daph, pero luego… empezó a apoderarse de ti. Te obsesionaste. Te estaba haciendo daño. Y… —Endureció la expresión— no era real.

¿Que no era real? Abigail había estado presente mientras Daphne escribía hoja tras hoja sobre cosas que no sabía, sobre personas que no había conocido nunca. ¿Cómo podía haber experimentado aquellas noches y pensado que…? ¿Qué pensaba? ¿Que Daphne se lo estaba inventando todo?

—Así que Florence y tú… —empezó a decir Daphne.

—Florence se fue hace mucho. Esa vieja solterona. —Abigail meneó la cabeza, disgustada, aunque de algún modo también complacida. Era la misma mirada que tenía Dina: una especie de alivio lleno de alegría al ser capaz de liberarse de aquel velo de educación, deferencia y amabilidad. Así era como funcionaba el mundo: si eras mujer, tenías un trabajo que hacer y ese era pretender que te encantaba que el mundo entero te usara de alfombra y te dejara sus huellas por toda la cara. Se suponía que debías anhelarlo, que debías rogar por más. Solo que allí, en aquel calabozo, no tenían que seguir esas reglas. Allí, las mujeres podían sincerarse a su antojo.

—Queremos ayudarte. —Abigail se inclinó hacia adelante, y Daphne pudo ver que la llenaba de orgullo el ser capaz de mirarla con aquella superioridad.

Y la verdad, era algo impresionante. Daphne siempre había pensado que Abigail era la más débil. Sin embargo, solo había estado tomándose su tiempo.

—¿Tú y quién más? —preguntó, pese a que ya sabía la respuesta.

—Bueno. —Abigail esbozó una sonrisita—. Es obvio que tuve que informar al pobre Horace de lo que estaba pasando. Ninguno de los dos pensó que seguirías siendo tan terca, no después de que quemara tus cuadros.

—Abigail. —Daphne se aferró a los barrotes—. Si crees que todo esto no ha sido real, ¿podrías traerme algo de papel? ¿Y unos lápices? No pasa nada si todo son ilusiones mías, ¿verdad?

—Daphne. —Abigail ladeó la cabeza al mirarla—. Te prometo que, ni bien pase esta mierda de tormenta, tendrás toda la ayuda que necesitas.

Abigail había soltado una palabrota, eso debía ser lo que más la sorprendía. Daphne apretó los labios en una sonrisa forzada. ¿Y dónde estaría durmiendo Abigail todas esas noches? ¿Sería Horace otro de los pobres corderitos que necesitaban su ayuda?

Qué más daba. Daphne se dirigió hacia su polvoriento colchón y se tumbó, de cara a la pared. No tendría que haber pedido que le llevaran papel. Lamia la regañaría si la viera rogar de ese modo.

—Solo un día o dos más. —La voz de Abigail se oyó desde donde estaba—. Y todo esto llegará a su fin. Encontraremos un lugar apropiado para ti. Donde estés segura.

Sabía exactamente de qué clase de lugar le estaba hablando Abigail: enfermeras con el ceño fruncido, ataduras en las camas, gritos constantes y lejanos.

Las faldas de Abigail susurraron cuando se marchó. Si bien Daphne tenía hambre, estaba demasiado cansada como para obligarse a comer. Le parecía que tenía todo el cuerpo lleno de guijarros.

Tienes que mantenerte fuerte. Las palabras le llegaron en voz alta y clara, como si las hubiesen pronunciado a apenas un metro de distancia.

Daphne se incorporó. Así que Lamia estaba allí con ella.

Sabías que todos iban a traicionarte en algún momento. La voz de Lamia era tranquila. *Ahora todo ha salido a la luz. Y, cuando te muestre la última Verdad, tienes que estar lista.*

Daphne no se creía capaz de responderle sin sonar mordaz. De modo que se limitó a acercarse hacia la bandeja y empezó a comer.

34

La siguiente sorpresa ocurrió cuatro días después. Y, hasta que llegó, los días se mezclaron uno con el otro: escribir, comer, dormir, y todo de nuevo. La cabeza me picaba sin cesar, y me pregunté si tendría pulgas. Me quedaba dormida sin ningún horario en el futón y soñaba que el ruido que hacían Wren o Keira al escribir era el golpeteo de la lluvia contra un tejado.

Tal como Roza había predicho, nunca había podido escribir escenas tan vívidas como en aquel momento. Estas se abrían como flores, una tras otra. Y, conforme la posibilidad de escapar se volvía cada vez más lejana, me aferré a mi libro como si fuese un chaleco salvavidas.

La tarde del jueves, Taylor llegó para recoger a Wren.

—Te toca, princesa. —Le lanzó tanto las esposas como un trapo húmedo a través de los barrotes.

Wren recogió el trapo, se limpió la cara con delicadeza y luego las axilas. Nunca habría imaginado poder verla de aquel modo: grasienta, ojerosa, con una apariencia casi salvaje. Los profundos arañazos que tenía en la mejilla aún estaban rojos y pronunciados, a pesar del ungüento con antibiótico que se había puesto. Estaba claro que le iban a quedar cicatrices.

Pero aquello era lo que nos había tocado vivir. Me había reunido con Roza por una segunda vez la noche anterior y había escuchado todos sus útiles comentarios sobre Daphne y Lamia. Fuera lo que fuere Roza, no había dudas de que era una excelente editora. Aquella idea hizo que quisiera ponerme a reír y no parar nunca.

—No dejes que se dé cuenta de que has estado llorando —le dijo Taylor, cuando Wren le lanzó de vuelta el trapo—. Se pondrá de malas.

—Vale. —Wren juntó las manos detrás de la espalda, y yo recogí las esposas. Keira se nos quedó mirando, con expresión triste. Cada día había hablado menos y había dejado de mencionar un posible escape. Las comidas se habían reducido, quizá porque a Chitra se le estaban acabando los ingredientes, y aquello hacía que nos sintiéramos incluso más desganadas.

Wren se puso de pie, sin erguirse del todo en aquel espacio, de un modo completamente distinto a su postura de reina de espalda recta. Los huesos de su

columna se podían apreciar por debajo de la piel de su nuca.

—No pasa nada —le dije, en un susurro. Quería darle un abrazo, atraerla hacia mí como si fuese una niña, pero aquello no le gustaría a Taylor. Esposada, Wren se dirigió hacia la puerta. Keira y yo apoyamos las manos sobre la pared del fondo de la celda, como debíamos hacer, hasta que oímos el chasquido de la puerta de hierro al cerrarse.

Taylor silbaba la melodía de los Harlem Globetrotters mientras conducía a Wren por el sótano. Nosotras volvimos a nuestros portátiles. Algo despertó la ansiedad en mi pecho: el miedo a no tener tiempo suficiente para terminar la novela. Era gracioso, ¿verdad? El modo en que la historia había pasado a ser mi mayor preocupación.

—¿Crees que ellas terminarán nuestras historias si nosotras no lo hacemos? —pregunté de pronto, y Keira se detuvo un momento.

—Sí —contestó, antes de volver a ponerse a escribir.

Veinte minutos después, Yana entró a paso rápido. Me pregunté si iría a por el portátil de Wren, algo que Taylor había hecho en algunas sesiones individuales que habíamos tenido antes. Sin embargo, se acercó con prisa hacia la puerta de la celda e introdujo el código.

La abrió.

—Venid. —Nos hizo un ademán con la mano y volvió hacia la puerta del sótano.

Keira y yo intercambiamos una mirada, sin poder creérnoslo. Nos pusimos de pie a la vez y nos apresuramos a seguir a Yana por la puerta, tomadas de la mano con fuerza, más allá de las pilas de cajas y hacia la parte trasera del sótano.

Yana se detuvo frente a la puerta que conducía hacia el jardín. Aquella por la que habíamos creído que Zoe había salido mientras dormía. Parecía que aquello había sucedido hacía años.

—Poneos esto. —Nos señaló un montoncito colorido de botas, pantalones para la nieve y abrigos de piel.

Keira me soltó y escogió un par de pantalones rojos. Yo hice lo mismo, mientras temblaba por la adrenalina y la sorpresa. ¿Por qué estaría haciendo Yana todo eso? Aunque mis botas estaban en la pila de ropa, los pantalones eran muy pequeños y el abrigo muy grande. Pero daba igual. Tuve la impresión de que iba a desmayarme cuando Yana abrió la puerta. El viento helado me golpeó el rostro. El aire fresco me pareció dulce como un helado y lo devoré, encantada.

Pese a que la nieve aún cubría los escalones de extremo a extremo, Yana nos había despejado un caminito para que pudiéramos subir. Ella lideró la marcha y nos condujo por los escalones con sus deportivas. El viento me parecía algo celestial mientras me azotaba el cuero cabelludo que no dejaba de picarme. Respiré tan hondo que los

pulmones me dolieron. En lo alto, el sol se estaba ocultando, y una luna redonda iluminaba el cielo con su tono blanco hueso.

Yana nos llevó por el lateral de la mansión. A pesar de que la nieve de la tormenta se había derretido un poco, esta tenía varios centímetros de espesor y era lo suficientemente densa y congelada como para que camináseмos por encima. Cruzamos la entrada que seguía cubierta de nieve y nos dirigimos hacia el garaje a toda prisa.

Yana abrió la puerta lateral de un tirón. Dentro, vimos dos coches que esperaban como criaturas enormes y durmientes. ¿Podríamos conducir en la nieve? Tuve una horrible visión de quedarnos varadas, con las ruedas girando de forma inútil.

Entonces Yana quitó un plástico protector de algo que había cerca de la puerta.

La moto de nieve.

—Aquí tenéis. —Yana sostuvo las llaves en lo alto, las cuales brillaron como si fuesen joyas—. ¿Sabéis conducir?

—Sí. —Keira se apresuró a agarrarlas.

—Esto también. —Yana se sacó gorros y guantes de los bolsillos y me los puso en las manos. Le dio otros a Keira—. Id despacio. Han despejado la carretera, pero puede que esté resbalosa.

—Gracias, Yana. —Me la quedé mirando, casi convencida de que Taylor iba a aparecer de un salto desde detrás de ella para estallar en carcajadas: otro jueguecito cruel. No obstante, cuando Yana me devolvió la mirada, su expresión era decidida.

—Marchaos —dijo, antes de apresurarse por la puerta y desaparecer.

—Y que lo digas —murmuró Keira, con la voz tensa por la emoción—. Alex, ayúdame a sacarla.

—Sí. —Me dirigí hacia la parte de atrás del vehículo y me tropecé con algo. Era un objeto largo cubierto por una manta. Algo brillante se asomaba por debajo, y me llevó un segundo procesar lo que estaba viendo.

Era un mechón sedoso y enredado del pelo de Zoe.

—Joder. —El estómago me dio un vuelco. Ni siquiera había pensado lo que podrían haber hecho con el cadáver de Zoe. Y allí estaba, un objeto congelado, al igual que un pollo o una pizza.

—¿Qué pasa? —Keira miró a mis espaldas, antes de detenerse ella también. Pero luego volvió a tirar de los manillares—. Venga, tenemos que irnos.

Nos las arreglamos para tirar del vehículo fuera del garaje hasta dejarlo sobre la nieve. Sin dudarlo ni un segundo, Keira se subió de un salto y la encendió. El motor sonó como una bomba en medio del silencio. Quise correr de vuelta hacia el garaje y esconderme.

Keira hizo un gesto hacia su espalda.

—Sube.

Vacilé.

Keira se volvió para mirarme. Llevaba un gorro rosa con un pompón. ¿Sería de Yana?

—No puedo. —Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera pensarlas.

—Alex, por favor —exclamó—. Tenemos que irnos ya mismo.

—Pero…

Lo sabía con tanta certeza como si Lamia me lo estuviese susurrando al oído: *Si te marchas, Wren morirá*.

La idea se asentó con fuerza en mi estómago, como si fuese el hueso de un melocotón. Y, pese a que quería con todas mis fuerzas subirme a la moto de nieve y alejarme todo lo posible de aquel lugar…, no podía dejarla abandonada para que la asesinaran.

—Tengo que ayudar a Wren —le dije, por encima del ruido del motor.

—Alex. —La voz de Keira se volvió cortante, como el filo de una daga—. Tenemos que ir a por ayuda.

—Perdóname, pero tengo que quedarme. —Oímos la puerta principal de la mansión abrirse, y el crujido que hizo fue tan claro como un disparo.

»Vete tú —le dije—. De verdad. Estaré bien.

Me dedicó una última mirada de incredulidad, con los ojos abiertos como platos. Y entonces, tras menear la cabeza con rabia, le dio al acelerador y salió disparada, elegante bajo la luz tenue.

Una tristeza de lo más pesada me hundió los hombros y la parte superior de la cabeza. Sabía lo que significaba no haberme marchado. Era posible que no volviera a ver a Keira —ni a nadie— nunca más.

Taylor había salido al porche principal; podía oír sus gritos enfurecidos. Me giré y seguí el camino que habíamos recorrido de vuelta al sótano.

Roza habría esperado que abandonase a Wren. Creía que me conocía, que nos parecíamos de ese modo: en la necesidad sin fin de sobrevivir. Y no solo de sobrevivir, sino de ganar.

Pese a que había sido esa chica antes, tan llena de miedo y frustración que había llegado a lastimar físicamente a mi mejor amiga, aquello había sido porque me había sentido indefensa. Como si lo único que necesitase fuese un ser poderoso y protector que se hiciera cargo de mí. Lo cual seguro que era la razón por la que me había sentido atraída hacia Wren y hacia Roza en primer lugar.

Una vez que llegué al sótano, respiré hondo. La tristeza se desvaneció, y una delicada sensación de paz me embargó en su lugar. Me dijo que la única forma que tenía de salir

de aquel lío era si me escuchaba a mí misma. O, mejor dicho, a mi yo interior.

Ella sabría qué hacer.

Parte cuatro
El ático

35

Me dirigí al calabozo a toda velocidad. La celda seguía vacía, por lo que Wren no debía haber bajado aún. Quizá pudiera encontrarla en medio del caos, escondernos y planear nuestro escape.

Sin embargo, algo me obligó a quedarme en aquel lugar. Tenía que hacer otra cosa primero.

Las cámaras.

Corrí hacia la sala de control, la cual no habían cerrado con llave desde que nos habían encerrado a todas. Tras revisar los monitores, vislumbré a Taylor, una silueta diminuta sobre la nieve que rodeaba el perímetro de la casa. Roza, Chitra y Yana estaban en el salón principal. ¿Dónde estaba Wren? Allí, de pie cerca de la ventana de la habitación de Roza. Todavía tenía las manos esposadas detrás de la espalda, lo que hacía que pareciera una chica normal que contemplaba las vistas por la ventana.

¿Cómo se cargaba una un sistema de vigilancia? Pensé en destruir los monitores, pero todo el equipo parecía de tecnología punta, de modo que era probable que Roza tuviese acceso a él desde su móvil.

Saqué la torre del ordenador de debajo del escritorio y la desenchufé. Los monitores se apagaron. Quité los tornillos con rapidez y retiré las cubiertas de plástico antes de arrancar todos los cables que fui capaz. Solo para pecar de precavida, los corté en dos con unas tijeras.

Contemplé mi obra maestra. Las pantallas en blanco me pusieron nerviosa: ¿y si Roza o Taylor estaban de camino? Corrí de vuelta hacia el sótano y empecé a subir las escaleras. El abrigo tan grueso que llevaba me estaba haciendo sudar. Sin embargo, cuando pensé en quitármelo, algo me detuvo.

En aquel momento era una loba. Y una loba no se quitaba la piel.

En la cocina, las luces del techo estaban encendidas. Unos gritos furiosos provenían del exterior. Me escabullí hasta la encimera y saqué un cuchillo antes de avanzar escondida hacia el vestíbulo. Me asomé a la biblioteca; la chimenea estaba encendida, aunque la sala estaba vacía. Seguí avanzando hacia la parte delantera de la casa.

—¿Cómo has podido dejarlas ir?

Distinguí a Taylor en el vestíbulo principal: apuntaba con su pistola hacia las

escaleras. Tenía su cabello corto revuelto e iba descalza. Me acerqué un par de centímetros más y me escondí detrás de una estatua.

Roza y Chitra estaban unos pasos por detrás de Taylor, mirando hacia la misma dirección. Chitra se cubría la boca con las manos y temblaba.

—¿Me vas a contestar o no? —exigió Taylor.

Podía imaginarme a Yana en las escaleras, su mirada impasible y carente de emociones.

—Y ahora irán a buscar a la policía. —La voz de Taylor se alzó en un grito, y un chasquido súbito hizo que sintiera una presión en el pecho.

—Taylor —la interrumpió Roza, con voz cortante—. Para ya, no vas a dispararle.

—¿Se puede saber por qué no?

—Porque yo lo digo. —Pese a que el tono de Roza era frío, su voz no daba miedo. Me pregunté qué podría estar pasando por su cabeza en aquel momento en que creía que dos de sus prisioneras habían escapado. ¿Qué podía hacer?

»Enciérrala en su habitación —ordenó Roza—. Luego lleva a Wren de vuelta al sótano. ¿Chitra? ¿Me puedes preparar un té?

Chitra contestó algo que no pude oír. Volví sobre mis pasos por el pasillo y la biblioteca. Me acerqué hasta la estantería más alejada y me senté detrás de ella. Creían que había escapado. Así que, a no ser que me encontraran, estaba a salvo.

Tras el confinamiento de la celda, la mansión me parecía excesivamente grande. Era como un patio de juegos en el que esconderme.

Alguien se escabulló a paso rápido por el pasillo: Chitra, que iba a la cocina a prepararle un té a su señora. No tardarían en encerrar a Wren de vuelta en la celda. Y, salvo que averiguara el código, no tendría cómo sacarla.

De modo que necesitaba el código. La única persona que me lo diría —con suerte, ya que seguía sin entender sus motivos— era Yana. Tendría que colarme en su habitación cerrada con llave.

Había demasiada gente moviéndose en aquel momento, demasiadas variables. Tendría que esperar hasta que se hiciera de noche, cuando Taylor y Roza hubieran caído rendidas por todo el estrés acumulado de aquel día.

Era lo que Zoe había hecho. Había esperado a que todas estuviéramos durmiendo para escabullirse hacia el sótano. E incluso había fingido estar sonámbula por si alguien la veía.

De pronto me llegó una imagen a la cabeza: aquel mechón pálido que había visto en el suelo del garaje…

La aparté de mi mente de un manotazo. No podía pensar en eso en aquel momento.

Keira había ido a buscar ayuda. Si podía sacar a Wren de la celda, solo tendríamos que escondernos hasta que la policía llegara.

Una ola de agotamiento me cubrió. Necesitaba descansar. Me hice un ovillo y me quedé dormida.



Desperté horas después, para mi sorpresa, con las energías renovadas.

Doblé mi abrigo y mis pantalones para la nieve y los dejé con cuidado detrás de la estantería. Tenía que poder moverme con libertad para lo que tenía que hacer: liberar a Yana y luego a Wren. Tras aferrar el cuchillo con más fuerza, salí de la biblioteca a hurtadillas, con la luz de la luna como guía. Entré en el vestíbulo, consciente de las miradas de los cuadros de Daphne y Horace sobre mí.

Me escabullí escaleras arriba y traté de evitar las partes de la casa que crujían y chirriaban. Una vez que llegué al rellano, no me dirigí hacia la izquierda, hacia la zona en la que habían estado nuestras habitaciones, ni tampoco hacia la derecha, donde estaba la de Roza. En su lugar, avancé hacia adelante, por un corto pasillo con cuatro puertas cerradas.

Entonces me detuve. Si iba hacia la habitación equivocada —la de Chitra o quizás incluso la de Taylor, en caso de que tuviese una habitación más permanente además de en la que había estado quedándose durante el retiro—, podrían despertarse. En la primera puerta, giré el pomo frío y di un par de pasos hacia el interior. Las cortinas estaban abiertas, y la luz de la luna lo teñía todo con sus tonos plateados.

Me acerqué de puntillas hacia la figura durmiente. De pronto, recordé una escena de mi libro: aquel fantasma horripilante que se había plantado al lado de la cama de Daphne cuando esta era niña.

Chitra parecía más joven mientras dormía. Tenía una mano cerrada en un puño bajo su barbilla, como si hubiese estado pensando algo. Noté un arrebato súbito de afecto por ella. Había una foto enmarcada en su mesita de noche y la tomé. Apenas podía distinguir dos figuras: la de la izquierda era Chitra y la de la derecha, su hija. Me pregunté qué enfermedad tendría. Lo desesperada que tendría que estar Chitra para seguir protegiendo a Roza y a Taylor.

Si lo hubiese querido, podría haberle clavado el cuchillo en la garganta. O podría haberla asfixiado al apoyar una almohada sobre su rostro con todo el peso de mi cuerpo.

No obstante, incluso en el modo de supervivencia en el que me encontraba, no podía imaginarme haciendo algo así.

Me escurrí fuera de la habitación y cerré la puerta con mucho cuidado.

La siguiente habitación estaba cerrada con llave. Así que era esa. Le di un toquecito a la puerta con un dedo, y oí algo de movimiento al otro lado. Unos toquecitos suaves provinieron de la parte de abajo y vi dos horquillas para el pelo que se deslizaban por el suelo de madera.

Otra vez aquel truquillo. ¿Acaso Yana nos habría visto a Keira y a mí forzar la cerradura del despacho? ¿O era algo que esperaba que todo el mundo supiese hacer?

Dejé el cuchillo en el suelo y recogí las horquillas. Oí la voz de Keira, pese a que se había marchado hacía mucho. Debía estar en el convento, o quizás en la comisaría, envuelta en una de esas mantas plateadas como del espacio.

Solo que era difícil hacerlo sin ella; me pareció que me llevaba horas. Por fin, cuando la luz de la luna empezó a cambiar, a desvanecerse, oí un diminuto chasquido. El pomo se giró.

Sin apenas echarme un vistazo, Yana salió de la habitación y marchó por el pasillo, enfundada en un abrigo y botas y con una bolsa de tela. Recogí el cuchillo y la seguí escaleras abajo, hacia la cocina. Bajo las luces tenues del amanecer, sacó algunas cosas de la alacena y las metió en la bolsa. Crema de cacahuete. Sopa.

Al final, se dignó a mirarme.

—¿Y tu abrigo? —Me recorrió con la mirada, con una expresión seria, como si fuese una madre decepcionada. Ni siquiera parpadeó al ver el cuchillo que tenía en la mano.

—En la biblioteca.

—Ve a buscarlo —dijo, antes de girarse y retomar lo que había estado haciendo.

—Yana —la llamé—. Debemos ir a por Wren.

—No hay tiempo. —Le costó abrir la puerta de la cocina que daba hacia el jardín trasero, pues estaba bloqueada por la nieve que se había congelado en el umbral.

—No pienso marcharme sin ella.

Yana se rindió y se dirigió hacia las escaleras del sótano. La seguí. Cuando terminó de bajar, no tardó nada en avanzar hacia la puerta trasera.

—Espera. —La sujeté del hombro con fuerza para detenerla—. Espera.

Se dio media vuelta, con una expresión tensa en su rostro pálido y sus ojos grises casi sin vida. Quería hacerle muchísimas preguntas. ¿Qué había pasado entre ella y Roza? ¿Por qué se había quedado con ella tantos años? ¿Cuándo y por qué había decidido ayudarnos a Keira y a mí? Solo que no había tiempo.

—La moto de nieve ya no está —le dije—. Y los coches se quedaran atascados en la nieve.

—Me esconderé.

—¿En el bosque? —Dejé caer la mano—. Te vas a congelar.

—Keira se ha ido, ¿no? ¿A buscar ayuda?

—Sí.

—Entonces la policía vendrá pronto. —Se giró para marcharse.

—El código —le pedí, con urgencia—. ¿Cuál es el código de la celda de Wren?

Me soltó los números a toda velocidad: 1-2-1-4-8-3.

Los repetí. Al parecer, Mila había muerto el 14 de diciembre de 1983.

—Oye —me dijo sobre el hombro mientras yo volvía sobre mis pasos—. Esperaré cerca del garaje. ¿Vale? Si no venís, me iré. —Y, antes de que pudiera contestarle, ya se había ido.

Entré a toda prisa en el calabozo. El olor rancio del retrete demasiado lleno era incluso peor tras haber pasado unas cuantas horas lejos de él. No vi a Wren, y el pánico se apoderó de mí. ¿La habrían movido? ¿Estaría envuelta como una momia en el suelo de la habitación de Taylor?

Pero no. Allí estaba. Tan solo un pequeño bulto sobre el colchón.

Introduje el código en el teclado, y este se iluminó con una luz roja. *Mierda*.

Volví a teclear. Luz roja y un pitido enfadado. Wren se movió un poco.

Era el 13 de diciembre, ¿verdad? ¿Por qué no se abría? ¿Yana me habría mentido?

Wren se incorporó, frotándose los ojos. Cuando me vio, se lanzó contra la puerta y se aferró a los barrotes.

—¡Sácame de aquí! —Los arañazos en carne viva de su mejilla parecieron moverse con cada palabra que pronunciaba.

—Eso intento —le dije, antes de volver a introducir el código. Aquella vez oí dos pitidos. ¿Iba a bloquearse?

Wren estaba diciendo algo, pero le ordené con fuerza:

—Cierra el pico.

Y lo hizo. Esperé y traté de tranquilizarme. Puse la mente en blanco.

14 de diciembre.

El panel se iluminó de color verde, y la puerta soltó un chasquido. Tiré de Wren hacia afuera. Conforme recorríamos el sótano, mi mente hizo cálculos. No podía llevarla al exterior. Si le daba mi abrigo, entonces yo me congelaría y moriría; o tal vez las dos. Abrí la puerta. Wren se quedó detrás de mí y soltó una maldición cuando la empujé hacia atrás para resguardarla del aire frío.

—Vamos a simular que conseguimos escapar —le dije.

PUM.

Un disparo. Ambas pegamos un bote.

Otro disparo. Wren se aferró a mí y sollozó contra mi hombro. Alguien gritaba en la cocina.

Fuimos de vuelta al calabozo y luego hacia la sala de control. Los monitores apagados reflejaban nuestros movimientos. Abrí la puerta del túnel, y casi imaginé a Roza acechándonos como una vampiresa. Pero no había nadie. Subimos deprisa por las escaleras de caracol desvencijadas, mientras sostenía el cuchillo frente a mí y rezaba para no tropezarme y clavármelo al caer.

Salimos del armario. Si Roza estaba allí, en su habitación, sin duda nos vería.

Solo que estaba vacía. Corrí hacia la ventana. Bajo la luz tenue del amanecer, unas siluetas oscuras se movían en la gran expansión del jardín.

—No —murmuré, casi sin voz. Taylor, con su gorro de color azul brillante, se encontraba arrodillada al lado de alguien. Era Yana, tumbada bocabajo. Unas manchas rojas teñían la nieve a su alrededor.

Taylor decía algo en dirección a la mansión. Me acerqué un poco más a la ventana y miré hacia abajo. Roza y Chitra se encontraban prácticamente debajo.

Taylor se agachó sobre el cuerpo de Yana, y contuve la respiración. Quizá seguía viva. Quizá Taylor la estaba ayudando.

Pero entonces sujetó las manos de Yana y empezó a arrastrarla, de cara al suelo, hacia el garaje. En aquella ocasión, las manchas de sangre eran de un bonito acuarela de tonalidades rosa y salmón sobre el blanco puro de la nieve.

36

Wren y yo nos quedamos sentadas en el suelo del armario de Roza, con la ropa alrededor de la cabeza como unos amortiguadores suavecitos que nos protegían del mundo exterior. Tenía el cuchillo en el regazo. Me masajeé los dedos entumecidos mientras le contaba a Wren todo lo sucedido durante las últimas doce horas y terminé el relato al recalcarle la importancia de quedarnos escondidas hasta que llegara la policía. Wren permaneció en silencio y solo soltó un grito ahogado cuando le conté que había visto el cadáver de Zoe en el garaje.

—Van a buscarme —dijo, cuando terminé—. No son tontas.

—Es cierto —concedí—. Pero puede que empiecen a desesperarse. Saben que Keira ha ido a buscar ayuda.

—Entonces, ¿por qué han matado a Yana? —A Wren se le quebró la voz cuando pronunció la palabra «matado».

—No sé. Roza le dijo a Taylor que no le hiciera daño. Puede que esté perdiendo el control que tiene sobre ella. En cualquier caso… —Me di un tirón en el lóbulo de la oreja —. Lo único que debemos hacer es escondernos. Y, si nos encuentran, pelear.

—No sé si me quedan fuerzas para pelear —dijo ella, en un hilo de voz.

—Wren. —Le di un apretoncito en la pierna—. Sé optimista, ¿vale? No pasará nada. —Si bien la muerte de Zoe había hecho trizas mi psiquis, la de Yana me había sumido en una calma infinita. Quizás incluso en la aceptación. Haría todo lo que estuviese en mis manos para sacarnos de allí, eso era obvio. Solo que tal vez aquello no fuese suficiente. Tendríamos que esperar y ver qué ocurría.

Nos quedamos en silencio durante algunos minutos, con la vista clavada en nuestras manos.

—Lo siento —le dije, tras un largo rato.

—Yo también lo siento. —Se puso a juguetear con su anillo de compromiso.

—No, me refiero a lo que pasó. —Me parecía importante hablar de ello mientras teníamos un breve respiro—. En el bar.

—Ah. —Alzó la mirada hacia mí—. Eso.

—Estaba muy cabreada —le expliqué, y solté un suspiro con mi mal aliento—. No fui con la intención de hacerte daño, solo necesitaba que me escucharas. Y parecía que te

daba tanto asco… Puede que no te haya dado un empujón, pero sí que estiré una mano para tocarte. Sabía que te echarías hacia atrás y lo cerca que estabas de aquellos escalones.

—Para —dijo, meneando la cabeza—, no tenemos que hablar de eso.

—Lo sé. Es que quería sincerarme contigo. De una vez por todas.

No me contestó, y nos quedamos en silencio. Me di cuenta del alivio que sentía. Sin importar la reacción de Wren, había hecho aquello que pensaba que nunca podría hacer. Había aceptado mi responsabilidad en los hechos.

Roza había intentado avivar mi resentimiento incontables veces. Y me sentí bien al batallar contra un villano que parecía de lo más gigantesco. Pero las cosas no eran así de fáciles. Tanto Wren como yo cometíamos errores, éramos personas con defectos e incluso podíamos llegar a ser crueles. Aunque Wren me había hecho daño durante nuestros años de amistad, yo se lo había permitido. Porque así ella era la bruja mala y yo, la buena.

—Oye. —Wren interrumpió mi ensimismamiento—. Yo también lo siento.

—Gracias por decírmelo.

—Y no fue nada —siguió, apresurando las palabras—. Lo que hicimos esa vez. Estar contigo de ese modo… La verdad es que significó mucho para mí. Solo que estaba confundida, supongo. Mucho. Nunca me había liado con una mujer. Ya sé que te dije que lo había hecho con amigas, pero no es cierto. Y después… Me pareció más fácil irme y ya. —Me dio la mano, y su anillo de diamantes me arañó un poquito el dedo—. Por mucho que me entristeciera.

—Yo también estaba triste. Y cabreada, claro. Jolín. —Esbocé una sonrisa—. Qué manera de terminar una relación.

—Horrible. —También me sonreía, apenada—. Estaba hecha un lío, de verdad. Me deprimí muchísimo en el hospital. Tenía miedo por mi mano, claro, pero también me entró un miedo espantoso de nunca poder tener una relación normal. De que iba a morir sola.

—Pero entonces conociste a Evan —le dije, en un tono alegre, antes de que ella retirara la mano.

—Ya, hablando de Evan… —Respiró hondo—. La verdad es que me dejó hace unas semanas.

—¿Cómo dices? —No me lo podía creer—. ¿Y el anillo…?

—Quería que se lo devolviera, pero le dije que se fuera a tomar por culo. —Se echó a reír—. Aunque no me lo suelo poner. Creo que me lo puse para venir aquí porque quería que pensaras que… No sé, para marcar distancias entre las dos.

—Buah. —Aquella nueva información había hecho que me diera vueltas la cabeza.

—En fin, al menos sacaré algo positivo de todo esto —dijo, sonriendo—: Si no salimos con vida, al menos no tendré que volver a intentarlo con las apps de citas.

Me eché a reír, y el sonido pareció más bien un ladrido intenso. Tras cubrirme la boca con las manos, a ambas nos dio un ataque de risitas incontrolables.

Al final, conseguimos calmarnos.

—Vale. —Wren se frotó los ojos—. No es por cambiar de tema, pero se me acaba de ocurrir algo. —Hizo una pausa—. ¿Crees que Taylor pueda tener más armas?

Asentí, impresionada.

—No me extrañaría nada.

—Creo que vale la pena arriesgarnos para buscarlas.

—Yo también lo creo.

—Es que no puedo imaginarte con eso —dijo, señalando el cuchillo que tenía en el regazo.

—¿Crees que no sería capaz de apuñalar a alguien? —pregunté, mientras abría con cuidado la puerta del armario.

—¿Apuñalar? No. ¿Empujar a alguien por un acantilado? Eso sí, sin duda.

Solté un resoplido, pero nos las arreglamos para contener más risas histéricas mientras salíamos a hurtadillas de la habitación de Roza. Nos detuvimos en la puerta roja y no oímos nada. De modo que la abrimos y seguimos avanzando, más allá de los cuadros y las estatuas que adornaban el pasillo. Una vez que llegamos al rellano, Wren quiso ir hacia la zona en la que estaban nuestras habitaciones, pero apoyé una mano en su hombro para detenerla.

—Taylor vive aquí normalmente —susurré—. ¿No crees que tenga otra habitación, una permanente, en este pasillo?

Nos congelamos en nuestro sitio cuando oímos unas voces que venían desde la planta baja.

—Bueno, ve a buscarlas. —Roza parecía bastante harta—. Chitra… —Solo que se giró y no fui capaz de distinguir nada más. Avanzamos a hurtadillas por el pasillo y dejamos atrás la habitación de Chitra y la de Yana para entrar en la tercera.

Las cortinas estaban abiertas, y el sol de la mañana iluminaba sin piedad todo el desastre de la habitación. Se parecía a la otra habitación de Taylor, solo que diez veces peor. Había ropa arrugada sobre cada superficie disponible y zapatos que cubrían prácticamente la totalidad del suelo. Había libros, diarios y aparatos varios. Incluso unas cuantas joyas relucientes por aquí y por allá, junto a corazones de manzana podridos y copas de vino vacías.

En un acuerdo sin palabras, ambas nos dirigimos a extremos opuestos de la habitación y empezamos nuestra búsqueda. Dejé mi cuchillo en el suelo y abrí un baúl. Dado el caos en el que estaba sumida la habitación, no teníamos que preocuparnos por dejarlo todo como estaba. Pasé a rebuscar en la cómoda. En la parte de arriba tenía un montón de joyas hechas una maraña. Curioso, ya que no se había puesto ninguna que no fuese el collar de conejo que le había regalado Roza.

Entonces lo vi: un vial de cristal con unas florecillas púrpura secas. Aquel que me había mostrado hacía un millón de años. Abrí la cadena, le quité el vial y me lo metí en el sujetador.

—Anda, hola.

Me congelé al oír aquella voz tan conocida.

Desde la cama oí un golpe y una maldición por lo bajo.

Taylor me apuntó con su pistola desde el umbral de la puerta. Tenía una expresión cansada, y su barbilla estaba cubierta por unas cuantas marcas de acné.

—Wreeen… —canturreó, y su voz sonó tan animada como siempre—. Sal de donde quiera que estés si no quieres que tu adorada rival no la cuente. —Me hizo un ademán —. Y tú, suelta eso.

Había recogido el cuchillo sin siquiera darme cuenta. Lo solté y dejé que cayera de vuelta al suelo.

—Ven aquí. —Taylor señaló hacia su posición.

Wren tenía las manos alzadas. Parecía un cervatillo frágil y asustado.

—Que vengas o le dispararé a Alex en la pierna —ordenó, con firmeza.

Wren se apresuró hacia donde estaba y apretó su cadera contra la mía.

—Así que Al se quedó para salvar a nuestra querida Wren. —Taylor soltó un resoplido—. Das más pena de lo que creí, Al. Es que, chica, después de todo lo que te ha hecho pasar y tú sigues dejando que haga contigo lo que quiera.

No abrí la boca. *Sobrevive hasta que llegue la policía*. Si Taylor hubiese querido matarnos, ya lo habría hecho.

—¿Qué es lo que te ha dicho Roza que hicieras con nosotras? —le pregunté. Y allí estaba, un tic diminuto cerca del ojo izquierdo de Taylor. No le gustaba que le recordaran que no era ella quien estaba al mando.

—Pues creía que el juego del escondite no se iba a terminar tan pronto. —Hizo una mueca de disgusto—. De verdad sois patéticas. Igual que Yana.

—¿Roza te ha pedido que la mataras? —quise saber—. ¿O eso lo has decidido tú solita?

—Cierra la boca, Al. —Le tembló el párpado de nuevo—. O te dispararé.

—No lo harás. —La certeza me estaba volviendo temeraria—. A Roza no le gustaría.

—¿Ah, no?

—No —repetí, antes de mirar a Wren de reojo, quien tenía la vista clavada en mí con una expresión llena de horror—. Te ha dicho que nos capturases con vida. Que nos hicieras terminar nuestras historias, ¿verdad?

Taylor soltó una risita, al tiempo que volvía a su zona de confort.

—La verdad es que estoy de acuerdo con ella. Por mucho que haya dicho que son una mierda, en realidad creo que ambas están muy bien. Casi empatadas, a estas alturas. La de Keira también estaba bien, aunque no sé si Roza se habría sentido cómoda terminando de escribirla. Ya sabes, por temas de apropiación cultural y todo eso.

—¿Por qué sigues aquí? —le pregunté—. ¿No deberías estar de camino a México a estas alturas?

Taylor alzó una ceja.

—Crees que debería estar huyendo de la policía, ¿no? Porque Keira ha escapado y ha ido a buscarlos, ¿verdad? —Con su mano libre, sacó su teléfono—. Dejad que os enseñe una cosa, chicas. —Buscó algo y nos mostró la pantalla. Por un segundo me costó descifrar lo que era, pero entonces mi visión se aclaró y pude verla.

Era Keira, tendida sobre la nieve. Las sombras de las ramas de unos árboles se proyectaban sobre su cuerpo.

Entonces me di cuenta de que las sombras no eran solo sombras, sino algo más oscuro, un líquido que salpicaba sobre la nieve.

—Creíste que todo iba a terminar ya —dijo Taylor, con una sonrisa—. Pero la verdad es que acaba de empezar.

Fragmento de *La gran obra*

Daphne se quedó de piedra bajo el umbral de la puerta.

La pequeña Abigail se encontraba a horcajadas sobre Horace, como una gata montando a un oso. Despacio y de forma deliberada, Abigail se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa. Una que se extendió demasiado por su rostro y que hizo que sus dientes teñidos de sangre relucieran.

La expresión de Horace era tranquila. Aquello no parecía nada congruente: su estómago estaba abierto de par en par y sus entrañas se derramaban hacia el exterior, como cuando una vaciaba el contenido de su bolso con muchísimo cuidado.

Daphne avanzó a trompicones por el pasillo, con la boca abierta por el espanto. El pasillo dio vueltas a su alrededor, como si estuviese corriendo sobre un puente de cuerda. Estaba en peligro; lo había estado desde el momento en que se había negado a sacrificar a Horace en un ritual. Si bien lo odiaba con todo su ser, no había querido asesinarlo. Cómo no, le había dado la bienvenida a aquel breve subidón de poder cuando Lamia había entrado en ella y la había llenado. Pero incluso en aquel momento, había pensado con claridad: *No, eso no lo puedo hacer. No lo haré.* Y había notado la sensación de asco de Lamia antes de que abandonara su cuerpo.

La gran obra la había estado conduciendo hasta aquel momento, y Daphne le había fallado.

De modo que Lamia se había apoderado de Abigail en su lugar.

Daphne oyó los alaridos guturales que eran las carcajadas de Abigail a sus espaldas. La única ventaja con la que contaba era que Lamia creía que era débil. Creía que se había negado por miedo.

Por aquí, por el rellano.

Daphne ahogó un grito al oír la voz tan conocida que le habló en su mente.

—¡Grace! —Era su querida hermanita, con quien llevaba años y años intentando contactar. Daphne quiso dejarse caer de rodillas y ponerse a llorar de alegría.

No hay tiempo, Daph, la tienes justo detrás.

Daphne siguió las instrucciones de Grace y corrió escaleras arriba. Se atrevió a echar un vistazo hacia atrás y vio a Abigail deslizándose como una serpiente por las escaleras.

Que Dios me proteja, pensó Daphne, temblando de puro asco.

Oyó un resoplido que conocía a la perfección de parte de Grace.

Ya te estoy protegiendo yo, que le den a Dios.

Daphne vaciló al llegar al rellano.

Por aquí, Daphne.

Corrió hacia las habitaciones vacías de los sirvientes. Por allí, al fondo del pasillo, una escalera bajaba desde el techo.

El ático. Daphne ralentizó el paso. Siempre había odiado el ático.

Pudo notar que Grace la miraba con impaciencia.

¡Venga!

Conteniendo un sollozo, Daphne subió la escalera a toda prisa.

37

—Me has sorprendido —dijo Roza, antes de dar un gran trago de su vaso lleno de vino. Supuse que, como Chitra estaba ocupada arrastrando el cadáver de Keira hacia el garaje, Roza había tenido que saltarse la hora del té.

Tres cadáveres congelados: Zoe, Yana, Keira. El número no dejaba de aumentar.

Taylor nos lo había explicado con muchas ganas mientras nos conducía de vuelta al calabozo, tras atarnos las muñecas con cinturones que había sacado de su armario. Al parecer, Roza había vaciado casi todo el depósito de combustible de la moto de nieve poco después del intento de escape fallido de Zoe. Keira apenas había conseguido salir de la propiedad y hacia la carretera antes de que el vehículo dejara de funcionar. Había seguido avanzando a pie, pero Taylor no había tardado en darle alcance y dispararle por la espalda. Tras ello, ella y Chitra habían arrastrado a Keira y a la moto de nieve todo el camino de vuelta al garaje.

—Te he sorprendido —repetí, sin emoción. Notaba el cerebro adormecido, confuso, como si estuviese lleno de aire. En el mismo día en el que Taylor le había disparado a Yana y a Keira, se suponía que nosotras debíamos haber estado escribiendo.

Sabía que era el penúltimo día del retiro; solo me quedaban seis mil palabras por escribir.

—Jamás se me habría ocurrido que volverías por Wren. —Roza tenía curiosidad—. ¿Por qué lo has hecho?

—No quería que muriera.

—¿Y crees que ella habría hecho lo mismo por ti? —quiso saber.

—No sé. Quizá sí —repuse, antes de pensármelo un poco—. Quizá no.

—La verdad es que no consigo decidir si fue algo heroico o una completa estupidez. —Se sirvió más vino en su vaso, antes de levantarse para meterme una caña en la boca —. Ten, querida, bebe un poco. —Y yo, obediente, bebí un sorbo. Tenía las muñecas esposadas y adormecidas del todo.

»Pero bueno, es un buen giro argumental. —Roza dejó el vaso a un lado y tomó el montón de papeles—. El de tu historia, quiero decir. No me esperaba que Lamia fuese la antagonista. Ni que su hermana Grace fuese a aparecer de nuevo. ¿Sabías que eso iba a

pasar?

—No.

Roza sonrió, complacida.

—Tienes un don. Sería toda una pena privarte de él tan pronto.

—¿Por? ¿Crees que tengo otra obra maestra en mi interior? —El sarcasmo me pareció vacío, inútil. Roza ya había dejado de fingir que nos dejaría marchar. Sabía a la perfección lo que ella y Taylor harían conmigo cuando acabara de escribir la última palabra—. Quizá deberías dejarme encadenada e intentar sacarme más libros.

—Me lo estoy pensando.

Clavé la mirada en ella.

—¿Cómo dices?

—No la parte de las cadenas. Mira, ya sé que me odias. —Tras soltar un suspiro, dejó los papeles a un lado—. Y estás en lo cierto; tan solo me pregunto cuánto te durará ese odio. —Apoyó la barbilla sobre su mano, sin despegar de mí sus ojos verde lagartija—. La verdad es que no tenía muchas esperanzas en ti al principio. Parecías demasiado pasiva y debilucha. Pero cuando descubrí que habías empujado a Wren, me di cuenta de que había algo en ti, después de todo. Y al volver por ella… Eso también significa algo.

—¿Gracias?

—Así que esta es mi propuesta. —Se enderezó—. Vas a sobrevivir al incendio que acabará con todas las demás. Y vas a publicar tu libro con tu propio nombre. Es probable que podamos sacarlo para la primavera —dijo, pensativa, antes de quedarse mirando el infinito—. Claro que necesitaré una garantía de que no abrirás la boca. Tendré que grabarte. Pero te lo pondré fácil.

—¿Qué me pondrás fácil?

—El matar a Wren. —Parpadeó, como si fuera obvio.

Solté un ligero resoplido.

—Hay formas muy sencillas —dijo, al tiempo que se recogía el cabello a la altura de la nuca—. No hace falta que sea violento. Quizás un simple pinchazo en el cuello y ya.

—¿Y luego qué? —La insensatez tan relajada del plan casi me parecía divertida—. ¿Seremos felices para siempre?

—Estoy segura de que necesitarás algo de tiempo, y no pasa nada. —Se encogió de hombros—. Puede que quieras llorar su muerte mientras recorremos Grecia. O descansar un año entero en Bali. O procesarlo todo en uno de esos centros de rehabilitación tan encantadores que hay al oeste. Puedo hacer planes para cualquiera de ellos. Siempre y cuando no digas nada sobre nuestro acuerdo. Porque, si lo haces, diré

que estás demente. Y, si eso no funciona, filtraré la grabación.

Intenté comprender lo que me estaba diciendo.

—Pero ¿eso no te involucraría a ti también?

—Sería tu palabra contra la mía, querida. Le diré a todo el mundo que descubrí lo que habías hecho y que intenté ayudar a rehabilitarte. Aunque puede que no les guste, me creerán de todos modos.

—¿Y tu plan para desaparecer? —Mi interés era mínimo, pues no creía lo que Roza me estaba diciendo, no en realidad. ¿Dejarme descansar en Bali? Parecía una broma.

—Eso es lo bueno de desaparecer. —Sonrió—. Puedes hacerlo cuando te dé la gana. He estado lista para ello durante los últimos tres años. Ya tengo las nuevas cuentas, los nuevos documentos. Si tienes dinero suficiente, no es muy difícil. —Bebió un sorbo—. Solo que tal vez no me ha llegado la hora de jubilarme. No si te gustaría trabajar en algo juntas.

—Vaya —dije, al tiempo que me giraba para mirar por la ventana—. Es todo un honor, Roza. De verdad.

—Tendrás que decidirte para mañana. Para cuando ambas hayáis terminado vuestras historias.

—Claro. —Asentí—. Quizás hasta haga un cuadro comparativo. Ventajas y desventajas.

Me dedicó una mirada llena de compasión.

—Sé que es mucho que procesar, cariño. Y lo entenderé si me dices que no. Incluso te prometo que no tendrás una muerte demasiado dolorosa. Pero… —Cuadró los hombros, y yo hice lo mismo. Estábamos conectadas mediante alguna especie de sinapsis en las profundidades de nuestro tronco encefálico—. La verdad es que sí espero que lo consideres. Sobre todo al tener en cuenta la alternativa.

Me quedé tumbada sobre el colchón, con la vista clavada en una grieta que había en el techo de cemento. Las palabras de Roza se seguían repitiendo en mi mente. Jamás en la vida podría matar a Wren. Era absurdo solo pensarlo.

Solo que…, cuando tuviese la aguja contra el cuello, ¿me sobrepasaría el instinto de supervivencia? ¿Acaso mi vida tenía que ser a costa de la suya?

Rodé sobre un lado. Eran casi las nueve, y Wren seguía escribiendo, encorvada sobre su portátil. Prácticamente no habíamos hablado desde nuestro breve escape. Chitra casi no nos había llevado nada de comer. Nuestras muertes ya habían dado inicio.

¿Le habría ofrecido Roza la misma opción? ¿Le habría dicho lo especial que era, que

quería acogerla bajo su ala protectora? Y, si así había sido, ¿qué le habría dicho Wren?

Las recompensas eran obvias: dinero, poder, fama. Todo lo que había deseado con todas mis fuerzas durante muchísimo tiempo. Cosas que había saboreado con Wren y su estilo de vida fabuloso, pero que nunca había llegado a tragar del todo.

Y la verdad, ella tampoco. No había publicado ningún libro. No estaba comprometida. Había necesitado a Roza y el retiro con tanta desesperación como lo había hecho yo.

Al día siguiente todo acabaría. Al día siguiente, todo saldría a la luz.

Y, conforme avanzábamos hacia el último día del retiro, me recordé a mí misma que aún tenía dos secretos que no le había contado a Roza.

Uno era el minúsculo vial de acónito que tenía en el sujetador, a la espera bajo mi seno derecho.

Y el otro era el final de mi historia.

El final era la única carta a mi favor que tenía, incluso si aún no sabía qué hacer con él. Me tumbé en el futón mientras pensaba, suspendida entre la vigilia y el sueño. El final de mi historia brillaba en mi interior, escondido como una perla. Era obvio que Roza podría intentar terminar la historia ella misma. Y eso sería lo que haría, si se veía obligada a ello. Pero no sería *el* final. Aquel que ya existía, enterrado bajo la superficie, sin importar si se descubría o no.

Solo yo tenía acceso a ese final.

Fragmento de *La gran obra*

Daphne se agazapó detrás de una mecedora, temblando como si fuese un corderito recién nacido. Su pelo enredado se le pegaba a su rostro sudoroso, y se lo apartó con impaciencia hacia un lado.

El ático era enorme y estaba lleno de muebles, cajas y montones de cosas apiladas. A Abigail —o mejor dicho, a Lamia— le llevaría un rato encontrarla. Pero lo haría. Daphne se aferró a una jarra de cristal con su mano izquierda; era el único objeto pesado que había encontrado. Pese a que Abigail había encendido las luces, había algunas bombillas que no funcionaban, y las que sí eran pocas y estaban a mucha distancia.

—El que no se ha escondido, tiempo ha tenido —canturreó Abigail—. Daphne, ¿por qué me tienes tanto miedo? ¿Es que no somos amigas? —Su carcajada resonó con un estruendo aterrador.

Concéntrate. La voz de Grace iba y venía, y había dejado de oírla durante un rato, aunque en aquel momento le hablo con claridad: *Tienes que matarla.*

¿Y cómo quieres que haga eso, hermanita? Daphne apretó los dientes.

No sé, pero no te queda mucho tiempo.

Daphne quiso echarse a llorar. ¿Cómo había terminado metida en aquella pesadilla?

Piensa en su debilidad. La voz de Grace volvía a sonar distante. *¿Dónde es más débil?*

Solo que Lamia no era débil. Ese era el problema. Era poderosa, demasiado poderosa. Había subyugado a Daphne en la cama, y aquello la había aterrorizado y llenado de placer a partes iguales.

Abigail se estaba acercando, y sus pasos lentos crujían sobre el suelo de madera. Daphne maldijo en voz baja.

—Él era el sacrificio. —La voz de Abigail se convirtió en un gruñido grave—. Y tú eres la gran obra. Tu cuerpo será el conducto. Tu sangre será la llave. Morirás, pero volverás a nacer. Como mi mano derecha. Mi amante. Mi hija. Te enseñaré todo lo que tienes que saber. Morirás como un ratón, pero renacerás como una diosa.

Las cajas que había frente a Daphne de pronto se hicieron a un lado como si una mano gigantesca las hubiese apartado de sopetón.

Daphne soltó un grito.

Lamia se alzó sobre ella, cuan larga era. La sangre seca bañaba su torso desnudo y

sus pechos. Era demasiado alta, y Daphne se percató de que estaba levitando a casi medio metro del suelo.

Los ojos de Lamia relucieron, brillantes como rubíes. Le sonrió.

—¡Buh! —le dijo, con la voz dulce de Abigail.

38

—¡Arriba, nenas! —La voz de Taylor me interrumpió el sueño, y me incorporé poco a poco—. ¡Feliz último día de retiro! Y como regalo especial para nuestro par de marranitas: un merecido baño. —Taylor dejó un pequeño cubo lleno de agua frente al compartimento de la puerta y luego lo empujó hacia dentro junto con un puñado de champús y jabones.

Chitra se encontraba justo detrás, con una bandeja en las manos. Tenía la piel tensa y pálida, casi gris. Sus ojos oscuros parecían guijarros en el fondo de un charco lleno de lodo. No se parecía en nada a la alegre cocinera que habíamos conocido hacía algunas semanas.

Taylor, al contrario, parecía brillar de lo bien que se veía. Llevaba su sudadera que decía Déjame vivir y se había arreglado su cabello corto con mucho estilo.

—Lavaos un poco —nos ordenó—. Vamos a cenar en el comedor todas juntas.

Mi estómago soltó un rugido y me recordó que no habíamos comido nada en todo el día. El reloj que había en el suelo indicaba que casi eran las seis de la tarde. Aquella mañana, Taylor nos había comunicado por medio del altavoz que Roza quería que esperásemos hasta la noche para escribir las escenas finales de nuestras historias. Y quizá se debiera a la debilidad producto del hambre, pero Wren y yo habíamos conseguido dormir gran parte del día.

—Lavaos el pelo cerca del desagüe —siguió—. Chitra os traerá más agua para que os lo enjuaguéis.

Me quité la ropa poco a poco, con cuidado de mantener el vial escondido en mi sujetador. El acto de lavarme el pelo tan lleno de grasa me pareció casi sexual. Me puse champú dos veces y luego una más. Wren y yo nos enjabonamos sin vergüenza alguna. Taylor nos hizo llegar más cosas en cestos: toallas blancas y suavecitas y una muda de ropa limpia.

—Venga, daos prisa. —Chasqueó los dedos mientras buscaba algo en su teléfono—. Que es para hoy.

Desnuda, llevé la ropa limpia hacia el montón de ropa sucia. Tras echar un vistazo hacia atrás, vi que Taylor seguía distraída. Me puse el sujetador y escondí el vial bajo mi pecho. Wren se pasó una toalla con suavidad por su mejilla lastimada y dejó unas

manchas rosadas sobre la tela blanca.

—No hay tiempo para maquillaje ni nada más —dijo, haciendo una mueca—. Pero al menos ya no apestáis. —Nos lanzó unas esposas—. Wren, pónselas a Alex, y luego acércate a los barrotes y te pondré las tuyas.

Nos arreó como si fuésemos ovejas. Y en cierto modo sí que lo éramos. Me sentía tan débil —debido a la falta de alimento, al miedo constante y también a aquella sorpresita — que seguirla era lo único que era capaz de hacer. Al avanzar por la cocina y el pasillo, tras una ducha y con ropa limpia, me acordé de los primeros días del retiro. Cuando lo único importante era ganar el concurso. Cuando Wren había sido mi amenaza más grande.

Taylor nos condujo hacia el comedor. Allí, se había dispuesto una mesa para cinco personas con todos los lujos posibles. Roza esperaba en el asiento principal, mientras bebía sorbitos de una copa de vino. Su mirada se iluminó y se puso de pie, radiante con su vestido largo de color rojo sangre.

—¡Hola, preciosas! —Nos sonrió—. Tenéis mejor aspecto del que habéis tenido en mucho mucho tiempo.

Me pregunté si Roza estaría de buen humor porque ya casi habíamos llegado al final de todo aquello. Mantener gente encerrada debía ser una fuente constante de estrés, incluso para ella.

Taylor nos indicó que nos sentáramos en los sitios más alejados de Roza.

—No, cariño —dijo Roza, dándole palmaditas a las sillas que tenía cerca—. Que las invitadas se sienten a mi lado.

Con los ojos entrecerrados, Taylor me sacó la silla al tiempo que Chitra hacía lo mismo para Wren. Estábamos tan cerca de Roza que por un momento me imaginé hincando los dientes en su brazo descubierto.

Chitra nos sirvió vino tinto en las copas. Dado que seguía con las manos esposadas, Taylor llevó la copa hasta mis labios y me hizo beber demasiado a propósito. Casi me atragantó.

—Con cuidado —la riñó Roza, fulminándola con la mirada—. Y no le des demasiado. Necesito que todas conservemos nuestros cinco sentidos para el juego final.

Wren y yo intercambiamos una mirada. ¿Estaba de coña? ¿No nos había torturado suficiente ya, joder?

Chitra llevó platos hasta la mesa y los dejó frente a cada una: un plato principal de *filet mignon*.

—He pensado que teníamos que terminar el retiro con un filete. —Roza me guiñó un ojo antes de sujetar su tenedor y su cuchillo.

Taylor me dio de comer como si fuese un bebé, y Chitra hizo lo mismo con Wren. Aquella comida tan sabrosa fue como una explosión en mi boca. Sabía que luego me iba a sentar como una patada, pero no me importaba.

En un momento dado, alcé la vista y noté la mirada de Chitra clavada en mí. Articuló las palabras «lo siento» en mi dirección.

Cuando me quedé mirándola, ella devolvió su atención a Wren, apesadumbrada, y le dio una cucharada llena de guisantes.

Al final, Roza dejó sus cubiertos sobre su plato. Aunque Chitra hizo el ademán de ponerse de pie, Roza le dedicó una mirada de advertencia y se volvió a sentar.

—Bueno, chicas. Habéis llegado hasta el final. —Roza se inclinó hacia adelante para asir una botella abierta de vino. Sirvió más en mi copa, la cual estaba casi llena, y no se detuvo hasta que casi llegó al borde—. Alex, de nuevo tengo que decir que me has sorprendido.

—De nada —dije, mientras la comida y el vino hacían que me mareara un poco.

—Y tú. —Se giró hacia Wren—. Tú también me has sorprendido. Eres una chica consentida y de lo más infantil, pero te las has arreglado para llegar hasta el final también.

Wren le devolvió la mirada a Roza con una expresión ausente.

—A ambas se os hizo mucho daño en vuestra infancia. —Con su copa llena, Roza se reclinó en su asiento—. Y os habéis pasado el resto de vuestras vidas haciéndoselo a los demás. Quizás encontrasteis un oasis en la compañía de la otra, aunque eso no significa que os hayáis convertido en personas buenas y amables, ¿verdad? Habéis tratado muy mal a los hombres. No habéis sido buenas amigas para aquellos que decís que son vuestras amistades. Disfrutasteis de una relación codependiente y sadomasoquista entre vosotras a la que solo le hizo falta un momento de conexión de verdad para hacerse trizas. Wren, apartaste a Alex y la trataste como si no existiese. Alex, le causaste daño físico a Wren y luego te sumiste en una espiral de autocompasión. —Me guiñó un ojo—. La verdad es que es una historia muy buena.

Le devolví la mirada, impasible.

—En fin —siguió, cruzándose de brazos—. Os daré la oportunidad de ponerle punto final a esta historia tan sórdida. ¿Conocéis el complejo de Edipo? ¿El de Electra? Para resumirlos, se supone que, para crecer, para evolucionar, uno tiene que matar de forma inconsciente a su padre o madre. No tenemos a vuestros horribles padres aquí hoy, pero no os preocupéis. Habéis adoptado esa forma la una para la otra. Y dado que las dos lo estáis pasando fatal, os daré una oportunidad para sanar.

Un súbito mareo me volvió a embargar y tuve que presionar los pies contra el suelo.

Concéntrate. Era la voz de Daphne, que se alzaba desde las profundidades de mi mente. *Quédate quieta y concéntrate*.

—¿Cómo nos vas a ayudar a sanar? —preguntó Wren al final, con voz ronca.

—No sois capaces de terminar vuestras historias —continuó Roza, como si no la hubiese oído—. No sin aniquilar a la otra. Ya lo he comprendido. —Se puso de pie, despacio—. Y tal vez necesitéis un ejemplo.

Alternó la mirada entre Chitra y Taylor. Chitra le devolvió la mirada, recelosa, al tiempo que Taylor esperaba casi sin poder disimular su entusiasmo.

—Chitra, querida —dijo Roza, con la voz suave como la seda—. Necesito que mates a Taylor.

—¿Qué? —soltó Chitra, tensándose.

—¿Qué? —rio Taylor.

—Tienes un cuchillo justo ahí. —Roza señaló con la barbilla el cuchillo que Chitra había usado para cortar el filete de Wren—. Y con cada segundo que dejas pasar, estás perdiendo el factor sorpresa.

Taylor se echó a reír de nuevo.

—¿Crees que Chitra es capaz de cometer un acto de violencia? Es demasiado buena para eso, Roza.

Chitra parecía conmocionada y tenía la boca ligeramente abierta.

—¿No? —Roza se giró—. Qué remedio. Taylor, necesito que mates a Chitra.

—¿De verdad? —Taylor se puso de pie de inmediato, con el cuchillo lleno de grasa de mi plato aferrado en la mano.

Chitra se puso de pie tan rápido que volcó su silla. Taylor empezó a rodear la mesa, despacio, y Chitra se dio media vuelta con torpeza y salió corriendo en dirección a la puerta.

Ya había visto la sangre brotar desde la mano de Wren en un arco amplio y perfecto que relució contra las lucecitas del bar. Solo que, en aquel momento, el arco fue muchísimo más grande. Cuando Taylor agarró a Chitra por el pelo, la acercó a su cuerpo y le abrió la garganta con el cuchillo, la sangre brotó con la potencia de una manguera de incendios y bañó la entrada con una curva grácil.

Con un gorjeo estrangulado, Chitra cayó al suelo.

Me percaté de que me había incorporado un poco en mi silla, con la boca abierta.

La mirada de Chitra se clavó en mí mientras esta luchaba por respirar como un pez fuera del agua y la sangre salía de su cuello hasta el suelo, de un bermellón tan intenso que me recordó a un esmalte de uñas precioso que había usado una vez.

El aroma metálico que había empezado a reconocer con tanta facilidad me embargó

por completo.

Taylor volvió a la mesa, con la respiración acelerada. Sacó su silla, arrastrándola, y se volvió a sentar. Tenía los ojos muy abiertos y las mejillas salpicadas con gotitas de sangre.

—¡Uf! —exclamó, antes de echarse a reír—. Menuda locura.

Wren se había quedado sentada en su sitio, inmóvil y con la vista clavada en el infinito.

—¿Veis? —nos preguntó Roza, con delicadeza—. Dos no pueden coexistir en el mismo espacio. Y Chitra ya se estaba desvaneciendo de todos modos. —Observó el cadáver de Chitra, tendido en el suelo, y el charco de sangre que se extendía bajo ella, como si fuese una obra de arte no demasiado interesante—. Pero seguiré cuidando de su hija. Se lo prometí.

Las palabras, llenas de histeria, se amontonaron detrás de mis labios: *Roza, esto es una locura. Roza, déjanos ir*.

Shh, me dijo Daphne. *No digas nada. Deja que piense que estás descubriendo algo*.

De modo que bajé la vista a mi plato y me quedé mirando las marcas húmedas y rosáceas que había dejado el filete poco hecho que Chitra había preparado con maestría hacía tan solo unos minutos. Asentí, despacio.

—Vale. —De pronto, Roza dio una palmada, contenta—. Vayamos hacia el salón, ¿os parece? Ha llegado la hora de nuestro juego final.

39

Frente al fuego encendido, dos mesas oscuras y barnizadas nos esperaban. Sobre ellas estaban nuestros portátiles, así como una pila de hojas ordenada a su lado. En la mesa que había cerca de la pared, había un decantador de vino tinto y unas cuantas copas. La sala estaba ligeramente a oscuras, pues solo la iluminaban las velas que había sobre la chimenea y la mesita de centro. Era una escena preciosa.

—Sentaos. —Roza se acomodó sobre el sofá tapizado que daba hacia los escritorios, a unos tres metros de distancia. Taylor se sentó a su lado y casi daba saltitos de la emoción que sentía, como una niña a la que llevan a su primer espectáculo de Broadway.

Me dirigí al escritorio más alejado y me senté. Wren se sentó en el borde de su silla, con los hombros caídos.

Rojo. Brillante. Metálico. La imagen del charco escarlata cada vez más grande hizo que un gemido aterrorizado se me quedara en la garganta.

Para. Daphne apartó la imagen de mi cabeza con un movimiento. Los ojos abiertos de Chitra, suplicantes, se alejaron un poco antes de volverse borrosos y desaparecer del todo. *Concéntrate, Alex. Ya has visto hasta dónde llega su locura. Si no te concentras, no saldrás de esta con vida*.

—Bueno —empezó Roza, acomodándose las manos sobre la rodilla—, ambas estáis muy cerca de llegar al final de vuestras historias. Como bien sabéis gracias a nuestras reuniones, necesitáis dos cosas: una resolución y una escena final. Creo que podréis conseguir ambas en tres mil palabras o menos. Pero dejaré que vosotras decidáis eso.

El fuego me calentaba las rodillas. Tenía la mente casi inmóvil.

—Así que el juego final es que ambas terminéis esas escenas y las imprimáis allí —siguió, antes de señalar una impresora que había en una mesita cerca del sofá—. Tras lo cual vosotras decidiréis quién es la ganadora.

—¿Cómo dices? —Wren alzó la mirada y me miró con los ojos entrecerrados—. O sea, quieres que leamos…

—No —la cortó Roza—. Quiero que lo destruyáis. Sé que a ninguna de las dos os gusta la violencia física, así que dejaré que vuestros manuscritos sean una representación de vosotras mismas.

Taylor sonreía de oreja a oreja. Noté una punzada intensa de odio hacia ella.

Bien, me dijo Daphne. *Úsalo para afilarte*.

—Entonces, ¿lo que quieres es que lancemos el manuscrito de la otra al fuego? —quise saber.

—Ese es un método. —Se encogió de hombros—. Podéis hacerlo como queráis. Hacerlo pedazos, comeroslo, lo que sea con tal de que os deshagáis de él. Es la única copia.

Las palabras se me clavaron en el pecho. Tanto tiempo, tanta energía… y todo para que acabe destrozado.

—Y —Roza sacó su móvil—, para asegurarme de que participéis en el juego, os daré un tiempo limitado. Dos horas. Es poco tiempo, pero confío en que ambas podáis hacerlo. Si, cuando se acabe el tiempo, no habéis destrozado ningún manuscrito, moriréis las dos. —Se encogió de hombros—. A mí me da igual, la verdad. Aunque sí me gustaría seguir colaborando con alguna de las dos. Ambas tenéis mucho talento.

La sonrisa de Taylor desapareció de su rostro. Y entonces comprendí qué era exactamente lo que había pasado en aquella extraña e infeliz familia. Yana había sido la primera. Roza había seducido a su joven asistente, para luego acercarse más y más a ella hasta que al final había conseguido arrebatarle su libro. Habían sido pareja; estaba convencida de ello como si me lo hubiesen confesado. ¿Cuándo había cambiado todo? ¿Cuándo había degradado a Yana a ser el ama de llaves? ¿Habría sido antes o después de que llegara Taylor, tan dispuesta, tan ansiosa por complacer?

Chitra también había sido parte de ello, solo que no del mismo modo. Lo de Chitra había sido un juego diferente. Roza la había atraído no al acostarse con ella ni al validarla, sino al usar su amor por su hija. Roza había visto su punto débil y había sabido cómo aprovecharse de él.

Pero Yana y Taylor, esa había sido la primera competencia. Yana había perdido. La utilidad de Chitra había disminuido, y la habían sacrificado para mostrarnos quién era nuestra verdadera competencia.

Taylor.

¿Acaso Taylor se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo? Que Wren o yo, quien fuera que «ganara» aquel juego, iba a ocupar su lugar.

No sería fácil para ella. Roza la haría sufrir. Era todo parte de su juego.

Wren se había puesto a temblar y a sollozar por lo bajo.

—Pásale una manta —ordenó Roza, y Taylor lanzó una manta de lana sobre el regazo de Wren.

»Y quítales las esposas —añadió—. ¿Wren? Céntrate, querida. Tienes que ponerte a

escribir.

Tras meterse la pistola en la cinturilla de los pantalones, Taylor nos quitó las esposas y las dejó caer al suelo. Me froté las muñecas adoloridas y abrí y cerré los dedos entumecidos por la falta de circulación.

Cuando Taylor se alejó, Wren me miró de reojo. Tenía la mirada un poco desenfocada.

—Concéntrate —le dije, en voz alta.

Parecía confundida, y la entendía a la perfección. ¿Para qué? ¿Cuál era el plan?

Algo brilló entre la oscuridad detrás de Wren. El decantador de vino que había en una mesita.

Úsalo, me dijo Daphne.

—Un segundo. —Me giré hacia Roza e hice un ademán hacia el vino—. ¿Es para nosotras? ¿Puedo beber un poco? —Me puse de pie.

—¡Eh! —Taylor se puso de pie de un salto y me apuntó con su pistola—. Estate quieta, coño.

—No pasa nada, querida. —Roza le dio unas palmaditas a Taylor en la pierna—. Sírvele un poco.

—Ya lo hago yo. —Sacudí las manos y los dedos—. Tengo que hacer algo antes de ponerme a escribir. Es como que tengo mucha energía dentro o algo así.

—Es comprensible. —Roza le dedicó una mirada a Taylor—. Déjala.

Taylor se quedó de pie mientras me acercaba a la mesita. Traté de hacer caso omiso tanto de ella como de su arma, lo que de algún modo me parecía más sólido y real que todas nosotras. Si Taylor veía lo que estaba haciendo, la usaría para detenerme, con o sin el consentimiento de Roza.

Le di la espalda y aferré el decantador con la diestra mientras introducía la mano izquierda por el cuello amplio de mi jersey para sacar el vial de mi sujetador. Serví una copa al tiempo que destapaba el vial cerca de mi pecho. El tapón y la ramita seca cayeron sobre la mesa. Saqué las florecillas, aún con el vial en la mano, y las dejé caer en el decantador con el mismo movimiento con el que lo apoyaba sobre la mesa. Aparté el tapón hacia un lado y este cayó entre la mesa y la pared.

Contemplé el decantador mientras volvía a meterme el vial en el sujetador. El vino era lo bastante oscuro como para que no se pudiera ver el acónito. O quizás era que ya se había disuelto.

Muy bien, me susurró Daphne, complacida.

—Date prisa, joder —soltó Taylor.

Volví al escritorio y bebí un sorbito de vino. Era intenso y amargo. Lo único que quedaba era esperar que se sirvieran una copa. Pulsé una tecla y di un respingo cuando

el brillo de la pantalla iluminó la estancia en penumbra.

—Vale. —Roza le dio un toquecito a su móvil—. Tenéis dos horas, señoritas.

40

Lamia levitó en el aire y clavó a Daphne en su sitio con aquella sonrisa llena de sangre que tenía.

—Sí. —Daphne se puso de pie y alzó las manos—. Convertirme en la gran obra sería todo un honor. ¿Has dicho que había una ceremonia? ¿Qué materiales necesitamos? ¿Dónde deberíamos hacerlo?

Lamia se acercó un poco más al suelo.

—Necesitamos fuego.

—El salón —dijo Daphne, sin perder tiempo—. Vayamos al salón.

El rostro de Abigail había empezado a aflojarse y a deslizarse como si fuese una máscara de cera. Tras él, el rostro real de Lamia había empezado a asomarse. Daphne sabía que no le quedaba mucho tiempo.

—Sé que aún no te he convencido del todo —dijo Lamia—. Pero lo haré. Sé cómo te han controlado otras personas. Todo lo que has sufrido. Cuando vuelvas a nacer, tu poder no conocerá límites.

¿Y eso qué significaba? ¿Tendría el poder para matar? ¿Para servir a Lamia? Daphne mantuvo sus pensamientos ocultos, como semillas plantadas en la tierra. Lamia era capaz de leer su mente si así lo quería, aunque parecía que por el momento le daba igual la forma en la que Daphne reaccionara.

Soberbia. Lamia creía que era invencible. Y ese era su punto débil.

Lamia tenía razón al decir que Daphne había sufrido.

Solo que también había sobrevivido. Y aquello quería decir que ella misma tenía su propio poder.

Las manos se me detuvieron sobre el teclado, y me quedé mirando el fuego. La palabra «poder» ocupaba toda mi mente. Nunca me había parecido más ajena ni más imposible de alcanzar que en aquel momento, al escribir a punta de pistola. Recordé a Chitra, con su cuerpo tendido sobre el suelo del comedor. A Zoe, Yana y Keira, congeladas y apiladas en el garaje como si fuesen un montón de leña.

Miré a Wren de reojo, quien estaba encorvada sobre su portátil y escribía como si le fuese la vida en ello. Estaba asustada y herida y parecía patética. Y, aun así, antes de todo aquello me había tenido bajo su poder. Incluso cuando no la tenía cerca, había sido

un fantasma omnipotente que acechaba todos mis pensamientos. Podía recordar lo aterrada que había estado mientras iba en metro a la presentación del libro de Ursula y me preguntaba si la vería allí.

Imaginé a Wren de niña, encerrada en un armario, con unos moretones que le salpicaban los brazos y la espalda.

Contemplé a Roza y a Taylor, quienes, por desgracia, ni siquiera le habían echado un vistazo al vino. Roza leía algo en su móvil mientras que Taylor examinaba algún aspecto de su pistola y una especie de velo similar desapareció. Las vi a ambas como versiones más jóvenes de sí mismas, chicas inocentes que se daban cuenta de que el mundo en el que habían nacido no tenía un lugar para ellas. La Roza más joven apenas se había salvado de los horrores de la guerra, solo para encontrárselos en el armario de la casa de su mejor amiga. La Taylor adolescente había vivido en un lugar que odiaba tanto a las chicas que estas simplemente decidían dejar de existir. Había tenido que tragarse su ira tanto tiempo que esta había supurado en medio de la oscuridad.

Y yo. Una niña que se había topado con un monstruo en el bosque y que había sabido en sus adentros que había sido el heraldo de algún final. Que las peleas a susurros y las miradas hirientes y la energía ominosa que percibía en casa eran los indicios de que todo estaba llegando a su fin más deprisa de lo que creía.

¿De dónde provenía el poder en un mundo que te lo arrebataba una y otra vez? ¿Cómo podíamos volver a tenerlo cuando las fuerzas dominantes lo balanceaban sobre nosotras y gritaban: «¡Solo las más fuertes sobrevivirán!»? ¿Hacerles daño a otras mujeres era la única forma de obtenerlo? ¿O acaso eso también era un truco?

Quizá la respuesta fuera muchísimo más sencilla de lo que me había imaginado. Quizás el poder nunca había desaparecido. Quizá seguía dentro de mí, en mis entrañas y en mis huesos. Quizá lo único que debía hacer era darme cuenta de que estaba allí.

Sí. La voz de Daphne, solemne y llena de orgullo, inundó mis pensamientos. *Al fin has comprendido la verdad. La verdad que hay detrás de todo esto. Detrás de Roza, detrás de ti misma. Has llegado a la meta*.

Has terminado.

Aparté mi portátil hacia atrás.

—He terminado. —Las palabras me salieron rasposas y roncas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Taylor, en voz baja. Roza alzó la vista de su móvil.

Me aclaré la garganta y me giré para enfrentarlas.

—He terminado.

Wren dejó de escribir y se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

—Has escrito durante cinco minutos. —Roza me miró con los ojos entrecerrados—. No puedes haber terminado.

Solté un resoplido. El sonido me sobresaltó un poco, pero entonces me eché a reír, sin que nada me importase. El poder de mi resistencia me llenaba y brillaba como miles de millones de estrellas.

—Gracias, Roza —le dije—. Lo acabo de comprender todo.

—Alex —me llamó Wren en una voz baja y llena de pánico.

—¿Ah, sí? —Roza dejó su teléfono a un lado con un movimiento brusco. Bajo la luz de las velas, su rostro parecía ligeramente demacrado.

—Sí. Aunque haya sido de lo más retorcido, creo que has sido tú quien me ha salvado. —Mi voz cobró fuerza—. Antes de todo esto, lo único que hacía era sobrevivir cada día. No sentía nada. Era muy infeliz. No tenía esperanzas. —Respiré hondo—. Pero al estar aquí… Has hecho que recordase que tengo la habilidad dentro de mí de crear mundos enteros.

—Eh… —Taylor miró a Roza de reojo—. ¿Está hablando en serio?

—Durante mucho tiempo he dejado que otras personas me hicieran sentir como si eso no fuese suficiente —seguí—. Que, para ser una escritora de verdad, tenía que conseguir que algún agente literario o algún editor confiara en mí. Porque hasta entonces todo sería un sueño de opio. Pero eso es una parida. Porque incluso si no llego a publicar nada, eso no quita que siga siendo escritora. —Hice una pausa para recuperar el aliento—. Soy escritora, y nadie puede arrebatarme eso.

Roza se quedó mirándome, con una ceja alzada.

—Es todo un subidón —añadí—. Y, por muy retorcido que sea, lo entiendo, Roza. Has hecho lo indecible para robárselo a otras personas. Pero nunca tendrás este poder.

Una sonrisa había llegado a su rostro.

—Y por ende… —Me puse de pie, valiéndome del respaldo de la silla para apoyarme. Taylor se puso de pie de un salto, pero Roza alzó una mano para detenerla.

»Me lo llevaré conmigo. He terminado. —Recogí el montón de hojas, di un par de zancadas hacia la chimenea y las lancé al fuego.

Aunque Wren soltó un grito, yo me limité a verlas arder. La paz aterrizó en mi pecho, suave como una polilla, conforme las hojas se arrugaban y se ennegrecían. Podía notar la presencia fantasmagórica de Daphne a mi lado. Sonreía de oreja a oreja, tan orgullosa como una madre.

Podían hacer lo que quisieran con mi cuerpo, pero no podrían adueñarse de mi historia.

—Ay, Alex. —Roza se pasó una mano por la frente—. Qué ingenua eres. No te has

creído que *de verdad* esa era la única copia que tengo, ¿no? —Parecía muy entretenida—. Ha sido un acto de lo más valiente, eso sí. ¡Y menudo discurso! Me alegro de que lo hayas hecho, querida. Te mereces un final así de contundente. —La alegría desapareció de su rostro cuando se giró hacia Taylor antes de agregar:

»Mátala.

41

—¿De verdad? —Taylor parecía un poco conmocionada.

—Sí, de verdad —contestó Roza, antes de suspirar en voz alta—. Les he dado demasiadas libertades, ya me he dado cuenta. Pero bueno, he aprendido mi lección. Por favor, encárgate de Alex. Luego Wren podrá ver el cadáver de su mejor amiga y decidir cómo quiere proceder.

—¡No! —chilló Wren, con la voz llena de angustia.

—Un momento. —Pese a que el corazón me latía furioso en el pecho, Daphne seguía tratando de calmarme. *Tranquila. Inténtalo una vez más*. Señalé mi copa de vino—. ¿Puedo hacer una última petición?

Roza vaciló. Quería ponerle punto final a todo de una vez por todas, aunque también tenía el pinchacito de curiosidad que se lo impedía.

—¿Qué quieres, querida?

—Un brindis. —Muy despacio, me estiré para alzar mi copa—. Por todo lo que hemos pasado juntas.

—¿Nos estás vacilando? —exclamó Taylor, con voz muy aguda—. Ni de coña.

Y fue aquella negativa, combinada con la pasión que Roza sentía por el drama, lo que lo asentó.

—¿Qué pasa? —preguntó Roza, molesta—. ¿Tienes mucho que hacer? Sírveme una copa. Y otra para Wren también.

—Menuda estupidez —dijo Taylor, antes de meterse la pistola en la cinturilla de sus pantalones. Las tres la observamos mientras servía el vino en las copas. Le entregó la primera a Roza, dejó la segunda sobre el escritorio de Wren y se quedó con la tercera.

»¿Ya estás contenta, Al? —Como si fuese un acto de rebeldía, se dejó caer en el sofá y bebió un gran trago.

—Por Alex. —Roza se puso de pie y alzó su copa—. Una joven escritora de lo más talentosa que ha honrado nuestro mundo con su obra maestra. O bueno, con gran parte de ella. —Se llevó la copa a los labios.

Por instinto, Wren hizo lo mismo.

—Wren, no —dije en un hilo de voz, al tiempo que Taylor bebía otro sorbo.

Wren se detuvo, pero Roza me oyó.

—¿Qué pasa? —preguntó, alzando su copa para observarla con atención—. ¿Le has puesto algo al vino?

—¡¿Qué dices?! —Taylor abrió los ojos como platos.

Entonces me di cuenta de que algo, o más bien alguien, se acercaba a nosotras a hurtadillas. Al principio pensé que debía ser alguna sombra producto de la luz de las velas, solo que la sombra se solidificó como una figura que, pese a que no podía identificar, era tangible y se agazapó sobre el suelo. Avanzó despacio y en silencio hasta situarse por debajo de la cabeza de búfalo.

Me la quedé mirando, anonadada. ¿Acaso había hecho que Daphne adquiriera forma física de algún modo? ¿Mi desesperación la habría devuelto a la vida?

¿O quizás habría inhalado por accidente algunas moléculas de acónito cuando había bebido hacía un rato? ¿Estaba alucinando como había hecho en San Valentín?

Taylor se levantó de un salto y me apuntó con su pistola.

—Al, ¿qué coño has hecho?

—Mira. —Roza sacó algo que goteaba de su copa—. Parece…

Taylor lo agarró.

—¡Es acónito! Pero ¿cómo…? —Alzó la vista, confusa. Daphne se estaba acercando más y más, con algo largo y blanco aferrado entre sus manos. Llevaba un abrigo de piel y su capucha le cubría la cara.

Tenía que distraerlas.

—¿Que cómo lo encontré? —Metí la mano en mi jersey y saqué el vial vacío, para luego menearlo en el aire—. A lo mejor deberías mantener las sustancias peligrosas bajo llave, Tay.

—Joder, joder. ¡Que es mortal, Alex! —Taylor se dejó caer sobre el suelo, soltó la pistola y se metió los dedos en la garganta. No tardó en tener arcadas.

Daphne estaba justo por detrás del sofá. La luz de las velas iluminó sus ojos y sus dientes descubiertos.

—Madre mía —soltó Roza, sonriendo—. Bueno, eso ha sido toda una sorpresa. Bravo, querida. Aun así, espero que sepas que eso solo ha sido un retraso pequeñito y ya.

Daphne se subió por encima del respaldo del sofá y se plantó sobre los cojines, hasta estirarse cuan larga era. Había luchado contra Lamia y había ganado, aunque estaba claro que no le había sido sencillo. El abrigo de piel estaba sucio y cubierto de sangre seca. Sus labios resecos se extendieron en una mueca sombría cuando alzó el jarrón de cerámica por encima de su cabeza.

El siguiente par de segundos transcurrió muy despacio, casi de forma pausada.

Roza empezó a darse la vuelta justo cuando Daphne saltaba hacia el suelo y

estampaba el jarrón contra la coronilla de Taylor.

Se produjo un estallido estremecedor cuando este se rompió en mil pedazos. A Taylor la rodeó por un instante un halo de esquirlas blancas según la fuerza del impacto hacía que su rostro se estrellara contra el suelo.

Cuando el tiempo volvió a la normalidad, Taylor yacía tumbada, sin moverse. Un círculo de color rojo cada vez más grande se extendía por la alfombra.

Y algo le pasaba a su cráneo. Estaba deformado. Hundido. Su cabello bañado en sangre se aplanó sobre aquel valle cóncavo.

Daphne se irguió sobre ella, entre jadeos.

Solo que no era Daphne, sino Keira.

Se quitó la capucha y me miró, casi sin respiración. Era la primera vez que la veía sin sus gafas. En medio de su rostro enrojecido y lleno de heridas, la piel que rodeaba sus ojos se veía amoratada, y la punta de su nariz era de un color púrpura intenso. Su mirada estaba cargada de una furia llena de convicción.

Roza se quedó con la boca abierta. Sus ojos se posaron sobre la pistola que yacía en el suelo al tiempo que Keira se agachaba para recogerla.

Roza salió corriendo, en dirección a la puerta. Keira corrió tras ella. Wren y yo la seguimos.

Antes, cuando había recorrido la mansión a hurtadillas y había dormido en la biblioteca, me había sentido como un animal. Aunque no como un depredador.

En aquel momento, mientras las tres perseguíamos a Roza por el pasillo, lo único que quería era hacerla pedazos.

42

Roza dobló la esquina hacia el vestíbulo principal. Seguimos su rastro conforme subió las escaleras, llegó al rellano y se dirigió por el pasillo hacia su habitación. Intenté abrir la puerta, pero le había echado la llave.

—¡Keira, estás viva! —solté sin aliento cuando nos vimos forzadas a detenernos.

Sin hacerme caso, nos apartó del camino a Wren y a mí y apuntó con la pistola hacia la parte de abajo de la cerradura. El disparo me retumbó en los oídos. Keira abrió la puerta de un empujón y entró en la habitación. Tras intercambiar una mirada con Wren, la seguimos. Otra de las habilidades de Keira que no nos habíamos esperado y nada más.

—El sótano —advertí, al tiempo que corríamos por el espacio que daba al saloncito de Roza. Tendría que estar de camino hacia allí para resguardarse dentro de las paredes de cemento. No obstante, vimos algo en el saloncito que nos hizo detenernos de golpe.

Unas escaleras colgaban del techo como una mandíbula abierta.

Era una puerta que conducía hacia el ático.

Me eché a reír al pensar que deliraba al ver cómo mi mundo colisionaba con el de Daphne. Imaginé a Daphne subiendo las escaleras del ático a toda prisa, mientras su hermana Grace, quien llevaba años muerta, la alentaba a ir más rápido porque Lamia las seguía de cerca.

¿Quién era yo en aquel escenario? ¿Seguía siendo Daphne? ¿O acaso me había convertido en Lamia?

—¡Espera! —exclamó Wren, cuando Keira hizo el ademán de subir por las escaleras—. ¿No podemos dejarla y ya? ¿Podemos irnos?

—¿Cómo? —La voz de Keira era ronca; era la primera vez que nos dirigía la palabra.

—No sé. —Wren meneó la cabeza.

—La moto de nieve no tiene combustible. —Keira fue señalando cada opción con los dedos—. Hay demasiada nieve como para conducir. Estamos demasiado lejos como para ir andando.

Al verla de cerca, noté que sus orejas habían adquirido una tonalidad negra.

—Madre mía. —Intenté acercarme, pero ella se apartó de mi toque.

—Si no la matamos, será ella quien nos mate —siseó Keira.

—Tienes razón. —Sujeté a Wren por su hombro tembloroso y me tragué mi propio pánico—. ¿Lista?

—Vale. —Aunque temblaba, Wren cuadró los hombros.

Keira fue la primera en subir, con la pistola apuntando hacia delante. El hombro izquierdo le colgaba de un modo extraño, y parecía que se inclinaba hacia ese lado. Olía como el exterior, amargo y como a abeto.

La seguí, y Wren subió por detrás de mí. A medida que los ojos se nos acostumbraban a la luz tenue del ático, tuve un mal presentimiento. Tal como me había imaginado, el lugar estaba lleno de cosas: cajas, muebles cubiertos por sábanas, marcos de cuadros dorados apilados. Pasamos por al lado de una butaca de terciopelo rosa, descubierta y llena de polvo, que tenía un agujero enorme en el asiento. El relleno se asomaba desde dentro como si de vómito se tratase.

La voz de Daphne, que me decía qué hacer, había desaparecido. En aquel momento solo estábamos las tres y nos movíamos como si fuésemos una manada muy unida. Avanzamos despacio, cual soldados que se escabullían en medio del bosque. Busqué a mi alrededor. Roza podría estar en cualquier parte. Aquello era muy peligroso.

Wren ahogó un grito.

Al oírla, Keira y yo nos volvimos.

Roza tenía un cuchillo de caza contra la garganta de Wren y la estaba haciendo retroceder para apartarse de nosotros. Wren tenía los ojos como platos y gimoteaba por el miedo. Por primera vez en la historia, Roza estaba despeinada y tenía el rostro brillante por el sudor.

—Suéltala —gruñó Keira, al tiempo que apuntaba a Roza con la pistola.

—No, va a ser que no —dijo esta, con voz alegre por mucho que tuviese la mandíbula tensa.

—Roza. —Keira dio un paso hacia delante, y Roza retrocedió, arrastrando a Wren consigo.

—Pero bueno. —Roza se esforzó para sonreír—. Otro giro en la trama: ¡Keira vuelve de entre los muertos! Sabía que Chitra me estaba escondiendo algo cuando se escabullía de la mansión sin motivo. ¿Te llevaba comida y abrigo? ¿Quizás algunos calefactores? Qué chica más afortunada. Aunque no estarás tan guapa con todo lo que vas a perder por la congelación. —Soltó un suspiro—. Deja de moverte, querida.

El cuchillo dibujó una línea en la garganta de Wren, y unas gotitas de sangre cubrieron el filo de la hoja y su piel.

—Suéltala. —La impotencia hacía que me marease.

—No perdamos el tiempo, chicas. Es obvio que no vais a dejar que la mate. Así que

haremos lo siguiente. —La sonrisa de Roza se transformó en una mueca—. Keira, vas a deslizar la pistola hacia mí, y luego os voy a encerrar en el piso de abajo para poder marcharme. ¿Qué os parece?

Keira soltó un resoplido.

—¿Crees que nos vamos a fiar de ti?

—Os doy mi palabra. Sé que no es mucho, pero considerad la alternativa.

Wren gimió cuando una gota de sangre se le deslizó por el cuello hasta caerle hacia el escote.

—La verdad, no me quejo de este final —siguió Roza, encogiéndose de hombros—. Aunque la cárcel siempre me ha parecido aburrida, no me asusta morir. Así que vosotras decidís. Podéis darme la pistola o le abriré la garganta a vuestra amiga y aceptaré la muerte. Tenéis diez segundos. —Empezó a contar—. Diez, nueve…

Wren nos miró con ojos suplicantes, y yo intercambié una mirada con Keira. Algo húmedo supuraba del lado de su rostro que parecía cubierto por algún tipo de escamación. ¿Qué podemos hacer?

Sabía a la perfección que a Roza no le temblaría la mano. Al fin y al cabo, solo era un paso más: de flores venenosas y una inyección en el brazo a un corte rápido y brutal.

—Uno. —Alzó el brazo, y Wren cerró los ojos antes de tragar en seco.

—¡Para! —dije, y alcé las manos—. Te daremos la pistola, pero no lo hagas.



—Alex, me gustaría hablar contigo.

Me detuve en la entrada. Las demás ya estaban dentro de la habitación de Yana. Wren sollozaba en el suelo, y Keira se había arrodillado a su lado. Cuando Roza fue a cerrar la puerta, Keira alzó la vista e intercambiamos una última mirada. Roza cerró la puerta con llave y se giró hacia mí, apuntando con la pistola desde un costado, sin darle mucha importancia.

En el ático, había recogido el arma y la había presionado contra la espalda de Wren. Nos había hecho caminar por delante de ambas, tras soltar el cuchillo y advertirnos de que no tendría ningún problema con dispararle a Wren si intentábamos salir corriendo. Así que Keira y yo la habíamos obedecido.

En aquel momento observé a Roza con recelo, sin saber qué era lo que quería.

—Bueno. —Se pasó una mano por el cabello, para alisárselo—. Menuda aventura hemos tenido, ¿no crees?

Quería hablar un rato. Sentí un súbito arrebato de echarme a reír en su cara, pero me las arreglé para contenerme.

—Pues sí, la verdad.

—Quiero que tengas esto en cuenta —dijo, señalando la habitación cerrada—. Bien podría haberos matado a las tres, pero… —Suspiró, con la cabeza gacha—. No sé. Creo que me has ablandado un poquitín.

Me quedé callada, sin perder de vista la pistola con mi visión periférica. ¿Podría ir a por ella? Necesitaba distraerla.

—¿Cómo piensas huir? —le pregunté—. ¿A pie?

—Venga ya, querida. Ya sabes que yo lo tengo todo pensado. —Sonrió, traviesa—. Hay un bidón entero de combustible para la moto de nieve escondido en el garaje. —Me miró de reojo y luego sonrió—. ¿Quieres venir conmigo?

Por un horrible momento pensé que me estaba hablando en serio, que pensaba obligarme a ir con ella.

Pero entonces vio mi expresión y se echó a reír.

—Que es coña, querida. Me temo que nuestros caminos se separan aquí.

—Quizá deberías quedarte. —Intenté sonar relajada, como si estuviese hablando con una amiga en una cena que se estaba poniendo aburrida.

—Sabes que eso no es posible. —Se estiró para tocarme el brazo—. Quería hablar contigo porque quiero que sepas algo: a pesar de todo lo que ha pasado, lo has hecho muy bien. —Tenía una expresión llena de ternura, casi maternal.

—Gracias. —Comprendí que, si se me ocurría siquiera hacer un ademán hacia la pistola, Roza no dudaría en dispararme en el estómago.

—Podríamos habérnoslo pasado muy bien juntas. Pero has tomado tu decisión. —Frunció los labios—. Seguridad, estabilidad y a la llorona de Wren.

De pronto, sus palabras me pusieron a la defensiva y quise decirle que no había escogido a Wren, sino a mí misma.

Solo que no importaba. No lo entendería.

—Tal vez tengas razón. —Me encogí de hombros y noté cómo el cansancio se me extendía por la columna.

—En fin —dijo, mientras retrocedía un paso—. Hay un *pendrive* en el escritorio de mi despacho, en el platito de los anillos. Tiene todas vuestras historias.

—Gracias. —Me obligué a sonreír—. Vaya, quizá sí que te has ablandado un poquitín.

Roza sonrió de oreja a oreja.

—¿Sabes? Creo que vas a tener una carrera como escritora muy larga. Una motivada por mí y esta experiencia tan disparatada, claro. Pero, aun así, muy larga. Tengo muchas ganas de ver cómo te va. —Dio un paso hacia mí—. *Ciao*, querida. —Y, como si fuese lo más natural del mundo, se inclinó en mi dirección y presionó los labios contra

los míos.

El beso me tomó por sorpresa, y retrocedí de sopetón al tiempo que ella se apartaba.

Roza sonrió, satisfecha. Tras abrir la puerta, me hizo un ademán para que pasara.

Me dirigí hacia donde estaban Keira y Wren en el suelo y oí el chasquido de la cerradura y los pasos de Roza al alejarse.

—¿Qué quería? —quiso saber Keira, recelosa. Wren se había hecho un ovillo y parecía que se había quedado dormida.

—No sé. —La cabeza me daba vueltas—. ¿Creo que despedirse?

Keira asintió.

—Siempre fuiste su favorita.

Sentí un pinchazo de placer de lo más inapropiado. Mientras Keira y yo buscábamos alguna horquilla en la habitación de Yana, intenté apartar aquella extraña mezcla de ira, asco y anhelo que sentía en mi interior.

Si las cosas hubiesen ido de otro modo, si Zoe no hubiese hecho que el castillo de naipes se derrumbara, quizá Roza me habría convencido para que le cediera mi historia. Quizás el retiro habría terminado de otro modo. Y podría haber convencido a Roza de que Taylor no tenía que morir para que yo ocupara su lugar.

Nos imaginé abordando el avión juntas, sentadas en primera clase. Roza me sonreiría y me daría un apretoncito en la mano que yo le devolvería. Sabríamos nuestros secretos más oscuros, y eso haría que nuestra relación fuese muchísimo más fuerte que la de cualquier otra pareja a nuestro alrededor.

Por un segundo, noté el regocijo que me habría inundado el cuerpo cuando el avión despegase para llevarnos a toda velocidad hacia nuestra nueva vida juntas.

43

Seis meses después

Tras la batalla final con Lamia, Daphne durmió durante quince horas seguidas. Se levantó a la tarde siguiente, se dio un baño y se preparó un desayuno contundente. Luego, metió tanta comida como pudo en una de las mochilas de Horace. Se vistió con su ropa, se ajustó sus pantalones con un cinturón para que no se le cayeran y se deleitó en la maravillosa sensación de no ser prisionera de ningún polisón ni corsé opresivo. Terminó de combinar su atuendo con su gorra de caza hecha de piel. Se contempló a sí misma en el espejo que usaba su marido para afeitarse. Tenía los ojos azules brillantes y las mejillas sonrojadas. Notó un cosquilleo en el vientre. Algo —no sabía qué— la esperaba.

Salió por la puerta de la cocina y se encontró con la claridad del día. El cielo relucía de un tono cerúleo y despejado. El sol hacía que las ramitas congeladas centellearan. Daphne sacó su brújula. El convento se erigía hacia el este. Si bien la separaban muchos kilómetros de él, tenía la certeza de que llegaría. Las monjas la acogerían, cuidarían de ella y le darían de comer. Le cortarían cualquier dedo que se le hubiese puesto negro por el frío. Y, desde allí, continuaría recuperándose. Ya había escogido un nuevo nombre: Elizabeth. Iba a dejar a su antiguo yo en el pasado.

¿Y quién sabía dónde podría terminar?

El cadáver carbonizado de Abigail yacía en el sótano. Quizá terminaran identificándolo correctamente o quizá no. Daphne sabía que Abigail les había escondido sus inclinaciones hacia el espiritualismo a la mayoría de su familia y amigos. Y, aunque a Daphne no le encantaba la idea de que la familia de Abigail no tuviese un cadáver que enterrar, no tenía más remedio, no si quería escapar. Quizás haber salvado a Abigail de las garras del infierno fuese suficiente.

Respiró hondo y disfrutó de la nieve que crujía bajo sus pies. Esta no tardaría en derretirse, y unos capullitos verdes brotarían de los árboles. Ella se quitaría todas las capas de ropa pesada que llevaba y nadaría desnuda en arroyos cálidos.

Oyó un sonidito a su derecha. Una ardilla pequeñita castañeaba los dientes en su dirección desde una roca que había cerca.

—Hola —la saludó Daphne.

Como si hubiera estado esperando que le diera permiso, la ardilla saltó frente a ella. Quizás iba a convertirse en su nueva guía.

A lo mejor era su hermana Grace, que se había reencarnado y volvía una vez más para ayudarla.

Solo que… Grace odiaba a los roedores. Así que probablemente no.

—¡Espérame! —Daphne avanzó deprisa y apartó ramas de su camino mientras se adentraba más y más en el bosque, hacia una vida que se acercaba a ella a toda velocidad.

Las ramas se agitaron cuando pasó por su lado, luego temblaron con suavidad y finalmente se quedaron quietas.

Alcé la vista tras cerrar el libro.

—Gracias.

Los aplausos retumbaron a mi alrededor. Aunque me dieron un susto —pues todos los sonidos fuertes e inesperados aún me espantaban—, me obligué a sonreír.

—¡Muchas gracias, Alex! —Tonya, la chica que me entrevistaba, también una novelista novata, apretó mi libro contra su pecho. Montones de notitas adhesivas asomaban de sus páginas.

Desde el público, lo que me parecieron decenas de manos salieron disparadas hacia arriba.

—Y con esto daremos fin al evento —dijo Tonya, sin hacer caso al público. Yo asentí, aliviada. Les había dicho (a mi «equipo») que solo pensaba leer un fragmento en la presentación de mi libro. Que no iba a responder preguntas del público ni de ningún moderador.

Porque sabía a la perfección que todas serían sobre Roza.

—¡Que disfrutéis la fiesta! —exclamó Tonya.

Cuando nos pusimos de pie, me atrajo hacia ella para darme un abrazo.

—Me ha encantado —me dijo en voz baja y al oído.

—Gracias —contesté.

—He oído que ya has vendido los derechos para la película —siguió, al apartarse—. ¡Me alegro mucho! Ahora ya toca relajarse un poquito, ¿no?

—Eso espero.

Los últimos seis meses habían pasado volando. El equipo editorial había querido acelerar el proceso de publicación, de modo que había escrito las últimas escenas, lo había editado, había reescrito partes, había revisado las primeras versiones y había

aprobado el diseño de cubierta en cuestión de semanas. Había hecho todo lo que me habían pedido.

Salvo por hablar con la prensa.

—Cuéntame —dijo Tonya, dando un paso hacia mí—. He oído que puede que escribas un libro con las otras dos chicas sobre lo que vivisteis. ¿Es cierto?

Lo que vivimos. Qué forma más delicada de decirlo.

—No creo. —Me encogí de hombros—. Aunque hay algunas productoras interesadas en nuestra historia.

—Buah. Seguro que sería una miniserie increíble. —Me dejó una tarjeta en la mano—. Yo soy guionista. Si necesitas ayuda, ya sabes, de alguien de confianza, llámame.

—Gracias —le dije, al tiempo que me metía la tarjeta en el bolsillo. Se la daría a Melody, mi agente y también la de Ursula. Sin embargo, si vendíamos los derechos, no quería tener nada que ver con ello. Fuera cual fuere el resultado, no reflejaría lo que habíamos vivido en realidad. Esa era mi historia, y era una que no quería compartir con nadie.

Porque la verdad era que yo misma recién había empezado a procesarla.

—¡Eh! —Ursula se me acercó en la parte delantera de la sala—. ¡Pero si es la mujer del momento! Toma. —Me entregó una copa de plástico llena de *champagne*—. Salud, nena.

—Salud. —Alcé la copa, aunque solo bebí un traguito. Últimamente, el alcohol casi no me apetecía. Lo único que conseguía era marearme y darme jaquecas. Lo cual era toda una decepción, pues había contado con que contribuyera a evitar algunas pesadillas y recuerdos del pasado. Estos habían sido muy perturbadores, pero hablar con mi nueva psicóloga estaba ayudando.

—¿Cómo estás? —Pese a que Ursula sonaba muy tranquila, pude verlo en sus ojos: aquella preocupación velada que tenían casi todas las personas con las que hablaba. No sabía cómo explicar que no estaba rota, pues, pese a todos los efectos secundarios que aún sufría, me sentía más fuerte que nunca. Solo me estaba reacostumbrando. A aquella nueva vida, a mi nuevo yo; seguía intentando descifrar en quién me había convertido.

—Estoy bien —contesté, entusiasmada, y ella me sonrió.

—Bueno, el libro es precioso —dijo, alzando un ejemplar. Era una cubierta sencilla que mostraba el título en unas letras blancas y gruesas sobre uno de los cuadros de Daphne que había visto en el vestíbulo. Melody se había esforzado muchísimo por conseguirla, pues los editores habían querido la imagen sexi de la espalda desnuda de una mujer, pero a mí me gustaba cómo había quedado.

Sabía a la perfección por qué lo habían escogido y lo habían publicado tan rápido, cómo no. Y aquella era la cuestión: ¿los editores habrían estado interesados en mi libro

si no hubiese sido por su trasfondo relacionado con Roza? No lo sabía. Probablemente no.

Pero no pasaba nada. Era algo bueno que la gente quisiese leer lo que escribía, por mucho que su interés no fuese a durar para siempre.

Además, el dinero era de gran ayuda, al menos por el momento.

—Hola.

Me giré y me encontré con Pete, mi antiguo compañero de trabajo, amigo y rollo de una noche, quien sostenía una copa de vino rosado en la mano. La alzó para un brindis y chocamos nuestras copas.

—Muy elegante todo, ¿no crees? —le pregunté, alzando las cejas—. Y por fin hay barra libre.

Ursula se alejó disimuladamente, tras dedicarme una mirada coqueta.

—Sí, muy a la moda. —Pete hizo un ademán para abarcar la librería independiente de Brooklyn en la que nos encontrábamos. Pese a que era una de las más grandes, seguía pareciendo un poco abarrotada y caldeada. Alguien acababa de abrir las puertas para dejar que la brisa nocturna ventilara un poco el ambiente.

—Gracias. Ya me conoces. —Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo estás? —preguntó, con el ceño fruncido. En aquel momento recordé que me había contactado por correo una vez y que había olvidado contestarle. La vergüenza empezó a invadirme. No lo había tratado bien. Y, pese a que ambos habíamos decidido borrachos que queríamos pasar la noche juntos, era yo quien había cortado de inmediato la amistad después de eso.

Como había hecho Wren, de hecho.

—Estoy bien, pero… —Me incliné un poco hacia él—. Mira, quiero disculparme por lo que pasó entre nosotros. Fui muy inmadura. No tendría que haberte evitado como lo hice.

—Lo pasado, pasado está —me dijo, restándole importancia con un ademán—. No puedo creer que todavía te acuerdes de eso, teniendo en cuenta todo lo que te pasó justo después. —Meneó la cabeza—. Joder, todavía no concibo que te haya pasado algo así.

—Ni yo. —Sonreí—. Pero gracias.

—En fin. —Pete alzó su libro, con la clara intención de cambiar de tema—. Mola muchísimo. Me lo leí en un día o así. ¿Podrías…? —Parecía un poquitín avergonzado—. ¿Podrías firmármelo?

—Claro. —Saqué un boli que tenía en el bolsillo de mi vestido.

«Para Pete. Gracias por ser un buen amigo».

—Y también quería preguntarte… —añadió, con las mejillas sonrojadas—. Puedo… O

sea, ¿quieres ir a por algo de comer algún día? Como amigos, claro. O como sea. —Parecía estar sufriendo muchísimo, así que, sin pensármelo demasiado, lo atraje hacia mí para darle un abrazo. Cuando nos apartamos, parecía aliviado.

—Me encantaría —confesé—. Pero la verdad es que este fin de semana me mudaré a Los Ángeles.

—¿Este finde? —Abrió mucho los ojos—. Vaya.

—Sí. —Oí una de las carcajadas de Ursula y la busqué con la mirada—. Es que necesitaba un cambio.

—Bueno, si algún día vuelves a Nueva York… —Me dedicó una sonrisa, y yo asentí.

—Te llamaré, claro. Pero nada de chupitos de whisky.

—¡Alex! ¡Madre mía! —Craig, el amigo de Wren que esperaba detrás de Pete, se estaba impacientando. Se situó delante de él en un movimiento fluido y me envolvió en un abrazo. Olía a humo de cigarrillo y a una colonia almizclada—. Nena, el libro es *fabuloso*. —Ridhi apareció a su lado con un vestido de tirantes fucsia que parecía más apropiado para una discoteca en Miami.

Ni siquiera había pensado que los que habían sido mis amigos en el pasado también acudirían al evento, aunque claro que lo habían hecho. Estaban donde fuera que hubiera movidas.

—Superfabuloso —coincidió Ridhi, antes de lanzarse ella también a por un abrazo.

Sonreí y charlé un poco con ellos antes de darme cuenta de quién esperaba después. Craig y Ridhi se interrumpieron a mitad de una frase para dejarle paso a Wren.

—Hola, Al. —Me dio un fuerte abrazo mientras Ridhi y Craig se apartaban para darnos un momento—. Es increíble.

—Gracias. —Era una de las primeras personas a las que había mencionado en los agradecimientos del libro, pese a que casi no la había visto en los últimos seis meses. Me había escrito mucho, para invitarme a fiestas exclusivas, desfiles de moda y aperturas de restaurantes. Casi parecía una ex que intentaba volver a conquistarme. Solo que yo no había ido a nada de aquello. Las cosas habían cambiado muchísimo. *Yo* había cambiado muchísimo.

—¿Ya lo tienes todo listo? —Wren me sostuvo por los brazos y me observó con atención, como una madre orgullosa. Las cicatrices de su rostro casi no se veían, gracias al trabajo del mejor dermatólogo de Manhattan. No iba muy elegante: tan solo llevaba unos tejanos holgados y una camiseta de tirantes. Había empezado a apartarse el flequillo hacia un lado, para dejarlo crecer, y se había puesto un pintalabios de un color melocotón discreto en lugar de su tono rojo característico.

—Casi —asentí—. Los de la mudanza vendrán mañana, así que me iré temprano de la

fiesta.

—Prométeme que volverás a Nueva York para la presentación de mi libro en otoño —me dijo con una sonrisa, aunque con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Por supuesto —le aseguré, convencida. Los ojos se me llenaron de lágrimas a mí también, pues las dos sabíamos que lo más probable era que no fuera hacerlo.

Nos había hecho falta una masacre con todas las de la ley, pero Wren y yo habíamos conseguido ponerle punto final a lo nuestro.

—Te echaré de menos —añadí, sincera, y nos dimos un último abrazo.

Más personas nos rodearon, pues querían hablar conmigo, de modo que Wren me dio un apretoncito en el brazo antes de apartarse. Craig y Ridhi la siguieron como si fuese una mamá gallina y ellos, sus polluelos.

—¡Felicidades! —Mi editora, Sheena, me acercó a ella para darme un abrazo—. Esta noche toca disfrutar —me dijo, para luego guiñarme un ojo, sin percatarse de las lágrimas que contenía—. Mañana hablaremos de tu siguiente proyecto.

Aquella noche me tumbé en el sofá, rodeada de cajas para la mudanza, y le escribí un mensaje a Keira. Me había ayudado a buscar un piso cerca de donde ella vivía, se había reunido con el de la inmobiliaria y me lo había mostrado por FaceTime. Incluso le había insistido e insistido al propietario hasta que él había aceptado bajar el alquiler un pelín. Tenía mucho que aprender de ella sobre cómo defender mis propios derechos.

Entre lo que habían hecho ella y Ursula, sabía que todo iba a salir bien con la mudanza. Al igual que Daphne, no tenía idea de dónde iba a terminar. Sin embargo, en aquel momento algo de la calidez y los rayos de sol de Los Ángeles me tentaba muchísimo.

Hoy le he escrito al padre de Zoe, me dijo. Le he dicho que íbamos a coordinar otra llamada con él y con M para este mes.

Perfecto, gracias, le respondí. Keira, Wren y yo habíamos decidido fundar una organización sin fines de lucro para jóvenes escritoras a nombre de Zoe, con la colaboración de su padre y de su novio, cuyo nombre era Michael y no Jack, como nos había dicho. Hacía poco que había empezado a ser capaz de pensar en Zoe sin hundirme en una tristeza infinita y desgarradora.

Había muchas cosas que no eran justas. No era justo que nosotras hubiésemos sobrevivido, pero que Zoe y Chitra no. No era justo que la hija de Chitra hubiese perdido a su madre. No era justo que Zoe hubiese dedicado gran parte de su vida a seguirle la pista a un secreto que iba a terminar matándola. Y tampoco era justo que su

tía, Lucy, no hubiese llegado a cumplir los treinta y que no hubiese podido seguir con vida para escribir más libros.

Sin embargo, así habían sido las cosas. Era algo con lo que íbamos a tener que aprender a vivir.

Por cierto, la presentación de tu libro parecía estupenda, **escribió Keira.** ¡Cuánta gente!

Sí que lo ha sido**, le contesté. Y así había sido. Extraña pero estupenda.**

Tienes que contarme cómo lo has hecho**. Su libro se iba a publicar en dos meses.** Odio ser el centro de atención**.**

La imaginé tal como era en aquel momento, vestida con un chándal negro y elegante y dándose tirones a lo que le quedaba de oreja, lo cual era un nuevo tic nervioso que le había visto en nuestras llamadas por FaceTime. Habían tenido que amputarle la mitad de la oreja derecha debido a la congelación, pero, por suerte, tras pasar por el quirófano y luego de meses de fisioterapia, había recuperado la movilidad de su hombro y de su brazo izquierdo, aunque estos seguían algo débiles.

Me parecía curioso que, de las tres, yo fuera la única que había abandonado Blackbriar sin ninguna cicatriz física.

Solo tienes que dar las gracias y abrazar a la gente**, le escribí.** De verdad, ¡eso es todo!

Dejé el móvil a un lado y le di un mordisco a una magdalena de chocolate que había quedado de la fiesta. La presentación del libro —y la vida en general— había tenido un aire surrealista, el cual llevaba notando desde que habíamos abandonado Blackbriar. Aunque la psicóloga me había dicho que se debía al trastorno por estrés postraumático, seguía preguntándome: ¿cómo era posible que las experiencias traumáticas me parecieran más sólidas y reales que mi vida normal?

Me volví a sumergir en aquellas últimas horas que habíamos vivido en Blackbriar. Keira había conseguido forzar la cerradura y habíamos encontrado un botiquín de primeros auxilios para tratar las heridas de ambas. Wren y yo habíamos fabricado una especie de cabestrillo para el brazo y el hombro de Keira. Por suerte, su nariz y su rostro habían retomado su tonalidad normal, pero su oreja permanecía de color negro.

Les preparé a ambas un sándwich de queso mientras Keira nos contaba cómo había sobrevivido varios días en el garaje. Cómo Chitra, incapaz de moverla hacia el interior de la casa debido a sus graves heridas, le había llevado calefactores, mantas, analgésicos y comida. Cómo se había quedado con ella cada noche para cambiarle las vendas y consolarla un poco. Al parecer, Chitra había querido dejar de trabajar para Roza desde hacía un tiempo y tenía pensado renunciar cuando acabara el retiro. Solo que entonces todo se había salido de control. Presa del horror, había visto cómo nos encerraban y luego cómo habían matado a Zoe, por lo que había decidido mantener las apariencias el

tiempo que hiciera falta hasta poder pedir ayuda en cuanto le fuese posible.

Aquella última noche, Chitra no había ido a verla. A Keira le pareció que había reunido la fuerza suficiente para escabullirse en la mansión. Y, al ser consciente de que a su cuerpo no le quedaban muchas fuerzas antes de colapsar, había decidido hacerse con la pistola —la cual había aprendido a usar durante una visita que le había hecho a una amiga en Wyoming— o morir en el intento.

Tras comer los sándwiches de queso, habíamos caído rendidas en las camas que había en la habitación de Wren. Al día siguiente, como si quisiera ofrecernos su ayuda, el tiempo había mejorado un poco y había derretido la nieve lo suficiente como para que pudiéramos usar uno de los coches de Roza. Habíamos avanzado solo unos pocos kilómetros cuando el móvil de Wren tuvo cobertura. Tras detenernos a un lado de la carretera, Wren había intentado explicarle la situación al operador de Emergencias, pero unas carcajadas histéricas no dejaban de interrumpir su relato. Keira y yo también habíamos empezado a reírnos, y nuestras carcajadas pasaban de chillidos desternillantes a sollozos aliviados.

Habíamos vuelto a Blackbriar para esperar a la policía, tras llevar nuestras maletas a la planta baja, ducharnos y ponernos ropa limpia. Recogí el *pendrive* del platito de anillos, justo donde Roza había dicho que estaría. Nos mantuvimos alejadas del salón y del comedor. Aunque Keira había procesado la noticia de la muerte de Chitra sin perder los papeles, me pregunté si seguiría en shock.

Poco después, llegaron tres coches de policía con las sirenas a todo volumen.

—¿Habéis encontrado a Roza? —preguntó Keira desde el porche, al tiempo que los policías subían por las escaleras. Pese a que no nos lo dijeron en aquel momento, no lo habían hecho.

Más adelante nos enteramos de que la policía había estado interrogando a los vecinos que había más cerca de la mansión, incluso a las monjas. Sin embargo, no había rastro de Roza en el convento ni en ningún otro lado.

El detective principal —quien nos había pedido que lo llamásemos Larry— nos dijo que era imposible que Roza desapareciera sin más como había hecho, en una moto de nieve solo con un bidón de combustible en una zona tan remota como aquella. Alguien en alguna estación de servicio o alguna granja la vería en algún momento, dado que su rostro había salido en todas las noticias. Todo el mundo sabía lo que había pasado y estaba revolucionando internet.

¿Dónde está Roza Vallo? Incluso había memes de Roza como Carmen Sandiego, dado que una vez alguien le había hecho una foto de perfil y con una gabardina de color rojo.

Sin embargo, pese a unas cuantas falsas alarmas, nadie la vio. O, al menos, nadie

admitió haberlo hecho. Para entonces sus cuentas bancarias ya estaban vacías y se especulaba que había convertido todo su dinero en criptomonedas.

Larry, quien resultó ser mucho más sincero de lo que me habría esperado que un detective pudiera ser, nos dijo que lo que le parecía más probable era que hubiese muerto congelada en algún lugar del bosque enorme que había alrededor de la mansión. Vaticinó que su cadáver aparecería en la primavera, cuando la nieve se hubiese derretido.

Pese a que no fue así, aquello no lo desanimó. Había más de mil hectáreas de bosque, por lo que algún día algún cazador se toparía con sus huesos.

Yo no estaba tan segura.

Tras todo el escándalo, volví a la región del Centro Oeste del país, pero incluso allí los periodistas me encontraron. Mi madre contestaba el teléfono —aún tenía uno fijo— y luego colgaba con una expresión seria.

Agradecí su entereza. Ni ella ni Steve, su marido, me hicieron preguntas, lo cual fue tanto extraño como reconfortante. Los hijos de él estaban en la universidad, de modo que solo estuvimos los tres en casa. Mi madre pidió una excedencia en el trabajo y me preparó té y galletas e incluso *goulash* húngaro cuando se lo pedí. Nos sentamos en el salón y vimos el canal de programas de concursos: episodios antiguos de *La ruleta de la suerte* y *El precio justo*. De tanto en tanto, me daba un apretoncito en el hombro, como para asegurarse de que estuviera allí, con ella.

La agente de Ursula, Melody, me envió un mensaje para decirme que le gustaría leer la novela que había escrito en el retiro. Se disculpó por si era demasiado pronto.

Y quizá lo era, pero le envié la historia de todos modos. Al día siguiente, quiso que hiciéramos una llamada: ella; Sheena, una conocida editora; y yo.

Para entonces, mi jefa, Sharon, había pasado a la ofensiva y me enviaba una sarta de correos pasivo-agresivos con preguntas sobre mis proyectos, insinuando que mi baja por salud mental iba a llegar pronto a su fin. Una vez que firmé el contrato para el libro, fui capaz de dimitir. Y lo hice mediante un correo de una sola línea el día en que terminó mi baja. Tras ello, cerré la sesión de mi correo de trabajo para siempre.

Mi objetivo principal era que se publicara el libro, así como asistir a terapia dos veces por semana. A mi nueva psicóloga parecía preocuparle la cantidad de trabajo que tenía sobre los hombros, aunque al final resultó que Sheena casi no hizo mayor cambio en la historia. Revisé las sugerencias, las versiones corregidas y las versiones de prueba al tiempo que veía cómo mis palabras se iban solidificando en algo permanente.

Y en aquel momento ya había acabado. El libro existía, como un objeto separado de mi persona. Por mucho que nunca hubiese sido mío, en realidad.

Le di otro mordisco a la magdalena, y el dulzor del glaseado me estalló en la boca. Abrí una app de citas que me había descargado. Aún no había configurado mi perfil, pues me seguía diciendo a mí misma que pensaba acostumbrarme a mi nueva ciudad primero. No obstante, la idea de usarla me emocionaba y me aterraba a partes iguales. El hecho de pulsar en «Todos» cuando la app me preguntaba en qué género estaba interesada.

Tilín. Recibí otro mensaje y lo abrí, imaginando que sería de Keira. Solo que era de un número desconocido. El mensaje era largo, todo un bloque que ocupaba la pantalla entera. El corazón me empezó a latir desbocado cuando empecé a leer.

Hola, querida. He leído tu libro y quería ponerme en contacto contigo para decirte que me ha encantado el final. Me corresponde sentir siquiera una pizca de orgullo, dado que jamás habrías escrito esta historia de no haber sido por el retiro. Me encantaría decirte todo esto en persona, aunque claro, me es imposible. Eres libre de mostrarle este mensaje a la policía, pues no tardaré en arrojar este teléfono «desechable» al océano («Pero ¿qué océano?», se preguntan los detectives mientras se rascan la cabezota). Pese a que me encantaría que estuvieses aquí conmigo, comprendo que tenías que volver a casa. Tu vida será menos emocionante, aunque quizás esa estabilidad sea lo que habías estado buscando. De todos modos, quiero que lo sepas: ese lado salvaje sigue vivo en tu interior. Así que, por favor, protégelo, cuida de él, mantenlo a salvo. Y, quién sabe, quizás seas tú quien demuestre lo imposible: que tienes más de una obra maestra en tu interior. Ten por seguro que te seguiré la pista y alentaré a la criatura llena de ferocidad que llevas dentro durante el resto de mis días. Un beso, R.

No podía respirar. Me incorporé de un salto y me acerqué a la ventana para observar la calle, como si pudiese estar de pie allí, alzando la vista para verme.

Por un segundo, mientras leía sus palabras, había estado allí, apartándose su cabello rojizo y mirándome con sus ojos de esmeralda. Podía hasta olerla, aquel aroma a jazmines que siempre desprendía.

Llamé a Larry de inmediato. Como no me contestó, le dejé un mensaje de voz y me percaté de forma inconsciente de lo calmada que sonaba mi voz (*No tiene una cabezota, Roza, es más bien de tamaño normal*). Parecía algo urgente, aunque en realidad no lo era.

Había sobrevivido, por supuesto. Y también había desaparecido.

Noté un caleidoscopio de sensaciones en mi interior: sorpresa, indignación y miedo mezclados con otras cosas mucho menos apropiadas, como el regocijo de que se hubiese arriesgado a ponerse en contacto conmigo. Un agradecimiento profundo por que creyera en mí. Un anhelo intenso por hablar con ella. Tantos sentimientos que juntos no eran nada, como cuando los colores del arcoíris se combinaban para formar el blanco.

Me senté en el borde del sofá y me quedé mirando a la nada. Miré sin ver la magdalena a medio comer, las grageas rosas que salpicaban el plato blanco.

La voz pícara de Sheena volvió a mi mente: «Mañana hablaremos de tu siguiente proyecto».

Terminar mi libro había sido sencillo, pues los últimos capítulos habían fluido como agua de manantial, pese a que aquello se lo atribuía a la ayuda de Daphne. Aunque no sabía si la conexión que había entre ambas era real o producto de mi imaginación, algo había sucedido en aquellos últimos momentos con Roza. Mi psicóloga creía que Daphne había sido un mecanismo de supervivencia, una voz tranquila que se había alzado desde las profundidades de mi subconsciente para mantenerme cuerda al borde de la muerte. Y eso era lo que tenía más sentido. Solo que mi psicóloga no era escritora; no sabía lo que era canalizar algo desde el más allá. Quería respetar esa conexión y también a Daphne.

Por desgracia, tras terminar con *La gran obra*, no había sido capaz de pensar en otra idea para escribir un libro. Mi portátil seguía abierto y me parecía una pared de ladrillos. Y lo más frustrante de todo era que podía sentir *algo* detrás, algo que latía, vivo y con potencial. Pero no era capaz de derribarla. La idea de que me hubiese bloqueado de nuevo y para siempre me asustaba muchísimo.

En aquel momento la pared desapareció, y unas sombras empezaron a cobrar forma en la oscuridad.

Me recliné más en el sofá y me apoyé el portátil sobre los muslos.

Me imaginé a Roza en una cafetería con terraza, con unas gafas de sol enormes y los labios fruncidos mientras leía un libro abierto frente a ella. Llevaba el pelo corto y teñido de negro, y unos mechones le hacían cosquillas en la barbilla. Un camarero se le acercaba y le dejaba un café en la mesa (¿quizás un té si se encontraba en Eslovaquia? ¿O un zumo si estaba en Vietnam?). Sin embargo, ella estaba tan sumida en su libro que hizo falta que oyera el repiqueteo del cristal para que alzara la vista, sobresaltada, y sonriera.

Roza era una psicópata asesina. Nunca, jamás, podría perdonarla por todas las cosas horribles que había hecho.

Pero aun así…

Me había iluminado el camino como una cerilla en medio de la oscuridad, desde el momento en que había posado los ojos sobre la primera página de *La lengua del diablo*. A los trece años, aprendí que las niñas no teníamos que ser dulces criaturitas, sino que en realidad podíamos enfadarnos y tener un lado oscuro y sexual. Me inspiró a empezar a escribir, a garabatear en libretas baratas mientras mi madre y yo nos mudábamos de un

pueblo a otro. Años después, me abrió las puertas de Blackbriar. Me insistió en que me quedara. Me mostró cómo podía hacer uso del dolor que sentía en lo más hondo de mi ser para crear algo hermoso.

Así que nadie lo sabría. Nadie podría saberlo nunca.

Pero una parte diminuta y recóndita de mí seguiría escribiendo por ella.

Tras abrir un nuevo documento de Google, me quedé mirando la página en blanco.

Y, primero despacio y después cada vez más deprisa, empecé a escribir.

Agradecimientos

Mi eterna gratitud a la comunidad de personas excepcionales que ayudó a hacer que *Un retiro de escritoras mortal* fuese posible.

A Alexandra Machinist, mi agente literaria, quien no tardó nada en comprender tanto a este libro como a mí. Fuiste la adalid perfecta para él, y fue un placer trabajar y debatir ideas contigo. También quiero dar las gracias a Sophie Baker y a Cathryn Summerhayes por su entusiasmo y esfuerzos sin fin con los derechos de publicación en el extranjero.

A mi editora, Emily Bestler, cuyas excelentes críticas y la calidez de su apoyo fueron de un valor incalculable para mi primera vez en este proceso. A Lara Jones, editora asociada, por ser siempre la primera en echarme un cable en todo lo imaginable. Muchísimas gracias también a todo el equipo de Atria: Libby McGuire, mi editora; Dana Trocker, publicista asociada; Ariele Fredman, publicista; Maudee Genao, encargada de marketing; Chelsea McGuckin, quien diseñó la cubierta; James Iacobelli, director artístico; Esther Paradelo, maquetadora; Paige Lytle, coordinadora editorial, e Iris Chen, coordinadora editorial adjunta. ¡Ha sido increíble trabajar con todos vosotros!

A Ariane Resnick, de Salt and Sage Books, por su lectura de sensibilidad; tus aportes fueron de muchísima ayuda y de lo más informativos. Gracias por dedicar tu tiempo a señalar algunos de mis puntos ciegos, los cuales, como mujer blanca cisgénero, son bastantes.

A Megan Giddings, por su reseña de mi primer capítulo por medio de la subasta de Authors for Black Voices. Me he sentido muy afortunada de poder conectar con una autora cuyas obras admiro tanto.

A Andi Bartz, a quien tengo la suerte de tener como hermana, y a Leah Konen, quien también es mi hermana como parte de mi familia elegida. Vuestro apoyo ha sido vital al inspirarme en cada etapa, incluso cuando me sentía como una autora mediocre y quería darme por vencida. Sois escritoras maravillosas y unas personas estupendas, y es todo un honor para mí formar parte de nuestra pequeña comunidad. Gracias por leer y por vuestros comentarios sobre este y más libros, así como por vuestro apoyo en general, recomendaciones, consejos y las horas que hemos pasado charlando. Soy muy afortunada por contar con ambas en mi vida.

A Amanda Leipold, Abbi Libers y Cassie Schmitt, encantadoras y astutas, por leer las primeras versiones de este libro y brindarme vuestras reseñas tan minuciosas (¡y también por no dejaros afectar por el contenido tan perturbador que tiene!).

A todos mis buenos amigos que me han animado durante décadas: Jenny Leinen, Krista LaFave, Shivani Tripathi, Sarada, Chris Benigni y Phil Edwards. Tengo mucha suerte de contar con personas tan inteligentes, amables y graciosas en mi círculo de amigos, desde nuestros días en Chadbourne (y, en el caso de Jen, desde BCHS).

A los amigos que hice después de la universidad y que también han estado siempre ahí para mí durante todos estos años: Julie Eisen, gracias por leer mis historias sobre Filadelfia y por tu amistad, a pesar de la distancia que nos separa. Rebecca (Booters) Liebmann-Smith: otra hermana a la que escogido, me alegro mucho de haberme inmiscuido en tu grupito en Elsevier y de haberte seguido hacia una carrera en trabajo social muchísimo más gratificante. Al grupito original de Brooklyn: Blaire Briody, Kate Dietrick, Kate Lord y Thomas Sander. Me encanta que sigamos planeando escapadas fabulosas sin importar nuestras agendas tan ocupadas. A mis amores de Nueva York: Eve Blazo, Meghan Felice, Sky Koltun, Samantha Langdorf, Alex Mager y Hollis Wansley. Las fiestas, maratones de *realities*, manicuras, visitas a tiendas y hechizos que lanzamos son todo lo que me motiva a vivir.

A mi pareja, Rey Gonzalez, por mostrarme el amor verdadero y la aceptación y por hacerme reír como una desquiciada. Me tocó la lotería contigo.

A mi equipo de apoyo de salud mental, sobre todo durante los tiempos difíciles de los últimos años. Mi gratitud eterna para mi psicóloga Meghana Sawant: no estaría aquí de no haber sido por ti. De nuevo muchísimas gracias a Amanda Leipold, mi guía espiritual no oficial y mi compañera bruja. A Daniel Ryan y Amanda Yates Garcia por ayudarme a sanar. A mis increíbles profesores de yoga en HealHaus y a todo el equipo de Slope Wellness.

Por último, a mi familia, quienes siempre han apoyado mi creatividad: mamá y papá, Tom y Cathy, y a la abuela Denes. Vuestro entusiasmo por este libro lo es todo para mí.

Table of Contents

Parte uno La ciudad
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

Parte dos La mansión
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20

Parte tres El sótano
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34

Parte cuatro El ático
- 35
- 36
- 37
- 38

39
40
41
42
43
Agradecimientos